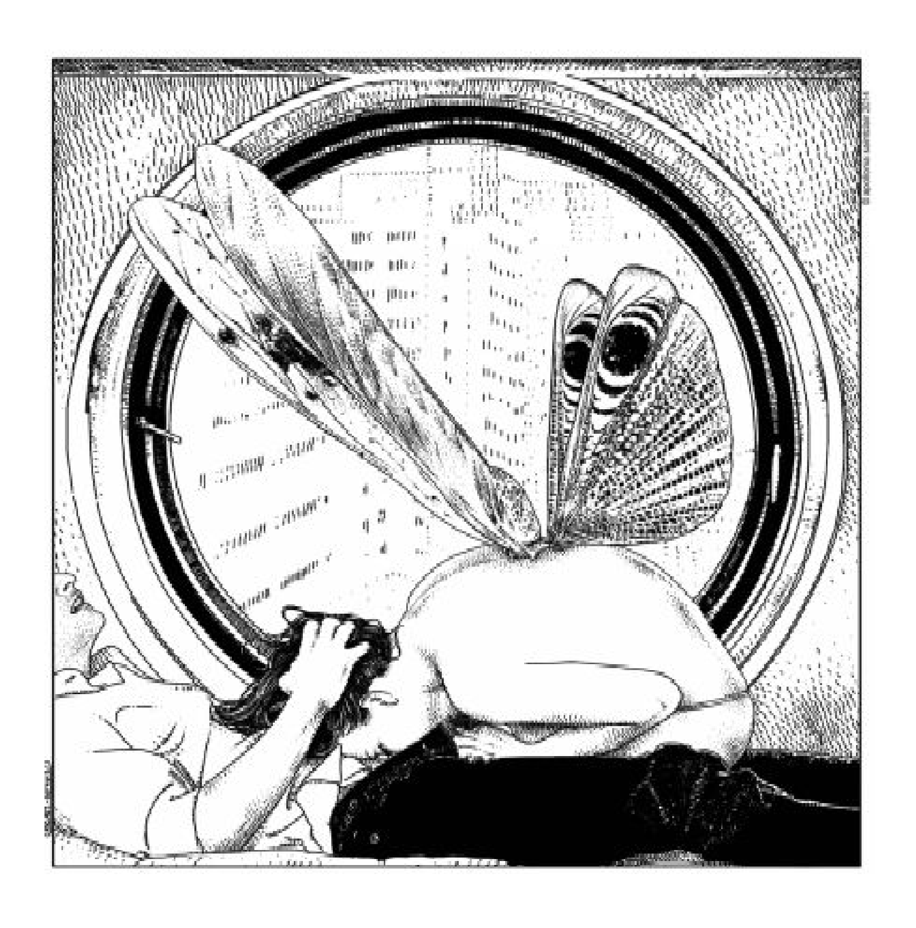


SÉ BUENA

ROSER AMILLS

Sé buena | Roser Amills



Editor QUINPARELL SCP | Barcelona, España
roseramills.com
amillsroser@gmail.com
Primera edición libro electrónico, marzo 2014 | ISBN : 978-84-616-8717-6

Para la presente edición, ISBN-13: 978-1497303621
ISBN-10: 1497303621

SÉ BUENA

Roser Amills

«Los mundos nuevos deben ser vividos antes de ser explicados»
Alejo Carpentier

A mi pareja y a mis dos hijos.

A mi abuela, a mi madre, a mi hermana y a todas las antepasadas que se han llamado Catalina, un nombre que proviene de Hécate, la reina de las profundidades.

«Alimenta la magia y ella te alimentará a ti»

Estimado lector: quizá alguna vez, en un bosque o en un jardín, has entrevisto el paso fugaz de un vuelo y no has sabido identificarlo. ¿Era un diminuto pájaro? ¿Un insecto grande? Dicen que es cosa del azar o de la imaginación, pero no es cierto: es la mirada, tu mirada más allá de los límites. Un vuelo apasionado y sutil... que podría cambiarlo todo si le prestas atención.

Se ha movido veloz por tu campo visual, pasó como un suspiro. Vitalia y yo también lo hemos visto, muchas veces, y tampoco se lo contamos a nadie. Supimos ser buenas chicas. Porque ya no lo éramos.

¡Es un hada, no lo dudes!

En cuanto comprendas y aceptes que la has visto, cuando empieces a alimentar la magia para que ella te alimente a ti, podrás darte cuenta también de hasta qué punto avanza tu paso conmovido por alas como las suyas, presentes en cuanto te sucede, entrometidas, antiguas y sorprendentes. La magia de las que no saben ser buenas para siempre.

ÍNDICE

Capítulo 1 | Sé buena

Convento-colegio de Palma de Mallorca

Llueve azul, llueve violeta en una calle larga, bordeada de árboles altos y frondosos, con poco tráfico y amplias villas que dejan venir los jardines hasta las aceras, demarcadas por setos bajos. Arriba, grandes nubes informes y espesas deslizan su calma carga desde el cielo, la lluvia es un río a través de un cedazo y ha hinchado los abrigos como esponjas.

Ambas tiritan y el viento, frío y cortante, mece y arranca hojas amarillas, abarquilladas, que se deslizan de las copas sobre recoletos jardines. La pequeña, que tiene casi seis años, avanza a pasitos rápidos con la alegría de un gazapo, amándolo todo, salta de vez en cuando los charcos o las hojas secas que cubren también la acera y le llegan hasta las rodillas, lo observa todo con atención, no lo olvidará nunca. La madre aún va vestida muy alegre y está preciosa.

Así, en silencio, atraviesan la maraña de avenidas desiertas con casas de hormigón gris intercaladas entre fachadas lujosas y llaman a la puerta de una, muy vieja. De casi trescientos años, indica la placa que hay a la entrada.

Tiene tres pisos y ventanas en forma de ataúd.

Todas las otras casas de la calle son nuevas y bonitas y la verja de hierro no chirría. La madre toca con timidez el picaporte, que reluce pulido. Oyen el sonido de un manojo de llaves, una cerradura abriéndose, y la pesada puerta gira hacia adentro. Se asoma una novicia pálida que, tras dar las buenas noches y mirarlas de arriba abajo, las lleva, muda, ante una mujer oronda y con gafas de pasta oscura que tiene el ceño muy fruncido.

—Sor Regina las atenderá.

Como si lo supieran todo aquí, no hacen preguntas, la madre superiora está preparada —apenas acceden a su despacho— de pie detrás de una mesa, como un centinela. Qué impresión para la niña el rostro ajado de sor Regina, tan curtido.

De las gafas surgen dos ojitos negros que la miran primero a ella

y luego a su madre con unas pupilas circunspectas que, detrás de los vidrios, parecen decir, pesarosas: «¿Qué habéis hecho, hijas mías?». Es evidente que manda y que se siente incómoda con la imprevista visita. No son horas, Carol ya lo había dicho varias veces, ha hablado sola casi todo el camino.

Otra hermana, más joven, aguarda también de pie cerca de la ventana. Tiene el rostro oscurecido por el sol y ojos profundos, negros. Callan y esperan, Carol se dice que esta espera es de todos modos mejor que permanecer a la intemperie y que estas monjas hacen esperar pero son discretas, disimulan cuanto pueden y sonríen amables aunque sea tan tarde, casi una hora después de la cena. Quizás estaban ya pensando en acostarse pero han basado su vida en la resignación y la hospitalidad y no van a desmentirlo ahora, claro. Al fin y al cabo, así es el trabajo de evangelizar y educar y arreglar el mundo para que sea, a su manera, mejor.

Ahí están, de pie frente a las monjas. Se presenta como madre soltera y ruega apoyo, y entonces Vitalia abre más los ojos por lo inesperado de estas palabras de su madre, no sospechaba siquiera para qué habían venido y, de improviso, todo el amor y pesadumbre del mundo se reflejan en las mesas, las sillas, el suelo, todo brilla a la luz de las lámparas sobre las que chocan, con un ligero golpecito polillas frenéticas y desenvueltas.

A las monjas, que tienen sueño, también les brilla algo así como la contención de un bostezo en la mirada. Desde primerísima hora de la mañana revisan los pecados de su entorno y los magnifican en incansables plegarias, todos los días del año, para luego, animadas por ese mismo ideal de servicio, atender a los sectores más pecaminosos mediante obras de caridad que alivian sus conciencias hasta que muy tarde, por las noches, se acuestan. Son obreras del Señor que trabajan sin parar y en su esforzada labor se da la paradoja de que estas mismas mujeres que acogen a las madres solteras para atenderlas en esta especial circunstancia son las que menos las comprenden y soportan.

No lo reconocerían jamás, pero son ellas las que con mayor fervor mantienen y exponen unas creencias tan obsoletas como antinaturales que modifican vidas, que las trastocan, para ayudar. Pero no ayuda en absoluto que repitan que los hijos fuera del matrimonio son pecado y una lacra para la sociedad, ni que ellas, las monjitas, son mejores y se ganan el cielo con la facilidad con que pasan por sus manos las dos caras de una misma moneda. Las madres pecadoras por un lado y el fruto de esos vientres pecadores, tan indefenso y abandonado, por otro.

Por todo esto ahora están negociando con Carol sobre el futuro

de Vitalia. Precisamente lo que ahora mismo sucede es el ingrediente que da sentido y refuerzo a la existencia de esta casa colegio de caridad y su intención es buena si olvidamos que sin la idea de pecado serían muchos menos los niños condenados a vivir lejos de los abrazos maternos, y qué se le va a hacer, estas humildes servidoras se han especializado en recoger niños en el portal, preferiblemente de forma anónima. Hemos dicho ya que no soportan a las madres solteras, que desearían que no existieran y de hecho logran en cierto modo hacerlas menos visibles con su desinteresada colaboración. Suele ser sencillo: suena el timbre y encuentran un bebé en un cesto o un niño de corta edad de pie junto al portal. Pero, a veces, se llevan sorpresas, como hoy. Es una madre soltera la que ha aparecido cuando han abierto la puerta, una que se atreve a entregar a su hija natural en mano, que da la cara, en vez de abandonarla a la puerta.

Por eso hoy el trámite resulta más engorroso, requiere conversar. Carol ha pecado y no se esconde. Tendrá que pagar su arrogancia de algún modo, se dice la madre superiora. No sucede a menudo, esta madre soltera es atrevida y las está desafiando, quizás… Pero la posibilidad de llevarse estos disgustos compensa, pues pase lo que pase hay que librar a toda costa a estos hijos del pecado de sus madres para educarlos por el camino recto.

Tras unas cuantas preguntas sobre la edad de la niña y su fecha de nacimiento, confirman que no está inscrita en el Registro Civil. Hay un vago intento de indagación sobre las circunstancias de su filiación desconocida… Como Carol no concreta casi nada, le confirman, muy serias, que no cabe duda, ha tomado la decisión correcta y pasan de inmediato a explicarle que, aparte de los cuidados de alimentación, vestido y salud, con ellas la niña recibirá una sólida formación en religión, mucha costura y, si es lista, también podrá estudiar hasta la mayoría de edad para que, cuando crezca, no sea tan pecadora como su descarriada madre.

Siempre y cuando se avenga a aportar algo para la manutención, religiosamente, puesto que dice que la va a dejar ahí para poder trabajar. Dependientes de rentas públicas y donaciones para la beneficencia, son avaras cuando las circunstancias lo permiten, siempre por una buena causa, sólo así podrían cubrir las necesidades fundamentales de los niños que llegan sin madre que los deposite.

Van a proporcionarle a Vitalia un hogar, educación y, en lo posible, aptitudes profesionales para que en el futuro pueda valerse por sí misma… Si la madre colabora todo será mucho más fácil…

Rebosan claridad y sentido práctico.

Mientras, la niña ve cómo el calor de la chimenea encendida evapora las gotas de agua de su rostro y del dorso de sus manos y las sustituye por carne de gallina. «Todo estará bien aquí», susurra Carol mientras la abraza.

Ya está casi todo hablado, avanzan juntas hacia otra mesa, rodeada de manchas de humedad en las paredes y el techo, este color lo enmarca todo con una especie de verde elegancia, y ahí está el libro de inscripciones, abierto como de costumbre. El aire es espeso como agua estancada, sofocante a pesar del frío que hace fuera, está todo demasiado cerrado aquí dentro y Vitalia se resiste a andar. Así esta madre desesperada comprueba lo difícil que será librarse de lo que trataba de no tener en cuenta —a propósito o por ingenuidad—: para la pequeña ésta será la peor circunstancia de su breve vida, y por eso opone resistencia y Carol valora, un instante, lo que está haciendo, pero casi enseguida se reafirma en que es lo mejor, ella no dejará de pagar, ella no regatea jamás y paga el precio que le piden por todo, siempre hacia delante, confía en trabajar mucho y progresar una vez se haya liberado de su mancha, es necesario y rubrica la entrega y la cláusula que le leen y que establece que pierde todo derecho y, si un mes dejara de hacer su aportación, la niña tendría que abandonar el colegio y quedaría en manos de un centro de acogida con menos recursos, como una auténtica huérfana.

—Mamá, vámonos —dice la niñita en voz muy baja, asustada, apretándose contra su madre y temblando de pies a cabeza.

Nadie la escucha.

—Vámonos, mamá… —insiste.

Carol evita la mirada de la niña y hace como que no ha oído sus reclamos, asiente a cuanto indican las monjas con exquisita educación, quizás para estar a la altura del solemne objeto de la visita intempestiva, o para evadirse del respingo de la niña que ha tirado de nuevo de su falda, que tiembla porque acaba de comprender que en cuanto su madre salga por la puerta será huérfana del todo.

Tiene seis años y lo ha entendido casi todo, pero ingenua aún se mantiene silenciosa como una buena hija para que su madre no vaya a pensar que le tiene en cuenta que no le haya contado antes que iba a dejarla ahí. Sujeta entre las piernas un gran bolso de tela con algunas prendas y su cuaderno, porque Vitalia ya sabe leer, escribir y contar gracias a la amorosa paciencia de su madre, a la que tanto admira, una madre que ha dicho:

—Necesito dejar a mi hija con ustedes para poder trabajar.

Está a punto de cumplir veintiún años y es valiente para tomar decisiones, por dolorosas que sean, está decidida a hacerlo.

—Voy a ofrecerme a una casa, no aceptan niños. De hecho, no saben que tengo una hija y…

Vitalia no entiende nada pero ellas sí. Las monjas lo entienden todo muy bien y casi no escucha lo que dicen, se pierde partes de la conversación como si estuviera en el corazón de un torbellino. Uno que se lleva los ojos de la madre superiora y de la suya a la ventana para no mirarla, mientras una novicia, joven pero fea, con nariz de pájaro y ojos de buey transcribe lo que le dictan en el grueso libro de inscripciones.

Anota la fecha de nacimiento de la pequeña, su nombre y el de su madre, junto con un "padre desconocido" que Vitalia escucha por primera vez en su vida. Ha leído cuentos de padres y madres, nunca se detuvo en esa carencia, no preguntó, pero a partir de este día no pensará en otra cosa. Si tuviera un padre, ahora lo sabe, no perdería el cariño de su madre.

Mira a donde miran ellas, observa que la ventana tiene una cortina, casi impalpable, como formada de suspiros, descubre que desde ahí una vocecita cuchichea. Se alegra, porque es la que tantas veces ha escuchado en la montaña, atiende y, cuando la conversación entre su madre y las monjas parece a punto de terminar, cuando ya han deletreado el nombre de la pequeña y han tomado nota de que no está bautizada, cuando su madre ya se dirigía hacia la puerta, Vitalia vuelve a hablar.

—Mamá, dicen las hadas que te acuerdes.

Carol empalidece y se queda sin respiración por un instante, luego tose, la madre superiora carraspea y ambas miran a la niña como si lo hicieran por primera vez, y de arriba abajo.

Sor Regina alaba su pelo rizado, tan largo y suave, y los bonitos ojos, para cambiar de tema. Carol habla de las nevadas y de la desgracia del techo hundido de la casa, del frío que han pasado de camino… Todo ayuda a amortiguar la intriga: ¿aceptarán como interna a una niña que dice que habla con hadas? La sensación de angustia que le oprimía el pecho se reanuda.

—Está sana y robusta, pero es quizás fantasiosa en exceso, nos encargaremos de educarla para que aprenda a controlarlo.

Más tranquila, Carol se agacha para despedirse.

—Sé buena, Vitalia, vendré a verte cuanto pueda —dice, con la voz rota por el nerviosismo que le causa esta situación—, tengo que trabajar mucho para que podamos vivir en esta ciudad.

Vitalia repite mentalmente estas palabras, como un eco, le gustaría que su madre no dejara nunca de mirarla.

—Estará bien con nosotras, márchese tranquila.

Con esta especie de bendición dan por cerrada la reunión y su madre se levanta. La han aceptado y han cerrado la visita, harán de ella una buena muchacha, avanzan en grupo hacia la puerta para salir al recibidor y arrastran con ellas a Vitalia, que esquivando las faldas de la madre superiora sigue observando la cortina de reojo, una extraña la lleva ahora de la mano para que camine.

No hay más voces y alguien la ha cogido en brazos como a un bebé. Se siente adormilada, lo justo para no darse cuenta de cómo su madre le ha dado un beso en la frente, se han dado la mano y se han despedido. Todo ha sucedido con extrema rapidez.

—¡Mamá!, ¡mamá!

Vitalia mira en derredor y ya no la ve. Grita, se zafa de los brazos de la monja y cruza el despacho como una exhalación. Está muy asustada pero aún no llora, sólo corre y ni ve a las monjas, que tratan de atraparla, pero tampoco ve a su madre.

Se ha esfumado, su madre se ha escurrido en la oscuridad de la noche.

—No grites, pequeña, es tarde y las demás niñas duermen.

¿Las demás niñas? Vitalia no entiende nada y aparta de nuevo la mano de la madre superiora, que la ha agarrado por un hombro y le pregunta amable si quiere cambiarse la ropa mojada y cenar. No. No quiere nada. Quiere a su madre. La peor de todas ahora, la que la ha desamparado. Quisiera decirlo, pero en vez de eso vomita en la alfombra y abre mucho los ojos, tanto que por primera vez en su vida las lágrimas brotan, y no sirve de nada porque entre su madre y ella hay ahora una puerta que impide ya que pueda verla ni consolarla, se ha disuelto como la sal en el agua, el cariño de su madre no sirve si está lejos, tras el frío de la puerta de dos hojas de la entrada. Y llora, llora y se da cuenta de que la de los ojos es el agua que se desborda, en tropel, cuando no entiendes lo que sucede.

«Sé buena», dijo.

A medida que se vaya haciendo mayor, estas dos palabras, «sé buena», aparentemente inofensivas, resonarán infinidad de veces en su mente y entonces deseará ser mala con todas sus fuerzas, sí, aunque a veces lo disimule, mientras su madre aprenderá el oficio de planchadora, en el que demostrará destreza, haciéndose pronto un lugar entre las muchachas humildes que trabajan en la capital: las piezas de tul y otras telas delicadas se las encargarán sólo a ella, que las tratará con esmero, junto con filigranas, bordados y mantones que reparará, el organdí, el encaje que almidonará como se almidona el corazón de una madre y una hija cuando se dan estas

circunstancias.

Con el riesgo de que las fibras se quiebren y el tejido quede estropeado para siempre.

Capítulo 2 | Te harán el frío

Convento-colegio de Palma de Mallorca, 1968-1975

Su estado de ánimo cambia con rapidez. En un momento dado entra en éxtasis y de pronto es presa de mucha ansiedad. Por eso escribe notas inquietantes en los márgenes de sus cuadernos de caligrafía: «El mundo no me quiere, pero aún no sabe por qué». Y luego las borra para que nadie la descubra, pues los recuerdos de infancia son de una materia muy quebradiza para apoyarse en ellos.

Es menester trabajar, nada más que trabajar. Y hay que tener paciencia porque sí, se siente de otra especie, nunca será como las demás niñas y estudia con todas sus fuerzas. No para agradar a las monjas, no, desde que estudia de veras ha comprobado que lo que opinen los maestros no importa. Cada mañana, entre dientes, antes de abrir cualquier libro, Vitalia susurra «Quiero marcharme de aquí».

Para escaparse del único hogar que tiene, donde nunca ha recibido amor ni afecto ni comprensión, donde ha conocido la desesperación inmensa y el amor sin fondo. Pero las monjas no se dan cuenta, viven en su mundo paralelo y la consideran válida pero extraordinariamente despistada. Al principio, creyó que le zumbaban las orejas, o que una expansión de la sangre murmuraba armonías soñadas, como una catedral de ecos, un bostezo subterráneo, pero no, no sabe de dónde surge pero enfrenta a todas horas criaturas fantásticas, lo que ve y oye es pequeño y titilante y centelleante y aterciopelado y le sucede cuando reza pero también durante las labores de costura, de intrincado dibujo.

Lo único que sabe hacer es aceptarlo como se aceptan los tornasoles de la luz del sol sobre determinadas superficies, maravillándose, las hadas son la claridad y borda escenas en las que hay encantadas y duendes que maravillan a las monjas por los delicados detalles, seres que ascienden elevándose en el aire y empiezan a girar y girar, a subir y subir, como si lo hicieran por una escalera de caracol. A veces los colores y formas se transforman también en mapas de tesoros o en paisajes incomprensibles, durante las clases de matemáticas y de literatura descubre inspiradoras melodías de murmuraciones dialogantes, susurradas a *soto voce*, en el fondo oscuro de la pizarra, de donde surgen visiones imposibles de concretar e inquieta a sus profesoras. El conocimiento de la

naturaleza humana, sus instituciones y convicciones.

—Vitalia, a veces resuelves las sumas con la imaginación, y eso no puede ser bueno —la reprendió un día, casi amorosa, una de las más pacientes— deberías fijarte más en cómo lo hacen tus compañeras.

Las matemáticas sin fantasía son más difíciles, pero cómo explicarlo. También leer mapas. Seguir órdenes. Todo bulle en su cabecita como de pequeña el mullido fragor de las hojas de los árboles cuya savia fluye más veloz que el agua del arroyo, como las conversaciones con su madre sobre las fases de la luna o las inofensivas nubes de mayo, pero aquí nadie tiene la libertad de salir al patio ni mirar al cielo sin permiso.

Es comprensible, fue salvaje durante seis años y apenas han empezado a domesticarla, hay cosas que no se olvidan… Sólo se difuminan, como la raya de lápiz sobre el papel pautado, pero borrar los recuerdos del paraíso perdido es un asunto muy serio y sólo hay una manera de convivir con ello ahora: decir que sí a todo y engañar a las monjas, pues cuando ha sido clara y sincera no hay quien la entienda y terminan castigándola o dándole sermones.

Un día del primer año le confesó a sor Regina, tal como se desenreda la seda del gusano para ordenarla en madejas, que lloraba porque se sentía sola. Le habló de su madre, a borbotones, dijo que la veía en sueños y reconoció que la odiaba y la amaba a partes iguales. La castigaron para que reflexionara, pero cómo iba a hacerlo si ni ella misma sabía por qué lloraba.

—Vitalia, hija mía, no desconfíes de tu madre, que es desconfiar de la inefable Misericordia, ella sin duda tratará de recuperarte algún día cuando su situación mejore y pueda hacerse cargo de ti. Mientras, Nuestra Señora y nosotras somos ahora tus madres y te queremos y te cuidamos, deberías sentirte gozosa por ello.

Algún día. Eso es demasiado tiempo si no llega nunca e inevitablemente se ha convertido en una pecadora que calla, no es cierto que la traten como a una hija. Está aquí adoptada, acogida, es una extraña y lo recuerda a diario porque permanecer en el hospicio con esas mujeres tan raras, antipáticas y tétricas a pesar del aparente y perenne regocijo de sus rostros, durante años, no es algo que hubiera deseado ni a su peor enemigo.

La existencia de Vitalia ha estado lejos de ser amable o cómoda, a pesar de los pájaros negros, amarillos y blancos y los remolinos de mariposas, y no le da fuerzas el recuerdo, al contrario. La fuerza se lo da un objetivo, uno de límites imprecisos, pero sólido al fin y al cabo, y hasta el sufrimiento más intolerable se suaviza bajo ese manto.

El recuerdo de su madre irá perdiendo fuerza a cambio de sus proyectos, de inquietudes que irá forjando sin contárselo a nadie. Resignada, a diario se convence de que apenas puede hacer nada de momento, las cosas van como van y… Si todo ha de marchar por es rumbo, pues a seguirlo, aunque vaya lento y haya días que le da la sensación de que no crece y cada día le parece menos probable que su madre regrese a por ella, se ha hecho fuerte y ya no llora a todas horas porque las niñas mayores le han contado que, si se porta bien y no da problemas, podrá escapar.

Por ejemplo para ir a la universidad, algún día. El año pasado, una niña que le ha hecho de madre, que estuvo calmándola por las noches cuando Vitalia caía presa del desconsuelo, se lo contó: estudiar es un buen camino para ser libre y leer ayuda a olvidar las penas.

Ahora tiene diez y está en pleno tránsito. Apenas faltan unos cuantos años y trabaja en firme. La encomian y la presentan como ejemplo a las demás por sus buenas notas y su aplicación, pero ella lo hace simplemente porque espera ese feliz día en que la dejarán marcharse fuera de estos muros para ir a la universidad. Lo espera como aguardan las niñas del patio su turno para cantar «Al Sol le llaman Lorenzo / y a la Luna, Catalina» o «Al pasar la barca, me dijo el barquero…».

Vitalia no canta con las demás, la mantienen al margen porque no gusta ni confían en ella y ésa es su paz de a diario, no tener que hablar con nadie, no tener que pensar en nada concreto, de la mañana a la noche. De ella sólo se espera que no llame la atención y que obedezca las órdenes de las monjas sin poner en entredicho nada, amable y mansa.

Como si estuviera dormida.

Y, sobre todo, que no llore.

Ha conseguido que confíen en ella aprendiéndose de memoria el catecismo, juntando las manos debajo de la barbilla con aire concentrado y transcendente y, cuando viene el padre, es la primera en confesarse.

Según las monjas, confesarse es obligación de toda buena chica, y para Vitalia es de lo más sencillo. Es un arte.

Consiste por ejemplo en no decir, si nadie se lo pregunta, hasta qué punto pone en duda los sermones íntimamente o lo intrigada que la tiene la posibilidad de averiguar algún día cómo estarían esas activas bienhechoras gestoras de la institución sin su toca blanca, tiesa y almidonada. ¿Cómo serían vestidas de calle esas mujeres que se pasan el día diciéndole lo que tiene que hacer y cómo?

Apenas ha dado problemas.

—Ave María Purísima

—Sin pecado concebida.

Sólo al principio, cuando aún no sabía cuánto tiempo tendría que pasar ahí dentro ni tenía el alivio de su proyecto de escaparse a la universidad, se dejaba llevar por la melancolía. Pero ahora es distinto, ya sabe lo que debe hacer para tener paz para que la dejen tranquila, para que consideren que es inteligente y aplicada, y sabe que no debe confiarse, pues eso depende del ánimo de la monja que la evalúa.

Hay que estar siempre alerta para no caer en desgracia. Lo que de veras importa es caerle bien a la madre superiora, que tanto refunfuña y las castiga, lo que no es muy difícil porque su principal preocupación es si las niñas cumplen con sus deberes religiosos.

Se fija en las notas del catecismo y en si respetan como es debido los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y a partir de ahí las chicas listas tienen la libertad de pensar en lo que cada una quiera. A Vitalia no le va este juego. Ha aprendido a ser una niña modelo, dócil y modesta, comprensiva con las malas maneras de las monjas y su enérgica virtud de decidirlo todo por las niñas a su cargo. Rezar mecánicamente se le da bien, a las monjas les gusta cómo lo hace, como un autómata.

Como va avanzada en lectura, han puesto a su disposición todos los libros, proporcionándole con ello una gran fuente de evasión.

Siente predilección por leer y releer poesía y los soberbios volúmenes en los cuales se resume la historia del arte, y así puede pasar horas a solas sin que nadie la moleste. En estos libros siempre descubre algo nuevo y de gran sabiduría y por otro lado su afición no es nada peculiar ni digna de admiración aquí dentro, así que pasa inadvertida. Tarde o temprano, cada niña tiende a concentrarse en una actividad y hay niñas bordadoras, niñas que adoran la repostería o que cuidan con esmero del jardín. De un modo u otro, cada una de las pequeñas ninfas ha elegido un objetivo propio en el que ocupar su tiempo y posar sus pies para no sentirse perdida, obsesiones para no pensar en lo mucho que echan de menos el cariño de sus madres, las que las recuerdan, o el cariño en general las que entraron tan pequeñas que no pueden ni recordarlas.

Cada uno avanza íntima y secretamente, a su manera, hacia la mayoría de edad, que es cuando está previsto que las dejarán marchar. Cuando sean libres… unas cuentan que quieren ser monjas, que es la vía más segura; otras quieren casarse y tener muchos hijitos a los que no abandonarán jamás, a trabajar las

valientes aunque sea de aprendiz y otras, las más atrevidas, dicen que van a estudiar.

Vitalia es de esas, es voluntariosa y pone en ello todo su empeño y lee y aprende cuanto se ofrece a su alcance, es ya la niña mejor formada y no tendrá problemas para acceder a la universidad.

—Vitalia, no te despistes, vamos a rezar.

Eso es lo malo. El tiempo que le hacen perder. A la hora de los rezos siente una necesidad imperiosa de escapar y correr y saltar como una mariposa que ve abrirse una ventana aunque sólo sea en su cabeza. Desearía permanecer siempre en la biblioteca, pero no puede evitar los padrenuestros y avemarías de turno, a diario, aunque ella les superpone, en su imaginación, personajes más o menos imaginarios de su propia cosecha que la ayudan a disfrutar esos momentos, y por eso le cuesta seguir la pauta.

Ve y oye seres que no están a la vista de todo el mundo y pierde el hilo, pues oír con el pensamiento es algo bien distinto a escuchar, pero las monjas son comprensivas porque consideran que probablemente su dificultad se debe a que nunca había rezado ni había tenido ocasión de ir a misa antes de que su madre la pusiera a su cuidado. Esta teoría las reconforta, pues así sienten que están salvando un alma… y de eso se trata, de que se sientan útiles y eficaces.

—Has progresado muy bien, ya casi rezas de memoria, como tus compañeras, con fervor.

Reza con los recortes de la hostia blanca que se le deshacen en la boca y la cabeza en otra parte, pero lo hace tan bien que es como si llevara toda la vida haciéndolo. Ha avanzado mucho porque se lo tomó en serio hace dos años, para su primera comunión.

Le hacía mucha ilusión vestirse de blanco y llevar un cirio finito e impoluto para que la miraran… Semanas antes soñó que ese día vendría su madre y le daría un beso, orgullosa de ella.

En su lugar vino Leonor, la amorosa abuela que nunca falta. Carol tenía que trabajar, como de costumbre.

—No permitas que mamá te olvide —recuerda que le dijo la abuela, incomprensiblemente.

—Abuela, mamá tiene que trabajar mucho… —respondió Vitalia, avergonzada por la certeza de que si no había venido para su primera comunión, ya no vendría.

Preferiría que Leonor no le hable tanto de su madre.

—Eres una chica mayor ya, estamos muy orgullosas de ti.

Vitalia no dijo nada, miró el suelo como si buscara una hormiga

y se sumió en las rutinas. Y es cierto que parece mayor de lo que es. De hecho, la monja que llevaba el catecismo, hablando con otra, dijo de ella que, aunque era muy pequeña, poseía la gravedad, la lentitud y la dignidad de una anciana que hubiera vivido cien años, tan seria y capaz de razonar de cualquier tema y aceptar todas las normas: el día que hace malo la gimnasia se hace en el salón interior, cuando hace bueno, todas al patio, y no demasiado rato porque eso no es de señoritas. Así, mediante estas simples rutinas, avanza por el caminito de disciplina de las tutoras, de hora en hora, de mes en mes se dirige hacia esa puerta de los diecisiete años, la ve entornada ya en su imaginación de niña.

Calla y espera, es más sencillo, pues ya sabe que las que hablan mucho no tienen ventaja ni dejan de necesitar refugios para sobrellevar la falta de sus madres y padres. Pero no es una ventaja ser así, todo lo contrario, he aquí la fatalidad: incomoda con sus silencios.

A las monjas ya no les importa. Acostumbradas a hablar poco y a la disciplina, adoran a esta pequeña. Pero los demás niños le tienen un respeto que en ocasiones se torna aversión y piensan que es engreída porque no participa en sus juegos y pone caras raras, como si hablara sola. Nunca han podido siquiera imaginar que, al principio, cuando llegó, no jugaba con ellos sencillamente porque nunca había jugado antes. De hecho, ni siquiera había estado con otros niños.

En ese patio sin hierbas altas ni gazapos correteando a su paso Vitalia —por gracia de su carácter— se sintió fuera de lugar desde el primer día. Le gusta observar cómo se abren las flores, cómo las moscas emprenden sus infinitos giros o los gorriones se lanzan a sus remotos viajes atmosféricos y no puede explicárselo a nadie, pero su rostro mostraba que se sentía profundamente más interesada, y a menudo feliz, con los pensamientos que ocupaban su imaginación que con las conversaciones de las niñas en el patio. Así que decidieron hacerle el frío.

El frío consiste en ignorarla, en no hablarle, por rara. Y porque las mariposas vienen a su pelo.

Lleva ya años así y ya no espera ni caer bien ni que le hagan caso. Deambula. Al principio notó el frío, pero al cabo de un tiempo la evidencia del creciente y resuelto rechazo de sus compañeras empezó a pesar tanto que tuvo que acostumbrarse y la ayudaron a abandonar la ingenuidad y la jovialidad de su primera infancia.

Se tornó la más reservada y melancólica, o casi, pues los dolidos entre sí se reconocen y sabe que no es la única con problemas. Una

vez, quiso tener una confidente y escogió a una niña enclenque y siempre despeinada a la que admiraba porque hacía todo lo contrario que Vitalia: no callaba ni bajo el agua y parecía la más alegre del grupo.

Creyó que podría aprender de ella a controlar su melancolía y ser más sociable, pero la pequeña le confesó que tampoco podía aguantar allí dentro mucho tiempo sin llorar pero que lo hacía en el cuarto de baño, y no por miedo a las monjas, no, sino porque temía que, si se permitía llorar ante las demás, no podría parar.

Vitalia, a cambio de esta confesión, le habló de cómo echaba de menos el campo, pero esta amiga no la podía entender porque había nacido en la ciudad.

—No pienses en lo que tenías antes, haz como yo: olvídalo todo.

Siguió un momento de silencio hasta que Vitalia, con pueril enfado, respondió que no podría, y por tanto el consejo de esta amiga no surtió efecto alguno.

Lo ha intentado muchas veces más, después, pero no puede, los recuerdos son lo más difícil de borrar a voluntad. Si no quieren irse, no se van, son más difíciles que las manchas de tinta, son como los dolores de cabeza que nunca había tenido antes, o los ataques de ansiedad que la hacen gemir entre dientes cuando tiene que entrar en el edificio, casi siempre en penumbra, mientras fuera hace sol y hay mariposillas sobre los parterres.

Para resarcirse, ha elaborado una particular interpretación de las enseñanzas de pureza y delicadeza de las monjas combinada con las pasiones más turbias de su interior, su lado oscuro, y con el paso de los años ya no disimula.

—Es el sombrero más bonito que he visto nunca, ¡abuelita! —exclama mientras voltea entre las manos un bombín de muchacha de media ala, fuerte y de cofa convexa.

Vio uno la semana anterior en la calle, durante una salida en grupo con un par de hermanas que también adoran el arte. Fueron a visitar una exposición en el centro, y ahí hay sombreros por todas partes, pues tanto mallorquines como mallorquinas lo llevan para ir a la moda.

Vitalia le confesó a su querida abuela que había soñado con tener uno.

Leonor se lo ha traído, pero no escucha a su biznieta, está pensativa y mira hacia otro lado en vez de mirar a Vitalia, su alegría y su nuevo sombrero.

—¿Abuelita, estás bien?

—Gracias, querida, estoy bien, sólo que me gustaría que encendamos alguna luz.

Están en el salón, junto a la chimenea.

—Están todas encendidas, abuela.

—Ay, mis pobres ojos…

La abuela Leonor es mágica cada domingo a pesar de las manos artríticas y las cataratas, principal causa de su andar lento e inseguro. Con una vieja y aguda belleza detrás de sus ojos, adora a su biznieta y, para demostrárselo, esta vez ha llegado con esta caja redonda forrada de papel a rayas que la pequeña acaba de abrir. Abrir cajas siempre es una fiesta.

—Déjame tu mano, anda, Vitalia —le pide poco antes de marcharse.

Así, Leonor le coloca a tientas una rígida pulsera de aro en la muñeca. Parece suya, pues a Vitalia le queda grande y está un poco deformada, pero está encantada porque es dorada y brilla como un día de sol. Después la mira a los ojos y le dice:

—Cien penas pasarán a tu lado sin tocarte.

En cuanto se han despedido Vitalia ha olvidado la pulsera y ha corrido a la habitación como si fuera a leer para dedicarse a lo que ha llamado realmente su atención y le ha parecido valioso. Se lo ha probado de inmediato y le sienta de maravilla y no podrá dejar de mirarse en el espejo. Todas las tardes, antes de la cena, se pone su sombrero, tiene dieciséis años y sus cabellos han crecido en abundancia, pero lo mejor de todo es que puesto que le ensombrece el rostro hasta los pómulos parece más etérea y soñadora que nunca. Sin embargo… menudo despropósito, pues sus compañeras de cuarto, por envidia o vete a saber por qué, se lo han chivado a sor Transi, la monja que desafina canciones con la guitarra cuando está de buen humor y que incluso les permite cepillarle la larga melena oscura, que lleva a pesar de las amonestaciones de la madre superiora, aunque sea una prueba demasiado visible de su soberbia.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunta, autoritaria y molesta, a las niñas que se encuentran en corro alrededor de Vitalia.

Una multitud se ha apiñado en el cuarto, entusiasmadas por algo. Aunque no puede entre las cabezas, sabe que debe detener lo que sea que está ocurriendo. A Vitalia no le sorprende, después de todo, ése es su trabajo, evitar que se diviertan.

—¡Vitalia!

El grito de atención cae sobre el grupo como un jarro de agua fría. Al instante se hace un silencio, nadie dice ni pío y no se oye una mosca.

—Es vanidad y es pecado, dámelo que lo guardaré para que te lo pongas sólo cuando tengas que salir a la calle y siempre que sea una ocasión especial.

Nota que se está poniendo roja, y cuando sor Transi le quita el sombrero de un manotazo Vitalia se da cuenta de que nunca había pasado tanta vergüenza. Menudo chasco, era de esperar. Prohibido, como todo lo que se sale de las estrictas normas que imperan aquí dentro.

Pero nada de esto importa a medida que los meses y los años se suceden, ha decidido ser fuerte y no inmutarse, pues sabe ya que muy pronto estará fuera definitivamente y ya nadie le volverá a decir lo que tiene que hacer, ese es su plan.

Ahí, en su viaje a Barcelona y el acceso a la universidad, acabará casi todo lo malo. Las alas de su imaginación para pensar en un futuro sin esa sensación de tristeza que la invade de vez en cuando.

Han crecido bastante ya, y las alimenta y se desarrollan gracias a su penetrante capacidad de observación. Es capaz de encontrarle belleza y magia a cualquier rincón del edificio, todo puede serle útil a su empeño de pensar en lo que sea menos en su madre. No se le escapa nada.

Sor Custodia castigó a dos niñas por subirse al murete para asomarse y le quitaron el aire de las cuatro ruedas de su coche. Vitalia lo vio todo en un sueño, supo quiénes se habían acercado antes de amanecer a ese Renault 850 granate. Pero no dijo nada, no es de esas.

Empieza a ver modestamente recompensado su silencio y tal como esperaba se ha ganado ya a algunas monjas que le han asegurado que un día podrán gestionar la intercesión necesaria para solicitar una beca de estudios del gobierno para el instituto y luego la universidad. Fuera de ese internado si saca buenas notas. Libre.

Pero debe tener cuidado y no equivocarse, y por eso ha aprendido también a evitar a otras monjas, las meticulosas, ésas son las peores. Lo mejor es ser disciplinada y estudiar mucho. Aunque le salgan ojeras moradas.

Se esfuerza y se esfuerza y descansa luego mecida por sus fantasías, consciente de cada presencia perturbadora que sólo puede ver ella, de ese algo que también aguarda a que salga del colegio, libre, ese algo que algún día tendrá que confrontar, algo que está debajo de todo, que no distingue porque está inmerso en su fulgor, y se evade.

Para cada ser existe una fantasía que ayuda a olvidarse del mundo en los momentos en que éste gira de formas extrañas y las

suyas le gustan ya, la hacen ligera y apta para el vuelo. No importa que nadie la entienda, será feliz mientras antes de quedarse dormida si logra recordar, una noche más, el color de todas las flores que le gustan.

Capítulo 3 | Objetos perdidos

Barcelona, oficina de objetos perdidos, 1993

Tiene problemas de adolescente y miedos de adulta, como a veces sentada en un restaurante abarrotado, con un libro abierto a su lado, o cerrado si la pasión de la lectura la ha desbordado, mira a los desconocidos que tiene a su lado como si los conociera de toda la vida, y le parece a la vez raro e imposible no poder dirigirles la palabra: todo en ellos la conmueve hasta paralizarla, los temores y las aflicciones ajenas se suman a los suyos y no sabría qué hacer y mucho menos que decir y por eso sigue sola, a no ser que alguien le dirija la palabra.

Ella no pertenece al mundo, apenas a Objetos perdidos. Lo tiene todo por hacer y, sin embargo, no quiere hacer nada más que trabajar aquí. A diario encerrada en la oficina, desde las nueve de la mañana y hasta muy tarde, disfruta los placeres hipnóticos, repetitivos y rítmicos del trabajo que evita que piense en todo lo demás mientras fuera los semáforos cantan sus colores aunque el cielo esté gris y apenas un árbol, y sólo surgen de las instrucciones laborales encargos extra que hay que cumplir sin rechistar.

Porque es una empleada ejemplar, aunque esté un poco ida, no debería habitar tanto en los ensueños, en los deseos, en las intenciones de los demás. Los demás que resuenan en su mente como un coro infernal, mientras su voz interior, a la que trata de no prestar atención, se sumerge entre objetos perdidos. Para siempre.

Con todo eso ha llegado hasta aquí. Y no quiere ya moverse, se aferra. Se aferra a su sexo en el cuarto de baño para masturbarse cuando la angustia es excesiva. A diario se acurruca sobre la taza del wáter sin que nadie sepa otro de sus secretos. Uno más. Ha sido un camino largo y pesado y lleno de no pocos baches desde la primera vez que deseó ser normal y le contó lo suyo a un psicólogo.

Lo primero que hizo fue diagnosticarle agorafobia con alucinaciones, así, sin el menor empacho.

—La gente creativa, igual que aquella que padece de desórdenes psicóticos, por lo general ve el mundo de forma diferente a la mayoría. Es como ver un espejo quebrado.

—Le aseguro que lo que veo y oigo desde niña no es fruto de mi imaginación.

Vitalia se aferra a sus visiones, el otro desconfía. Eso es algo muy común en el ser humano… Nos cuesta distanciarnos como desconfiamos de todo aquello que no entendemos. Es el miedo natural a lo desconocido. Pero... ¿Acaso podría hacer ella lo contrario? Para ella son un alivio de la mecánica y vacía cáscara del universo que habita, y está dispuesta a defenderlas como sea. Un tesoro que la consuela y a la vez le impide ser feliz porque la aparta de la realidad, y por eso ha tratado de buscar ayuda en no pocas ocasiones, pero luego... Luego no le gusta el diagnóstico. Y cuanto más medita sobre ello, más desbordada se siente.

—¿Pero no considera, acaso, que sería más feliz sin las visiones que la asustan?

—Si mis demonios me abandonan, las aguas, el viento, la noche... temo también que mis ángeles desaparezcan, y compréndalo usted, eso es justamente lo que no puede ocurrir.

No la entendió. Pues sus visiones no son, como creen algunos, sentimientos, son experiencias. ¿Demasiado complicado? Quizás sí. Es necesario poder pensar en encuentros inesperados, en despedidas que hacía tiempo se veían venir, en días de infancia cuyo misterio no está aún aclarado. Por eso casi nadie a su alrededor parece entender sus preguntas, sus dudas, sus contradicciones al respecto, y tanto más difícil será alcanzar algún día una respuesta. ¿Cómo explicar que tiene el ánimo por los suelos y precisamente por eso se agarra con todas sus fuerzas a las alas de sus hadas? Son sus seres diminutos y benévolos colmados de magia y fantasía, luminosidad y las características primigenias que tanto ha echado de menos en su entorno desde su más tierna infancia... Es apenas lo que le queda.

—Vitalia, recapacite, no se obceque y déjese ayudar por la terapia y por las personas que saben más que usted sobre la mente, uno no puede analizarse porque está dentro —la amonestó el vetusto especialista, sin mirarla, mientras elaboraba una receta.

Quizás tuviera razón y la respuesta a lo que realmente le pasa se encuentra fuera de su alcance, pensó a menudo en ello, había acudido a él porque le consideraba más sabio y mejor capacitado para considerar sus síntomas. También leyó con avidez los libros y manuales de doctores y expertos que afirmaban que las personas abrumadas por un gran dolor o remordimiento suelen tener visiones fantásticas. Pero ni los libros ni el terapeuta tuvieron efecto alguno, no mejoraba y prosiguió en su camino de cometer error tras error, como si la lección fuese esa. El apego a sus costumbres y el desapego con la realidad, todo revuelto como en una licuadora a punto de estallar... En un mundo que es irremediablemente impuro y detestable.

—Ya, bueno… Yo sólo lo digo porque creo que debe saberlo, doctor. Sigo como el primer día, la medicación no me hace ningún efecto más allá de adormilarme. ¿Sería posible que yo fuera diferente al resto de sus pacientes, al resto de casos que usted conoce?

Él, sorprendido, alzó la cabeza de la mesa, vacía y pulida, y no escuchó nada más. Tampoco le importaba, porque apartó con desgana la vista de ella.

—No se preocupe, Vitalia, vuelva la semana que viene y siga tomando nota de esas visiones, y no olvide anotar también sus sueños.

Se enfadó consigo misma por no haber defendido mejor lo que veía con sus propios ojos y escuchaba a su alrededor como el aleteo de una bandada de pájaros silvestres, claro, cercano y huidizo. Y ya sabemos que no todos los psicólogos son iguales, así que habló con otro.

El segundo, tras tartamudearle Vitalia los detalles de su enigma, fue más amable y le indicó que había otra vía de interpretación y su explicación resultó más sutil; la atención sostenida, angustiosa, con que Vitalia ha observado los sucesos desencadenados en su vida con las monjas, cómo su madre la dejó y la mantuvo luego en imprecisa y constante espera, el deseo de que suceda, algún día, algo maravilloso que la rescate… pueden haberle debilitado los nervios y haberla hecho propicia a ver fantasmas o lo que sean los personajes y visiones que su imaginación alimenta. Una corriente de miles de pensamientos que, como las ramas que se ocultan entre el follaje de los árboles, llegan hasta ella de algún otro lado y alimentan una fe más cercana a la paranoia que al sentido común.

Cree y no cree en las visiones, como los psicólogos, lo que tiene claro es que no logra apartar la idea de que a veces ha visto hadas y duendes, por mucho que haya quien asegure que no han existido jamás o se han extinguido. No, ni mucho menos, respondería ella airada si alguien le preguntara, las visiones son las raíces invisibles que se entrelazan con las de los árboles, las plantas y el curso subterráneo de las aguas. La luz… Pero nunca ha intentado convencer a nadie y se lo ha guardado todo para sí como si se tratara de su más preciado tesoro.

Ella lo está. Muy abrumada. Pero se ha acostumbrado a estarlo. A sus 35 años y en la Barcelona de los 90, todo parece en orden y ya invariable tal como está, en frágil equilibrio, a sabiendas de que se sostiene a duras penas: lleva años tratando de ahogar sus percepciones alteradas mostrándose indiferente, como si no hacerles mucho caso las borrara. Pero no se borran ni hay voluntad que las

pueda ahogar, han aprendido a nadar y se ha resignado a que afloren cuando quieran y sin previo aviso.

No puede evitarlo. ¡Y cuánto le gustaría ser una chica normal!

¿Ratones, cañerías, crujidos de la madera o hadas? Debería dejarse de fantasías y centrarse más en lo que tiene, en lo que es, en lo que hace y le gusta. Por un lado, cuenta con su eficiencia en la oficina de objetos perdidos donde trabaja, resignada a permanecer entre las raíces invisibles de la vida urbana y solitaria como una hacendosa ardilla que acumula nueces para pasar el invierno, en su madriguera que se ha convertido en refugio para mantenerse lejos de su madre y los recuerdos del pasado. No puede regresar a su isla porque no le queda apenas nada ahí.

Por otro lado, cuenta con la válvula de escape de su facilidad para entregarse sexualmente, impulso que como único alivio aflora inconfesable, de vez en cuando, sin compromiso y sin continuidad posibles, pues Vitalia no confía ni en el amor ni en que nadie pueda comprenderla, por mucho que se esfuerce, de hecho hace ya años que dejó de intentarlo.

En consecuencia, ha construido a su alrededor un bosque discreto y tranquilo en el que ocultarse de las preguntas de los demás, uno con ínfimos claros que sólo ella conoce, donde se siente protegida del mundo.

Así, su vida se ha desarrollado regularmente y ya nadie la incordia, es una chica independiente y solitaria que ha podido alquilar un pequeño apartamento para vivir sola, un quinto diminuto y sin ascensor con vistas al patio de luces y que está muy alto, como la torre de la princesa inalcanzable de los cuentos pero con las paredes llenas de desconchones y un pasillo angosto.

Así se siente medianamente satisfecha porque no espera ya nada más.

En el saloncito apenas caben dos butacas de color marrón que ya estaban ahí cuando lo alquiló, como la cama del dormitorio y la mesa sobre la que amontona libros y catálogos de viajes intercontinentales. Ha subido, de la calle, dos sillas y una radio. El único mueble nuevo, su gran compra, es su armario de tres cuerpos con puertas correderas de espejo, repleto de vestidos de todos los colores. En esta única ligereza, tan material, tan superficial, mal que le pese se parece un poco a su caprichosa y frívola madre, salvo que en el caso de Vitalia todos los vestidos son con escote cerrado, sobrios y de niña buena, como querían las monjas. Apenas tiene alguno atrevido porque se los eligió su amiga Clara, su ex amiga

mejor dicho, pero no se los ha puesto casi nunca. El espejo de las imágenes de su pasado, el orgullo en su locura, la bondad y la obediencia a lo que los demás quieren como otra forma de venganza.

Ante sus ruegos, los de la tienda izaron el armario a duras penas con ayuda de la polea de la claraboya, después de arduas negociaciones con Vitalia porque querían aumentar el precio de la mudanza en cuanto lo vieron. Pero les confesó que no tenía dinero suficiente y accedieron.

Entre tres, lo desmontaron. Por una buena causa. Lo necesita. No podría deshacerse de ninguna prenda, es lo único que da color a su vida.

Las noches eran de alcohol, los días de biblioteca. Pero desde que dejó la universidad puede hacer lo que le apetece, se levanta tarde porque no tiene clases, se baña a la hora que quiere y no tiene que pedir permiso para salir. El trabajo, además, ha ido cambiando sus gustos a la hora de vestir y se ha dado cuenta de la beneficiosa influencia de tener buen aspecto, a su manera, pues sus sucesivos jefes y jefas la han ido asesorando, unos mejor que otros, para que saque a la luz sus encantos. Nadie la molesta el resto del tiempo, mientras se vista adecuadamente, nadie se mete en su vida, nadie la llama para conversar, nadie se acuerda de ella ni la invita a salir y vienen directamente a casa, a su cama, nadie la quiere, pero no le importa, porque es independiente y tiene prendas de muchos estilos, tiene máscaras para cada ocasión, y como lo guarda todo ahora contempla su amplia colección de etapas y personajes.

Pero no la alegra para nada esta abundancia, al contrario, sabe que es desequilibrio, uno más, y la inquieta y lo vive con un mohín porque sabe que lo suyo es patológica falta de personalidad.

Se acaba de dar cuenta de un detalle en el que no había reparado nunca, parece mentira que no tenga nada negro para vestirse de luto. Nunca había tenido que acudir a un funeral.

Pero qué importa el luto, ya no se lleva. En su oficina no hay ni día de permiso para acudir a un funeral con su humo de incienso, sus prédicas y exaltaciones de la voluntad divina. Según ha oído a su jefe, en otras ocasiones, para imponer su voluntad le basta con afirmar que eso de los funerales ya no es necesario, que es una pérdida de tiempo que no tiene sentido en la época moderna y productiva en la que vivimos, y Vitalia rompería a llorar de

impotencia si no necesitara tanto este trabajo y las horas de sueño que le faltan y esas dos lagrimitas en el rabillo de los ojos de puro agotamiento.

Estallaría de cansancio si pudiera, pero no, sólo lo acumula, se resigna y se pone un vestido de color violeta, como los ojos de su bisabuela que en paz descanse.

Si lo piensa bien, no tiene de qué quejarse, todo han sido ventajas desde que la contrataron: el contrato le ha permitido dejar la habitación sin luz natural del piso que compartía con jóvenes estudiantes que o trataban de acostarse con ella hasta que cedía o le gastaban bromas pesadas que a veces la hacían llorar. Como el día que leyeron su diario en voz alta y la hicieron avergonzarse.

Pero eso, por suerte, ya pasó. Ahora no tiene que rendirle cuentas ni temer porque ya no confía en nadie y mantiene bajo control la complejidad de las cosas, las cosas dentro de las cosas en casa y en la oficina, y en medio los transportes públicos y el tráfico, demencial hoy porque esta ciudad se colapsa en cuanto caen cuatro gotas.

Acudir a la oficina, para Vitalia, se parece a hacerlo a otro planeta, mágico y solemne, y no porque el edificio parezca de ciencia ficción, que también, sino porque este lugar es tenebroso de tan aisladas como están las mesas, arrinconadas, protegidas, sin apenas luz natural. Haga el tiempo que haga fuera, sólo llega hasta aquí una penumbra violeta por una única y enrejada ventana del fondo cubierta de metacrilato por la que entra la claridad turbia del patio interior.

Así, no es extraño que empalidezcan los colores más vivos de la ropa de sus compañeros y también su rostro, joven y bello pero de una delgadez y una palidez mórbidas, de cejas y pestañas negras y cabellos rubios que brillan sobre el color de su vestido. Vitalia es expresiva e inteligente, pecosa y aniñada y nadie sabe si se tiñe o no porque siempre la han visto así.

El departamento de objetos perdidos no es un despacho más en el aeropuerto de Barcelona, está ubicado en otro edificio que está separado y es seguro. Para ingresar es necesario presentar una identificación, y en cuanto entra su piel se transforma con los macilentos fluorescentes del techo en la de una muñeca anémica. No importa, ella se ilumina a voluntad porque sonríe para agradar a propios y extraños, aunque a menudo no tenga ganas.

—Buenos días.

—Buenos días, Vitalia.

En los percheros hay abrigos, bufandas y sombreros que como ella no son felices ni infelices, simplemente están, con la ventaja para sus compañeros de que ella siempre es amable y parece contenta.

A menudo se lo dicen, es una muñeca simpática y eso ayuda a que los hombres se fijen y sean especialmente amables con ella. Tiene éxito, diríase incluso que vive para esa entrega, como una linterna promiscua, aunque tanto la sonrisa perenne como su promiscuidad no le han dado pocos quebraderos de cabeza.

Pero en la oficina tiene el respeto que merece. Ha redactado 286 expedientes en lo que va de año, uno por cada objeto extraviado que se reintegra, y con cada uno un mismo aprendizaje para Vitalia cuando ha visto los ojos de los usuarios del servicio al recuperarlos: lo que se pierde siempre tiene más valor.

Cuando no trabaja, sonríe, y cuando no sonríe presenta un aspecto distante con la mirada perdida, pero es mucho más inteligente de lo que aparenta y dedica su tiempo a vivir entregada en toda la amplitud de significados de la entrega, tal como la adoctrinaron las monjas.

Ahí hay una pieza del puzle, diría su psicóloga, a la que tuvo, durante un tiempo, concentrada en sus sueños y fantasías y a la que dejó con muchas excusas como que no podía pagarse las sesiones o que le costaba asimilar lo que comportaban sus comentarios terapéuticos.

Huyó y apenas sacó en claro que es mucho mejor que su secreto quede a salvo en el más recóndito interior de su mente, pues la gente que tiene percepciones extraordinarias y las cuenta no es comprendida, haga lo que haga y diga lo que diga. Además, Vitalia no se quiere.

Por eso, seguramente, le cuesta tan poco dar su sonrisa, su tiempo, su cuerpo… Su cuerpo es lo que menos le pertenece o le importa y se lo regala al primero que se lo pida, como se deja piropear, como si no fuera con ella, por su compañero de trabajo preferido o por quien se atreva a atravesar la neblina de melancolía que la rodea:

—¿Qué estás mirando, Pedro? –susurra entre dientes, con una de sus habituales sonrisas.

—Son tus pantorrillas. Brillan.

Lo que más le gusta de él son las chanzas que reparte a manos llenas con su risa tartamuda como estribillo, es un hombre inseguro de opiniones inseguras, ideas políticas inseguras e ideas religiosas inseguras, pero en el trabajo se transforma y es el director de orquesta de la banda sonora habitual de la jornada. ¡Le sienta tan bien cuanto hace y dice!

Escuchar, a ratos, el runrún de Pedro es ya como estar en casa para Vitalia, y a él también le conmueve esa manera que tiene ella de entenderlo todo sin palabras, pues llevan juntos diez años, intensos sin vacaciones porque el jefe tiene con esto una gran obsesión: tomar vacaciones o disfrutar de días libres, aunque sean festivos nacionales, todo eso es pecado.

Más o menos como con las monjas que la educaron, sí. Va vestida como una monjita, con vestidos estampados y cortados por un mismo patrón, y Pedro le parece de lo mejorcito que ha conocido porque es el único hombre que no le pide que se ponga otro tipo de ropa.

Pedro es un cazador inofensivo al que ahora mismo puede dejar con la palabra en la boca mientras atraviesa el despacho a la carrera, no para huir de él sino para descolgar el teléfono, que sonará ya sin pausa hasta las dos. Su trenza, alrededor de la cabeza, da la idea de una corona dorada y no le importa que la llamen excéntrica o que le digan que viste como una niña que quiere ser princesa, está más que acostumbrada.

Su confianza se sustenta en otros asuntos: ha entregado en lo que va de año 165 documentos más de identificación a sus propietarios, récord absoluto, tiene buena mano para buscarle la pista a cualquier objeto, y eso no admite discusión desde hace años.

A la oficina de objetos perdidos llegan piezas de todo tipo, desde un carrito de bebé hasta una cazadora, un bolso o una cartera. Todo lo que entra en la oficina es debidamente identificado en un expediente y clasificado en uno de los dos apartados de los que consta: el destinado a los documentos de identidad o el que recoge efectos personales o de propietario aún desconocido.

Hay mucho trabajo, así que hoy no tiene tiempo para las bromas de Pedro y se sienta en cuanto llega a su mesa, da un último vistazo a la puerta por la que se pierde uno de los jefes, carraspea y toma un trago de té hirviendo para desperezarse la boca, pues va a atender a los usuarios de objetos perdidos durante muchas horas seguidas.

Se ha propuesto trabajar en un tiempo récord porque tiene que pasarse por casa antes del viaje, pero le costará un poco más que de costumbre porque a pesar de su festivo «buenos días» de cara a la galería está deshecha por dentro y no tiene ni paciencia ni presencia de ánimo para animar a esas personas acongojadas que llaman, casi siempre con prisas y angustia porque con toda probabilidad han pasado la noche en vela a la espera de poder hacer su consulta, a primera hora, en esta oficina de esperanzas. Hoy Vitalia está peor, pues lo que ha perdido es irreparable, prácticamente su única familia.

Pausa. El teléfono hace notar su presencia sobre la mesa.

—Lo sentimos, la oficina de objetos perdidos del Aeropuerto de Barcelona se hace cargo de los objetos que se haya olvidado durante su estancia en el aeropuerto, pero no se responsabiliza por el equipaje perdido en viaje… —recita de memoria, son muchos años ya repitiendo lo mismo a diario.

Apenas ha dormido un par de horas y vocaliza con dificultad, pero nadie lo nota. Siguiente llamada:

—No se preocupe, si alguien lo ha encontrado nos llegará a partir de las dos, vuelva a llamar por la tarde y le podré ayudar.

Y otra, y otra más:

—El edificio se llama Bloque Técnico y se encuentra entre la Terminal 2B y 2C, un poco alejado, sí… Anote: está detrás del edificio de la Terminal 2, detrás de la parada de autobús de la Terminal 2C…

No añade que está justo donde empiezan los postes eléctricos coronados por nidos de cigüeña. El sonsonete de las explicaciones y descripciones de los pasajeros que han perdido algo es el de costumbre y ya ni lo escucha, se limita a asentir, responder y recitar, a veces también a dar ánimos.

—Descuide, le explico, la persona que está en la puerta le preguntará por qué desea ingresar al edificio. Debe decirle que precisa iniciar un proceso de averiguación sobre un objeto que ha perdido.

Para que cada cosa vuelva a su legitimo dueño, algunos casi lloran, o se ponen agresivos, o le cuentan detalles ínfimos del ribete de un paraguas, de las pegatinas de una maleta, de lo que compraron durante el viaje de novios.

Nada puede ya sorprender a Vitalia, no en vano se cumplen muy

pronto diez años ejerciendo esta labor de depositaria de desasosiegos ajenos.

—Sí, lleve consigo el pasaporte o su documentación de identidad, le pedirán que describa el objeto perdido y sólo podrá ingresar al edificio si se confirma previamente que lo han encontrado.

—Cuando se trate de un documento en el que sólo figure el nombre del dueño, como una tarjeta sanitaria o una tarjeta bancaria, el objeto se remite a la entidad expendedora, para que ésta se lo devuelva a su dueño.

—Puede enviar a alguien que lo recoja por usted, ¿desea tomar nota de los trámites?

Le gustaría, alguna vez, poder confiarle a alguien lo que ella ha perdido, y mientras rellena fichas sin parar a veces hace sus inventarios imaginarios: al norte, el frufrú de las caricias de su madre, una casa, un bosque, las piñas abiertas, las piñas cerradas, el olor de la podredumbre de las hojas, el olor de la inminencia de la lluvia o del primer verdor de la primavera. Sus ideas de bombero. La puerta giratoria del café al que acudía a extraviarse a menudo. El timbre de ese viejo despertador de cuerda que se estropeó. Al sur: el tapón del frasco de su colonia de niña, de violetas, que no ha conseguido volver a encontrar jamás. El valor para meterse de cabeza en el mar. El regusto de plástico y hojas secas de la escoba del portero. La alfombra de musgo. A Levante: el canto de los pájaros y el precipicio. La raya no tan recta hasta la coronilla. Los bordes, las lindes, los espacios fronterizos entre lo que entiende y lo que no. Y por último, a poniente: el centro del laberinto. Las uñas mordidas.

Pero todo eso es pura fantasía, sueños, sabe que por ahí sólo se puede complicar la vida. Hay que atender a cosas reales, fuera de las elucubraciones hay mucho mundo en que pensar para seguir por buen camino.

Ring-ring…

—Hola, ayer sobre las 23:30 perdí en los aseos en la planta de acceso al metro de la terminal T4 un anillo. Tiene mucho valor sentimental…

Aparte de las llamadas, el zumbido de uno de los tubos de neón a punto de fundirse también la desconcentra de lo que tiene que buscar en Internet, cuando consiga un hueco, y es que sus pabellones auditivos —casi transparentes de tan finos— no dejan

escapar un solo detalle de cuanto la rodea por si alguien se acerca por la espalda, no vaya a ser que la pillen.

Lleva media hora ya intentando comprar un maldito billete de barco pero no hay manera, la interrumpen y el formulario se cuelga por lo que tiene que rellenarlo una y otra vez. Nombre, María Vitalia. Apellidos, Expósito Barceló. Edad: 38 años. Fecha de salida: esta misma tarde, a partir de las ocho.

No hay, mala suerte. El tubo de neón no durará mucho, está en las últimas y parpadea con intervalos apresurados, idénticos a los del cursor en su pantalla y el primer barco sale a las doce de la noche y… Ups. Alguien se ha acercado por detrás. Lo presiente con un escalofrío en su nuca. Mira de reojo y es Pedro, menos mal. Está parloteando con dos de sus compañeras, mejor así, las distraerá.

—Chicas, soy escéptico y con astigmatismo…. Algo hay que tener porque ¡la perfección acaba siendo un aburrimiento!

No falla, se ríen a carcajadas, es un pillo.

A ella también le gustaba mucho reírse de niña, y recuerda que cuando la bautizaron, nada más notar el cazo de agua derramándose en la nuca estalló en carcajadas como si le estuvieran haciendo cosquillas.

Carol, que había acudido expresamente al convento para este sacramento, se avergonzó, las monjas se estremecieron un poco, pero el cura consideró que era una señal divina de alegría y no le dieron mayor importancia, pues con todo le habían limpiado la mancha de ser hija natural y los años que había pasado fuera del sacramento, todo en una, con un buen chorro de agua bendita y eso, como dijo don Antonio, era lo que importaba, aunque la niña los tuviera entretenidos luego contándoles que las hadas se le habían metido por la espalda, y es que el suceso la conmovió de tal modo que sólo pudo dar ese relato incoherente que nadie estaba dispuesto a atender.

«Cosas de niños» suspiraron todos divertidos, y pasó a llamarse María Vitalia Expósito Barceló.

Pedro también tiene lo suyo, fue ex alcohólico durante años pero últimamente ha vuelto a la bebida, dice que lo va a dejar, aguanta unos días pero nadie se lo toma en serio. Le permiten ser lo que él quiera, qué suerte.

—Buenos días. Ayer me dejé una libreta naranja con apuntes en

la terminal de llegadas, más o menos por la parte en la que el techo es azul.

Va pensando y atendiendo, atendiendo y pensando, a todo ritmo, y le da tiempo de decirse que Pedro pide ayuda con esa simpatía desbordada porque todas sus fuerzas están ahí, en resultar gracioso frente a los demás. Sabe que se roza con sus compañeras al despiste y luego se masturba en casa recordándolo. Lo que no puede contarle a nadie es por qué lo sabe.

Hoy parece especialmente ansioso, debería dedicarle un rato, charlar con él, pero no tendrá tiempo para nada hasta después de comer, Vitalia tiene que irse a su hora como sea, y hay mucho trabajo acumulado, está tensa y mal día para tantos asuntos rondando por su cabeza, porque los lunes cada llamada conlleva mucho ajetreo laboral, mucha conversación, y las llamadas no paran. Desde la estantería del fondo la mira con sus ojitos malvados e imbéciles y las fauces entreabiertas, pleistocenas, un pequeño cocodrilo disecado, tan repulsivo como fascinante.

—Soy una mamá con dos niños. He perdido esta mañana un pañuelo beige de aproximadamente 60 X 60 cm o algo así, con algunos dibujos crema, de flores.

Responde con amabilidad para aliviar a la atribulada señora, y es que esa ligereza es también una ligereza de su carácter. Sin motivo aparente, Vitalia se vuelve indiferente a toda preocupación o responsabilidad por hacer felices a los demás y la única evasión que se permite de esta tarea son las fantasías.

Las fantasías ocupan su vida como el aire que respira. Cuando duerme poco se despista y le vienen más, sin que nadie las llame, y el aire se vuelve rosado a su alrededor, es algo muy sutil, pero ella lo ve. Algo inefable que se mueve sobre las cosas, un brillo sin cuerpo, una transparencia viva que va creciendo hasta que Vitalia ve y oye, sin solidez ninguna pero perfectamente visibles para ella, cosas que no puede contarle a nadie porque no la creerían. O peor, la meterían en un manicomio.

¿Cómo decirlo? Su cabeza siente y su corazón piensa y se le llenan ambos de voces y colores, y las voces no son de nadie que le esté hablando. No, eso lo tiene claro. Son tan débiles y enmascaradas por las interferencias que es difícil entender lo que están diciendo. Son un murmullo con el que puede sentir por dentro las emociones de las personas y comprender de dónde vienen, predecir un acontecimiento inmediato, por ejemplo la caída de un cubierto, el cierre de una puerta, cosas así, inútiles, sutiles. Cosas fuera de las cosas que no sirven para nada, apenas para recordarle que es rara, que es diferente.

Hubo un tiempo en que creyó que podría leer la mente si se esforzaba, pero no, es como música, no hay datos, sólo melodías y cadencias, y lo único que ha sacado en claro es que la voz de lo que piensan las personas suena mucho mejor y es más bonita que la voz física.

Lo que oye tampoco son voces exactamente, ni puede escucharlas a voluntad. Y los colores… Sucede más o menos lo mismo, son simplemente luz.

Decidió, hace años, que los colores que ve son también las emociones de los demás, que impregnan espacios, objetos. Le entran hasta el tuétano porque es receptiva y no le da más vueltas, pues al fin y al cabo no tiene que rendirle cuentas a nadie. Está más sola que la una. Solterona. Single. Sola con amantes esporádicos. Independiente. Porque quiere. Pedro ha querido llevarla a cenar a solas unas cuantas veces y no ha podido ser. Nunca. Estos pedidos se repiten cada vez más a menudo desde hace un año, con idéntico resultado. Aunque Pedro diga "Debo confesar que no he disfrutado nada en mi vida", Vitalia no se compadece de él. No puede seguirle la corriente por ahí, no quiere ilusionarle en balde, pues ¿cómo una mujer que carece de frenos para la fantasía puede caer presa del amor? A menudo piensa en todo esto y valora la posibilidad de que lo suyo sea una discreta forma de locura.

También ha tratado, a su manera, de verificar que esas voces que oye están de veras dentro de las cabecitas de los que la rodean, que no son imaginaciones suyas, y tiene miedo porque le parece que no, le parecen reales, y sabe que si alguien se enterara de lo que le pasa se asustaría. Ya vivió ese rechazo y no quiere repetir la experiencia.

Todo esto no le sucede sólo aquí, entre estas cuatro paredes, no, sencillamente es donde lo experimenta más a menudo, pues se pasa el día trabajando y apenas tiene vida fuera. Sin embargo, ya sabe que puede activarse en cualquier momento y lugar, en la calle o en el supermercado… En los espacios con aglomeraciones Vitalia lo pasa fatal. Su rareza es más difícil de llevar porque hay más gente y esa especie de electricidad estática o lo que sea que se genera de improviso y a la que Vitalia no le ha visto aún ningún sentido práctico la generan las personas. Para ella, junto al mundo que vemos y podemos tocar y conocer, está el mundo escondido, formado por todo lo que vive más allá de nuestra razón, quizás porque nunca le ha gustado en exceso el mundo tal como le ha tocado habitarlo.

Pero tener esta facultad a veces es mejor que tener alas y la relaja, siempre que no sea indiscreta. Por eso, para no ser descubierta, repite en su entorno que es un poco bruja con aire despreocupado, avisa para que nadie trate de engañarla porque se da cuenta de todo. Así nadie se sorprende cuando confunde lo que le dicen con lo que ella ya sabe, misteriosamente.

En el desarrollo de ese papel, en la sobre actuación de su sensibilidad desbordada, cuentos y realidad se confunden y ha encontrado su fuerza, aunque a decir verdad lo que importa no es lo que puedan pensar los demás, sino el fastidio, algunas veces, como ahora mismo, porque sabe que si no se anda con cuidado, más allá del runrún de los teléfonos, podría conectar, aunque no quiera, en cualquier momento, con las fantasías y entonces… y entonces tiene que dejar lo que está haciendo y respirar hondo y, a ser posible, remojarse los brazos y la nuca con agua del grifo para despejarse.

Hoy no quiere sufrir uno de esos ataques, con esa otra cháchara paralela que ocupa todo el aire de la oficina sin dejar un átomo libre ya tiene más que suficiente hoy para no poder concentrarse.

Lo que sucede en su cabecita no sirve para nada, como las pecas o el apéndice de las apendicitis, o casi. A veces sí parece tener alguna utilidad.

—… He perdido un pendiente con una perla, es de oro rosa…

Y ella ve el pendiente y podría localizarlo si se esforzara un poco, pero no puede ausentarse de su mesa, tiene que atender al teléfono. Su imaginación vuela y escucha sonidos y voces que nadie más parece apreciar, de hecho lo único que saca de sus medio visiones, medio acufenos, además de pasar un buen rato confundida, es esta cambiante serenata de voces y luces, a menudo bañada en reproches y sentimientos de culpa y escalofríos y otras un cóctel de dudas y de ilusiones que la satura y le da vértigo en los espacios concurridos.

Parece que el fin de la jornada no fuera a llegar nunca, que había quedado, suspendido, al borde del mediodía, encaramado sobre todos los demás ruidos, sobre todos los demás colores. Y ring. Ring. Ring de nuevo… Cuando alguien llama a Objetos perdidos del aeropuerto de Barcelona una locución en primer lugar indica los idiomas disponibles, pero en la práctica no se puede garantizar que se hable el idioma del perdedor. Aunque éste, mira por dónde, ha tenido suerte:

—Le recomiendo que hable con alguien en alguno de los escritorios de información del Aeropuerto para que le oriente —recita, ahora en francés—, están ubicados en las Terminales 2A y 2B.

Objetos perdidos. A veces las cosas se pierden sin más y su madre sigue igual: perdida en la distancia y quisquillosa y desalmada como las madrastras de los cuentos. Pero en fin, no tiene ganas de pensar en ella ahora, y además seguro que no es la única del turno que tiene una madre como la suya, hay muchas personas abandonadas así y el único problema es que sea tu madre y no haya manera de cambiarlo porque madre sólo hay una.

—Hola, buenas tardes, se me quedó la cámara de fotos en el vuelo de…

En paralelo, sigue peleándose, a hurtadillas, con la pantalla de venta de pasajes de barco, y le da por pensar que ojalá tuviera el valor de salir de viaje a cualquier otro lugar. Está ansiosa pero lo lleva bastante bien, la oficina es un espacio protegido, solitario, a su medida. Entregar un objeto perdido en el Aeropuerto de Barcelona no es sencillo. Las estrictas medidas de seguridad no permiten que puedas hablar cara a cara con nadie en Objetos perdidos. De vez en cuando mueve la cabeza y el cuello de un lado al otro para aflojarlos, las sillas de esta oficina nunca han estado bien del todo, o demasiado altas o demasiado duras o… Manías, le dijo la responsable de material.

Sí, tiene razón, al fin y al cabo escuchado y visto de cerca, y por dentro, como oye y ve en ocasiones cuanto la rodea desde que tiene uso de razón… nada ni nadie es normal ni está nunca libre de manías y defectos.

En cambio, nadie se extraña con su capacidad para adivinar el tiempo que hará, y nunca falla, charlas con los árboles que se sacuden el viento y las puestas de sol, con los pájaros y con los gatos, que no cuenta a nadie. Ha convivido con ello desde niña y sabe que no puede ni contarlo ni dominarlo ni aprovecharlo apenas para nada, aunque las plantas y los animales sí le han dado, a su manera, inefables alegrías, son más agradecidos que los humanos para estos asuntos de fantasía, tan poco prácticos como imprevisibles. Es imprescindible no esperar nada y dejarse llevar, pues así es como funciona, como las corrientes de aire.

—¿Llevas medias? —vuelve a atacar su pulpo de oficina preferido, de viva voz para sacarla de sus elucubraciones, ya era hora, y tratar de entender sus palabras es un lento filtrarse de la luz, hacia el interior.

Así marca Pedro los ritmos de un juego que todos conocen ya de sobra. Se planta enfrente y se hace el bravucón con sus compañeras porque es el único hombre del equipo y se lo ha tomado, desde hace años, como una tarea más. Pero con Vitalia es diferente, le tiene

cariño, y ella también lo siente por él y su rostro alargado y ojeroso es un libro abierto que revela la fragilidad que predomina en él por mucho que trate de aparentar lo contrario.

En el fondo, ambos lo saben. Pedro es transparente, él sólo se atreve a hablar con las mujeres para gastarles bromas picantes, pero cuando una le gusta de veras… entonces se queda mudo. Le mira con ternura porque percibe por debajo el sonsonete del amor no correspondido de Pedro. Anda, desde hace meses, perdidamente enamorado de una vecina de su barrio que lleva a su hijo a jugar al parque cada tarde a las seis, cuando él termina su jornada.

—¿Por qué no le echas un piropo bien dado a tu princesa encantada, en vez de gastar energías con nosotras?

Pedro lo encaja bien, apenas tuerce la sonrisa y suspira ante la certera afirmación de Vitalia, que le ha boicoteado su papel como seductor oficial de la casa porque le ha puesto tierno:

—Tienes unas cosas, Vitalia… Sí, claro, eso es, cómo me conoces… ¿quieres que te hable de ella?

No necesita que él le cuente nada, lo sabe todo y casi podría dibujarla. Sabe que tiene los ojos de un marrón muy oscuro, lo ha visto en los de él, y que lo que más le gusta a Pedro de ella son sus brazos, de bailarina. Siempre va cargada de bolsas y Pedro no se atreve a decirle nada.

Le gustaría ayudar, conocerla para chivarle si está casada o emparejada y si él le gusta a ella. Pedro, en sus pensamientos, la ve siempre sola y triste y no se atreve a hablarle, sólo la mira y sueña con ella. Con su mano que no es mano, con su brazo que no es brazo.

—Ahora no puedo —responde Vitalia, con inusitada convicción.

«El barco, el barco», se repite, angustiada, pero no pasa nada porque le mira con respeto a pesar de su brusquedad, con unos ojos muy dulces que él sabe que indican que ella sí entiende que podría haber sido un gran científico si de niño no se hubiera metido en líos, si al final de la adolescencia no se hubiera alcoholizado hasta tirar por la borda los estudios universitarios.

Se casó, tuvo una hija, su mujer se cansó de él aunque al principio bebían juntos en casa y tiraban las botellas vacías por la ventana, hasta que se acabó la fiesta y se quedó solo. Estaba seguro que se iba a morir de alcohol. O de soledad.

—Menos hablar y más trabajar —interrumpe rechoncha y con voz aflautada, a su derecha, la responsable de administración, bastante impertinente y demasiado satisfecha de sí misma.

Si el tiempo es seco, esta mujer asegura que no lloverá en todo el verano; si llueve, afirma que las lluvias durarán mucho y que la humedad pudrirá los objetos almacenados en la oficina, lo que adquiere una especial trascendencia porque aquí hay animales disecados, fajos de dinero, juguetes infantiles, abrigos de pieles, tubos con posters, cajas de zapatos o de galletas resecas.

La de administración le cae mal a casi todo el mundo porque sus pronósticos son catastróficos. «Aquí hay un horario que acatar», dijo un día también.

Acatar, un verbo que sólo se usa en los malos diálogos de las malas películas. Yo acato. Tú acatas. Él se ríe. Pero esta mujer manda, y mucho, pues es, con diferencia, la que más vela por la productividad, de hecho es la única que lo hace y cuando les mira ve nóminas, en cuánto cuesta cada hora de sus sueldos y en cómo se ganará el favor y admiración del jefe hoy.

Vitalia intenta obviar el soniquete de estos maquiavélicos pensamientos, como si cambiara de canal, porque puestos a elegir prefiere los de Pedro, mucho más inspiradores, pero la puñetera se cuela y da repelús lo que esta mujer guarda en su espíritu, pero es lo que hay, los compañeros de trabajo no se eligen, como tampoco se elige la familia en la que naces o de la que te echan.

Pedro y Vitalia se hacen un guiño, como alumnos díscolos, y vuelven a sumirse en sus ocupaciones, hay que ganarse esos sueldos. Además, él ya sabe que si ahora Vitalia no quiere que le hable ni de sus partículas cuánticas ni de su historia de amor será por alguna razón de peso. Por eso se entienden, él también se siente a gusto entre las estanterías dispuestas como un laberinto que albergan todo tipo de objetos que los empleados de mesa inventarían y él traslada de una zona a otra del almacén porque no tiene otra cosa, es su único mundo posible y no parece necesitar nada más. Lo que importa a diario es que en el despacho se siente acogida, a salvo. Hay una mesa con sus cosas con los brazos abiertos que la recibe cada día y la oficina es inmensa aunque abarrotada, el cielo raso está muy alto y bien poblado de tubos fluorescentes, es un gran cajón lúgubre pero seguro y algunos días más confortable que cualquier otro lugar en el mundo. Éste es el mundo de Vitalia, y no lo cambiaría por nada, si bien los suelos, de madera, son oscuros y feos, ásperos y no parecen limpios jamás.

—De acuerdo, Vitalia, vamos a trabajar un poco para que no nos echen y si quieres te cuento mi teoría de los átomos o cómo es mi princesa con una copa a la salida —susurra el larguirucho Pedro, soltero perpetuo, cuando vuelve a pasar a su lado de camino a por

un nuevo cargamento de objetos perdidos de la central.

La reta a menudo con este tipo de propuestas porque se siente poca cosa y vive dispuesto a llamar la atención de su amiga, en cierto modo Vitalia también le gusta y él va sembrando, por si algún día cede y puede llevársela a su apartamento. No hay que despistarse jamás ni perder ninguna oportunidad, suele repetirse por dentro, ha oído Vitalia sin querer.

Sería un sueño para él, feúcho y tímido, conseguir algún día ligar de veras con una mujer y dejar de tener tantas amigas que nunca llegan a apartarle del todo porque las hace reír. Vitalia siente una profunda ternura por él, le da largas como de costumbre, así es su juego compartido, y sonríe y vuelve a las llamadas y a la pantalla del ordenador y él sale a la calle un poco cojo con las llaves de la furgoneta en la mano.

Carraspea antes de calzarse la gorra y en cuanto cierra la puerta ya está encendiendo un cigarro. Fuma demasiado.

En cuanto Pedro abandona la oficina el runrún de los pensamientos que llegan hasta Vitalia se hace más aburrido. La administrativa piensa en la reunión que tiene, secreta cree ella sin sospechar que Vitalia lo sabe todo, pronto entrará en el despacho del jefe para revisar la cuenta de gastos. Se avecinan recortes. Mientras, la chica que reparte los impresos de solicitud en la entrada está asustada porque no logra quedarse embarazada y su contrato vence en tres meses. Hay muchos problemas y penurias en los pensamientos de los demás, y quizás por eso los inventarios de Vitalia suelen estar repletos de errores, le cuesta concentrarse así, pero de momento nadie se lo tiene en cuenta, ya la conocen, lleva tanto trabajando en esta oficina que, aunque aparentemente sea la más desordenada del equipo, siempre sabe dónde está todo y es capaz de localizar cualquier objeto que pasa ante sus ojos sin equivocarse nunca. A menudo, además, en cuanto entra por teléfono alguien para saber si un objeto que ha perdido está ahí, ella responde sin siquiera mirar el ordenador.

Gracias a su don, Vitalia es infalible como si este trabajo estuviera hecho a su medida, y se siente cómoda aquí, todo el mundo excepto Pedro la ignora, los objetos le hablan, los pensamientos de sus compañeros le hablan. Se ha hecho su lugar y, lo mejor, no molesta a nadie por sus rarezas.

Hoy, sin embargo, la jornada se le hace más larga y pesada que de costumbre. Se ha desvelado porque anoche la llamó su madre

con la triste noticia e inevitablemente ha pasado la noche sumida entre demasiados recuerdos de infancia. Odia esos recuerdos.

Por eso se equivoca continuamente, pero con los modales desenvueltos de una mujer que ha tenido que abrirse camino en la vida, sus pensamientos están a salvo, blindados por completo, pues le cuesta muchísimo tener amigos fuera de la oficina. Es agotador tener que saber lo que piensan los demás de ti, de sí mismos, de todo.

Se arriesga, y aunque esté prohibidísimo navegar por internet para asuntos personales insiste, como no logre cerrar la compra de su pasaje cuanto antes estallará en llanto, aunque las llamadas siguen entrando y sus chivatas compañeras estén tan cerca, menudo día. Dicen que la angustia no sirve para nada, pero no es cierto. Sirve para hacer gritar. Para advertir de lo insensato que es no vivir tal como quieres hacerlo. Para advertir del desorden.

Pero no debería meterse en semejante lío. Después de todo, gracias a su trabajo tiene seguridad, horarios y dinero para subsistir en la ciudad, y en esta oficina no se andan con chiquitas. El señor Julio es un cacique y ha despedido a varias empleadas, a lo largo de estos años, por mucho menos y ante las narices de los supervivientes. Por eso se pregunta «Si el monstruo te da miedo, ¿por qué le das de comer?» y sin embargo, no puede quitarse la urgencia de ese viaje de la cabeza. Pero prosigue, anota medidas y colores, clasifica reclamaciones y rebusca cuanto sea necesario hasta localizar los datos imprescindibles para identificar cada pieza… Pero entre un maletín marrón con documentación súper valiosa y el libro de familia de un bebé de meses y un par de paraguas consigue confirmar un camarote para medianoche. Y luego más objetos perdidos de los carros de recogida a los estantes correspondientes, hojas de entrada y de salida que vuelca en el ordenador a toda velocidad, y más búsquedas y solicitudes, logísticas y almacenamientos provisionales…

En objetos perdidos nada permanece quieto mucho tiempo, y quién iba a decirle, diez años antes, que llegaría a acostumbrarse y a sentirse cómoda en medio de este fragor.

Capítulo 4 | Aquí y allá

Barcelona, 1993

Parece mentira cuántas cosas se pierden a diario, y el trabajo que dan, cabecea agotada y descuelga el abrigo mientras con la otra mano apaga el ordenador, se endereza la blusa y se atusa el pelo. ¿Qué? ¿Qué tal? Nada nuevo. Aquí y allá.

Se despide hasta el día siguiente para no levantar sospechas y encuentra a Pedro en la calle, que sale también.

En un primer momento se plantea evitarle, está nerviosa porque va a mentir a la empresa y no quiere contárselo a nadie, ni siquiera a él, pero la duda le dura apenas unos segundos porque sabe que Pedro se ha ganado todas sus confidencias, y además por su carácter otorga a cualquier situación un giro agradable y en ocasiones humorístico, una amistad limpia, pura, que podría reconfortarla también ahora.

Caminan juntos, en dirección al metro. Él también parece alterado, no está tan simpático como de costumbre, o quizás sea su paso, demasiado lento.

Está tratando de ganar tiempo. Ha intentado contarle algo desde primera hora de la mañana, en diversas ocasiones, pero se ha dado cuenta de que ella estaba taciturna, reconcentrada, y no ha osado molestarla, a lo que Vitalia responde con una mirada que no necesita palabras.

Aún no está segura de si quiere hablarle de lo suyo, así que comentan la fría llovizna que humedece la atmósfera, ella espera que él tome la palabra, pero Pedro enreda como si estuviera buscando por dónde tomar carrerilla para saltar.

Está nervioso. Sabe que ella le escuchará sólo hasta la boca del metro, donde separarán sus pasos… Sus ojos se hacen diminutos y despliega una sonrisa inesperada. Por fin habla.

—Hoy lo he logrado, llevo todo el día sin beber.

Vitalia levanta las cejas como si se le fueran a volar, conoce las pausas irregulares —la vacilación en la respiración— que acompañan a la mentira. Pero decide fingir que le cree, que es una gran noticia, le abraza, nota los huesos de sus hombros que se

estremecen un poco. Pálido, desencajado, vestido con una camiseta impoluta, Pedro parece más pequeño cuando dice que ya no prueba el alcohol.

—Hay que ver lo poco que importan las cosas cuando estoy borracho. Ahora lo siento todo multiplicado por mil, es casi insoportable estar tan consciente…

Hace un par de semanas percibió en sus ojos que estaba bebiendo mucho, de nuevo, quizás más que nunca, y de hecho él lo confesó risueño hablando con otro compañero, dijo que tomaba carajillos a las ocho de la mañana.

Otro día la jefa de administración dijo que le vio en la calle, que habría que replantearse su continuidad en la empresa porque ha perdido la vergüenza hasta tal punto que en ocasiones se para ante una mesa de una terraza cualquiera y toma el vaso del parroquiano de turno y le da un buen trago. Y cuando con sorpresa y curiosidad le preguntaron a Pedro por esto, él aseguró que no es para tanto y nunca se le ha enfadado nadie porque luego, con la mejor de sus sonrisas, da las gracias y sigue su camino.

Dice que está dejando de beber desde entonces, teme quedarse sin trabajo. Pero ahora el asunto es más serio. Vitalia lo sabe pero no se lo dice, por cariño. Pedro es una bala perdida, un ser sensible y encantador agarrado a un monstruo destructivo que le trastorna: su dependencia al alcohol.

Y la adora porque ella le sigue la corriente con su silencio, así que Pedro se envalentona y afirma que esta vez es la definitiva, con el pecho henchido. Parece eufórico y resume, mientras apura a caladas el cigarrillo que acaba de encender, los motivos que asegura que le han animado en esta ocasión, y que son los de siempre: se acordó de cuánto hace que no está sobrio y ha encontrado las fuerzas para intentarlo, esta vez será la definitiva, repite y repite.

Pero hoy, para su sorpresa, añade un nuevo ingrediente que Vitalia desconocía.

—Desde que empecé a beber más de la cuenta mi mujer me dejó y no he vuelto a ver a mi hija, que ya tendrá dieciséis o diecisiete años.

—Eso no está bien, Pedro.

—La echo de menos.

Hay complicidad, le entiende porque comparten una misma fragilidad, la de los que mienten porque están solos y han visto cómo las oportunidades pasaban muy cerca pero no han tenido el valor de agarrarse a ninguna con suficiente fuerza. Es algo que avergüenza, que disminuye a cualquiera.

No son tan diferentes. Él se embriaga y ella se esconde en las apariencias, menudo par, por eso se entienden, porque la procesión va por dentro.

Menuda responsabilidad, ha encontrado en Pedro a un aliado tanto o más frágil que no pide nada a cambio, apenas que le escuche porque comienza a sentir que habla en el vacío, porque los demás no lo oyen, porque se siente perdido.

El problema es siempre hacerse oír.

Él en no pocas ocasiones le ha dicho que le tiene más respeto que a nadie de ese despacho y sabe que la defiende cuando sus compañeras la critican a sus espaldas, por rara, estirada o coqueta. En alguna ocasión ha sabido por él que les dice que Vitalia es sabia, y ella entonces le repite que el sabio es él… Menudo par. Se miman como si fueran niños asustados que intentan entregarle al mundo lo que no han tenido nunca, y el mundo les aparta a escobazos. Pero no puede dejar de repetirse que Pedro miente y no es la primera vez, y probablemente no se cura de su alcoholismo precisamente por eso, lo sabe, lo sabe y le causa congoja porque preferiría quedarse en que él al menos lo intenta, creerle, pero es tan transparente que…

—Y a ti, Vitalia, ¿qué te pasa?

La pregunta de Pedro la saca de su ensoñación protectora y ahora la que se siente muy poquita cosa es ella. Le pasan tantas cosas… y en realidad ninguna. Le acaba de subir una bola de angustia por la garganta que estallaría en llanto si pudiera permitírselo, pero que queda en un amago. Le mira, tan receptivo, tan atento, y siente que tiene una buena oportunidad para contarle a alguien algo de la tensión que lleva dentro desde ayer.

—Mi abuela ha muerto… —y añade, con aparente desenfado, como para quitarle hierro—: Me he pasado el día mirando cómo narices comprar un pasaje de barco para acudir a su entierro.

En la forma de hablar de Vitalia, Pedro lee que está pasándolo mal, ella no es así, no hace bromas con esas cosas. Pero no la interrumpe, sólo escucha.

—Me he metido en un lío, Pedro… Salgo esta noche, la entierran mañana… —informa, el sentimiento de culpa la desborda—. Le he dicho al jefe de personal que estoy enferma.

Pedro no sabe qué decir. Es tanto o más miedoso que Vitalia en los asuntos de trabajo.

—No tendría que habértelo contado…

—Claro que sí, al contrario, estaré atento cuando cuchicheen. Mi más sentido pésame y si puedo ayudarte en algo, aquí me tienes.

No, Vitalia no quiere ayuda ni hablar más. Ya han llegado.

—Te felicito por lo que me has dicho antes, Pedro, me hace muy feliz saber que estás intentándolo. A ver si esta vez es la definitiva —termina, con prisas escaleras abajo—. Cuídate mucho.

—Lo haré, Vitalia, te lo prometo —oye que dice él arriba, lejos ya, a su espalda.

No se ha despedido con un beso porque tiene la costumbre de evitar estas efusiones con él, pero Pedro le ha deseado suerte con un guiño cómplice de su ojo izquierdo, muy rápido, que vale lo mismo. Es su amigo, pero se hace ilusiones y en su fuero interno se siente un poco culpable por no haber delimitado a tiempo esta relación, sabe que él se ha hecho ilusiones a lo largo de los años pero ella no lo ha impedido.

En secreto, incluso siente un poco de miedo frente a algunos de los pensamientos de Pedro, a veces violentos, pero los espanta repitiéndose que la mejor forma de sobrellevar su don consiste en no juzgar nada de lo que los demás, sin saberlo, le cuentan.

Cuesta, pero en diez años nunca ha metido la pata en una conversación en la oficina y eso que ha detectado todas las dudas y trampas de sus jefes. Ha superado, con éxito, difíciles situaciones de convivencia con sus compañeros y… Qué más da.

Para evadirse de los pensamientos que dan vueltas en círculos que no llevan a ningún lado, fija su atención en los transeúntes, parecen agua que corre y, mecánicamente, de memoria, toma el pasillo correcto. El metro no es el mejor medio de transporte para ella, es como entrar en un concierto a todo volumen, uno en el que cantan todas las frustraciones del mundo.

Ella h mentido, ha localizado los horarios desde la oficina y ha conseguido hacer la reserva sin que nadie se diera cuenta de sus planes, y por eso ahora cruza los dedos por que todo salga según el plan previsto. Saldrá a medianoche para estar en Mallorca al día siguiente a primera hora, y regresará de noche con el último barco.

Cuántas prisas para lo que tiene que hacer y encima el pasaje le ha costado su sueldo de un mes porque es temporada alta y sólo quedaban plazas de camarote, su bisabuela ha tenido que morirse en temporada alta y le gustaría gritar y salir corriendo por todo esto

que la angustia, en los espacios con aglomeraciones es donde Vitalia lo pasa peor porque se genera esa especie de electricidad estática que ve y oye, percibe por todas partes esa magia desconocida que no le puede confesar a nadie, esa vida alternativa repleta de maravillas que se descubren sólo para ella, que allá donde va oye esas vocecitas como de radio mal sintonizada, y con que aguce un poco la atención puede escucharlo todo de los demás con absoluta claridad, sus más íntimos y recónditos pensamientos, reflexiones ajenas que flotan entre los paraguas desplegados de los transeúntes y, sobre todo, escucha el interior.

Como ahora a esa mujer que avanza ante ella por la acera dice «comprar unos zapatos nuevos» sin palabras, «hacer huelga de hambre» de la adolescente con las perneras empapadas que avanza mirando al suelo, «abrazar un cable de alta tensión» del jubilado que va en dirección contraria con la esposa bien agarrada del brazo para que no resbale, «preparar la receta de la abuela esta noche» de la mujer del pelo corto que parece que escucha música por los cascos.

¿Qué hacer con los deseos de los demás si apenas puedes con los propios? Los pensamientos de los demás conforman una sinfonía embriagadora que supera con creces lo que una puede soportar, y podría enloquecer en cualquier momento: cruzar el atlántico a nado, declarase a ese chico que no habla, lanzarse al vacío, tener sexo con cualquiera, ahorrar para comprar una moto, vaciar el desván de los recuerdos de los abuelos... Pensamientos que son vapor, aire, razones para no mantener los pies sobre la tierra, para establecer puentes con otras realidades, para tratar de volar a cualquier parte… Está acostumbrada y sólo le preocupan los que piensan todo el rato lo mismo, los que cambian de ropa, de peinado, de domicilio o de trabajo pero cargan siempre los mismos pensamientos obsesivos.

El metro, por las noches, es una olla de grillos y ninguno está realmente en lo que finge estar ocupado, las mentes están revoloteando muy lejos todo el rato, exactamente como está ella hoy, ella que es tan miedosa que antes de salir le ha asegurado a su jefe que así lo hará, aunque sabe perfectamente que es imposible, y cuánto se arrepiente. Tras afirmar lo imposible, ha respirado hondo. ¿Qué iba a hacer, si no?

En su oficina los días de libre disposición son una afrenta imperdonable, así que ha tenido que pasar por el mareo de las mentiras y se ha metido en un buen lío:

—Señor Leopoldo, no me encuentro bien hoy, mañana iré al

médico y me quedaré en casa para recuperarme…

Ya está hecho, no tiene remedio. Y entonces ha venido la estocada que menos esperaba, pues su jefe le ha recordado que tiene que presentar la hoja de baja médica, pasado mañana. Con una sonrisa retozándole en los labios, luego le ha dado una palmada en la espalda:

—Cuídese, Vitalia. Y no olvide el parte.

Sí, se ha metido en un buen lío, en dos horas sale su barco y pasará la noche atravesando el mar, no hay tiempo de hacer cola en el centro de atención sanitaria ni hoy ni mañana... Sabe que por un día de baja no se lo pueden exigir, legalmente, una compañera de la oficina estuvo hablando de este asunto hace poco, airada.

Pero por eso esa mujer ya no está en la oficina, por eso.

Este jefe de personal impone un gran respeto por su forma de proceder, de hablar e incluso de toser, y cuando lo saludan por los pasillos ni siquiera se digna a contestar al saludo, pero Vitalia se ha armado de valor a última hora y ha entrado en su despacho, ha esgrimido la patética coartada de una indisposición estomacal que ha requerido sobreactuación por su parte, aunque estaba pálida del miedo que ha pasado y ha sido de lo más convincente.

Pálida como cuando su madre la llamó anoche, por primera vez en años, e intuyó que no podía ser para nada bueno. Su voz tenía el timbre de los problemas.

—La abuela ha muerto.

—¿Cuándo? —con un hilo de voz.

Hablar con su madre, algo que había deseado durante años, de pronto era por una razón tan triste que el dolor la superó. Una madre ausente que llamaba para avisar de una ausencia aún mayor. Una madre que actuaba, además, desde el egoísmo más absurdo.

Las madres no son así, las buenas madres no actúan como ella.

Una madre que hablaba sin tener en cuenta nada, que añadía telegráficos detalles cruciales como quien habla del tiempo: «Leonor ha muerto este mediodía», «La enterraremos pasado mañana» y un tajante «No te llamo para que vengas».

El universo entero pareció tambalearse sobre su eje. No se le había pasado por la mente a Vitalia que Leonor no estaría ahí para siempre, y con el corazón encogido averiguó, con dificultad porque Carol no quería hablar de casi nada de todo aquello, que casi la atropelló un coche al intentar cruzar la nueva autovía, que no había sido nada pero que la caída le rompió la cadera y durante días

estuvo ingresada. La fractura fue fatal y sus últimas palabras fueron «Ha sido culpa mía».

Su bisabuela querida, la mujer que le enseñó la manera de tratar a los animales del bosque, al fuego, a los metales, a la tierra, al agua y a las plantas, la que le enseñó a leer en la urdimbre de raíces, troncos y ramas y la trama de hojas. Lo más bonito de ella además de sus ojos violeta era su prudencia, mejor dicho, su absoluta incapacidad para la intriga o la malevolencia.

Ojalá hubiera estado más atenta para aprender todo eso y la hubiera visitado más a menudo…

Ahora que su abuela ya no está para ayudarla, una horrible ansiedad sigue instalada desde ayer en su espinazo de camino al puerto. Va a regresar a esa isla que no ha pisado desde los diecisiete, y tendrá que estar de regreso en el mismo día si no quiere que la despidan, pero no podría hacerlo de otro modo, pase lo que pase Vitalia no faltará al funeral, por mucho que su madre se oponga.

Este viaje está plagado de obstáculos y quizás tiene que ser así, va a regresar a Mallorca en el mismo estado de ansiedad y en barco porque es precisamente así como dejó la isla, la tierra prohibida de su infancia, la roca inalcanzable desde hace ya tantos años.

Y, por más que se esfuerza, no puede apartar de su mente que su madre se haya atrevido a prohibirle asistir al funeral de su amada bisabuela Leonor. Evoca sus manos y su rostro, tallados por el trabajo al aire libre, por décadas a la intemperie, acostumbrada al viento, al frío, al humo de quemar rastrojos, a los sinsabores y los secretos que hablaban por ella con la agilidad del vuelo de un pájaro.

Nunca un juicio, nunca una palabra de más.

Sobre la ternura que siente recordando a su bisabuela se despliega el nubarrón de una crisis nerviosa. Más allá de la frialdad de su madre, se siente patosa y extraviada. Como un león enjaulado, ha dado vueltas por su apartamento, que hoy le parece más pequeño y oscuro que nunca porque no encuentra nada de lo que busca, qué complicado resulta todo y lo que le espera, pues el barco tarda ocho horas en llegar a puerto, como si el destino le quisiera hacer padecer cada kilómetro morosamente.

Este viaje es la última oportunidad de ver a su bisabuela, hace diez años que apenas hablan por teléfono un par de veces al año. Cómo puede haber sido tan ingrata, y ahora ha muerto. Vitalia no sabía ni que estaba en el hospital y nadie se preocupó de avisarla.

Leonor, la dulce Leonor de enormes brazos que tan bien la mecía de niña, la única persona en el mundo que la amaba. Recuerda cuando decidió solicitar aquella beca para estudiar en Barcelona. Leonor la animó, mientras su madre, no lo olvidará nunca, dijo, meneando la cabeza, "las locuras de la abuela han pasado a la nieta". Qué injusta. Vitalia no comprendió que le hablara así de Leonor y discutieron, hasta que su madre la llamó caprichosa y le retiró la palabra, de nuevo, hasta la llamada de ayer. Carol la odia por algún motivo que Vitalia desconoce, aunque averiguarlo ahora no tiene ya ningún sentido, a estas alturas. Lo que pensara su madre sobre su decisión de irse a Barcelona la ha tenido siempre sin cuidado, lo que de veras le dolió fue que Leonor, a la que ha amado siempre con locura, que es lo más parecido a una madre que ha tenido, le confesara que no podría visitarla.

Los aviones le causaban pavor y un viaje en barco de tantas horas sería demasiado pesado para ella. De hecho, Leonor sólo había tomado un avión en su vida, y fue para acompañar al bisabuelo a que le operaran de la vista, y cuando aterrizó de regreso se prometió que no volvería a intentarlo, con lo mal que lo pasó. Vomitó de los nervios ya en la sala de espera, antes de tomar el avión, el viaje fue una pesadilla con desmayos, bajadas de tensión… y días después aún tenía escalofríos de la impresión, sólo de recordarlo.

Vitalia no tuvo más remedio que resignarse a no ver a su bisabuela por cumplir su sueño, que luego además resultó un sueño mediocre que ha derivado en un trabajo miserable. Los sueños truncados, los proyectos imposibles de realizar.

Al principio albergaba la esperanza, engañándose, de que quizás podría regresar de visita de vez en cuando, en un futuro, pero regresar a dónde, si no podía caminar libremente por su pueblo porque su madre se lo había prohibido, por el qué dirán.

Y ahora… qué rápido ha pasado el tiempo, casi veinte años ya y ahora tiene que repetir el camino, a la inversa, para despedirse de nuevo, pero para siempre.

Capítulo 5 | Trabajos y amores precarios

Palma de Mallorca-Barcelona, 1976-1981

Es como si hubiera parpadeado y, por algún extraño truco espacio temporal, hubiera pasado de ser esa niña perdida a la muchacha independiente que soñó ser. Y todo gracias a que Pablo, su padrastro, un día quiso conocerla y se ofreció, durante esa única visita a la bonita casa en la que vive con su madre y su hermano, a ayudarla en sus estudios.

Entonces Vitalia activó el cambio como quien enciende el interruptor de la luz y dijo que no y dio las gracias con el aplomo de su secreto sentimiento de inferioridad, de su timidez, pues las heridas cicatrizan, pero las cicatrices crecen con nosotros y a ella la han hecho patológicamente introvertida, autodestructiva y poco habladora, un cóctel que no le pondrá las cosas fáciles para tratar con el mundo fuera del colegio de monjas.

La reacción de su madre, que les había estado escuchando en silencio, no se hizo esperar y fue definitiva para que se decidiera.

—Estás loca si no aceptas la propuesta de Pablo —sentenció fría y distante, cuando la despidió en la puerta sin un beso, sin un abrazo.

Era como si le estuviera echando una maldición, pero de hecho no estaba muy equivocada, la empujó muy lejos, al otro lado del mar.

De no haber sido así, a Vitalia le hubiera costado mucho más decidirse. La timidez en algunas personas es una terrible enfermedad psicológica que a veces se parece a la locura. Los tímidos son capaces de hacer cosas que ni a los locos se les ocurren y Vitalia en efecto es tímida desde pequeña, desde que su madre la abandonó, y los sufrimientos que ha padecido a causa de ello son inenarrables pero, para su fortuna, las hermanas del colegio hicieron bien su trabajo, y ya sabe disimular, nadie lo diría, ha alcanzado, casi, la perfección del disimulo.

Abre las ventanas, las puertas, las piernas para ventilarse, para que el malestar se disperse como los pájaros enjaulados en cuanto

tienen una mínima ocasión, para liberar presión, para alcanzar esa paz que consiste en llevar sus fantasías por donde debe y como ella sola ha aprendido a hacerlo: el pensamiento sólo es de verdad fascinante cuando es ligero, controvertido, contradictorio y tornasolado como las alas de las mariposas. Y así llega el día de su prueba de acceso a la universidad y entra en las listas y se la dan, consigue una plaza para estudiar bellas artes en Barcelona, al otro lado del mar.

Lo ha logrado, ha sacado la mejor puntuación en las pruebas de ingreso, maravilla a los profesores por su erudición, pero el día a día en las nuevas clases, tras instalarse en un piso de estudiantes, es más complicado.

Sigue adelante con una timidez imposible de describir con palabras. En la facultad hay grupos que se forman y se deshacen y no es amistad, hay aquí misteriosas simpatías o antipatías que en un momento nacen y mueren y lo que cuesta luego borrar el ceño fruncido porque se habla de follar, se folla, se comen la boca, le tocan los pechos, el culo, le desabrochan la falda, cambia las sábanas… pero nadie se enamora de ella ni lo deja todo ni lo tira todo por la borda para seguirla, nadie la toma de la mano y lleva al cine.

Dicen ya está, dicen aquí y ahora, dicen vamos a casa. Nunca hay un «llámame», un «por favor, sonríe y mira este cielo porque está lleno de estrellas», ni «seamos cursis, seamos de color rosa, dejemos de querer ser eso que no podemos».

Pero como nada de todo cuanto anhela parece que vaya a llegar con facilidad, se limita a hacerlo con tipos que no le importan pero que la desean un rato y con eso le basta para sentirse útil y viva. Se revuelcan en ella y no se aparta.

Es tan callada. Ellos la miran como presa fácil porque ignoran que hay siempre algo que fermenta bajo el plácido exterior que muestra, que calla cuando sufre por si acaso, no vaya a suceder algo peor.

No es ni será nunca una chica normal. Gracias al espíritu de resignación que le inculcaron las monjas, da las gracias siempre por todo y les deja hacer, aunque le ofrezcan algo que duele y con o sin sombrero, tiene aspecto de pajarito enfermo que provocaba mofas y repulsión en los demás estudiantes. A menudo va vestida con una falda hasta las rodillas o un vestido de manga larga de absurdo estampado, y siempre por encima un guardapolvo largo y suelto,

aunque haga un calor excepcional, y un perenne y fino pañuelo verde al cuello. Se peina, además, de forma que los largos mechones rubios le cubran casi todo el rostro como si fuera una virgen doliente de las de Vermeer, casi transparente de tan pálida, y trata de no llamar la atención. Pero consigue precisamente todo lo contrario: sus intentos fallidos de pasar desapercibida, como para no molestar, la ponen en el punto de mira, es el blanco de las burlas más crueles del primer curso en la universidad.

La timidez es la forma de su orgullo. Vive en una habitación que paga con su beca, en un piso compartido, y cruza todos los días la plaza para entrar en la facultad y sentarse en el mismo banco de clase, el penúltimo, sin hablar apenas con nadie. Se siente cómoda así y no anhela nada más, ser tocado de esta forma por la timidez es vivir aislado. Es tan reservada que lo logra, aunque de vez en cuando sufre algún desplante porque parece arrogante, pero en cuanto baja la cabeza y se marcha ... Todo aclarado, el pelo sobre la cara como una armadura.

Las pocas veces que la han mirado de frente enrojece, se queda sin voz cuando le preguntan cualquier cosa y no sabe mirar a los ojos, pero el primer año ya perdió la virginidad con un refugiado croata al que eligió porque era alto y porque no hablaba su idioma y aquello duró apenas tres días pero le bastó para comprender las reglas del juego.

Desde entonces ninguna relación le ha durado más de una semana. El croata empezó a excitarse en cuanto ella le sonrió y le dijo cosas que no pensaba decir y ella, traicionada por el deseo de que algo hermoso invadiera su vida, tan restringida, también se excitó. Pero luego huye ella o ellos desaparecen.

Mejor, así mantiene la distancia justa con su cuerpo, que apenas reconoce como propio.

Antes de todo esto pensó que, como había sido una niña solitaria, los seres imaginarios, los colores, las voces, los sonidos que sólo ella era capaz de percibir habían llenado el vacío de las relaciones personales. Pero en cuanto se dio cuenta de que ya tenía suficientes relaciones personales como para ser una chica más, del montón, y seguían ahí… tuvo que abandonar esta hipótesis porque ya no podía sustentarla, así que ha aceptado que lo suyo es debido a una sensibilidad extrema y no tiene remedio, se resigna a no tener nada excepto su capacidad de percibir el estado de ánimo con cada persona que se cruza, hasta lo más profundo de su ser, seres y voces que ella ve y oye pero que nada saben de su existencia.

Sentada en la butaca de su cuarto en camisón, con las rodillas a

la altura del pecho y los pies sobre el asiento, no hay ni apariciones ni consejos rumorosos que valgan cuando la asaltan mil dudas si piensa en su futuro después de la Universidad, pero no está dispuesta a dejarse amedrentar ni va a regresar a Mallorca. Eso sería reconocer su fracaso. «Adelante, no necesito decidir lo que haré porque tengo té, investigaciones pendientes y muchos cigarrillos». Y así avanza, sin decidir nada.

Lo de adivinar o leer pensamientos o lo que sea no le sucede siempre ni con todo el mundo, sólo con algunas personas, e ignora el motivo de esta azarosa selección que no depende en absoluto de ella. Como cuando en la esquina de una calle cualquiera coincidió con un hombre de pelo blanco como pelusa de espantajo que comentaba con el mecánico enfrente del taller, despidiéndose, y Vitalia supo que las ruedas del coche se le habían pinchado porque en realidad no quería moverse del lugar en el que se desinflaron. «Aquí me quedo», habían dicho las verdaderas intenciones del hombre.

El primer curso, en su imaginación, prometía ser una nueva etapa en la que sería muy feliz; sin embargo, para su incomodidad, la primera semana de facultad ha hecho un par de amigas que se han dirigido a ella con asombrosa amabilidad, lo que le brinda un soplo de ilusión, quizás… Ellas toman café, siempre están hablando entre sí y la ignoran, así que no tardará en darse cuenta de que la quieren tener cerca para copiarle los apuntes de clase, y luego la dejan tirada con cualquier excusa.

A medida que pasan los cursos estas relaciones dejan de importarle, ella lo que quiere es sacarse la carrera. Estudia y estudia porque en la dificultad se crece, necesita no distraerse y ver claros los obstáculos, consultar toda la bibliografía, ese sacrificio diario es lo que mejor la espolea a ser la mejor en cualquier ámbito, lo que le permitirá licenciarse cuanto antes.

Estudia para todo y para nada, para avanzar aunque sólo sirva para ser, algún día, una potencial y solitaria restauradora de obras de arte.

No le ha ido tan mal, no, le ha costado pero ahora con su título en una orla entre desconocidos totales puede opositar para dueña de su vida lejos de las monjas y eso ha representado un gran avance. Ya tiene veintitrés años y le ha quedado claro que lo suyo son los trabajos y los amores precarios.

—Vitalia, ¿vendrás luego a la fiesta?

Tiene una voz templada y oscura, muy bonita.

Pero Vitalia está agotada, ha logrado con esfuerzo la ansiada beca de cada año con reglas de cálculo, con maquetas y diapositivas, con libros con aspecto muy serio y letra diminuta y noches de hincar codos hasta el amanecer. Volver a rellenar la solicitud de beca era lo más sencillo para no tener que tomar decisiones. ¿Y ahora qué?

—Va, vente. Nos lo pasaremos bien. Es a esa hora tonta en la que los fantasmas quieren aparecer y joderte la vida, ¿no querrás quedarte sola?

Ha encontrado una habitación económica en un piso compartido y una de sus compañeras es Clara. Clara le propone siempre fiestas imposibles, Clara no piensa en nada más, pero de poco sirven esas distracciones cuando llevas dentro un largo camino de hormigas que van y vienen asaltando la mente hasta dominarla por completo, y por eso Vitalia huye de ella. Clara la señala a menudo con el dedo y le dice que la admira porque Vitalia es realmente rara y apenas habla, porque mira con un solo ojo miope y asustado tras un flequillo larguísimo que le cubre el otro y su carácter le ha cerrado tantas puertas en las narices que es la mejor perdedora que conoce.

Por eso, ahora tiene que esforzarse por mantenerse lejos de Clara, escucharla es ahora su pesadilla, no piensa aceptar sus ofertas de trabajo ni irá más a sus fiestas. Pasaron demasiadas cosas desagradables, Clara la mete en líos oscuros que no le convienen y quiere arrastrarla con ella porque está, ella también, muy sola, pero por eso Vitalia huye de ella y por eso Clara no deja de perseguirla, la atrae que su mascota se resista, aunque probablemente ve todos los días a gente mucho más interesante que ella. Pero es que nadie se deja manosear como Vitalia y le gusta introducirle la mano entera en la vagina para ver cómo abre los ojos como platos, y cuánto se arrepiente de haberle confiado sus asuntos a esta manipuladora que la abre de piernas con cualquier excusa y le susurra «sé buena» con el placer de violentar a una muchacha tímida que no se atrevería jamás a contrariarla, sabe hasta qué punto la tiene atrapada, porque si lo contara todo a las demás compañeras del piso le haría pasar mucha vergüenza e incluso se permite bromear con sus visiones y las voces que oye. Un día se lo contó a los demás para que se burlaran, les dijo que Vitalia ve auras

y fantasmas de colores y que oye voces porque está un poco loca… Era apenas la única amiga que tenía, ésa que ahora no quiere ni ver pero que le dijo una gran verdad: «Al fin y al cabo, tampoco nadie sabe si lo que vemos por las noticias de televisión o leemos en los diarios y revistas es la ‘realidad real’».

Desde que se ha zafado de Clara se siente un poco más libre, pero sin nadie en quien confiar, y sin sus estudios teme no poder salir adelante, apenas tiene precarios ingresos puntuales y no puede con el infierno de ocupar todo el tiempo en buscar trabajo porque con frecuencia se queda sin. No hay ya nada estable en Barcelona y está malviviendo con ínfimos puestos como modelo para pintores con pocos escrúpulos que disfrutan su carne tímida, blanca y tierna, de dependienta en tiendas versadas en la estafa de clientes y empleados sin distingos. Ha repartido flyers en la calle ofreciendo dos copas al precio de una en plena noche, menudo escándalo, hubiera desmayado a las tutoras de su espíritu, como mínimo.

Nada de cuanto emprende le sale bien ni dura, pero es libre y eso le basta, aunque de vez en cuando se lleve algún disgusto. Como esa vez cuando el jefe de la furgoneta que repartía a las chicas por las zonas más transitadas de la ciudad le ofreció un plus a cambio de sexo. Ella a la primera le practicó una felación, con toda la dedicación y ternura del mundo porque le colocó un grano de azúcar en el glande y chupó hasta derretirlo. Fue tan sencillo y «qué tonta» le espetó luego él a la cara, junto con el escupitajo de su corrida. «Buena chica, buena chica, tendré que darte una lección para que espabiles, las otras se hacen de rogar hasta asegurarse la jugada».

El tiempo pasa y pasa y habla con tres, cuatro o diez y pronto prospera en relación con los hombres, pues las tímidas alumnas de colegio de monjas en ocasiones son extraordinariamente osadas. Su afán por entregarse empezó con las monjas y no ha hecho más que aumentar: las lecturas de vidas de santos, catecismos y libros de moral que leía y que escondían voluptuosos placeres y sensuales mensajes. Vitalia recuerda cómo se estremecía al oír los martirios de las santas, las torturas que se autoimpusieron y sus visiones… Por eso poco o nada le cuesta entregarse y no le duele que la utilicen.

Ella se entrega como todas esas santas y beatas, se valora tan poco que nadie podría desalentarla de veras aunque se empeñe y así un ingeniero le habló durante casi una hora sobre el tapizado de su nuevo coche mientras la acaricia, un auxiliar de enfermería porque tiene aspecto de niña y la instruye en el pensamiento de Nietzsche y le mete la mano bajo la falda, o ese conductor de autobuses que le

cuenta la historia de su bisabuelo que luchó en una guerra y alienta la locura de sus piernas abiertas con cualquier excusa. Y tanto puede suceder que acepte una cita y no aparezca como que se ennovie durante unos días como si fuera para siempre y, de un momento a otro, rompa con laxitud siniestra.

Al principio, le había preocupado comprobar que puede ser tan fría, un carácter trascendente y perturbador, tan ángel del sexo, tan niña perdida, tan capaz de mantener la máscara de la sonrisa aunque se sienta cada vez más incómoda, miserable y depresiva. Necesita ayuda para domeñar su erotismo pasivo y carente de deseo, pero en cuanto trata de expresarse no encuentra más que egoísmo, incomprensión y rechazo, nadie parecía comprenderla. Siempre chocando con el inconsciente más destructivo y poco atento de los demás... Ella, instintivamente lo refleja todo y la indiferencia de la madre y la ausencia del padre moldearon a Vitalia para la infelicidad y el desastre, hasta que las depredaciones de los hombres completaron la tarea.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo, todo aquello dejó de tener peso y, por costumbre o por resignación, dejó de tener importancia. le gusta de estar y punto, no cree poder ser feliz, mucho menos más feliz, y tampoco tiene ganas de evolucionar, aunque ahora ya no les miente, simplemente deja sus rarezas dentro, hechas un ovillo de finísimo y frágil hilo, y averigua con extrema sensibilidad lo que cada individuo quiere escuchar o qué desean de ella. Lo dice, lo hace, aunque no lo sienta del todo.

Por eso casi todas las noches es besada y acariciada, es dócil y sumisa; al amanecer, su lecho siempre está vacío y no le faltan razones para agradecerlo, pues suele llevarse a los hombres más egoístas, menos atentos, que la reconocen a primera vista y a ella se entregan porque saben que las relaciones con ella son inofensivas. Y así se ha despedido ya de demasiados amantes con apenas una pizca de tristeza como para que le importe, ya sabe que ninguno la entiende ni la entendería por mucho que se esfuerce, y por suerte siempre hay nuevos candidatos con los que probar una nueva partida, una y otra vez por si la suerte cambia.

Se deja hacer sin fijarse en sus rostros, ni intenta recordar sus nombres. Le sirven de instrumento para sumirse a fondo en sus intimidades, en su secreto, en sus anhelos lejos de ellos, sin que puedan tocarla por dentro, y lo logra mediante arrebatos que empiezan siempre, exacta y brutalmente, de una mirada turbia, una mirada que no se controla, que se lanza y se recoge como un balón de básquet.

El amor no viene con el balón, apenas llega algo más sencillo y

asequible en su lugar pero le basta, una vaga noción de calma que consiste en la satisfacción momentánea derivada del sexo. El amor es otra cosa, para Vitalia sólo una palabra y a sabiendas ha aprendido a aceptar con deportividad sus cambios de carácter y los de sus afectuosos e indiferentes amigos, que han resultado más inofensivos que Clara y mucho menos perseverantes.

Es ella ahora la que decide y abandona, con impasible tranquilidad, ha aprendido a ser la despreocupada amante de los que no saben amar, como ella, lo vive como un juego sin remordimientos para pasar el rato y es su pasatiempo para unos sentidos que no parecen haber nunca despertado del todo de tan espesa, pues su corazón permanece vacío, o lleno de melancolía, que viene a ser lo mismo y ellos nunca llegarán a importarle lo suficiente como para desestabilizar sus ansias de esconderse y perderles de vista en cuanto se siente acosada. Intensa, imaginativa, cautivadora, sabe que puede volver a atraparlos cuando lo desee y eso la mantiene segura en su puesto: es una fugitiva arritmias y flaquezas, que las tiene.

De lo que buscan ellos no se habla, y de lo que no encuentra ella ya se entiende sola, y tampoco. Avanza, simplemente, asombrada y con los ojos de par en par ante sus depredadores, pero a sabiendas de que en esta partida que ha decidido jugar es ella la que manda. Tenía que escapar porque no estaba enamorada de ninguno.

¿Cómo decirlo? Vitalia no necesita ayuda para su gozo pero logra concentrarse mejor en sí misma precisamente cuando está acompañada. Son algo así como sus muñecos, por mucho que ellos piensen que están utilizándola a ella. Con ellos se entrena en el arte de fingir que está sin estar, y se esfuerza en ser cada vez mejor y más prudente, y por eso maldice el interés de los demasiado curiosos que le hacen más preguntas de la cuenta y se aleja de aquellos que tratan de descubrir sus secretos mirándola demasiado a los ojos.

Quiere que la dejen en paz, desconfía y busca recibir y escuchar y dejarse hacer sin compromiso íntimo. Nada del otro mundo, por experiencia ya sabe que es lo fácil, pues pocos hombres ha encontrado que no se contenten con su cuerpo, la caja de los secretos, la armadura de su existencia… Pero un día, cuando cumple veinticinco años, cambia su suerte. Ha sido tan fácil. Fue como si le hubiera tocado la lotería.

Está de pie frente a su buzón, acaba de recibir una carta en la cual se la invita a presentarse a una entrevista de trabajo en el aeropuerto. El puesto ofrecido no parece nada del otro mundo ni

tiene que ver con lo que estudió. No recuerda ni cómo ni cuándo se ha inscrito, probablemente la han localizado con los datos de alguna agencia de colocación de las que frecuenta de vez en cuando desde que se licenció.

Al día siguiente, a la hora convenida, está de pie en el recibidor, la puerta entornada, un agente de seguridad le ha tomado los datos y ha desaparecido dentro. Al poco sale a recibirla un señor con traje y corbata de patillas pobladas y al que le salen unos cuantos pelos de la nariz. Le sonríe con aplomo al darle la mano y nota que él también tiene la palma sudada, lo que la tranquiliza.

De camino al despacho, él le pregunta, serio, si es consciente de por qué la han elegido a ella. Calla y piensa una respuesta conveniente pero él, que la observa con los brazos cruzados justo donde empieza su generosa barriga, se adelanta. Se nota que es un hombre ocupado.

—Por su currículo.

Parece una broma.

—No comprendo por qué querría elegirme a mí, se lo agradezco pero mi currículo… —replica, fiel a su costumbre de empequeñecerse en cuanto tiene ocasión.

Por suerte, él la interrumpe, no la deja terminar con un gesto con la mano, sigue sonriente y es buena señal.

—Sepa que desconfío de los expedientes exitosos —replica su entrevistador—, tal como nos gusta trabajar aquí es preferible contar con personal meticuloso y paciente, con buena tolerancia al fracaso, y tras revisar su currículo hemos considerado que usted corresponde al perfil que buscamos.

—…

—Es necesario, imprescindible diría, que quien trabaje en este puesto tenga un amplio historial de fracasos, nos avala la experiencia. Si le parece bien, le ofrecemos la posibilidad de hacer una prueba —concluye.

Perfecto, no es una broma. Es la horma de su zapato. Una prueba que durará diez años.

A la mañana siguiente, Vitalia escucha y aprende durante la charla de formación de nuevos empleados. Reiteran con metáforas y dobles sentidos su discurso de que buscan personal obediente y sin mayores aspiraciones, pretenden lograr que quien siga la formación se motive y no se marche nunca de la empresa, tampoco quieren a

nadie que aspire a otro puesto mejor, insisten en que eso les exasperaba y se felicitan porque como empresa han aprendido a seleccionar cada vez con mayor acierto.

Cuando firma el contrato sólo piensa en una cosa, y es que se ve capaz de mantener ese trabajo.

—Nada de pedir aumentos de sueldo o vacaciones, en todo caso ya se verá más adelante —puntualiza la administrativa que repasa con dedos regordetes las copias firmadas en presencia de Vitalia.

Es feliz. Ha firmado un contrato a jornada completa y de seis meses de duración, pero donde permanecerá durante años si nadie se lo impide. No le importa que el sueldo sea bajo ni haber intuido que su jefe es un déspota nada más verle. Lo es pero ella tiene veinticinco años y se siente la mujer más afortunada del mundo por haber conseguido un trabajo estable gracias al que podrá dejar de vivir con Clara. Además, están en lo cierto: no tiene fuerzas ni ganas para aspirar a nada mejor, y aunque a su alrededor los demás compañeros refunfuñen o tengan cara de tristes ella no decaerá, trabajará con eficacia y se marchará siempre la última.

Ha encontrado su lugar. O, mejor dicho, se siente segura porque ya sabe que no tiene que esforzarse para que no la echen, bastará con conformarse y callar, y eso, ya lo sabe, se le da de maravilla.

Capítulo 6 | El barco

Viaje en barco, Barcelona-Mallorca, 1993

Está en un rincón de cubierta entre bofetadas metálicas, chirridos de embarcaciones echando el ancla, motores… como tantos otros pasajeros. Pero ella no admira las vistas, se encuentra cautiva en la malla contrahecha de las dudas que acuden a su mente. ¿Cómo será el encuentro con su madre? ¿Qué dirán en el pueblo cuando la vean?

Ansía la calma de averiguarlo todo con elucubraciones que la asfixian, alterada, y luego en sentido inverso dedica idéntica energía a apartar esos nubarrones pesimistas para no pensar. Hasta que se agota y necesita agarrarse a un cigarrillo, pero tras unos cuantos intentos de encenderlo decide guardarlo todo de nuevo en el bolso. Qué difícil esta noche entre semana fuera de casa y de las propias rutinas, tan expuesta, sin la menor esperanza de serenarse.

Quizás sea mejor así, se dice cerrando el bolso a sabiendas de las miradas supersticiosas que la rodean, porque cuando fuma se abstrae por completo y sólo existen las caladas y lo que está pasando merece la disposición de todos sus sentidos. Debería pensar un poco en lo que hará, y eso la inquieta. Sonríe: es habitual que las mujeres piensen que si deja el bolso en el suelo "se irá el dinero". Pero entran las ilusiones, a veces, todo depende de las prioridades de cada una.

Un inmenso haz de rayos rojos, violetas y anaranjados, surge por debajo del horizonte y se proyecta en abanico hacia el cenit. Regula su respiración y baja a su camarote y escucha el anuncio definitivo de la salida del barco hacia Mallorca, y en cierto modo se contagia de la calma de los demás pasajeros que ha observado por los pasillos, la mayoría sin duda estarán a punto de iniciar sus vacaciones de verano con este viaje y conversan plácidamente arriba, deseosos de brisa marina.

Ella en cambio se recluye porque sabe que va a iniciar una nueva vida, una en la que su madre ya no le da miedo, y eso requiere intimidad, evadirse. Hojea la revista que alguien le ha dejado sobre su cama y, a la vista de un amplio reportaje sobre las baleares, su ánimo puede al fin mecerse con el recuerdo difuso de un follaje que ve en la portada bajo la palabra paraíso.

Conoce a la perfección ese edén, que le ha enseñado tanto de niña, ella no necesita ninguna foto para tener presente ese amor perenne de sus añoradas higueras de infancia que no la ha abandonado jamás, esas hojas tan verdes y duras que lo pueden proteger todo bajo su beatífica sombra y recuerda aquella vez que su madre, cuando aún era su querida madre, le dijo que iba a estar un par de meses comiendo frutas y verduras crudas y nada más.

—¿He hecho algo malo, mamá? —preguntó, un poco asustada, porque aquello parecía un castigo.

—No, hija, vamos a hacerlo porque así lo quieren los árboles y los pajaritos y las flores —bromeó.

¡Ah, aquellos días no volverán! Su madre era muy divertida, siempre parecía estar contando cuentos cuando hablaba, de tan dulce e imaginativa. Le dijo que había que cortar la fruta con un cuchillo de madera y que tenían que guardar los platos y vasos de vidrio porque no podía comer nada con vajilla que hubiera tocado el fuego.

Y Vitalia ni se dio cuenta y habían pasado las semanas porque le encantaba comer fruta, estaba riquísima, y también esas pequeñas zanahorias que arrancaba arrugadas y dulces del huerto… Y cuando pasaron los días, tal como había previsto, su madre le contó otro precioso cuento para celebrarlo:

—Ahora ya nunca más te lastimarán las ortigas, ni te quemarás cuando atices el fuego, y tu saliva puede curar cualquier herida. Mira lo que puedes hacer…

Y qué emoción cuando dibujó un círculo con el dedo mojado en su saliva en el suelo, alrededor de unas hormigas gordas de las que muerden y la hormiga, para maravilla de Vitalia, empezó a dar vueltas dentro del círculo y se volvía loca porque no sabía salir. Vitalia aplaudió feliz y dijo que quería probar, pero como era pequeña hacía el círculo tan despacio que la hormiga se le escapaba antes de cerrarlo.

—No te preocupes, Vitalia, que esto no se te irá y podrás seguir probándolo cuando seas un poco mayor. Ven, vamos a esperar a la bisabuela al camino, que me parece que está llegando ya.

Su madre era tan amorosa y tan sabia… En efecto, al cabo de un rato, como si Carol tuviera vista de pájaro, aparecía la abuela Leonor muy a lo lejos. Le gustaba más llamarla abuela, como la llamaba su madre, y no la llamó nunca Vitalia bisabuela porque en realidad Carol y ella eran como hermanitas.

Con estos vívidos recuerdos se tumba y se da cuenta de que el

barco ya está navegando. Se marea y anima ligeramente sin ninguna copa de vino de por medio de recordar todo aquello, y comienza a llorar y no puede dejar de hacerlo, ni lo desea. Porque lo ha hecho, va a estar de nuevo en contacto con su infancia, verá de nuevo los árboles y paisajes que como bien sabe por los relatos que nunca se cansaba de contarle Leonor, están tan llenos de leyendas e historias maravillosas que nunca llegará a conocerlos de veras.

Estará ahí de nuevo, aunque sea por unas pocas horas, y además dispuesta a encararse con su madre. Por primera vez en su vida, las lágrimas se siguen derramando sin parar porque su madre no le ha dado permiso para ver a su abuela.

Tiene miedo, ha decidido ir, de todos modos e ignora si este viaje será una oportunidad o una nueva misión fallida. Mira por el ojo de buey a la inmensidad del mar para tratar de calmarse, el agua que se mece fuera, en plena madrugada, la asusta, se siente rodeada de oscuridad.

Lágrimas y el recuerdo de las mañanas de madrugón para ir a buscar caracoles los días de lluvia con un mellado cubo azul de plástico, de cómo cortaba hierba fresca para los conejos cada dos o tres días o los arañazos de las zarzas cuando caían sobre los muretes de la finca las preciadas almendras y ella tenía que ir a por ellas, y las resbaladizas algarrobas, y por encima de todo la amorosa voz de su madre y su abuela cuando la mandaban a recoger huevos al gallinero, tan confiadas en su agilidad de niña pero también en su pericia. En aquella época hacía las cosas bien, o así se lo hacían sentir.

Era tan pequeña y se sentía tan rodeada de amor, tan protegida entre las cariñosas y sonoras palabras de aquellas dos mujeres. Y nunca más. ¿Por qué tuvo que estropearse todo?

Ahora no tiene nada, arrastra una forma de vida que no funciona y desea con todas sus fuerzas poder quedarse en Mallorca, para siempre… ¿cómo? Excavando. Quien se quiere acercar a un pasado sepultado, sumergido, tiene que comportarse como un excavador, como un buceador, y eso requiere tiempo y paciencia. O unas vacaciones. Pero en triste, porque acude a un funeral.

Otra bocanada de aire y una nueva calada, la penúltima quizás porque quiere dejar de fumar, como Pedro quiere dejar de beber. La nicotina entra en sus pulmones con aceite de motor y salitre y angustias apolilladas y le entra una arcada que le saca un par de lagrimones.

A la mañana siguiente se lava la cara con agua fría para que no se note que ha estado llorando y se pone la blusa, la misma con la que salió de Barcelona la noche anterior y nota el latido de sus sienes conmovidas ante la inminencia del desembarco. ¿Qué va a hacer después del funeral? Ni idea, pero… ¿por qué tendría que llegar sabiéndolo?

Toda la tristeza del mundo nace de la gente que desconoce cuál es el propósito de sus vidas, lo sabe bien, pero para distraerse de tan oscuros pensamientos posa la mirada en la revista y recupera algunos párrafos que rememoran los tradicionales nombres propios de los higos que tanto le gustaba a su madre canturrearle cuando era niña mientras los recogían y le decía que los higos y las brevas son flores y como tales los colocaban sobre la mesa, jugando con su arco iris de verdes, grana y amarillos.

Le gustaría poder permanecer muy quieta para siempre y continuar en esas situaciones que le vienen a la memoria, no haber viajado, no haber crecido nunca desde los seis años. Incluso… ojalá pudiera ser un árbol, se dice. Pero no, es una simple mortal cargada de paranoias, miedos e inseguridades, tantos que ni regresar al suelo que tanto ha pisado durante su infancia puede ahora proporcionarle seguridad alguna sino al contrario, prevé que le va a resultar extraño, ajeno, doloroso volver a pisarlo.

De este modo, entre el sueño y la vigilia, se ha ido meciendo en su camarote a intervalos que le parecen parpadeos o siglos durante las casi ocho horas de viaje y está torpe incluso para sus propios reproches, por lo que no le cuesta dejarlos de lado y adoptar una actitud más eficaz, práctica. Deja de leer la revista y se repite que todo está saliendo casi como lo ha planeado y no hay motivo para esparcir más chispas sobre los recuerdos del pasado, no vayan a prender del todo y consuman el poco optimismo que le queda. Tiene que andarse con cuidado porque ya sabe que su tendencia a la melancolía puede jugarle malas pasadas, debe permanecer atenta o se tirará por la borda.

Para zafarse de la tentación melancólica tiene un truco infalible que ahora intenta activar con todas sus fuerzas: lo único que hay que buscar es algo concreto que hacer. Lee hasta que casi se le cierran los ojos y de pronto oye por megafonía el aviso. Han pasado las horas y están a punto de llegar.

Sale a cubierta y repasa a sus compañeros de viaje como si fuera a retratarlos. No había imaginado que pudieran caber tantos pero no se le escapa un solo sombrero, chaqueta o calcetín. Repasa también mentalmente lo que hará en cuanto baje del barco, pero no

logra pensar en nada concreto y termina mirando a su alrededor mareada como si esperara encontrar asidero. Y, de pronto, da con la isla. «Ahí está Palma, qué bonita» —exclama una parejita de ancianos a su espalda—, y Vitalia apostilla un «sí» de medio suspiro.

La noche ha pasado y ahora se siente mejor, el aire fresco del amanecer es un poderoso calmante para el espíritu. Trata de animarse pensando que seguro que en cuanto ponga el pie en el paseo marítimo volverá a sentirse como a sus diecisiete años, sólo que esta vez con el doble de edad y avanzando justo en dirección contraria.

Deja que su mirada penetre el puerto. Dominándolo todo, próximos o lejanos, en extremo agudos o graves, los pitidos de las sirenas de los barcos del puerto parecen desgarrar el aire, tan vibrantes y claros son. Con los ojos cerrados se concentra también en recordar el color de los ojos de su abuela Leonor, que ha tomado por fin consciencia de que ya no verá nunca más abiertos, y se debate entre un suave violeta que a veces le parece gris y otras azul celeste… y de pronto ha oído una voz que le susurra «perdona» y, al volverse, descubre con estupor a un desconocido, bronceado y corpulento, americana al hombro, que está de pie a su lado y la observa. Sonríe, burlón.

Ni se había dado cuenta de que él había avanzado hacia ella a paso de lobo, evitando todo rumor. A Vitalia no le hace la menor gracia la invasión de este mirón inesperado, está desconcertada, en cuestión de segundos se incorpora de un respingo de la baranda en la que estaba confiadamente apoyada y en un acto mecánico para recuperar el control se vuelve a medias y evita su mirada. También retira los auriculares de sus oídos de un tirón.

—Dígame.

—Disculpe, señorita, podría indicarme…

Da un trago a su botellín de agua para despistar de nuevo los ojos de su imprevisto centinela y poder pensar. Viste una camiseta de rayas blancas y ocres, pantalón gris, y calza alpargatas de ante y cáñamo y permanece inmóvil, devorándola con la mirada. Valora si salir corriendo o responderle y no puede mirarle a los ojos, por timidez.

No tiene escapatoria.

Para poder responder a lo que este desconocido le ha preguntado tendrá que acercarse a él, dejar que él se acerque. Estira el cuello y aspira como para tomar impulso, ahora a pleno pulmón, el fresco aire matutino y le sonríe. No le mira de frente porque de otro modo él quizás pueda darse cuenta de que hasta apenas un rato

antes ha estado llorando, o de que no ha dormido. De hecho, coqueta se cubre un poco más con el pelo por delante de la cara.

Pero el desconocido ignora todo eso y mantiene incólume frente a ella una libreta en la que Vitalia ve anotada una dirección en la isla. Ella observa que su pelo es de color negro intenso y lo tiene enmarañado. Le da un aire de científico despistado y su rostro noble, sus ojos café, su nariz prominente, los labios firmes y sus manos fuertes. Le gusta. La dirección que busca es la de una galería de arte, comprueba Vitalia, y él simplemente quiere saber cómo llegar hasta ahí.

Le indica el camino desde el puerto, recuerda bien las calles, le asegura que no será difícil porque está en el casco antiguo, y a continuación él añade que le gustaría saber dónde podría comprar libros por ahí cerca, tiene que regresar en el barco de la noche y dispone de poco tiempo.

Vitalia sonríe ya más relajada y sincera porque ha observado que no tiene ningún interés por ella, que se queda prendada de su voz y la placidez inmensa que desprende, tan parecida al tacto pálido del sol. A ella se le agolpan muchas emociones en el vientre, le ha gustado porque es amable y habla con una voz pausada y muy dulce. Con una sonrisa, le indica que hay una muy cerca de ahí, pues casualmente la dirección a la que él tiene que ir está en la zona precisamente de la librería a la que ella acudía de niña.

—¿Tiene a su familia en Mallorca?

—No tengo familia.

Él no parece molesto con esta lacónica respuesta y cambia de tema con amabilidad, también parece relajado y siguen pues conversando sobre libros. Ha empezado a salir todo el mundo para arremolinarse mientras ellos siguen de pie, relajados junto a la pasarela de desembarco. Se amontonan los demás pasajeros a su alrededor pero él no se mueve de su lado, habla con aparente despreocupación y Vitalia interpreta a una mujer dueña de si misma que no es, ni por asomo, y cuánto le pesa saber que se ha ruborizado, como de costumbre, se ha encaprichado de él porque es atractivo y distante, y eso la pierde. Con que un hombre posea uno de esos dos atributos ya es más que suficiente: apuesto y desconocido.

Paradójicamente, también que él sea inalcanzable la hace sentir cómoda, segura, como en casa. ¡Está tan acostumbrada!

Sin que se dieran cuenta, el horizonte ha cambiado por completo en unos minutos, como si alguien se hubiera entretenido en cambiar

de canal mientras ellos hablaban. Callan y fijan los ojos enfrente, se puede ya distinguir perfectamente el puerto y ahí está la catedral y alrededor la ofrenda del aire limpio, la luz amable, el escaso ruido urbano, el vaivén de las palmeras de primera línea de mar.

En lo alto hay desfile de preciosas formaciones de nubes blancas inmóviles sobre su marco azul y Vitalia saca la chaqueta de la bolsa, pues vaticina para sus adentros que lloverá y hará viento.

En enero suele llover muy poco aquí, pero por debajo de estas consideraciones meteorológicas sigue el runrún de sus emociones, sobre las que no logra imponerse la megafonía multilingüe con los mejores deseos para este fin de trayecto, a todo volumen.

Tiene sed pero ya liquidó su botellín de agua y se conforma con el viento, que estremece mechones sueltos de pelo por su rostro y deposita a su alrededor chorros de oxígeno, ya falta menos, ya falta menos.

Por hacer algo que frene su nerviosismo, saca la maleta de entre las piernas, no puede quedarse quieta, da unos pasos hacia popa para estirar los músculos y se aparta del desconocido, dispuesta a pasar los últimos minutos del viaje desplazándose arriba y abajo como un animal enjaulado. Tierra. Tierra. Hay cada vez más voces a su alrededor, nadie la conoce, si no fuera por el desconocido que aunque no la mire está ahí y la incomoda... Para evadirse trata de notar con todos sus sentidos esa magia de la que tanto han hablado navegantes, aventureros y viajeros escritores que visitaron las baleares a lo largo de la historia, y eso sólo puede lograrse a solas, como disfrutas de un concierto cuando todos a tu alrededor te ignoran y el cantante se puede entonces dirigir única y exclusivamente a ti. La imagen del concierto quizás le viene a la mente porque se acaba de dar cuenta de que en sus auriculares descolgados aún está sonando algo, olvidó pararlo cuando se le acercó el desconocido.

Busca el botón para cerrar el recital y sonríe, el molesto zumbido se parece a su ánimo, ojalá fuera así de sencillo apagar el suyo.

La catedral de Palma al fondo se desvela cada vez más suntuosa y siente con placer también en su cuerpo cada golpeteo rítmico de las olas contra el casco del barco, acercándose a tierra. Se siente cada vez mejor, vuelve a la zona de la pasarela de salida: en efecto y justo ahí sigue él.

Por cómo la mira parece estar espiándola. ¡El corazón va a salírsele del pecho! Ahora que le ve de lejos se da cuenta de que es,

sin duda, el hombre más apuesto con el que ha hablado en bastante tiempo. Alto y con un rostro sensual y tierno... ¡Y la está mirando de nuevo! Al verse descubierta, se enoja consigo misma porque sabe que lo desea, porque le gusta sentirse observada, porque parece fuerte y en forma.

Él permanece de pie y le sonríe, y en una pirueta se busca algo en los bolsillos de la americana pero no deja de sonreír, divertido quizás porque Vitalia hace de nuevo como que no le mira y disimula. Es guapo. Cuando se da media vuelta para tomar una maleta del suelo parece que baila, lástima que se aparte con su maleta con ruedas en una mano y su agenda en la otra, la misma con la que tan encantadamente le consultó una dirección antes. Vitalia suspira y se resigna, entre aliviada y contrariada, se siente azorada porque lo que ha empezado a sentir va más allá de la atracción física y aún deja volar su imaginación tras él pero cabecea contrariada porque quisiera evitar el zumbido de ideas lujuriosas que el desconocido ha prendido en ella.

Demasiado tarde.

Lleva mucho, demasiado tiempo sola para su carácter falto de cariño, no puede evitar fantasear con el primer príncipe azul que ve, es frágil e impetuosa, es un cúmulo de contradicciones en contacto con cualquier hombre, aunque sea sólo imaginariamente y no se atreva a más, ella pone una pierna en cada mesita de noche en cuanto le susurran media galantería pero si él le gusta, como ahora, se vuelve tímida. Y sin que le susurren, también cae a la primera, pero él no ha dado el paso y ella se siente paralizada, torpe, y para sus adentros se arrepiente de haber mantenido al desconocido a raya con su fingida indiferencia, lo ha estropeado… Y se supone que para cualquier mujer que madura y aprende debería considerarse todo un progreso no rendirse a la primera, pero ahora mismo preferiría no estar progresando tanto y tener unos brazos que la abrazaran.

Le gusta tanto que… Menudas tonterías se le ocurren: podría ir de su mano al cementerio, no sentirse desvalida nunca más, podría… En sus ensoñaciones sobre el desconocido no le preocupa en absoluto lo que pueda desear él, es lo de menos. Lo único que le importa es lo que ella le desea y no hay límites para una pasión imaginaria, simplemente se desata en río desbordado y no es peligrosa.

Para no asustarle, piensa todo esto sin levantar ya la mirada del puerto. Mallorca. Este perfil rocoso y tierno que la emociona, tenía casi olvidada esa sensación. Ha viajado otras veces y en alguna ocasión también en barco pero no, no es lo mismo atracar en el

lugar donde has nacido.

La embriagan el conjunto de rocas, playa, pinos arracimados y elementos arquitectónicos varios. Otro desconocido, esta vez un turista francés, interrumpe sus pensamientos con una demanda, pero le gusta mucho menos. Está comparando los atractivos de diversos paseos y le ruega que le preste la revista, así que se la regala y huye hacia el lado opuesto del barco, porque ha perdido al desconocido de vista. No puede dejar de pensar en él, acude una y otra vez a sus pensamientos como una mariposa traviesa. Pero él no era una mariposilla, cuidado Vitalia, se dice divertida, es de otro material mucho más duro y, por qué no reconocerlo, también mucho más apetecible.

Su capacidad de ilusionarse con ningún hombre ha ido disminuyendo a medida que se ha ido haciendo mayor, y de la adolescente que se encaprichaba a los cinco minutos había pasado a ser una treintañera que de vez en cuando se da una alegría a marchas forzadas y con poco entusiasmo. Cuando aún no había cumplido veinte años pensaba que seguiría así eternamente, y luego fue cambiando todo y vuelve a pensar lo mismo, porque los humanos nos empeñamos en creernos nuestros cuentos. Ahora está en otra fase, en ocasiones se ve a sí misma como una estatua que gusta pero que por dentro tiene pórex, rígida pero liviana y volátil, contradictoria a más no poder y por eso seguramente ningún hombre le ha durado mucho, en pocos días… o huyen o ella pierde el interés.

De pronto, ya no está, ha desaparecido. Desilusionada, retoma las sensaciones que la han alterado durante las últimas cuarenta ocho horas… Verá a su abuela muerta, el pueblo, a su madre ausente… Se pone mala sólo de pensarlo, al final tendrá que ir al médico y menudo lío de vida colmada de problemas la suya, ése sí es un auténtico exceso de equipaje, de material muy inflamable que ya le podrían haber requisado en el puerto de salida. Ojalá. Se siente débil, ha dormido poco y no ha desayunado, de hecho se da cuenta de que ni siquiera cenó, con las prisas, así que se desplaza agarrada a la barandilla como una ancianita miedosa y se siente tentada de echar un nuevo vistazo alrededor a la caza de la mirada del desconocido, que es lo mismo que decidir ponerse lejos del todo de su voluntad. Él podría salvarla de su tristeza con sus fuertes brazos ahora mismo como se salva a las personas que se han tirado al mar en los dibujos animados, agarrándola del pescuezo, pero parece haber desaparecido del barco y Vitalia se limita a asomarse al agua como los demás pasajeros, hay estelas de delfines, y nota en el vientre, a través de la barandilla, la leve vibración del barco que

vira, como en un paso de baile, a punto para tomar tierra en pleno amanecer. Menudo espectáculo. La franja costera central se extiende llana, un amplio terreno entregado a manos llenas a los edificios hoteleros, a los multicolores depósitos del muelle, a la majestuosidad de su relieve escarpado que frena y atrae las embestidas de las olas y de los viajeros, como una sirena generosa y descarada.

La magia atmosférica de las ocho de la mañana lo dulcifica todo en forma de aureolas altas y deshilachadas, enmarca los puntos más elevados de la isla y dota de una pátina deliciosa al conjunto. «Nubes rojas, día ventoso», se dice sintiéndose un poco sabia y rebusca en el bolso, ha llegado la hora de encender un cigarrillo, su dosis de intoxicación portátil, mientras una niña abrigada hasta las cejas, de unos cuatro años, pregunta a su madre llorosa «¿Cuándo llegamos?».

No le falta razón, asiente Vitalia de espaldas, tras otra profunda calada. A ella también la llegada se le ha hecho eterna, pareciera que no van a llegar nunca, el barco avanza en lentas maniobras pero cuanto más se acercan a puerto más despacio parece hacerlo. Diríase que dibuja sobre el mar un rodeo blanco, una parábola caprichosa, como si costara acertar la entrada al puerto. En una ocasión leyó que, para ser un buen maniobrista, además de conocer la teoría a la perfección, hay que tener unas habilidades innatas y una serenidad que no todo el mundo posee, y se podría hablar de ello como un don. Entre calada y calada, para no pensar en sus asuntos se entretiene en enumerar de memoria todas y cada una de las fuerzas que intervienen en esta operación, ya sean independientes del barco —viento, corrientes y efectos centrífugos de las aguas poco profundas— o dependientes de él, como la potencia del motor, el timón, la hélice de proa y popa…. Pensar así, científicamente, la relaja y agiliza la espera, y funciona porque en un instante empiezan a ir más rápido y ya pueden distinguir con nitidez la silueta de coches, parterres y toldos del puerto.

Cada ráfaga de aire la espabila como el estruendo de las sirenas y el griterío de los turistas que están esperando quizás un barco para regresar a Barcelona o un crucero para dar la vuelta al mundo. Unos vienen y otros se van y, por detrás del pasaje expectante, en fila, se superponen construcciones escalonadas de edificios nuevos y hoteles que, como colmenas de entre seis y diez pisos, se muestran como rascacielos en comparación con el resto de edificaciones isleñas, chatas y humildes.

Erguida y bella en lo alto del punto donde la base edificada de la costa alcanza la orilla en forma de lengua de hormigón, la catedral

ocupa el centro entero de la estampa, con esplendor de pompa telúrica, volcán dormido o gigante que toma el fresco para despejarse del sueño nocturno, como Vitalia, frente a frente, cada uno desde su mirador. Reposan también bajo ese punto los entrañables escalones de hormigón a pie de agua que el tiempo o quizá el mar pulveriza tan poco a poco, imperceptiblemente, hasta convertirlo todo en arena. Mira las explanadas para viandantes por donde ella paseó con su bisabuela algunos domingos para ira a saludar con alborozo a los cisnes del estanque, ocupadas las manos con un cargamento de migas de pan que se tragaban curvando sus largos cuellos hacia el cielo. Un poco más a la derecha, las redes de los pescadores, los mástiles de las embarcaciones de recreo atracadas y bamboleantes y media docena de terrazas entoldadas y aún vacías del puerto marítimo, ajardinado con palmeras despeinadas y raquíticas cada pocos metros para dotar de color la luminosidad de las construcciones calizas como los espejuelos de un vestido de fiesta.

El contraste la pone melancólica: ha dejado atrás embotellamientos cosmopolitas, semáforos, el estrés del trabajo y los transbordos de metro… De pronto lo tiene enfrente, ¡cuánta belleza y calma alberga su isla! Y qué poco la va a disfrutar arrepentida como está por lo estúpida que ha sido no visitando antes a su bisabuela.

Ha sido mala, ha sido egoísta y cobarde.

Cuando era muy pequeñita su madre se vanagloriaba de lo buena niña que era, pero dejó de serlo y… Un rumor débil alcanza el barco, como si una esponjosa vaca de piedra caliza se estuviera presentando a las visitas con un mugido. Vitalia se dejó empapar por ese fragor, por la humedad del aire que en cierto modo aplaca la percepción de hasta qué punto es ella misma una piedra porosa y hueca, entregada a las circunstancias para que hagan con ella lo que les venga en gana.

Abandonar el barco es atribulado y ruidoso, los pasajeros se apelotonaban por todas partes y Vitalia, entre el tumulto, a cámara lenta, los observa, de nuevo no se le escapa un solo sombrero, chaqueta o calcetín, algo en su cabecita híper sensible está mal, sin duda. «Ahí está Palma, qué grande», exclama un grupo de jubilados.

A veces merecemos lo que nos pasa. Otras nos coge de improviso. Y ahí está, sí, la pequeña capital anárquica, intrincada y añorada, pueblerina en su centro trufado de hornacinas para vírgenes ausentes y fachadas adornadas con broches de forja por los que se asoman a la calle numerosos geranios que intuye a medio

marchitar —bien sabe que las heladas de enero no perdonan un brote— pero que a lo largo de los próximos meses empezarán a reverdecer con la llegada de la primavera.

Como se supone que debería reverdecer ella tras este pesado invierno, y lo hará porque lo necesita, si es que puede recuperarse algún día del disgusto de que su madre, su maldita madre, le haya pedido que no vaya al funeral de su bisabuela.

Capítulo 7 | La señora

Cementerio de Algaida, Mallorca, 1993

—Vol tassó, per s'aigo?

Es un día encantado. Como la naturaleza, la lengua posee precisos y sutiles recursos para punzar emociones, y escuchar «aigo» es para ella como caerse en un tarro de miel para una hormiga. Qué diminuta y patosa se siente, y al mismo tiempo perfumada y feliz con esa extraña sensación de volver a sumergirse, tras tanto tiempo, en su lengua materna, tan amada y dulce a sus oídos, tan amable desde tiempos inmemoriales para los visitantes que a lo largo de los siglos la descubrieron y trataron de descifrar.

Bien se ocuparon las monjas de enseñarle que ya Jaime I, al desembarcar en la isla, fue recibido por el moro Alí y se entendieron sin intérprete, el rey en lemosín y Alí en romans mallorquín, como denominó el piadoso Jaume I a aquella lengua antigua.

«El próximo sale a las nueve». Le dará tiempo de tomar algo, se siente desfallecer y le apetece un solitario festín de bienvenida. Ha visto que en la mesa de al lado unos clientes se están aprovechando dando cuenta de una apetitosa rebanada de pan moreno con finas rodajas de tomate y unas ramitas de hinojo marino por encima. 1, 2, 3 y la camarera se da la vuelta para atender a su llamada telepática y pide lo mismo, un pa-amb-oli con sus olivas y alcaparras, y un quinto de cerveza que bebe con vistas al tiovivo que hay muy cerca del bar, cubierto con lonas azules para protegerlo de las inclemencias, con todos los caballos paralizados en sus barras de latón, los dientes en una sonrisa eterna, dispuestos a galopar en círculo hasta el fin del mundo.

Media hora más tarde tiene que correr al autobús, cerrado aún como todas las ventanas de las inmediaciones a esta hora. Alrededor se han ido reuniendo, en abundante desorden, los viajeros, que van entrando de uno en uno tras depositar las maletas en la tripa del autobús, soñolientos. Un bebé se revuelve en su capazo y una anciana trata de colarse pero el conductor pone orden en la fila investido con la autoridad de su bolso cruzado al hombro con el

logo de la empresa de transportes y su semblante adusto. Inspecciona todos los billetes con parsimonia y una sonrisa, a algunos se los vende a pie de escalera.

Todo va acelerándose como en una batidora, como si hasta ese momento los espacios, los objetos y las personas se hubieran estado aún desperezando pero alguien acabara de pulsar el botón adecuado. Pronto superan la treintena y se anima el volumen de sus conversaciones, retumban las palabras de un anciano, esas que tantas veces había escuchado de niña: «Fa un sol que crema es cul a ses llebres».

Sí, sorprende la intensidad del sol para esta estación del año y no, no va a llover como predijo al amanecer, constata por su cuenta, a pesar de la congoja no está perdiendo facultades. El autobús arranca y se acelera también la conversación de sus vecinas de los asientos de enfrente, espabiladas por completo, ¿cuántos cafés se habrán tomado ya esas dos viudas sesentonas todavía de buen ver?

Están discutiendo sobre si es mejor casarse o juntarse para no perder la pensión del difunto marido. Apoya la cabeza en el cristal para evadirse de ellas con la sucesión de curvas grises, empieza a preguntarse cómo será llegar a un pueblo en el que ella no ha existido nunca para visitar en el lecho de muerte a una abuela a la que no puede llamar abuela, sin poder desvelar quién es o qué relación de parentesco la une a la fallecida.

Es una situación absurda que la angustia, qué dirá si alguien pregunta, qué callará… Nada juega a su favor, con su madre las cosas tampoco van a funcionar mucho mejor, demasiados años sin dar señales de vida más allá de alguna llamada de teléfono, contadas cartas. Con el tiempo, Vitalia se ha convertido en algo así como una exiliada voluntaria… Y ahora encima su madre le ha pedido que no vaya a ver a su abuela, le ha negado la posibilidad de despedirse de ella… ¿Cómo puede su propia madre negárselo?

Hubo un tiempo, en Barcelona, en que llegó a fantasear con que no necesitaría regresar jamás a ningún lado, ni a Palma, esa ciudad en la que se había convertido en una niña y más tarde en una adolescente triste, ni a la casita en la que nació, que apenas recordaba, pero ahí está precisamente, en un autobús que avanza entre vapores matinales, primero en Palma y ahora de camino a Algaida. Está claro que casi nadie pronuncia con suficiente convicción su «así y no de otra manera nunca más» y por eso casi todo puede repetirse, caprichosamente, y deja flotar su mirada por el horizonte, que ya es el del Pla, y distingue con a lo largo de una cuneta de casi veinte kilómetros todos y cada uno de los lugares que

se sabía capaz de reconocer: Xorrigo, el coqueto depósito de agua con forma de piruleta, el dimoni con su tridente y finalmente la parada obligatoria para los ciclistas del Hostal.

Reconoce la cumbre pedregosa, el tortuoso camino que trepa por entre las fincas, ha visto aparecer la silueta de la pequeña montaña de su infancia, casi perdida en la distancia entre rocas que recuerdan jorobas de ballena sobre un mar de pinos y muretes de rocalla naranja, primeros olores de malvavisco y mejorana. Y ¡qué aire ligero y delicioso aire mueve las copas de los almendros en flor! ¡Qué buen color de árboles y hierbas que apenas empiezan a brotar a pesar del frío! ¡Qué tierna alegría esa paz inmensa de los campos arados, y después el pueblo! Ése que no conoce y del que tanto ha oído hablar a su madre y a su bisabuela. Asoleado ya, pero con las farolas que aún titilan en violeta, parece un pueblo amable. Algaida, el vergel.

El bufido hidráulico de la puerta anuncia una nueva parada que ya es la suya, revuelo de bolsas y chaquetas para pasar, miradas curiosas de los locales que quizás tratan de identificarla, su maleta con ruedas dando tumbos por los angostos escalones y cuerpo a tierra, por segunda vez. Echa un vistazo alrededor con algunas rabias sobrevivientes de ese recuerdo todavía encadenado de las palabras de su madre, de la vieja y renovada prohibición de mostrarse en el pueblo. Cientos de vencejos invisibles arman un guirigay y no se ve un alma por las calles. Aquí pasó su madre una infancia de laberintos, a menudo cuando estaban ya escondidas en la casa de la montaña le hablaba de su pueblo, tanto que Vitalia creció casi como si lo conociera palmo a palmo, como si ella también hubiera vivido aquí. Pero de poco le servirá ahora que tiene que orientarse por los nombres de las calles y los números de las casas, piensa, pues no conoce los negocios, los pozos, las cruces de término ni dónde está la iglesia recóndita, empotrada, que localizó hace un rato mientras se acercaban con el autobús, en lo alto.

Vitalia es una turista, una mujer que viaja de incógnito, un secreto espantoso que según su madre no debería haber acudido, pero ahí está.

El campanario no se ve desde donde ha parado el autobús, frente a ella sólo encuentra las aspas de un molino de harina bellamente restaurado, unos bancos de madera como los de las ciudades pero mejor conservados quizás. Avanza mirando a lo alto, con el campanario como brújula, para no perderse, hasta que dobla una esquina y consigue encararla. Era aún imposible distinguir la masa completa de la iglesia de las construcciones profanas que la

rodean, y había visto tantas veces de niña ese campanario en la distancia, desde la montaña, que no puede creer que está por fin ahí, en el pueblo de su madre y de su bisabuela.

Pasa delante de una tienda frente a la que una chiquilla barre despacio, con una escoba de palma, los escalones en primer lugar y se asoman dos señoras que la revisan de arriba abajo, y por fin en una de esas casas está el portal de la casa de sus bisabuelos, sabe que tiene una elaborada vidriera que localiza porque la vio en fotos. Llama y en realidad sabe que lo ha hecho en balde, no le sorprende que nadie responda a los repetidos toques de picaporte y por suerte no pasa nadie. Decide buscar el cementerio por su cuenta, hubiera sido demasiado fácil que su madre estuviera ahí. Intuye que en la plaza podrá informarse de cómo llegar al cementerio, si es que encuentra a alguien por la calle. Quizás están todos ahí, el pueblo parece desierto salvo por el tono agudo del reclamo del afilador que penetra hasta el fondo de sus tímpanos, desgarrado, enérgico.

Camina sin parar, el sol en la nuca taladrándole los hombros, y en la plaza la reciben cuatro maceteros metálicos y enormes de los que tratan de escapar arbustos de diminutas hojas amarillas. Juraría que su bisabuela y su madre le hablaron de pinos centenarios, pero o no existieron o los han cortado. Hay mucha más vida en la plaza, pasan algunos coches, niños, madres, ancianos, furgonetas, una bicicleta con un remolque cargado de bidones de agua. Pasa una avioneta, atraviesa el cielo, tirita y ruge y parece una pequeña cáscara suspendida en el aire.

Se dirige a una taberna con terraza al sol y toldos verdes a rayas blancas, los cristales decorados hasta la mitad con cenefas de ganchillo, tres, cuatro hombres dentro, cada uno sentado en su taburete con la distancia justa para no tener que darse conversación. Beben, son hombres de pueblo bebedores y de pocas palabras, quizás huidos de preocupaciones o mujeres, beben en silencio como si se encontraran entre los pilares de una iglesia pero en ésta no hay sermones, sólo un ventilador que gira en el techo como un derviche perezoso para desmenuzar el humo de los cigarros.

Al verla entrar, todos vuelven la cabeza para mirarla y a una señora rolliza y teñida de rubio se le resbala de las manos un botellín de vidrio, está rellenando la nevera y parece la propietaria del negocio. Un viejo, vestido con una americana de pana y un jersey de cuello vuelto, pantalones largos de pana a juego y botas manchadas de barro, da buena cuenta, de pie, a su bocadillo medio envuelto en papel de aluminio. La está mirando como si la reconociera, así que ella desvía la mirada.

—Buenos días —saluda la señora, desde detrás del mostrador.

Se distingue al fondo el sordo roncar de la olla enorme, donde estarán preparando la comida.

—Buenos días —responde Vitalia.

—¿Y qué será?

Sabe que lo que se le preguntaba qué quiere tomar.

—Me gustaría acercarme al cementerio, ¿sería tan amable de indicarme dónde está? —pregunta sin soltar la maleta que arrastra, con un hilo de voz. Le gustaría pasar más desapercibida, es la primera vez en muchos años que pronuncia más de dos palabras seguidas en mallorquín.

—Ay, ahora mismo hay un funeral, no sé si es muy adecuado que vaya usted a hacer turismo en un día así…

La mujer chasquea la lengua en señal de pena y sacude la cabeza para manifestar su desacuerdo.

—¿Entierran a alguien importante del pueblo? —decide interpretar Vitalia, como si realmente fuera una turista.

—Sí, pobrecita Leonor, una mujer muy querida y a la que todo el pueblo debe muchísimo.

Pero como Vitalia se queda ahí de pie, la señora se ve obligada a darle las indicaciones.

—Está al final de esa calle que se ve al fondo, por detrás del cuartel de la guardia civil, no tiene pérdida —señala tras secarse las manos en el delantal. Se santigua.

Vitalia da las gracias y contiene como puede la impaciencia y la angustia que le hormiguea en las piernas para volver sobre sus pasos y aún distingue, justo en el recodo de la barra que da a la calle, otro gesto a cámara lenta: el hombre de antes, de rostro ajado y dedos gruesos, ya con un café enfrente, se santigua también, acodado en el mostrador, y la mira fijamente mientras lo hace, sin pestañear, como si hubiera visto una aparición.

Acostumbrada a las ciudades, donde pasa todo tan rápido y nadie mira a nadie a los ojos, la sobrecoge.

Su corazón bombeaba mal desde que ha llegado al pueblo y está a punto de equivocarse de puerta al salir, pero reacciona a tiempo para no llamar más la atención. Se nota mareada desde que vio pasar la montaña y la casita, y encima esta sensación va en aumento a medida que cruza la plaza y prosigue el recorrido indicado, camino del cementerio, al encuentro de un cadáver.

La compleja pelea que se libra en su interior va suelta como las gallinas en un corral y los picotazos son imprevisibles. Por un lado,

siente una enorme ternura por su abuela, de la que no ha podido despedirse en vida, y por otro le produce pavor el encuentro con su madre justo donde ella le prohibió estar.

Siente punzadas en las costillas, intuye el llanto que se está cuajando en sus tripas ante los previsibles reproches, esos de «¿por qué has venido?» y los «¡por qué me das estos disgustos!»… cuchichean a su espalda mientras se aleja camino del cementerio. La soliviantan el silencio y la discreción que su madre espera de ella, hija natural y secreta, y fuma de nuevo para tratar de disolver a bocanadas de humo esa vida estancada y llena de mentiras que la rodea por los cuatro costados, todas esas tonterías que le han amargado la vida. No es fácil tampoco encenderlo, el viento que adivinó en las nubes rojas a su llegada a Palma ya está correteando por todas partes para despeinar ánimos y la isla entera. Avanza cada vez con paso más rápido entre callejuelas con casas apelotonadas, como si alguien la persiguiera.

—Tengo miedo —dice, habla sola, angustiada ante la inminencia de su llegada al cementerio.

Y por fin, tras la escarpada pendiente final, la luminosa decadencia del muro del cementerio con el enlucido agrietado. Nada más entrar le fascina la abundancia, por todas partes, de flores de plástico y ramos frescos y marchitos en compleja confusión entre la piedra encalada, el antiguo carro de difuntos destartalado e inservible aparcado en un rincón, los escalones y caminitos grises cubiertos de verdín reseco por el frío. Conforman un paisaje de misteriosa armonía. Al fondo, también descubre las siluetas. Tienen que ser ellos, familiares de la fallecida, y por tanto también suyos, así que acelera el paso para enfrentarlos cuanto antes, sabe que si dudara ahora saldría corriendo de regreso a Barcelona.

¿Se atreverá a hacerlo? ¿Romperá el silencio sobre el secreto familiar?

Una congoja que va en aumento atenaza su garganta mientras ve la representación de la muerte de su abuela al fondo, el féretro rodeado de coronas de flores de colores, avanza como en trance con la mirada fija en esos personajes de luto, en el camino de bloques blancos aterciopelados por el musgo… De improviso, un muro bajo detiene su avance y la obliga a dar un bochornoso rodeo, intuye que todos están viéndola avanzar desde el único edificio habitado del cementerio, la sala dedicada al velatorio, y este rodeo es suficiente para diluir por completo su convicción, el frío en la cabeza, en el pecho.

La mayoría de aquel centenar de personas que ha acudido al cementerio son gente corriente, vecinos. Ahí están todos, alrededor

de la bisabuela Leonor, tumbada en su ataúd para descansar para siempre, ella que había sido siempre tan activa. En grupos arremolinados cerca de su abuela, se entregan besos y saludos, pésames de enlutadas impecables y relatos fragmentados de las últimas horas en el hospital que llegan hasta Vitalia como un rumor del que entresaca algunas frases, las últimas palabras de Leonor, dicen pero no las escucha, comprende que no puede acercarse, que no se lo va a permitir.

Entonces ve a su madre, vestida de negro y enjoyada, con la blanca luminosidad de siempre en el rostro.

Avanza desde un punto intermedio entre Vitalia y el velatorio, quizás ha llegado al cementerio justo antes que ella, podrían haberse encontrado en la puerta. Sin respiración, la desconoce desplazarse silenciosamente, con paso ágil y dignificado de gran dama, sí, con la mirada clavada en el horizonte de asistentes, inalcanzable. Fue una muchacha muy bonita, y ahora apenas ha entrado en la madurez. Está hermosa, tan rubia sobre el luto.

—¡La señora! ¡La señora! —oye murmurar.

El recibimiento de los presentes a la nieta de la muerta apenas dura tres minutos de besos y pésames, una letanía de arrullos de condolencia que a Vitalia se le hace interminable. Quiere marcharse pero no se atreve a moverse de dónde está para no llamar la atención. Tras los saludos, de nuevo, el silencio respetuoso de antes. Una familia ajena a ella que es como si no existiera.

Se nota que respetan, o admiran, a Carol; es, al fin y al cabo, una mujer de éxito porque había prosperado en la capital, que se ha casado bien y ha conseguido una nada discreta fortuna. Sin embargo, piensa Vitalia con amargura, por lo visto no es lo suficientemente rica como para perder el miedo a revelar una parte secreta del circuito de la propia sangre.

Ahí está el cadáver de la abuela Leonor en el ataúd, y al lado el de su madre, aún en pie pero que para Vitalia es también una muerta más, sí, y la saluda también el párroco que lo tiene ya todo dispuesto para entregar a la tierra lo fugaz como fugaz fijado en un cuerpo inerte y pálido que abrazó en secreto a su secreta nieta, mientras Vitalia permanece aparte, escondida, fingiendo quizás que admira las elaboradas estatuas de los panteones cercanos, espiando de reojo como una niña traviesa y, sobre todo, muy asustada.

Ver a su madre tan cerca, y a la vez tan lejos, le ha hecho recordar, paradójicamente, los años más felices de su vida juntas, un mundo menos amenazador, más suave. El mundo que dejó atrás

hace tantos años, por culpa de aquella aborrecible nevada que dio un repentino giro a sus destinos.

Los presentes permanecen de pie sin saber muy bien qué hacer, se les nota incómodos, y ella que sí lo sabe, que ha venido expresamente para darle un ultimo abrazo a su abuela, se siente aparte, en un rincón del cementerio, es una espía. Y todo porque su madre le ha asegurado que teme que aquella tribu desorientada a la espera de las instrucciones del enterrador se escandalice y, sobre todo, porque Vitalia se lo ha creído.

Permanece quieta apenas unos minutos más hasta que, derrotada, y cabizbaja, abandona el cementerio. Al cruzar la verja se diluye del todo su proyecto de salir a la luz y desenmascararlo todo, ya no hay vuelta atrás, regresa de camino a la parada del autobús, tiene prisa por marcharse por donde ha venido, casi corre del ansia que siente por apagar las viejas malas sensaciones que le ha despertado ver a su madre, tan lejos, distante, y se promete borrarla de su mente como la borró a ella. Sin remordimiento alguno.

Y como para desmentir lo que acaba de prometerse, una mujer le pone una mano sobre el hombro y casi la tira al suelo del sobresalto.

—¿Carol?

La mira de frente, la ha adelantado y está delante de ella, que se siente desorientada y la miopía no ayuda. No la reconoce y la señora permanece en silencio, quizás se ha confundido. La mujer sonríe, nerviosa o avergonzada, rolliza y con un moño blanco azulado, aparenta unos sesenta años, y por el modo que tiene de mirarla, ya sabe que no es Carol.

Pero… ¿cómo explicárselo sin desvelar el secreto que tanto preocupa a su madre? Escuece esta confluencia entre su pasado y su presente, chirrían las preocupaciones de aquí y allá que se están reactivando después de tanto tiempo en hibernación.

No quiere ser indiscreta, desde la esquina las observan con suma atención un par de ancianas que trenzan hormas de zapato con sus dedos curvados, por el reuma o el punzón metálico, junto al portal de una casita con el frontal decorado con caracolas de mar. También la miran con cara de haberla reconocido.

Vitalia sabe de su parecido con su madre y los ancianos se dan cuenta, es obvio… pero no puede hablar.

—Disculpe, no la conozco…

—¿Se dirige a la parada del autobús, verdad? —dice, y echa un vistazo a las ancianas —déjeme que la acompañe…

Vitalia asiente dócil y prosiguen el camino, y en cuanto está a suficiente distancia se da cuenta de que la desconocida ha buscado así la discreción necesaria, con una finura que la maravilla.

—Soy la hija de Carol —declara, consciente de que con estas sencillas palabras acaba de desvelar un secreto que ha durado treinta y cinco años.

La mujer, risueña, frena la marcha y se presenta. Fue amiga de Teo, su bisabuelo, «el pobre falleció tan joven». Carol era una niña cuando esto sucedió, y por tanto quizás nunca le han hablado de ella, sugiere entrañable. Envuelta en los pliegues de su chal negro habla casi en susurros y le dice que se llama Violeta.

Le presenta sus excusas. Siente haberla confundido con su madre, pero era inevitable, está maravillada con el parecido entre ambas, y le confiesa que la ha visto por el camino del cementerio hace un rato y la ha estado siguiendo. Ella ha ido al entierro a primera hora y estaba descansando de la caminata, sentada en la cuneta, cuando ella pasó por delante. Caminan. Vitalia percibe que es una mujer extremadamente sensible y respetuosa, que inspira confianza, pues a partir de aquí no hace preguntas, deja que decida libremente si quiere hablar o no. Vitalia decide hablar, no puede desaprovechar esta ocasión, le resume su triste historia de hija natural, los años en la casita de campo, el abandono en el colegio de monjas a esta interlocutora recién encontrada y prácticamente ajena a su familia, salvo su amistad con el desafortunado bisabuelo Teo, del que Vitalia apenas sabe nada porque apenas lo mencionó Leonor alguna vez, muy de pasada, mientras que su madre se limitó a decirle que prefería no hablar del pasado cuando de niña le preguntaba.

H vivido sin antepasados demasiados años, ha sido una niña secreta y encima luego abandonada entre extraños a su suerte. Es la primera vez que Vitalia habla de todo eso con alguien, y además alguien que de algún modo pertenece a ese pasado que se le negó, con la que tiene un vínculo muy sutil, pero suficiente para sentirse reconocida…

Se emociona, se deja abrazar, descubre en esta mujer algo muy parecido a lo que ha estado deseando todo el tiempo en el cementerio: el abrazo de una madre.

Violeta es menuda, de una amabilidad exquisita, se ha sentado con ella a esperar el autobús, y como tienen una hora por delante y no quiere verla triste le confiesa su divertida pasión: le gusta plantar bonsáis en el bosque. Pero no lo hace por capricho, le cuenta pizpireta, con la larga falda un poco arremangada para sentarse mejor en el banco de madera en el que aguardan sin prisa

el momento en que Vitalia tendrá que marcharse.

Liberar bonsáis es su misión, insiste, ver cómo las hojas amarillean, enrojecen, blanquean, verdean gracias a las raíces por fin desembarazadas de las minúsculas macetas. Lo hace a conciencia para permitirles volver a crecer como árboles sanos y normales, para que puedan recuperar su energía vital y sus poderes. Vitalia sonríe divertida con lo fácil que es para ella comprender a esta ancianita excéntrica, se siente muy cerca de ella, fascinada por esta historia que escucha agradecida porque es una bocanada de aire fresco que dispersa los apesadumbrados pensamientos que la han estado rondando desde hace demasiadas horas ya.

Animada por la atención arrebolada de Vitalia, que asiente con una sonrisa cuando Violeta repite que los pobrecitos sufren en sus macetas, añade que ella también está convencida de que los bonsáis sufren y se alegra de que Violeta se dedique con tanto esmero a rescatarlos de los jardines particulares de las urbanizaciones de la isla, de algunos restaurantes incluso, para devolverlos a la naturaleza.

Violeta los roba sin pudor alguno. Y luego los planta en un claro de bosque, recóndito e inaccesible.

Mientras la escucha se la imagina entrando furtivamente en los jardines de las torres más ostentosas, cargando cada maceta...

—Salvarlos da sentido a mi vida —suspira Violeta, como si le estuviera hablando de rescatar cachorros de gato o pajaritos extraviados.

—Tengo ya una docena de arbolitos enanos en mi secreto claro del bosque y que crecen de maravilla, satisfechos, han empezado a echar ramas más largas, cada vez más fuertes.

Vitalia se ríe de nuevo, no puede evitar reprenderla un poco por lo peligroso de sus acciones.

—Si la pillaran quizás no iría a la cárcel, ni mucho menos, pero seguramente podría suponerle alguna multa —bromea Vitalia, divertida

Violeta asegura que lo tiene todo investigado. Plantar una especie vegetal foránea en los bosques de la isla está multado y perseguido, pero no por la policía, sino por los ecologistas.

—Dicen que podría suponer una amenaza para las especies autóctonas, pero imagínate, menudos ecologistas serían si me denunciaran por salvar árboles…

Ríen divertidas y la hora ha pasado volando.

Vitalia se siente honrada por haber sido receptora de este secreto, a cambio del suyo, sin duda, y no puede evitar cierta melancolía al pensar cómo hubiera actuado en el cementerio si la hubiera conocido antes…

Capítulo 8 | El nacimiento de Vitalia

En un lugar secreto en las afueras de Algaida, 1958

El encuentro con Violeta ha desencadenado en Vitalia una enorme ternura. Esta mujer, sin saberlo quizás, la ha curado un poco de su disgusto en el cementerio, pues la ha reconocido. Y reconociéndola, mirándola a los ojos, ha hecho más por ella de lo que podrían haber hecho todos los psicólogos y terapeutas del mundo.

Los ojos de cada persona recorren el equivalente a siete veces la vuelta al mundo a lo largo de una vida, que es mucho sin duda, pero más fascinador aún es cómo sirven, además, para descubrir secretos, como el día que Carol fue sorprendida desnuda en su cuarto por Leonor.

Así se lo contó su bisabuela, y Vitalia ha recordado cada una de sus palabras como el mejor regalo que podría haberle hecho, el de las circunstancias del embarazo de su madre y su nacimiento, que entre sueños recupera como si hubiera estado ahí. De hecho, claro que estuvo, ¿o acaso no era ella la que latía en el vientre de Carol aquella tarde cuando empezó cuanto la concierne? Una jovencita desnuda con un peine en la mano frente a un aguamanil con su latón y su jarra de agua. Esa postura, con los brazos en alto, hace resaltar el busto opulento sobre el torso ligeramente curvado hacia atrás.

Leonor repasa su cuerpo de arriba abajo, con los ojos entornados, y pregunta en voz muy baja a la hermosa mujer, con inusitado miramiento, si está embarazada.

La jovencita deja el cepillo sobre el tocador y responde a la madre de su madre que sí, y acompaña la afirmación con una leve caída de párpados. Tiene su rostro la frescura de los quince años, las costillas visibles, la ingenuidad en los ojos.

—Carol… Nadie sabe lo que hay en el fondo de la olla mejor que la cuchara, pero mira bien qué haces…

La muchacha no responde y Leonor no insiste, es reservada y siempre ha procurado no decir tres frases si con dos tiene suficiente. Pero por algún extraño motivo no siente que haya de qué preocuparse.

En los ojos verdes de Carol, sombreados por largas pestañas, hay

una expresión desenfadada y pícara, quizás fruto simplemente de saberse bella, pero la belleza nunca ha dado felicidad a nadie, piensa Leonor, y ahora cae en la cuenta de que su niña hace ya días que sonríe así.

Desde que supo que iba a ser madre, consideró que había cambiado su destino, a mejor, y se siente animada por una alegría nueva, arrogante, aunque Leonor cuando la escucha hablar así de su nuevo destino no puede menos que compadecerse de la ingenuidad de la muchacha, como se compadece de sus vidas sin electricidad, con el viento y el frío constantes, con las casas hechas de piedra gris que, con la lluvia, se vuelve negra.

«Esta niña nos va a dar disgustos», había suspirado ya el abuelo Miguel años atrás, cuando la llevaron por primera vez a la feria. Era demasiado atrevida, y aquel día no quedó claro si la noria se había estropeado estando ella arriba o que no le gustó encontrarse a tanta altura y tener que esperar para bajar, pero se salió de la cesta y se fue descolgando hasta el suelo ante el espanto de sus abuelos y los gritos de los demás pasajeros y espectadores.

Ahora ha vuelto a hacer algo muy parecido. Embarazada. Leonor cose de noche y de día, quemándose la vista, y tiene mucha paciencia, ha aprendido a tratar a su nieta con dulzura para no contrariarla porque teme su genio, la niña hizo siempre lo que quiso con los bisabuelos desde que sus padres murieron. Y ahora está embarazada, apenas una niña delgada y de cabellos dorados como hilo de oro que ayuda a sus abuelos poco, cuando le apetece, pero a la que adoran porque es extrovertida y lista. Con los codos encima del mostrador con encimera de mármol de la tienda familiar se entretiene conversando y sonriendo a los clientes, y saca las sumas de cabeza y siempre tiene un detalle agudo para charlar con las clientas.

—¿Cómo ha podido suceder?

Carol deja caer el peine y no responde. Leonor conoce bien la testarudez de esta mujer niña, si no quiere hablar no lo hará de ningún modo, como nunca cierra las puertas de las habitaciones, armarios, vitrinas por más que se lo pida.

Pero este tema es mucho más serio y trata de hacerla entrar en razón, sin abandonar los susurros para no contrariarla y para que el abuelo, que está en el piso de abajo durmiendo la siesta, no las escuche. Carol no atiende a razones, y rindiéndose añade entonces la anciana, con mirada mansa e inteligente, que los niños que se disimulan de este modo quedan ocultos al mundo también, y Carol asiente en silencio pero no dice nada, apenas se vuelve para recoger el vestido y ocultar de nuevo la incipiente barriga y los abultados

pechos. Tiene la piel blanca como nieve fundida y arrebol en las mejillas, es tan bella y joven que no es de extrañar que algún hombre se haya encaprichado de sus gráciles formas y la engañe con cualquier zalamería o promesa vana.

Se suma a la escena, en silencio también, un gato gris azulado que cruza la habitación y se acurruca, como si tuviera también él algo que ocultar, en un rincón del cuarto, quizás curioso por la naturaleza de la seseante conversación entre las mujeres, por lo común mucho más vocingleras, o quizás atraído por los silencios que también intercambian.

Y, en su discreta presencia, continúan las advertencias para hacerle comprender a Carol, en vano, lo que es de este mundo y lo que no, pero la niña no parece querer ver nada más allá de su decisión, tomada probablemente hace semanas.

—Vas a condenar a esta criatura, Carol.

Pero ya queda poco por hacer. La mentira de Carol ha sido descubierta por la mujer a la que más admira y teme, aunque lo disimule a menudo con su insolente comportamiento: su abuela materna representa para ella el resplandor del amor y la feminidad, atributos que apenas acaban de emerger de su interior, la capacidad de consentir, sentir, amar y acoger, la fluidez absoluta alrededor de un eje luminoso.

Pero Carol es egoísta y vive sólo para sí, y la vergüenza pasa rápido como una nube de mayo, sin empañarle los planes en absoluto. Es caprichosa y muy coqueta y la plenitud que su incipiente embarazo está dibujando en su cuerpo lleva semanas fascinándola. En cuanto tiene ocasión se mira al espejo para repasar las venas azuladas que le están saliendo sobre el pecho y se siente más mujer y más libre que nunca, ya nadie podrá llamarla niña nunca más.

Otra ventaja en la que ha pensado mucho es la sobrevenida fortuna de que ya no tendrá que elegir entre los hombres que la cortejan… Todo estaba claro hasta que su querida abuela la ha descubierto, precisamente por pasar demasiado rato ante el espejo, recreándose en la aureola de los pechos turgentes, en el brillo lechoso de la piel que se tensa en su vientre, redondo y tirante como una pequeña sandía madura. Hechizada por los cambios que está experimentando su cuerpo desde hace semanas, sabedora de que alberga un secreto inconfesable, hoy Carol ha pasado más tiempo de la cuenta en la habitación y no se ha percatado de los pasos que se aproximaban hasta que la puerta ha estado abierta de par en par.

—No se lo digas al abuelo.

Es lo único que se le ocurre susurrarle a Leonor a esta mujer niña. Su abuelo es un hombre medio sordo y en tinieblas, hipertenso e impresionable. Pero también con vista suficiente como para descubrirle los miedos a su esposa, así que disimular ante él que Carol está embarazada será complicado, sabe que le está pidiendo algo muy difícil, como sabe que su abuela Leonor, por el amor que profesa a su nieta, cumplirá con su palabra. Y no importa. Miguel, de piel áspera y morena, un viejo de campo, sin que se lo diga nadie lo leerá en cómo suspira Leonor, en sus despertares nocturnos, en su inquietud general. Los ciegos tienen un modo peculiar de ver las cosas de veras, un don para adivinar antes y mejor que los que tienen la vista intacta.

Precisamente por eso Carol ha esquivado a su abuelo durante las últimas semanas y ha procurado no encararse con él. Pero Leonor no está preocupada por lo que pueda decir o pensar Miguel cuando se entere, no es complicado cargar con un secreto más en una casa ya tan satisfecha de secretos desde que murió su hija Angélica, la madre de Carol, cuando ésta apenas era una criatura.

El problema son los vecinos, la gente del pueblo, las murmuraciones.

Se han volcado en su nieta huérfana de padre y madre y la han mimado demasiado, sin duda. A medida que ha ido creciendo Carol parece haber olvidado las prematuras muertes de sus padres, como si no existieran, y heredera de la belleza de su madre, tiene un carácter mucho más parecido al de Teo, su padre. Siempre ha sido sociable y despreocupada, con una presteza que hace que acudan a sus labios todas las palabras del mundo para parlotear a todas horas con el primero que pasa, y quizás por eso ahora está embarazada, se repite Leonor, por haberla dejado crecer tan atrevida y hermosa. Pero si es aún una niña... Una con el corazón destrozado, aunque no lo recuerde o no quiera recordarlo, y que ha hecho siempre tonterías para llamar la atención. Pero ahora… Ahora a la abuela le pasan en un suspiro por la mente todos los sentimientos de culpa imaginables, pero no quiere enfadarse con la niña y los aparta a suspiros sin decir nada.

A pesar de su carácter huraño y seco de mujer campesina, con Carol se vuelve amorosa y nunca ha sentido la tentación de castigarla o reprenderla. Al contrario, ella se limita a aconsejarla con paciencia infinita, le ha consentido todos los caprichos para luego, sin que la pequeña se percate, tratar de inculcarle cuanto sabe para así guiarla por el mejor camino.

Pero ahora Carol ha tomado un atajo del que no puede protegerla. El mazazo de verla embarazada supera con creces todas

las sorpresas que jamás hubiera imaginado que iba a darle esta pequeña.

La mira de nuevo. Carol ya no puede negar que ha mentido, pero no parece preocupada en absoluto. Leonor rememora las molestias que ha observado que tenía su nieta durante las últimas semanas, comprende las razones de la indisposición que la muchacha atribuía, para despistarla, a algo que habría comido o a los dolores menstruales, y esa repentina falta de apetito que le impedía siquiera probar el desayuno algunas mañanas, antes de abrir la tienda. Todo tiene ya una respuesta que la abuela durante tantos días había estado buscando, sin éxito, en los ensoñados ojos de Carol.

Ambas son grandes embusteras, no cabe la menor duda, y se han reconocido como tales, muy a su pesar, en una circunstancia excepcional. Y curiosamente se siente más cómplices que nunca porque algunas mentiras, cuando se comparten, unen almas para siempre.

Así que la abuela Leonor decide que ya no preguntará más y dejará que Carol haga lo que quiera, se limitará a protegerla y se convertirá así en acérrima defensora del secreto. Hasta el punto de llevárselo, si hace falta, a la tumba.

Le ofrece una infusión, ahora que ya ha aceptado que Carol ama a su bebé. No ha querido darle un solo detalle sobre las circunstancias del embarazo, ni quién es el padre ni cómo ni cuándo.

Por eso la criatura nacerá en una finca alejada del pueblo, junto a una montaña escarpada y seca, de difícil acceso, a la que no se acercan apenas ni los pastores, pues los incendios y la erosión la han dejado calva y estéril, en el caso de que no sean ciertas las leyendas del pueblo que le atribuyen historias de endemoniadas y brujas.

Los árboles que rodean esta casa tienen un aspecto raquítico y enfermizo, y muchos están agostados o con los troncos podridos. La gente dice que es lugar maldito, que nadie puede vivir allí, y por eso en los alrededores de esta finca que ha pertenecido durante generaciones a la familia de Leonor no hay ni otras edificaciones ni ruinas de ninguna clase. Leonor ha pensado atribulada pero con esmero en la posibilidad de una solución satisfactoria para la madre soltera… Podría, si ella quiere, ponerla a vivir en esa casita de dos habitaciones destartalada y sin apenas comodidades, calurosa en verano y helada en invierno, pero que cuenta con tierra para un pequeño huerto, y quizás pueda hacer medrar la media docena de árboles frutales que languidecen por el descuido de podas y las

zarzas que los encierran, incluso le pondrá un corral que no será difícil ocupar con un par de gallinas.

Está decidido, Carol asiente y vivirá ahí hasta que dé a luz, luego ya se verá.

Fuera, junto a la gruta de la montaña, hay un pequeño pozo de agua subterránea y con eso, de momento, será más que suficiente para que la joven madre soltera, apenas una niña, cumpla con discreción los meses que le quedan para dar a luz e incluso podría si la acompaña el buen tiempo empezar a criar a su bebé. Luego, ya valorarán si es posible entregar a la criatura en adopción a alguien de fuera, o dejarla anónimamente en el torno de algún convento para no levantar sospechas ni tener que responder a incómodas preguntas… Acuerdan que ya valorarán esos detalles más adelante, de momento Carol permanecerá escondida varios meses aquí y tendrá todo el tiempo del mundo para decidirse, y Carol sonríe agradecida.

Sabe que con la complicidad de su querida y protectora abuela no será difícil salirse con la suya según convenga en cada momento.

Pasan los meses y todo progresa del modo más amable que Carol hubiera podido imaginar. Diríase que su embarazo es incluso feliz, pues el buen tiempo, en efecto, acompañaba, ha coincidido con el inicio de una primavera apacible y cálida, como el trato entre ambas mujeres, además tan propensas de pronto al silencio que se han empezado a respetar lo suficiente como para no hacerse preguntas incómodas. Un pueblo pequeño no es el mejor lugar para guardar un secreto, y en cuanto Carol desaparece de la tienda corren rumores de todo tipo que se acercan, a veces con más o menos acierto, al secreto de Carol, pero para su fortuna precisamente este rasgo de carácter recién domeñado en su favor ayuda sobremanera a Leonor a la hora de sortear la curiosidad en el pueblo, pues nadie se atreve a cuestionar las secas respuestas de la anciana.

Lo que resulta milagroso, pues basta aguzar el oído para escuchar lo que susurran a sus espaldas, y en ocasiones también de frente:

—Hace días que no veo a tu nieta en la tienda, ¿está enferma acaso? —increpa la avispada frutera desde su parada del mercado cuando ve pasar a Leonor, cabizbaja, de camino a la iglesia, siempre con la esperanza de hacer buena cosecha de chismes. En todos los pueblos hay curiosos oficiales y la palma se la lleva esta mujer de pelo gris entreverado de rubio, mejillas tersas y vivarachos ojos azules, que lleva faja, faldas largas y un vistoso chal, que adora ser

el centro de atención y que no ha desaprovechado la ocasión de preguntárselo voz en grito para que las demás parroquianas, socarronas, admiren su atrevimiento y pongan la oreja.

—La he mandado a trabajar a casa de unos señores de ciudad.

Y ahí se quedan el misterio y la frutera en jarras, y el secreto resguardado en las pocas palabras y la entereza de Leonor —que no quiere creerse ya más que mentir es pecado, por amor a su nieta— para mantener viva, sin pestañear siquiera, una versión que irá creciendo una semana tras otra con cuantas informadoras se atrevan a plantarle cara, serias y contritas, amables o parlanchinas, hasta el punto de que el pueblo entero lo aceptará y dejarán de preguntar por la jovencita, así pues libre con sus secretos según su voluntad.

Aparentemente, pues las noticias vuelan de la manera acostumbrada y misteriosa de costumbre, de boca en boca hasta los oídos de todos los amantes de los secretos locales. Pero la abuela sigue despachando botones e hilos en su humilde mercería sin acusar la enorme carga de sus tribulaciones y todos dudan, es una tienda que es también su taller de modista y no ha cedido ni con las solitarias bordadoras que son sus amigas del alma.

«Ave María purísima», declaman en el umbral de la puerta.

«Sin pecado concebida» suele contestar la anciana, trajinando entre carretes de hilos y telas y de silencio sobre el paradero de Carol.

Es así como Leonor mantiene la calma, calla terca y sigue despachando sola sin que nadie sospeche que algunas de las prendas que cose o teje no son para la venta sino las primeras mudas de una nueva generación que anda en camino. Y así hasta que la embarazada adolescente alcanza el día del parto en su retiro, un mediodía soleado, porque entonces todo se complica un poco más. Rompe aguas a las seis de la mañana, sola en su refugio plagado de ratones pero que ya es su hogar y que han vestido entre las dos con cortinas de ganchillo y esterillas de paja. Cinco meses enteros ha pasado en este interesado retiro y la naturaleza ha seguido su puntual curso engordando su vientre hasta hacerlo estallar.

El paso de las semanas ha dado la vuelta al bebé en el vientre y lo ha colocado boca abajo para que pueda nacer, así que Carol, desvelada, se ha levantado antes de la salida del sol y el dolor se ha hecho insoportable poco después de que amaneciera. Todo está en calma. Todo, excepto su corazón que late tan fuerte que puede escuchar sus latidos sin esfuerzo. Carol comprende así que tarde lo que tarde en llegar a auxiliarla Leonor, será una eternidad y por primera vez pone en entredicho sus actos, se arrepiente un poco de

todo, la sospecha de lo larga que va a hacerse esta espera la ha hecho flaquear. ¡Cuánto y cómo duele!

Su abuela le había ido avanzando durante semanas lo que sentiría cuando llegara el momento y lo que tenía que hacer si se ponía de parto en su ausencia, pero ahora se da cuenta de que despreocupada no ha retenido apenas nada y lo único que es capaz de pensar, si es que son pensamientos lo que cruza la mente entre una contracción y la siguiente, es cuánto necesita tener a su lado a su querida abuela.

El sol ya está alto y teme lo peor: parir sola.

Leonor suele pasar por la casita a ver a su nieta cada mañana entre las diez y las doce, pero hoy se está retrasando mucho más de la cuenta, o eso parece y por eso grita, llora, se arrepiente de haber sido tan confiada y tan tonta... Y se hace cada vez más tarde, también para arrepentirse, y las contracciones más numerosas.

Llega tarde porque precisamente esta mañana ha tenido que visitar a una viuda reciente para la que ha preparado un remedio para dormir de los que ella sabe, a cambio de la voluntad. Su conocimiento de las propiedades de las plantas la convierte en druidesa clandestina, muy solicitada.

Viene confiada, como si fuera un día más, a la rutinaria visita diaria a su nieta, pedalea por el camino y en las cuestas camina ya empujando la bicicleta, en cuyo cesto lleva las últimas prendas que ha cosido para el bebé. Calcula que faltan dos o tres semanas y va sumida en sus pensamientos, tratando de centrarlos en que por suerte todo está saliendo tal como lo planearon, tienen el secreto bajo control y todo irá bien… Y se sobresalta.

Algo tiene que estar pasando porque apenas se interna por el camino que lleva a la finca divisa a la joven gata que tanta compañía ha aportado a Carol desde los primeros días de su retiro, y que tanto la ha ayudado ahuyentando ratones. Le ha salido al paso y maúlla y da vueltas como loca, alterada y mimosa, corva el lomo y se eriza.

No sabría decir si el animal ha salido a su encuentro para acelerar su llegada o ha huido, asustada por los gritos de Carol, que suda y tiembla desde hace horas y a la que se oye desde ahí, pero qué más da porque Leonor deja de pensar, abandona la bicicleta entre las piedras y acelera el paso.

Encuentra a su nieta postrada en el suelo de la cocina mordiéndose la falda del dolor a causa de las contracciones, su cuerpo de pajarito está frío y apenas fatiga levantarla pese a la voluminosa barriga. La lleva en brazos a la cama y la anima cuanto sabe con cálidos susurros, extendió unas toallas debajo y recuerda,

involuntariamente, lo poco que hace que le estuvo cambiando los pañales de bebé a esta mocosa huérfana.

Le agarra las manos para que respire haciendo fuerza para empujar y apenas tiene que hacer nada más, pues la criatura está ya coronando: rolliza y rubia, casi albina, es una niña con una suave pelusilla blanca que le cubre la espalda y los brazos. Abre unos ojos negros e insondables con los que lo escruta todo y las tres contienen la respiración. Un ruido sordo, ahogado, al otro lado, en el interior de la casa y es la gata, que se ha encaramado a un mueble para ver cómo la niña se asoma al mundo y calla. «En esta familia los bebés no lloran al nacer, tan cierto como que la maleza reina por todas partes para enredarlo todo y los seres furtivos susurran en el subsuelo», dice la anciana Leonor sin mover los labios, sin pestañear siquiera. Se entienden.

Capítulo 9 | El regreso a Barcelona

Mallorca-Barcelona, 1993

Los camareros del puerto de Palma pasan bayetas mohosas sobre las sillas para retirar los restos de la repentina lluvia y del sol queda apenas un frágil segmento anaranjado, los últimos rayos del sol poniente se perciben a lo lejos, a guisa de bandada de pájaros blancos. Hasta la cima para bajar de golpe.

«En días como hoy, tener un paraguas a mano equivale a un súper poder», se dice mientras agarra con fuerza el suyo para que no se lo robe el viento, como para reafirmar su capacidad de previsión, de control, de adecuación a las circunstancias, precisamente porque se siente más insegura y fuera de lugar que nunca tras lo sucedido en el cementerio.

El perímetro del local, sin embargo, permanece repleto de turistas ajenos al agua y a las tribulaciones de Vitalia. Algunos tienen los rostros serios y reconcentrados sobre sus cámaras de fotos, otros sonríen y hablan entre sí a voces, y acaban de pasar dos a su lado que comentan a gritos el contenido de sus bolsas de compras. Vitalia, que no se encuentra bien, se ha quedado momentáneamente hipnotizada con sus zapatillas fluorescentes, le parecen libélulas gigantescas.

Se siente cómoda así, desvariando y espiando inadvertida a todos y a nadie para distraerse y hacer tiempo hasta la salida de su barco, de regreso a la solidez de sus asuntos. Todo puede ser fuente de disfrute y de admiración para quien no tiene nada mejor que hacer, y apenas rompe el ensimismamiento un ciclista que ha perdido el control al subir a la acera y está a punto de estrellarse contra su mesa, pero Vitalia se limita a apartarse un poco, como si no temiera nada, como las bolsas de basura de las papeleras hechas jirones que tiemblan olores de cáscaras de naranja, como los chicles pegados sobre el pavimento de la acera a los que les han salido los colores del frenazo, como brilla el asfalto húmedo por la lluvia y como humean las alcantarillas subterráneas.

Es sorprendente lo que se puede ver cuando una se sienta a mirar, y percibe aún el olor de la gasolina, del agua de lavanda de una turista… No busca ver nada en concreto, de hecho mantiene la mirada fija rumbo al este, sumida en sus pensamientos, es la hora

en que el crujido molesto del tránsito urbano va apagándose y lo percibe amortiguado como ella porque va a despedirse definitivamente de lo único sano y sólido que le quedaba en la isla, tantos años después de su añorada infancia de campo.

Leonor ya está enterrada y a solas en la fría tumba, y mientras Vitalia se debate entre «qué más da si no he podido abrazarla» y la sensación de que ha accedido por cobardía a un horror irreparable.

Al rato, porque ha empezado a refrescar y ya es la hora, de la cafetería del puerto se desplaza a la cafetería del barco casi sin saber cómo. Ha entregado su billete a la azafata medio sonámbula, ha dado una vuelta por cubierta para fumar y ha tenido sed, así que se pide una cerveza y, desde su taburete, trata de localizar el horizonte, estrictamente el punto del horizonte que ella identifica como la dirección hacia Barcelona. Desde aquí no quiere ver nada más. Es como si la energía de la vida de todos los días hubiera sido absorbida para alimentar sus sentimientos de culpa por no haberse atrevido a acercarse a su bisabuela. Pero para ello debía haber desafiado a su madre del todo, y no, no está preparada para dar ese paso.

Pero cuánto le pesa. Recuerda compungida que se lanzó anoche al mar, a por un último vistazo a su abuela, hace muchas horas, y lo hubiera dado todo por abrazar también a su madre, ahora se da cuenta, está tan desorientada que incluso se deja invadir por la fantasía de lo que hubiera sucedido si este viaje lo hubiera hecho meses antes y hubiera podido ver a su bisabuela con vida al pie del portal, sentada en un banquito para lavarse los pies por la tarde, quizás, con una sonrisa para ella, como en los viejos tiempos.

Pero no, no hizo ese viaje a tiempo y éste no ha servido de gran cosa y tampoco piensa que sirva de nada tratar de acercarse a su madre ahora. Cuánto se arrepiente de haberse quejado, a veces, de las agotadoras tareas que le encomendaba su abuela en el campo, de las incomodidades de la vida en la casita que tanto echa de menos desde que la perdieron para siempre y, sobre todo, de nuevo, la martiriza no haberse decidido a visitar a su abuela una sola vez en tantos años, de no haber estado atenta a cuanto aquella bondadosa mujer podía enseñarle…

Enfrascada como está en estos sombríos pensamientos, tiene una visión inesperada. Aparece de nuevo él, a su lado. No puede ser. El desconocido, su desconocido, está ahí de nuevo. Uno al lado del otro en la barra.

Observa que él también se ha pedido una cerveza, quizás le ha dado tiempo de sorprenderla pensativa y apesadumbrada, qué vergüenza, qué inoportuno, piensa Vitalia, y nota que su rostro arde

como cuando el sol lo calienta con sus rayos.

—Encantado de reencontrarla —saluda este hombre magnífico, atractivo, risueño que le alegra la mirada con su sola presencia.

Sonríe recelosa, grita en silencio como quien acaba de dar con el libro que quería. No puede explicarlo, sólo sabe que cuando un hombre que le gusta se le acerca sucede algo físico, siente un agujero en el pecho, se sorprende vulnerable, lo que casi siempre la ha hecho huir. Pero esta vez, no sabe por qué, decide que sí hará caso a la atracción que siente por él.

Le parece más guapo que por la mañana, observa que se ha cambiado de camisa y parece mejor vestido, y su inesperada compañía le vendrá bien para distraerse de su torturado monólogo interior.

—¿Qué le trae de nuevo por aquí? —le responde con voz tranquila, pero los ojos le brillan con dulce y alborozado resplandor.

Se presentan y acuerdan tutearse de inmediato. Él se llama Ran y viaja a menudo, no a la isla sino a múltiples destinos. Es marchante de arte. Ella le escucha con atención, le dedica algunas preguntas, se mueven elásticamente, manejan las distancias con gestos ligeros, hábiles, y un par de cócteles más tarde ya están cenando, en amena conversación.

¡Le parece tan apuesto, íntegro y divertido! A un hombre como éste se le puede amar. ¡Qué ojos los suyos! ¡Y qué sonrisa tan abierta y apasionada!... va fantaseando ella, a hurtadillas, cuando piensa que él no va a poder leerlo en sus ojos. Vitalia no tiene ni idea de para qué sirven las fantasías, pero sí para qué sirve un hombre atractivo y amable en un día aciago como éste y también el camarero, un poco bizco, es simpatiquísimo y les ha dispuesto una mesa baja con butacas junto a un ojo de buey desde donde ven perderse el puerto de Palma como a cámara lenta.

Cuando el barco zarpa, lejos y más lejos, hasta que desaparece y queda sólo la oscura superficie del mar del otro lado, él ya le ha contado que tiene una empresa de restauración de obras de arte que acaba de empezar a operar también en Palma con algún cliente puntual, y le acerca una tarjeta que queda junto al posavasos. Vitalia, con el vino húmedo y cálido que ríe en sus pupilas, le cuenta coqueta que de niña aprendió a comer flores en el campo como las de las ensaladas que les han servido y que estudió restauración, menuda casualidad, y añade que ha hecho este viaje relámpago por motivos familiares.

No quiere entrar en detalles y desvía la conversación, a su manera:

—Ran, si tuvieras que pedir un deseo ahora mismo, ¿cuál

pedirías? —pregunta achispada y coqueta.

—¿Un deseo? Un coctel con mi nombre. Que me sobreviva y que lo tengan en las coctelerías de los mejores hoteles de Nueva York… y lo más difícil de todo, ¡que me guste! —responde él, ocurrente, y la hace reír.

Celebran y comparten la casualidad de su encuentro, confidencias y anécdotas sobre bebidas y alimentos curiosos que han probado, y lo hacen sin afectación o vaguedad. A Vitalia le da la sensación por primera vez en su vida de que los gestos, las sonrisas, las miradas, las palabras, las expresiones que usan son de verdad y observa relajada la orilla lejana, donde como un fuego fantasma titila la luz de un barco de pescadores. O ¿será un pez estrella?

Súbitamente la luz ha desaparecido en las aguas y vuelve a mirarle y todas las emociones, la excitación, la fatiga, el calor del restaurante, el vino blanco que entra como el agua, se han confabulado ya para jugar con ella, pues Vitalia ha bajado la guardia y se deja conquistar sin miedo. Con una copa más, dos miradas desafiadoras y tres palabras cuchicheadas al oído, su deseo y Ran la convierten en hoguera, él tiene algo de romano en su energía y animalidad y Vitalia no puede resistirse. Se gustan, es evidente, sus cuerpos parecen acercarse sin estrategia alguna, ambos intuyen que esta larga noche de regreso a Barcelona podrían terminar compartiendo algo más que la cena.

Decide atrapar ese ensueño antes de que se esfume, por si acaso.

—¿Por qué no vamos ahora a cubierta a ver el mar? —propone y los párpados de Ran tiemblan al escucharlo, como si esas palabras le hubieran acariciado la nariz haciéndole cosquillas.

Se ha adelantado y ha tomado juguetona la iniciativa para sacarle de las sesudas cavilaciones sobre el arte en Europa en que se había metido él porque ya no sabía de qué hablar, ella es tan reservada que le desconcierta. Suben a cubierta y escogen un rincón apartado, en el que hay una tumbona con algunas manchas de oxido, y sin echar un solo vistazo a la fosca superficie marina, ni mediar palabra, se empiezan a besar los cuellos, las caras, las manos.

Hay un largo momento en que no ocurre nada más, pero él le aparta su cabellera alborotada, deliciosa, de delante del rostro, con poca pericia y de nuevo Vitalia deja estallar una sonora carcajada, dispuesta a caer del lado de la trampa al más sutil empujón.

Qué misterio, el deseo. Con las manos acaricia el canal de la espalda de Vitalia, también mojado y tenso, un perfume lejano, azucarado, una miel, tratan ambos de adivinar sus sonidos más

recónditos, sus tintineos, callando. De improviso, dos personas que nunca se habían visto hasta ese mismo día, entre las cuales no había existido un intercambio de planes, ni siquiera la más leve mirada de afecto, se buscan y se unen y ella aparta el cuello a un lado y opone falsa resistencia para hacerse más deseable, pero al instante busca salvajemente en el aire la fragancia de su piel cuando él le susurra, al oído y con dulzura exasperada, ronco mientras le besa el cuello: ¡Déjate de bobadas! ¡Deben de ser las dos de la madrugada! Y la cubierta está desierta.

La ha convencido. Inclinado sobre ella, espera, acariciándola con la mano entre las piernas, a que ella abra de nuevo los ojos. Vitalia le mira fijamente y se baja las bragas y se rinde sobre la tumbona, húmeda por la brisa marina.

—Pero lo haremos a mi manera —susurra mientras le ayuda a terminar de desabotonarse la camisa.

La suya ya la lleva arremangada hasta el pecho pero no alcanza a sacársela porque comienzan a revolcarse como perros salvajes, retorciéndose y adoptando toda clase de posturas sobre la reducida superficie de la tumbona. A ratos se detienen para buscarse los pezones, inundados de sudor, para lamerse el lóbulo o buscarse las lenguas, disfrutan cada sensación y por largo rato siguen acariciándose, besándose, chupándose y mordiéndose por todo el cuerpo sin que él haya siquiera intentado penetrarla, se regodea en el estado casi acuático del abrazo, un logro mutuo, un excitante simulacro de lucha donde el punto se marca atrapando con la boca el sexo del otro, se agarran como si fueran a ahogarse, a punto de caer a lo más hondo del océano, de su océano, sus propias aguas. Ella le busca ansiosa aplicándole llaves, abrazos, ella de espaldas y con sus piernas estranguladoras alrededor de la cintura de él para frenarle y atraerle en un baile que domina a la perfección.

Con cierta vacilación, pero a instancias de sus ruegos, él se decide a meterle la punta de un dedo en su laberinto, abriéndose camino por los pasadizos secretos que serpentean hacia el interior. Nota su calor y su humedad. Y después otro dedo.

Vitalia ya no piensa, se deja ir entre el aire, sus dedos, el viento, su espalda, se pone de bruces y le pide a él que se quede detrás, de pie, apuntándole con sus nalgas, que se perfilan redondas y blancas a la luz de la luna, y para su sorpresa no recibe su embestida sino que él le levanta las piernas y las apoya sobre sus hombros, él le pasa la lengua por su sexo salado, le sube la mano por la espalda, le junta el pelo largo en una coleta abundante y húmeda. Atenta, favorece el juego sin mediar palabra y se cuelga de él que la levanta aún un poco más para meter la cara entre sus piernas y chuparle el

sexo dándole lengüetazos de arriba abajo mientras ella respira cada vez más alterada y deja escapar oscuros gemidos. Las partes del cuerpo se difuminan, se estiran casi, se vuelven un todo escurridizo hasta que Ran se sienta para mantener el equilibrio y tiene una perspectiva privilegiada de los pálidos y flexibles muslos de Vitalia, que se retuerce levemente mientras él trata de nuevo de masajearle los pechos, la piel del animal acorralado.

—No te detengas, me gusta mirarte —susurra cuando agarra su erección y se la mete en la boca, y a él le apetece abrirle las nalgas hasta alcanzarle el ano con la lengua como una llave que entra en la cerradura y su piel es beso mojado.

La acaricia hasta tensarla por completo y ella cimbrea al ritmo de las imágenes furtivas que se generan en su mente, está interpretando lo que se le revela en sueños, se detienen, prosiguen con susurros violentos y tiernos dichos al oído y Vitalia se maravilla de cuánto le gusta el olor de macho que percibe sobre su cara húmeda de líquido seminal desde la barbilla hasta las cejas, deja inundar sus sentidos mientras él se echa hacia atrás y la alienta a seguir chupándole, se ha tumbado sobre él como una araña, traga hasta los testículos y se asfixia un poco como si él le hubiera puesto una mano en la boca para impedirle respirar.

Vitalia casi puede volar del estremecimiento y deja caer sus brazos por encima de las rodillas de él, desmayados de placer como su cabellera, que casi toca el suelo y se humedece entera con su saliva, con su deseo, con el salitre de la cubierta. Así permanece también él, desmadejado y trémulo unos minutos más, castigándola con la lengua y de pronto le da la vuelta y la levanta y la deposita sobre la tumbona porque no puede esperar más. Ella gime de impaciencia, él la coloca boca arriba en el centro y subiéndola un poco por la cintura, se decide a empujarla para inmovilizarla por fin con su glande húmedo y caliente, un ramillete de perfumes dulces y nebulosos, tenaz en su ataque y tan a punto de estallar, y sigue empujando mientras observa cómo ella muerde una manga de la americana para no gritar. Empuja como el oleaje que muerde la orilla, una y otra vez.

Se retuercen y gimen como si cada célula de sus cuerpos estuviera estallando de placer, y cuando él para y la mira a la cara, ella mete una mano por el interior de sus muslos y le acaricia, le gusta mirárselos porque son largos, musculados y con mucho vello. Disfruta embelesada las ardientes reacciones de ese cuerpo hipersensible que con desmesurado brío la sacude con los asaltos de su verga hasta casi sacarla de la tumbona, entregada por completo oye cómo chirrían los tubos de metal sobre el suelo, asombrada pierde la noción del tiempo y se corre, mojada hasta las corvas y

nota que él también se estremece con los espasmos de gozo de su vagina y para un instante para sentirla mejor. Se besan, él le recorre el cuello a besos, y de pronto reaviva su deseo de atravesarla y tras unas cuantas arremetidas sobre el cuerpo exhausto de Vitalia eyacula, en parte dentro y en parte por encima de su vientre. Besa su ombligo y dibuja con el semen de su descarga sobre los pezones de ella, la abraza y sin soltarla se dan la vuelta para tumbarse de lado, ambos mirando sin mirar, turbios y vaporosos, abrazados, acariciándole el pelo él, empapándose ambos de sudor arropados con la chaqueta. ¿Cuánto tiempo permanecen así?

Es como si ambos hubieran sido aprisionados por un instante de calma casi sobrenatural. Como si fueran dos seres de otro planeta que, perfectamente compenetrados, se estuvieran concentrando antes de mover un músculo para averiguar qué están haciendo.

—Vitalia, eres maravillosa…

—¡Me siento mejor que nunca! —responde juguetona y extasiada, con el cuerpo rendido, con el pelo sobre la cara, sobre los ojos, tendida contra él, brazos y piernas blandamente recogidos, las manos encerradas entre los muslos como para proteger el placer que él ha regalado a su sexo y que aún siente palpitar, leve, como latidos de una máquina de escribir. Todo su cuerpo le parece nuevo, como si se hubiera roto el hechizo de una sensibilidad que durante años la había mantenido sin cuerpo.

Le mira, siente gratitud, pero no dice nada. Su sonrisa agradecida y amplia es suficiente para provocar en él el deseo de abrazarla y hacerle cosquillas para que se ría aún más, ve ante sí a una mujer adorable dispuesta a todo que le tiene fascinado, pero para de pronto porque le ha parecido ver una sombra moviéndose al fondo de la proa y cuchichean, divertidos, que quizás alguien les haya estado espiando, una posibilidad que excita de nuevo a Vitalia, secretamente. Se siente pletórica, la mujer más feliz del Mediterráneo.

—Una vez leí que los hombres que hacen cosquillas a las mujeres son viciosos... incluso sádicos —comenta revoltosa.

No todas las cosquillas son agradables, pero éstas sí, muchísimo, las yemas de los dedos que recorren la espalda desde la nuca hasta la base de la columna, las que son consecuencia del roce de los labios sobre el cuello. Pero mejor si terminan en un breve, suave mordisco, como ahora, le dice, y le gusta tanto que Vitalia se aparta porque no puede más y él se da cuenta.

—¡Oh! —refunfuña Ran, bajito—. ¡Te haría cosquillas toda la noche con unas ganas...!

Ella también prueba y pasa las uñas delicadamente a lo largo del

vientre de Ran, y así se acarician un rato hasta que el frío les hace desear la cama. Recogen los zapatos y los pantalones del suelo, él le alcanza las bragas y la púdica falda larga, se besan, se visten, Vitalia recupera un pendiente de debajo de la tumbona y caminan, agarrados por la cintura, a la planta de camarotes.

Han acordado tumbarse a descansar en el de ella. Él orina con la cabeza apoyada en la pared y regresa rápido, se acercan el uno al otro, poniéndose de perfil, nariz con nariz, sobre la áspera colcha. Es tarde, no tienen sueño, pero sí un peso dentro del cuerpo, una duda, la circulación entre dos bocas entreabiertas. Dependiendo de la postura, hay un miedo a que todo se acabe o una posibilidad de volver a bregar, porque falta ya poco para que amanezca y arriben a puerto.

Suspiran. Vitalia ha anunciado que deberá irse a toda prisa, a trabajar. Tienen ganas de hablar aún un rato, desvelados de tantas y tantas palabras que les hacen falta, excitados, pletóricos, los párpados caídos, sus manos sueltas que los abrigan mejor que cualquier sábana, entregadas las palmas al placer de un rayo de luz transversal sobre la almohada, bailan y giran sus pensamientos mientras el murmullo de mar sigue su curso bajo el barco.

Él murmura algo que Vitalia no alcanza a entender, y resbala, a su lado, para quedarse profundamente dormida.

Capítulo 10 | Dos despedidas

Barcelona, del puerto a la oficina de objetos perdidos, 1993

Barcelona les recibe con esa lluvia que lleva cayendo a intervalos desde que empezó el mes.

—Me siento como si hubiera dormido durante varios días —exclama. No han descansado apenas pero está radiante, y echa hacia atrás la cabeza y la risa burbujea en su garganta blanca y redonda.

A veces parece que un amanecer ha sido arrancado del paraíso, y éste lo es. Sin embargo, él no comparte esta alegría de Vitalia ni por asomo, como si se hubieran desconectado. Se ha despertado poco hablador, pensativo, como si quisiera decirle algo pero no se atreviera, la besa en el cuello en silencio mientras ella se abotona la blusa, se abrocha el collar de jade y se calza los zapatos verdes. Él se pasa la mano por el cabello negro y brillante, totalmente alborotado; viste sólo un calzoncillo y no la abraza.

Los cuerpos, a pesar de la desidia de sus gestos, siguen excitados y se diría que todo su esfuerzo lo concentran como pueden en apagar ese deseo que los ha unido la noche anterior, conscientes de que desafortunadamente Vitalia tiene el tiempo justo para vestirse, recoger su mínimo equipaje y desembarcar. Deben ser razonables, hay que recuperar los respectivos rumbos cuanto antes, ha sido un bonito sueño, tras el que Vitalia recupera su viejo remordimiento, sigue siendo incapaz del verdadero amor, reconoce en su ánimo las trazas de su imposibilidad de amar.

Se despiden con un beso rápido, será mejor que él se quede en el camarote. Ya lo hablaron todo anoche, antes de dormir, él comprende perfectamente que ella tenga que irse con prisas para llegar a tiempo al trabajo, también Ran tiene un día complicado... No obstante, en el último momento hace un amago de cambiar este guión, un intento de frenar la carrera de obstáculos en que se ha convertido su primera despedida, y le pide su teléfono.

—Anota: Vitalia 93…

—Hubiera preferido que desayunáramos juntos, verte con calma a la luz del día —rezonga él, mustio.

—Bien, bueno… A lo mejor volvemos a vernos. Tendremos que

quedar otro día para eso.

—Nos llamamos.

Involuntariamente, ha sido fría, le ha tratado como a todos sus amantes ocasionales, es la fuerza de la costumbre, el aprendizaje que lleva a cuestas.

El camino hasta el metro la deja empapada a pesar del paraguas y «nos llamamos» ya sabe por experiencia qué significa. Entra en el vagón y se sienta junto a la ventanilla para ver mejor las estaciones a través del cristal, pero el vaho y sus pensamientos acelerados las ocultan, así que se mantiene alerta mientras observa el dibujo de las gotas de lluvia sobre su abrigo y piensa que quizás él puede haberse sentido molesto con sus prisas. Hasta que se oye el nombre de su parada y se apelotona con los demás en la puerta y descansa, un poco, de sus remordimientos.

Nota las bragas mojadas y sonríe, es el reflujo de las maravillosas embestidas de anoche. «Nos llamamos». La lluvia ha amainado, no la oscuridad del cielo, que hace que parezca de noche. «Nos llamamos» y la maniobra desafortunada de un coche que se cruza mal con otro en una rotonda la despiertan y alertan justo a tiempo para desviarse del concierto y tomar otra acera perpendicular, estrecha y llena de charquitos, la suya de todas las mañanas pero va tan despistada que estuvo a punto de pasar de largo.

Toma el autobús, que pasa bajo un puente y un torrente de agua cae justo sobre la luna y el conductor ni se inmuta, pero ella sí porque se convierte en la novia de Tarzán en su imaginación y se ve de nuevo colgada boca abajo de una liana, aún ve otra cascada que cae desde una tubería y más lianas de lluvia que bajan de los toldos de los bares. Bajan todos y ella es casi la última porque va al edificio de objetos perdidos, al final del trayecto. Con lo perdida que está ella hoy, con lo que disfruta con absoluta entrega de una desconexión que la ha dejado disponible para todo tipo de maravillas improbables, y encima se ha dado cuenta, por fin y después de tantos años, de que de nada sirve tener visiones hermosas y un mundo interior tan poblado y rico sin nadie especial con quien compartirlas.

Y ese alguien especial quiere que sea Ran.

Se ríe sola de su ocurrencia mientras camina e incluso se siente ridícula y la divierte, ahora que no hay nadie cerca repite el nombre de su amante sin miedo a que nadie la oiga, le gusta cómo suena y que esté lloviendo con más intensidad, parece que se ha desatado el cielo y los rayos y truenos estremecen la ciudad entera como un terremoto parecido al que ella tiene en el vientre, en las orejas que

le laten con fuerza por el bombeo imprudente de su corazón. Toma el pasaje estrecho y pasa su tarjeta por el control. A pesar del pitido del ascensor que normalmente la asienta, hoy aún no, un poquito más y casi se le escapa, aún no abandona la aventura de cascadas y lianas.

No se quiere dejar raptar por el aburrimiento de su despacho gris con gente gris así como así, la ilusión que ha despertado Ran en ella la mantiene alborotada. El pelo le huele a día de lluvia, a sexo y a desorden, pero en cuanto entra en el despacho todo se desvanece y huele a impresora y a papeles por revisar encima de cada mesa y, cómo no, a objetos perdidos por clasificar y etiquetar.

Da los buenos días a una compañera cuando pasa junto a su mesa, apenas a tres metros, del lado de los lavabos, que como Vitalia llega tarde sin mediar transición le da el aviso de que en cinco minutos le envía un mail con un informe para que ella, responsable de todos los asuntos aburridos, complete unas nuevas estadísticas que se tendrían que haber completado ayer pero que se han retrasado porque ella no estaba… Perfecto. Procesa y asiente. No hay tiempo que perder y no le importa el retintín con que la otra se ha referido a su falta de asistencia y a su retraso matutino.

Pero en cuanto se sienta se da cuenta de lo que acaba de ocurrir. Su compañera se ha fijado en la maleta de Vitalia, la ha dejado en la entrada, escondida tras un ficus, pero la ha visto… Y claro, ya lo sabe todo: que mintió a su jefe la mañana anterior para poder acudir al funeral de su bisabuela, que fingió que estaba enferma... No se ha acordado de disimular, casi se le había olvidado con el alegrón de haberse enamorado, pero no quiere alarmarse pensando todo esto y enciende el ordenador a toda prisa para ponerse al día, pero este aparato del demonio se toma su tiempo. Deja el abrigo y el paraguas, va a por un vaso de agua… «Tiene diecisiete mensajes sin leer», avisa un globo en la esquina inferior de la pantalla con forma de diálogo de cómic, y se siente culpable también por esto. Y cuando trata de trabajar el ordenador no le deja, como si se hubiera rebelado por el inusitado abandono del día anterior.

Con lo sencillo que era todo antes de que les instalaran estos aparatos. Comprueba que en efecto el programa se ha bloqueado, vaya, y se lo dice, of course, en inglés. En los formularios internos y en las arengas de los directivos está especialmente subrayado: somos una empresa de vocación internacional… Pero en esta oficina de objetos perdidos lo que hay es estrés internacional, añadiría ella si le dejaran, si alguien le preguntara, y a todo esto su compañera vuelve a la carga para preguntarle impaciente que si ya ha recibido el e mail, parece enfadada.

Vitalia va al lavabo. Mientras se lava las manos, absorta frente al espejo, se siente más segura que nunca porque está recordando la noche pasada con Ran en el barco. Que recuerde una noche de sexo es muy buena señal, hacía años que no le ocurría, sin duda está encaprichada y pensarlo la sume en un estado de agitación que le da mucho placer. Sin saber muy bien el porqué, tiene buena intuición respecto a Ran.

Al salir, echa un vistazo a la pared del fondo, a los objetos perdidos acumulados en el almacén: los hay que le acarician el alma, que le hablan, que le cuentan historias. Sabe, desde que empezó a trabajar en este lugar, que puede descubrir al dueño de cada objeto con sólo tocarlo, sosteniéndolo en la mano por un instante podría describir a su propietario con los ojos cerrados. Ése tendría que ser su único trabajo, y sus jefes llevan meses boicoteándolo con tanto sistema informático y tanto ordenador que la confunden.

Pero esta evidencia no consuela de las largas horas que pasarán sin que pueda hablar con Ran. ¿Y si él la llama antes de que llegue a casa? No tiene contestador automático, tendría que haber comprado uno. No puede pensar en otra cosa, lo demás es aburrimiento laboral, horas que se prolongarán sin compasión como si fueran de chicle, también a café de máquina, a vasos de plástico a punto de fundirse, al olor ferruginoso que desprende la máquina fotocopiadora.

Responde correos electrónicos maquinalmente y espera que le entre el documento que tanto urge, tiene que revisarlo y completar la información que falta cuanto antes para evitarse problemas con su compañera, pero por dentro en realidad hace balance mental de la jornada anterior fuera de esa frenética jaula: dedicó un día laborable a viajar... Sus pensamientos se vuelven sombríos. Revive la escena del cementerio, nota una punzada de vergüenza por haber sido tan cobarde: no se atrevió a decirle la verdad a su jefe como no tuvo valor para acercarse a la tumba de su bisabuela. El miedo. El maldito miedo de su madre de que alguien se entere, a estas alturas, de que fue madre soltera y que Vitalia ha hecho ya suyo. Ha tenido que regresar sin haber visto siquiera a Leonor y culpa y odia a su madre con todas sus fuerzas.

Y luego, sólo luego, vuelve a pensar en Ran, que la distrajo de todo eso, que le ha servido de bálsamo reparador durante unas horas. Ran, Ran. Es una adolescente, está colgada de él. No puede dejar de pensar en él, en lo bien que se lo pasó anoche en la cubierta del barco, mal que le pese porque venía de un funeral y se supone…. Quizás su bisabuela lo comprendería…

Alguien más, en este caso el jefe de personal, interrumpe sus pensamientos con un mensaje, por mail, desde que lo tienen no paran de mandar mails para los asuntos más insignificantes: unos minutos antes de que ella llegara le ha escrito para decirle que no había llegado aún al despacho porque había un embotellamiento no se sabe dónde a causa de la lluvia —como si no fuera evidente que no ha llegado, musita Vitalia—, que tardaría todavía un rato, pero que quiere hablar con ella de un asunto.

Ahí seguirá para cuando llegue, no hay problema, hasta las ocho de la tarde tiene tiempo. Y sí, hace un día de perros con esta tormenta, y al parecer no es el único que va con retraso hoy, la jefa de administración tampoco ha llegado, observa Vitalia levantando un momento la cabeza de su pantalla, justo a tiempo para cruzar su mirada con la de la compañera inquieta, que le repite que tiene que mandar cuanto antes la propuesta con los datos que faltan y que cómo no se los ha pasado ya.

—El ordenador va mal.

La otra pone mala cara, e insiste sin compasión: «En cuanto lo abras y le eches un vistazo vas a enviárselo a la compañera "A" para que se lo reenvíe al compañero "B" y tema cerrado» y que se va, un momentito, al cuarto de baño.

Vitalia la ve alejarse por el pasillo y mueve el ratón del ordenador en círculos sobre la pantalla porque ella también tiene ganas de quitarse de encima este tema de los datos que faltan, faltan siempre tantas cosas… ya, ya está ahí el mail, ya se está abriendo, pero como las bases de datos en esta oficina pesan toneladas de megas no sabe cuántas más tarde lo tendrá y sigue en las mismas, a esperar, ansiosa por poder volver a conectarse a su bienestar interior y perderles a todos de vista.

Pedro no está hoy, también se habrá encontrado con la tormenta de camino. Menudo día. Le da al botón de imprimir, por fin, y le entran ganas de ir a por un café a la máquina, pero eso es delicado, tiene que ser prudente, recuerda de nuevo que se supone que ayer estaba mal del estómago y ha estado todo un día descansando para recuperarse. Es cuestión de estrategia.

No tiene el parte de baja de ayer. Tratará de pasar desapercibida. Si no se dan cuenta de tu presencia vives mejor, eso es un hecho que Vitalia ha constata a diario durante sus años entre esas cuatro paredes. Atención.

La compañera ya ha regresado del baño y su rostro agriado no ha mejorado en absoluto, una mujer de rígido aspecto y sobria vestimenta que en el bar, a la hora de la comida, acostumbra a echar el humo del cigarro alzando el cuello mientras los demás ven

arruinados sus primeros platos por la humareda. Observa que ella sí se ha preparado un café, y que el mail sigue sin entrarle. Reinician ambas el servidor de correo por si se ha mandado mal y por fin parece que sí, que entra. Lo que le solicita bien lo podría haber rellenado un niño de dos años, pero en esto consiste el circuito de pérdidas de tiempo que hay montado en una empresa. Bendita velocidad informática, bendito veloz suceder de los minutos iguales a todos los minutos y cada vez falta menos para las dos de la tarde.

En ocasiones como ésta, Vitalia duda de que cuanto la rodea sea real, se pregunta si sus visiones no serán la realidad de veras y... Como no puede aguantar más, va a por un café al cabo de media hora, hoy no le toca atender llamadas —que es lo que le gusta— y se siente inútil frente al ordenador. Aprovechará para salir fumar un cigarrillo a la escalera de incendios, que es donde fuman todos en esta oficina porque el jefe odia el tabaco y está prohibido. Miedo. Miedo. Miedo. Hay oficinistas que corren, que se agolpan. Un perro ladra en la calle, del otro lado de la estructura metálica, como si viniera de otro mundo.

Coincide con varios compañeros fumadores de la oficina de al lado, menos mal, con un poco de suerte nadie de la suya la verá. Están de cháchara, y siempre que los escucha piensa que ellos sí que viven bien, se hacen bromas y hablan amigablemente de sus cosas, sin prisas. Saluda muy educada al incorporarse al rellano de rejilla metálica con un cenicero de pie en el centro colmado de colillas, la mujer de la limpieza siempre se olvida de vaciarlo. Como de costumbre recibe paciente una amplia gama de miradas de incomprensión y cejas arqueadas, «¿por qué nos saluda si no nos conoce de nada?», parecen preguntarse. Así que observa la punta manchada de agua de sus zapatos mientras consume su dosis de nicotina, sin perder tiempo, y consigue que se olviden de ella. Está tan contenta con lo que le ha pasado en el barco que se pondría a cantarlo o gritarlo en todas direcciones, pero se reprime a tiempo. Hay emociones que no pueden revelarse ante nadie si no quieres que te ingresen, es así. «Nos llamamos». ¿Cómo ha podido meter tanto la pata y no pedirle su teléfono? Ahora todo depende de que él quiera llamarla. ¿Y si no quiere?

Entra y en su pantalla espiralidosa se reflejan todos los muebles del espacio que la rodea, también ve compañeras 1 y compañeras 2 y demás personal con sus cabecitas que se han incorporado en su ausencia, tratan de intercambiar bits rogándole a quien sea que está al otro lado de sus pantallas que los acepte, que les hable, que se comunique con ellos... Menudo desvarío. Deberían llevar una vida más analógica. Respirar más y teclear menos y viajar en barco,

quizás.

—Buenos días.

—Buenos días, señor Gutiérrez —responden unos cuantos a coro.

Atención. Entra por la puerta el jefe de personal, un hombre alto, obeso, mal encarado, embutido en un traje negro demasiado ajustado y con su paraguas empapado del mismo color, y decide darle una sorpresa a Vitalia, la única que no le ha saludado porque estaba de espaldas tratando de reconectar la impresora.

Se acerca con sigilo a su mesa y carraspea, mala señal.

—Tenemos un problema, Vitalia, acompáñeme al despacho.

Hay momentos en la vida en los que tienen lugar sucesos que te cambian para siempre, experiencias que sabes que van a marcar un antes y un después en tu existencia, golpes que te dejan sentada cavilando y a partir de los cuales nada vuelve a ser lo que era. Éste tiene toda la pinta de ser uno de esos. No cabe duda. Está de lleno en uno de esos. Al usar el plural, lo que en realidad le está diciendo es que ELLA tiene un problema.

Le sigue, en silencio, dispuesta a la previsible estocada, y ve a su paso a la jefa de administración, que también ha llegado sin que ella se diera cuenta y ya está sentada en su mesa, espiando. Quizás han venido juntos, fantasea, y se los imagina en paños menores haciendo cabriolas como ella anoche. Se siente inquietantemente gamberra ante esos curiosos acuerdos que establecen, sin el menor esfuerzo de su parte, los que mandan, y el despacho del jefe de personal tiene una mesa más sólida que los demás empleados, y ella toma asiento justo delante, con vistas a un plano del aeropuerto. Con voz ronca, raspada de tantos cigarrillos, inicia la conversación que menos se esperaba Vitalia hoy: habla, afeitado y con olor a aftershave, de su bajo interés por adaptarse al nuevo sistema informatizado de la oficina, de la crisis. Todo está revuelto últimamente, por lo visto. Estamos en crisis. Sí. Las empresas tienen que optimar las plantillas y limitarlas para afrontarlas… Mientras él parlotea es probable que se estén hundiendo unos cuantos bancos de inversión o un par de aseguradoras, las bolsas de todo el mundo quizás. Pero este hombre se limita a hablar y acariciar el ratón de su ordenador como si fuesen las nalgas de la mejor prostituta. Su discurso es simple: Vitalia es la principal responsable de todos los problemas de la empresa y hay que despedirla. No se lo esperaba, está perdiendo facultades, algo está desactivando sus intuiciones y no le importa, en cierto modo es un descanso.

A la calle porque ella va y se dedica a rendir mal, por lo visto, a

no adaptarse a los ordenadores. En la cabeza de Vitalia afloran todo tipo de pensamientos de supervivencia, pero ahí está impertérrita, escuchando el sermón. La moqueta es de color blanco roto con enormes dibujos geométricos, tiene un aire sesentero. Está asustada. Se siente mayor para cambiar de trabajo, valora acelerada la mengua de fuerzas, de reducción de oportunidades respecto a la última vez que estuvo sin trabajo, hace diez años.

Mientras, él balbucea incoherentes acusaciones y sigue sin atreverse a decir «estás despedida», pero en una de sus pausas para tomar aire aprovecha para añadir, con una sonrisa helada, una conclusión que terminará el martirio:

—Vamos a tener que prescindir de ti, Vitalia, lo siento pero no podemos permitirnos en estos momentos mantener en plantilla a personal que no se adapta, que se ausenta, que no cumple sus horarios… Es preciso potenciar a los trabajadores implicados y prescindir de los que necesitan tomar un nuevo rumbo…

Él se incorpora un poco de su asiento, quizás espera que ella diga algo. Vitalia calla, hipnotizada y muda ante la enredadera verbal con la que se arma el entramado final de su historia en esta empresa. Permanece muda. Siempre le han causado una enorme fascinación las materias duras mientras se deshacen: un bizcocho en el café con leche, la cera de una vela al calentarse, ahora mismo un hombre rudo cuando se ve desconcertado, como su jefe ahora mismo. Calla como una tumba, con la falda que se le pega a los muslos del sudor nervioso, no se lleva bien con el eskay de la silla.

He aquí a la Vitalia de hace diez años, de nuevo: calla. No sabe si está furiosa, herida o confusa, pero sea lo que sea no se atreve a que él lo descubra, por si acaso. Peligro. En su cabeza también se está disolviendo, muy rápido, el espejismo de estabilidad que había construido a lo largo de estos años. «Tiene razón, tengo un problema», se dice mientras le deja hablar de nuevo sin prestarle mucha atención, le está resumiendo las condiciones de su despido, quizás añade algo más de la crisis, del sector, pero es como si su voz viniera de muy lejos.

Su carrera en esta oficina, de diez largos años, ha terminado. Le interrumpe, por fin, necesita terminar cuanto antes con esta escena.

—De acuerdo, no se preocupe, lo entiendo, puede ahorrarse los detalles.

Él se sofoca un poco, calla al fin y le extiende la mano para despedirse, como impelido por un resorte le desea suerte sin atreverse a mirarla a los ojos. Su cara parece de cartón.

Todo está claro, muy claro. Tan dolorosamente claro que Vitalia

casi sonríe. Todo ha acabado, sencillamente. Este jefe de personal, con sus cabellos ralos y grises, los hombros un poco curvados, es bueno despidiendo, no cabe duda, en apenas diez minutos pero tiene la sensación de que ha estado ahí dentro durante mil horas.

Cierra los ojos y avanza por el pasillo. Es imposible pasar inadvertida en estas circunstancias, los ojos y los oídos de los demás están pendientes y esperan la última escena como si fuera la protagonista de una película por la que han pagado en taquilla y no sabe qué hacer ni qué decir, sólo presta atención al monótono zumbido que está cuajándose en la madera seca y reluciente de las estanterías del fondo, y que ellos no oyen, no aún.

«Debe firmar cuanto antes algunos papeles», indica su compañera la espía de administración, son instrucciones indulgentes, o es acaso desdén, «debe recoger su mesa» y podrá marcharse.

Hay que ser víctima de las frágiles ilusiones de la clase media para imaginar que el mérito y el esfuerzo van a ser recompensados. No va a resistirse, lo hará sin mirar a nadie para no perder tiempo, sabe que muy pronto lo oirán todos, nítidamente. El sonido imperceptible ya está recorriendo el perfil de los zócalos de madera por dentro, hacia la puerta de la calle, proviene de secretas galerías recubiertas de serrín como arena finísima. Es el genio de la especie, la enjambrazón de termitas que lleva un par de horas arremolinándose y que en unos segundos suspenderá toda actividad en la oficina, tiene que clavarse las uñas en las manos para no estallar en una carcajada.

Al contrario.

Serena como una muñeca de cuerda, camina hacia la puerta entreabierta con la imagen mental del puro estruendo arrastrándose ya entre las ruedas de las sillas y las papeleras, con una sonrisa en los labios los deja atrás en violenta erupción, con los primeros y tímidos grititos desconcertados de sus compañeros, los correteos hacia el cuarto de las escobas y la perplejidad, luego, ante un espectáculo que tardarán en olvidar, la eclosión de esa legión de termitas voladoras como hormigas aladas que buscan también la salida, el torbellino de un ciclo, pero Vitalia ya no está ahí para verlo, los minutos vuelan.

Capítulo 11 | Flores vivas

Barcelona, barrio de Gràcia, 1983-1993

¿Puede el tiempo transcurrir hacia atrás? Está justo en el punto que creía haber abandonado para siempre en 1983, cuando la habían despedido tras una sustitución de maternidad como taquillera de un cine y la contrataron en objetos perdidos. El recuerdo, el recuerdo, el recuerdo de lo que ya hubiera debido olvidar

Y sí, el malestar que la invade, la desidia, es caprichoso y lleva ya una semana ahí en el vértice de salida de nuevo, con menos energía que entonces, sin un guión que oriente sus pasos, sin un horario que organice sus días. Sus pasos que suenan como hojas secas. Por eso ha empezado a improvisar, ha acudido a las empresas de colocación del pasado para volver a darse de alta, ha deambulado por las calles con un viento muy desagradable que ha encontrado la manera de soplar en plena cara todo el día, pero no ha desfallecido hasta inscribirse en todas. Y además llueve, tanto esfuerzo para ni una sola buena noticia, hay tanta gente sin trabajo y su perfil sigue siendo tan poco interesante como hace diez años y la han embargado una pena aguda y miserable, las ganas de gritar.

Incluso ha llamado a Pedro para convenir una sesión de ayuda para preparar solicitudes de empleo. Todo lo que pueda intentar es poco. Pero, agotada, cuando entra en casa se desviste a toda prisa, espera que así podrá quitarse de encima esta especie de funesto encantamiento de todo lo que de pronto está saliendo mal. Va empapada, no ha tenido ánimos de abrir el paraguas al salir del autobús y ahora, por la misma razón, cierra las ventanas para empaparse de oscuridad y se acuesta a por una buena sobredosis de sueño y desconexión, aunque ayer ya hizo más o menos lo mismo y tampoco hoy su realidad aparece ni más nítida, ni más alentadora ni más comprensible de lo que ha sido desde hace ya demasiados días.

Se siente deprimida, falta de energía… desilusionada. Sobre todo, desilusionada. Dondequiera que mira, lo intolerable se ha instalado y también las dudas sobre Ran que la fatigan, pierde demasiado tiempo pensando en él, como si fuera el chaleco salvavidas de sus naufragios, qué absurda, casi tanto como la

pregunta que le repiquetea, constante, tan infantil: ¿Por qué no llama?

La voluntad de amar no exige apenas más que exponerse a la burla, la decepción o la respuesta de la persona amada. Y nada menos.

«No vivo esto —piensa—, estoy soñando y si me lo propongo esta pesadilla no durará lo bastante para convertirse en pesadilla». Cierra los ojos con la esperanza de que cuando despierte reconocerá de nuevo el mundo y habrá dejado sus obsesiones de lado, que verá el sol, las estrellas, los árboles que se yerguen como la llama de una vela que se alarga en punta, temblando en el aire tranquilo, el cielo y todas las demás cosas hermosas propiciando la inutilidad de vivir con esperanza.

«Hay que tener más paciencia, nunca es suficiente», se dice ya entre las sábanas, que huelen a jabón y a goma de borrar.

Le gustaría encontrar la comprensión que tanto anhela. Encontrarla ya, a la primera, ésa que tantos se pasan la vida buscando, con lo fácil que tiene que ser encontrarla, y para ello ha depositado todas sus esperanzas en Ran, qué tonta. Las ansiedades de su infancia regresan, con sus falsos temores, sospechas ridículas, supersticiones. Sueña despierta. Pesadillas.

Apenas lleva una hora durmiendo cuando llaman a la puerta. Hace como que no lo oye y se da la vuelta en la mansedumbre de su cama, no quiere más problemas, no quiere ver a nadie, y si es un vendedor pues que piense que no está, ella no recibe nunca a los vendedores de enciclopedias ni a los revisores del gas ni a los carteros con avisos urgentes. Sencillamente porque, a esa hora, durante los pasados diez años, no ha estado nunca en casa.

Además, para esos asuntos está el portero… Pero quien sea que la reclama, del otro lado de la puerta, insiste. Definitivamente desvelada y curiosa por averiguar de qué se trata, se levanta y se pone una camiseta y un pantalón de cualquier modo.

—Por favor. Firme aquí.

No puede creer lo que está viviendo.

—Un momento. Esto no puede ser para mí.

—¿Usted es la señorita Vitalia? ¿Sí? Entonces, son suyas... ¿Dónde las ponemos?

Confusión, un mareíto de desconcierto, de vivencia irreal. Su interlocutor y un ayudante que ha aparecido por detrás tardan un rato en entrar todas esas flores que alguien no identificado envía.

Las colocan alrededor de la mesa del comedor. Los floristas sonríen casi tanto como las risueñas margaritas que están alineando en círculo. Vitalia los mira como si esto no le estuviera sucediendo a ella y elabora, a mil por hora, posibles explicaciones. Firma, les da las gracias, se marchan y la dejan en compañía de cientos de ojos en flor, muy atentos. Doce macetas de flores vivas, cada una con su tierra fragante y fresca, cada una con las flores de un color distinto.

También hay una tarjeta, escrita a mano, que le han dejado sobre la mesa:

«Para Vitalia, de Ran»

Recuerda que, entre otras muchas cosas, en el barco antes de dormirse le contó que desde niña no soporta ver flores cortadas y muertas en los jarrones porque su madre se las llevaba como presente a las monjas, cuando acudía a resolver las cuentas pendientes, y cuando Vitalia veía flores en la mesa de la madre superiora, una mujer de edad indefinida que pesaba más de cien kilos, deducía que su madre había pasado por ahí y no se había dignado a saludarla.

Las ordena en el balcón, las riega, se siente casi feliz y relee la tarjeta tumbada en la cama, pero entonces la atrapa otro oscuro pensamiento que es aún peor que el que la atacaba antes de dormirse. Quizás el sueño sea esto. Por eso se lava la cara con agua fría, no desea pensar ni un minuto más en lo que le diría a Ran si la llamara, ni en todas esas fantasías que ha forjado en su cabeza probablemente para nada. Desconfía. Todo eso no puede ser bueno para ella, tiene que buscar trabajo y regresar a sus rutinas, tiene que hacer algo por sí misma sin esperar que nadie la ayude porque si no luego es peor. Y siente pavor ante la posibilidad de enamorarse.

En su confusión, no puede dejar de pensar, también, en cuánto le gustaría llamarle ella, ahora mismo, y agradecerle las flores, pero se lo impide… Imperdonable, olvidó la tarjeta en la barra de la cafetería del barco. Se ha boicoteado, sin darse cuenta. Es tan sencillo. Se está volviendo definitivamente loca. Le necesita. Le teme. Le ha dejado escapar porque pensó que era como tantos otros. «Nos llamamos», dijo él, y ella ni replicó.

Se mira al espejo de nuevo y se observa, intrigada, es una mujer presumida pero que no se ve bella en absoluto, no entiende por qué tendría que gustarle a Ran entre todas las demás y eso la espanta de un modo que conoce a la perfección. Esperar algo de los demás da miedo. Y no esperarlo, da mucho más. Encima, sigue pareciéndose a su madre. Tiene los ojos de su madre abandonadora y fría, tiene la nariz y las orejas de su madre incapaz de amar. Y en este punto su mente salta prevenida como el aceite sobre una plancha caliente, no

puede evitar preguntarse si su incapacidad de amar como las personas normales, como las que ve en las calles y en las películas, no será a causa precisamente de cómo dejó de amarla su madre o de algo que ha heredado de ella, como una maldición... Vitalia no ha sabido amar desde que su madre la abandonó en el colegio con las monjas, y antes no recuerda, no está muy segura de que fuera amor lo que sentía por Leonor y Carol. Quizás sólo era gratitud porque aún no la habían abandonado.

Todas sus relaciones, ya sea de amistad o con amantes ocasionales, han sido superficiales, tan agradecidas como desconfiadas, está demasiado acostumbrada a desaparecer, en cuanto despierta en el otro la menor curiosidad, la menor señal de duda, el menor recelo, o que desaparezcan ellos.

Pero con Ran… Con Ran sería maravilloso poder cambiar esto, ha forjado esperanzas, necesita tenerlas porque le gusta, le gusta demasiado. Hay algo en él que parece distinto y eso la perturba, con él se sintió en paz de un modo que no puede controlar, se ha quedado colgada y… ¡desea con todas sus fuerzas que venga a rescatarla!

Se escandaliza un poco al confesarse estos pensamientos frente al espejo, le importa demasiado como para que no pueda ser real y, víctima de su pesimismo innato, de la incredulidad que la bloquea, se repite, a todo esto, que él no llamará, una y otra vez se lo dice como para convencerse, no llamará porque es muy posible que mandara las flores por la mañana y ya la haya olvidado. Porque podría haberla llamado, en vez de organizar esa festiva entrega de margaritas, podría ser que se esté despidiendo de ella así, al fin y al cabo en la tarjeta sólo dice «para Vitalia» y, de todos modos, tampoco nada de todo eso que imagina que podría vivir con él es cierto, porque su carácter lo impediría… Todo quedará en sueño como tantas otras veces, pero no sólo lo que le ha pasado con Ran, o que la hayan despedido del trabajo o cómo se siente, no. Su vida en general está completamente borrosa.

Cuando le entra por la espalda la punzada de la ansiedad, como ahora, no logra permanecer quieta en ningún lugar de la casa, deambula del sofá a la cama, se asoma por la ventana como si le faltara aire, de hecho le cuesta respirar, hasta que con desesperada necesidad de aclararse las ideas se pone las mallas y un jersey holgado, se recoge el pelo en una coleta tirante para salir y apartarse de las margaritas y de sus elucubraciones durante un buen rato.

Ha cambiado de idea. Está aterrorizada. Las margaritas ya no le hacen ilusión, le parecen monstruosas, son la imagen nítida de lo

extravagante que es todo lo que ha estado pensando sobre una posible nueva vida enamorada y feliz, son tan excesivas que la asustan y por eso corre durante casi una hora de éxtasis, corre tanto que el corazón está a punto de estallar, jadea con la cara empapada de sudor y, por fin, cuando le falta el aliento y le tiemblan las rodillas, acepta que por su bien no tiene que pensar ni hacer nada.

Nada excepto buscar trabajo y recuperar el orden que tenía antes en su vida, ponerlo todo como estaba para sentirse segura, como si jamás hubiera viajado a Mallorca ni le hubiera conocido ni hubiera perdido el trabajo ni hubiera deseado, insensatamente, enamorarse.

Capítulo 12 | La mujer sumergida

Barcelona, apartamento de Vitalia,1993

Ha pasado la noche en vela pensando en sus caricias, en cuánto le necesita precisamente a él, ése al que no había necesitado nunca porque ni sabía que existía, y a la salida del sol ha caído agotada ante la perspectiva, también nueva en su vida, de no tener nada en que ocuparse para no pensar todas esas tonterías. Ha suspirado y se ha comido un helado de vainilla con una cuchara sopera al pie de la nevera y se ha dormido, por fin, de un tirón, con la esperanza de que cuando despierte se le habrá pasado la ansiedad y volverá a ser la de siempre. Dispone de todo el tiempo del mundo para ello... Pero, a las dos menos cuarto, suena el timbre y ha dormido apenas tres horas.

Es Pedro y la ansiedad sigue ahí porque recuerda que hay cambios, demasiados, en su vida. Nadie del trabajo había venido nunca a casa.

Le abre el portal por el interfono y se calza de mala gana y a toda prisa los vaqueros para no recibirle en pijama, está tan cansada que le cuesta vestirse, se ha puesto nerviosa porque acaba de recordar su llamada de ayer, la presteza con que él se ofreció a ayudarla en la búsqueda de empleo… ¡y ella había olvidado la cita por completo! Recoge al vuelo y como puede para disimular la desidia con que ha pasado los últimos días, se lava las manos y cuando ya está con el cenicero lleno de colillas delante del cubo de basura, suena el timbre de nuevo. Horror, ya está arriba, en la puerta de casa. «… A ver cómo le cuento que no he preparado nada para comer y tengo la nevera vacía porque en realidad no me apetece ni cocinar ni tener a un extraño en casa hoy. Ni hoy ni nunca».

Pedro hizo muy bien en ofrecerse a ayudarla, necesita a alguien que cuide de ella, un tutor. Está guapo, lleva el pelo impecablemente peinado y en esta estación del año siempre lleva una bufanda muy larga que le da varias vueltas alrededor del cuello y le sienta bien.

—Estás cambiada.

Es el de siempre. No para de decir, hacerle ver o insinuar que ha cambiado en cuanto la ve con una prenda distinta de los uniformes

habituales que predominan en su vestuario. La mira extrañado porque hoy lleva jersey y el pelo recogido en una coleta desordenada, parece una niña de catorce años. Y pantalones. A Pedro no le gustan las mujeres con pantalones.

Y ha notado algo más, porque añade que la ve triste, decaída.

—Sí, —bromea Vitalia—. ¡Cómo me conoces! Pronto no necesitaré decir una palabra para que sepas cómo siento.

Veinte minutos más tarde Pedro está incómodo a su lado en la terraza del bar de la esquina, uno extraviado, uno de estos discretos donde se encuentran todos los que no quieren ser vistos, y comer un bocadillo de baguette recién descongelada y comunicarse rodeados de desconocidos ruidosos está claro que no era su plan.

Vitalia, en cambio, se muestra encantada porque ha salvado la situación con una buena idea, fuera de casa se siente más segura. Él se limita a fruncir el ceño, es su especialidad, pero aún así intenta mantenerse cordial y la pone al día de los últimos chismes de la oficina con un tono jovial, le cuenta suficientes desplantes y rencillas internas como para que no eche de menos su antiguo puesto.

—Eres una excelente profesional, seguro que no tardarás en encontrar trabajo, ya verás como pronto serás de nuevo una empleada modelo en alguna empresa que te valore.

—¿A qué empresas te refieres? —pregunta pesimista, y se inclina hacia delante para mirarle a los ojos, porque él también está cabizbajo mientras le dice todo esto tan manido con la intención de animarla. No se lo cree ni él.

Su sedoso cabello rubio le cae sobre las mejillas y Pedro hace un gran esfuerzo para no suspirar. Inútilmente. Y calla.

—A mí no me importa no ser nadie, me da igual. Lo que me molesta es no tener nada que hacer y agobiarme, y ya veo que esto de no tener trabajo irá para largo —replica Vitalia, los planes absurdamente optimistas la deprimen.

—¿Por qué no ibas a encontrar trabajo, Vitalia?

No piensa responderle, teme que le rebata cualquier cosa que diga y no tiene el día para sus ánimos de compañero iluso. ¿Cómo confesarle que está desmotivada y triste? No lo entendería, no le apetece siquiera intentarlo.

—¿Ya no te gusta hablar conmigo?

Pedro ha notado el mal humor de Vitalia. Está serio, también. Sus grandes ojos verdosos son sumamente perspicaces. No son crueles, son duros, son los ojos de un animal herido tal vez, pero no

crueles. Pretende ayudarla, ha venido a dedicarle tiempo y buenos consejos y ella sabe que está siendo ingrata, ha notado la ansiedad creciente de Pedro y se arrepiente, debería hablarle de sus íntimos temores, lo que le ha dolido perder ese trabajo de un modo tan absurdo, que está convencida de que su mentirijilla para acudir al funeral de su bisabuela fue el detonante...

—No es por ti, estoy confusa y enfadada… porque me pesa la vida que no tengo, o, más bien, me pesan mis cíclicos estados de ánimo bajos, no me hagas mucho caso, Pedro, ya se me pasará.

—Claro que se te pasará, en cuanto dejes de dar tanta importancia al trabajo que has perdido y mires hacia delante. No te sientas culpable, quizás sea cierto que metiste un poco la pata pero ya sabemos cómo es la empresa, ahora ya estás fuera y en cierto modo te envidio, yo seguro que me jubilo ahí… Ahora tienes mil oportunidades de hacerlo bien, de labrarte una vida del modo en que mereces, estoy seguro de que encontrarás un trabajo nuevo que te gustará más que el que tenías, no creo yo que debas preocuparte tanto…

Pedro le habla con la mejor intención y es muy dulce lo que dice, pero la angustia que siente Vitalia le impide dejarle terminar, le interrumpe airada:

—Pedro, ¡no es eso!

—…

—Estoy hecha un lío y no consigo concentrarme en nada…

—¿Eso es todo?

—No exactamente.

Pedro menea la cabeza. ¿De qué se sorprende? Es cierto, sabe que está loca, trastornada, quizás Pedro se burlará de ella cuando termine de hablar pero no le importa, prosigue, necesita sacarlo fuera, le confiesa que es por Ran.

—La primera noche ya estábamos perdidamente enamorados y ahora le echo de menos como no había echado de menos a nadie.

Pedro se ha quedado mirándola, incrédulo.

—¿Quiénes estáis enamorados?

Parece decepcionado. Vitalia busca las palabras para no parecer una niña de quince años.

—He conocido a alguien… yo no quería, estaba ocupado en mis asuntos y ni siquiera miraba y, ¡de pronto!, conozco a alguien con A mayúscula. ¿Qué hago ahora? Si pudiera pensar en otra cosa.

Si pudiera pensar en otra cosa. Le cuenta cómo se conocieron en el barco, aporta todo tipo de datos y suposiciones, le confiesa las contradicciones que siente con palabras rápidas, fluyentes, firmes para que a Pedro no le quepa duda: ha perdido la cabeza.

—Por lo que parece, este chico del que te has encaprichado es interesante en muchos aspectos. ¿Cómo se gana la vida?

Pedro es prudente. Aunque son amigos y se hacen muchas confidencias, no la había visto nunca así. Tampoco le ha conocido jamás una historia de enamoramiento, ni una pequeña pasión siquiera, a sus ojos Vitalia no se enamora, Vitalia es inasequible y bien lo sabe él porque lleva años tratando de entrar en su corazón de piedra, blindado, impermeable, sin éxito. Por eso la ha escuchado con suma atención, sacudiendo a cada momento la ceniza de unos cigarrillos que el aire consume sin que apenas los lleve a la boca y, cuando ella se toma un respiro él mira pensativo el suelo por pudor, o quizás preocupado, y a Vitalia esta preocupación se le contagia como una mecha encendida que hace estallar todas las preguntas que no se le ocurrió hacerle a Ran y que ahora expresa ante su amigo como si Pedro pudiera responderlas. Está en lo cierto, debería saber a qué se dedica Ran, conocerle un poco antes de continuar fantaseando con él, qué absurda y qué infantil.

Con sus amables palabras, Pedro ha conseguido justo el efecto contrario del que seguramente pretendía y Vitalia no sólo no se ha centrado en dedicar sus energías en buscar trabajo, sino que no ha dejado ni por un instante de pensar en Ran y en cuánto le echa de menos.

Así, una hora más tarde, en cuanto la deja en el portal con el tema aparentemente agotado y muchos buenos propósitos –ella le ha dado su palabra de que va a hacer todas las llamadas para buscar trabajo que han anotado– sube a casa a toda prisa y se olvida de la urgencia de buscar trabajo y de todo lo que no sea lo mucho que echa de menos a Ran.

El corazón le late con fuerza no por la posibilidad de amar y ser amada sino de puro miedo de perder esta oportunidad. Siente que tiene que hacer algo para no perder a Ran, al que ni siquiera ha tenido aún.

No puede pensar, se mete en la cama para soñar con sus manos, sus ojos, las margaritas... Pero no logra dormir y al rato se levanta, colmada de energía, pues en el breve lapso que ha permanecido con los ojos cerrados ha forjado un plan que escandalizaría a Pedro, tan espléndido que se regocija y se levanta a toda prisa.

—¡Soy absurda, absurda! —murmura.

En él ve un destello de algo, aunque no sabe de qué. Se siente aturdida, embriagada, si el amor es esto le encanta y no piensa hacer nada por evitarlo. Sale de nuevo a tomar aire y en el balcón las margaritas la miran combadas hacia los lados de las macetas, inclinadas como si una legión de hadas hubieran bailado sobre ellas, las ha regado demasiado, es sin duda excesiva en cuanto hace hoy. Quizás no sea amor lo que siente, se confiesa, quizás sólo un difuso apego, pero nadie es perfecto, como no es posible ser del todo inteligente, del todo sano, del todo poderoso o del todo feliz, a ella le basta lo que tiene ahora y va a apostar por ello. Y, si se equivoca… no pierde nada porque no tiene nada.

De todos modos, «siempre hay más oportunidades de labrar la vida del modo en que merecemos tenerla», como le acaba de decir Pedro. Lo que importa es intentarlo, atreverse. Va a apostar por Ran. Claro que sabe a qué se dedica... Ha recordado que le dijo que era marchante de obras de arte antiguas, quizás no sea muy difícil encontrarle, lo ve posible, todo parece posible porque es uno de esos días en que lo absurdo y lo real se confunden estrechamente, hasta no distinguirse uno de otro, quizás porque apenas ha dormido, quizás porque se ha dado cuenta de cuánto le gusta estar enamorada.

Así, dedica el resto de la tarde a llamar a marchantes, a las casas de subastas, a algunos contactos que conserva de su trabajo en objetos perdidos… Pero nadie sabe nada como si se hubieran conjurado, a pesar de que el nombre sea tan poco común. Es inútil, nadie conoce a ese Ran por el que pregunta, ansiosa. ¿Por qué olvidaría su tarjeta en la cafetería del barco, maldita sea?

Está tan desanimada que se siente tentada a acostarse de nuevo y flotar en el desánimo que sobreviene, tirar la toalla e irse adonde sea para no seguir pensando tanto en él… Pero entonces alcanza la mente otro plan absurdo y desesperado, algo que la avergonzaría aún más que las llamadas y que, por qué no, quizás podría probar también, ya no viene de ahí. Lo hacía su madre en una humilde bañera que se llenaba con cubos del pozo porque sumergirse en el agua, decía, y salir de nuevo sin disolverse, es retornar a las fuentes.

Vitalia también disuelve así las preocupaciones, metiéndose en la bañera cuando siente vértigo o el estómago revuelto. Sabe que, a veces, todas estas cosas se pueden solucionar así. Es un secreto familiar, un recurso que no se atrevería a contarle jamás a nadie y fue precisamente su madre, a la que tanto odia, la que le enseñó de niña cómo hacerlo: «Entrega el cuerpo al agua y concédele el pensamiento, pues ella lo penetra todo y permite fluir las

verdaderas intenciones». Irracional, mágica, misteriosa. Así era su madre en los buenos tiempos.

Da unas cuantas vueltas por el balcón, con cuidado de no pisar las margaritas, que apenas dejan paso. Odia recurrir a esto por el mero hecho de que proviene de su madre, se la recuerda y le escuece ese recuerdo, pero sería estúpida si no lo intentara, pero si no sirve… Al menos se relajará y limpiará su mente de angustia, pues no hay nudo que se resista a una buena inmersión en el agua.

Trata de evitar el recuerdo de las manos de su madre mientras llena la bañera, trata de dejar de lado el odio que siente por lo que le hizo, y el grifo va llenándola con su chisporroteo líquido, y con el agua recuerdo del abandono también sube de nivel, sus sienes se tensan con el vapor que empieza a subir, pero por la cuenta que le trae trata de serenarse y redirige sus energías a pensar únicamente en Ran, en cuánto le necesita, quiere invocarle para que se ponga en contacto con ella, menudo juego con el chorro grueso a borbotones sobre la loza reluciente, y quién sabe si estas gotas de agua no serán las mismas que estaban en el cielo cuando se creó el firmamento, o quizás son las que cayeron durante el diluvio, o las gotas que conformaron un arco iris, o las que sacaba al patio en un barreño su bisabuela para refrescarse los pies, o las que resbalaron sobre Vitalia cuando la bautizaron las monjas. ¿A cuántos que se han sumergido en ellas habrán limpiado en el curso de los siglos? ¿Cuánta sed habrán apaciguado? ¿O cuántos incendios habrán extinguido? Le gusta tanto todo esto que le inspira esta idea del baño que casi olvida lo mal que se sentía hace un rato. Vitalia es así, ilusa, fantasiosa, y se masturba hasta que abre su cuerpo al agua y deja que la suya se vierta también en la bañera, un chorro caliente de un líquido que ella, en secreto, deja fluir desde la adolescencia cuando se toca a solas, cuando puede relajar los músculos de su rostro y los de todo su cuerpo sin miedo a los ojos de los demás. Es su secreto y su mayor gozo, quizás el único.

Jadea agotada y su carne se vuelve espuma y siente prisa por sumergir también la cabeza en el agua caliente sin jabón del baño que ha preparado, siente la sangre que se apaciguaba por momentos en su vientre que aún palpita, deja que corra fuera la tarde que fluye como agua sin prestarle atención a nada más que a su centro, la soledad propicia con sus límites sólidos y blancos de la tina, y se relaja del todo cuando el agua cubre sus blancos hombros de delfín hasta las orejas y deja de escuchar también el murmullo de la calle.

Ha empapado su pelo pero deja fuera la nariz y la boca para repetir el nombre, una y otra vez, confiada en que surtirá efecto. Dentro del agua, tan tibia, llama a su amado, con todas sus fuerzas,

sin abrir los labios, relajada porque nadie puede verla en esta absurda situación.

—Ran, Ran…

El alma del agua se ha deslizado del grifo y está tirando del hilo de su nombre como si sacara una red de pesca del fondo del mar, sigue tirando de él hacía arriba, en la creencia de que es un gran trofeo que no puede dejar escapar. Inspira, expira, alcanza mientras lo dice a olfatear el particular olor del universo como si todo fuera nuevo con esta nueva esperanza en mente. Se está enredando cada vez más, y no le importa, sólo siente que su corazón bate y bate bajo el agua hasta que la abandona la sensación de inmersión y flota sin esfuerzo, ve llenarse su cuerpo de flores y azotes de cálidas corrientes y oye grandes rumores que vienen, no de la profundidad de la bañera, sino del fondo de la tierra. Es un despertar de cosas vagas y profundas, de un polvo de cosas en la conciencia, porque su mente se está abriendo como una rosa y flota en la penumbra del cuarto de baño, mientras Vitalia saborea un aroma de manzanas en la boca que se parece, deliciosamente, a los besos de Ran, a las almas más sabrosas de las cosas.

La mayoría de las personas están ciegas para todo esto, pero Vitalia sí lo ve, incluso conversa con... Y así ha estado durante mucho tiempo, hasta que el agua se ha enfriado tanto que ha sentido escalofríos. El vapor caliente planea todavía en el aire, el espejo está completamente empañado.

Envuelta en una toalla se acerca a la ventana que da a la calle con la estúpida sensación de que ya no hay nada más que hacer, excepto esperar. Ha oscurecido del todo y la ciudad iluminada por la noche es menos bella. Hay tanto silencio en el barrio que escucha en la radio de un vecino una voz dice la hora. Es tarde. Tiene hambre y debería preparar algo para cenar pero en la nevera no hay nada. «Es imposible la entrega», susurra otra voz, esta vez no viene de la radio sino de su cabeza. «Una mujer se pertenece sólo a sí misma», susurra de nuevo la voz.

Vitalia trata, como tantas otras veces, de apartar esa voz tan parecida a lo que ha leído sobre los esquizofrénicos, oye también que él será para ella como si hubiera varios personajes hablando. Le necesita. Le desea. Y ha funcionado: está sonando el teléfono. Se muerde los labios.

Será él.

Capítulo 13 | El cuerpo quiere sentir

Barcelona, 1993

El timbre del teléfono ha congelado sus nervios, como la campana de un ring, tiene que ser Ran. Por favor, que lo sea. Oh, le gusta mucho, le gusta tanto que se moriría si no fuera él.

—Tengo ganas de verte, Vitalia —carraspea— ¿Podríamos quedar hoy?

Vitalia arde en deseos y le teme, siente como si la tuviera agarrada por la nuca, la asalta la desconfianza que la caracteriza. Lo único que se le ocurre pensar es por qué no la ha llamado antes y ahora que ha logrado que él lo haga… No se siente preparada, quizás no debería ahora enredarse en una relación, quizás... Pero la verdad es que la gente nunca está completamente preparada, se dice, y nunca hay un momento adecuado, así que se tapa la nariz y se lanza a la piscina. Si quiere amar, no hay más remedio.

—Claro que sí —asiente con una voz que sale de la más profunda de las meditaciones en que ha estado enfrascada, aunque haya apenas tardado un segundo en responder, y así da por zanjado su debate interno— Esta tarde, si quieres.

¡Qué importa si él no llamó antes! ¡Está ahí, tratando de quedar con ella!

—… Quedemos a las siete, si te parece, en mi agencia.

¿Por qué en la agencia? ¿No sería más cómodo quedar en un bar o en un restaurante? Necesita saberlo todo: qué lleva en los bolsillos, qué número de pie calza, todo. Pero ya habrá tiempo y, sin darle más vueltas, se viste, se acicala y se presenta ante la agencia tal como él ha indicado y que se anuncia en la puerta como compañía privada internacional para recuperar obras de arte por encargo. Ah, ahora lo entiende, pretende impresionarla.

Las luces están apagadas y por lo visto ya no queda nadie a esta hora. Sólo él, que ha abierto personalmente, sólo él que le sonríe con sus dientes blanquísimos. La posibilidad de verle de nuevo la ha hecho palpitar nerviosa en el ascensor, no estaba segura del piso, el amor o lo que sea se desborda a oleadas de su corazón, más intenso e impetuoso que nunca. Está muy guapo, sólo eso, regresa ante sus ojos como de un sueño y a medida que le mira va tomando forma.

—¿Cómo estás? —la saluda, mirándola a los ojos pero le ha dado dos besos como si saludara a una amiga.

Está mirándole y se da cuenta. Sigue siendo un desconocido por el que siente una enorme curiosidad pero que, ahora, en este nuevo contexto, no le despierta la confianza que sintió aquella noche en cubierta. A él seguramente le pasa lo mismo, y quizás se acabará todo aquí, qué lástima.

—Asustada —responde Vitalia.

No sabe cómo ha podido decir semejante tontería, pero ya está hecho, no tiene remedio, sólo puede evitar su mirada. Ran se estira un poco, sacude la cabeza ligeramente. La mira. Es cierto. Le necesita. No. Necesita algo que no es Ran, pero necesita hablar con él para saberlo.

—¿Cómo puedes sonreír tan deliciosamente, estando asustada?

Siempre sonríe cuando tiene miedo. Es su escudo. «Este hombre no es para mí», intuye, «no puede ser tan maravilloso de veras». Vitalia desconfía de un modo patológico de cualquiera que muestre el menor interés por ella, pero de momento aguanta porque está de visita, ha venido a hablar con él y no se siente obligada a tomar decisiones. Él también sigue el juego y la hace pasar para enseñarle su oficina, le explica que a las siete cierran pero que le apetecía esperarla aquí porque éste es su mundo.

Vitalia está en otro a millones de kilómetros de distancia. Se siente avergonzada cuando él insiste y le pregunta de nuevo, con una sonrisa, juguetón, que por qué dijo que estaba asustada.

—Tenía miedo de que no me llamaras y no tenía manera de localizarte —confiesa y le besa como el animal que amanece contento y tiene ganas de cazar.

Se ha atrevido a dar el primer paso y a partir de ahí todo se vuelve sencillo, es como si toda la tensión previa se hubiera esfumado de un plumazo. Él rodea su cuello con un brazo y suave, muy suavemente, le besa la oreja, lo que estremece a Vitalia de la cabeza a los pies. Sigue siendo el miedo lo que la mantiene ahí, pero es dulce y embriagador, es un miedo visceral y necesario porque coincide con una sospecha que cruza su mente todos los días de su vida. La de que le necesita y por eso podría perderle.

Ha estado pensando demasiado en él, ha tejido innumerables expectativas sobre una posible relación y ahora querría decírselo, pero es prudente, conserva suficiente cordura como para no meter la pata. Teme que esta relación que ha inventado en su cabeza no sea nada y le gustaría aclararlo desde el principio, no arriesgarse a que sea nada todas las anteriores… Pero se limita a aceptar un café,

él se ha apartado de nuevo y ella sigue sonriendo y se disculpa porque no pudo agradecerle las margaritas, qué educada. Le da mil explicaciones, no tenía su teléfono porque es despistada —uno más de sus auto sabotajes, pero no dirá nada de esto—, y le pone al día sobre sus asuntos confesándole que se ha quedado sin trabajo pero que ya está haciendo llamadas, está a punto de contarle todos los detalles de cómo la despidieron y de cuánto ha pensado en él pero frena a tiempo y… Cuando está nerviosa habla atropellada y luego se arrepiente.

Entonces él toma la palabra pero sólo dice su nombre y se acerca y no hay nada como su aliento de nuevo en el cuello para calmarla, susurra muy bajito que la ha echado mucho de menos pero que tenía un viaje y acaba de regresar esta mañana y… Vitalia ya no escucha, se derrite, se estira hacia atrás con él encima y la besa en el sofá de su despacho con tantas ganas que ella se enciende, se le eriza cada cabello y siente que quizás, si sigue así, sacándola de sus oscuros pensamientos cinco minutos más, la salvará para siempre, quizás en sus brazos podría por primera vez en su vida ser lo que siempre ha querido, ser otra, una capaz de enamorarse, de implicarse y confiar en un hombre, en una relación.

El hombre que buscaba para todo eso no le ha salido al encuentro por ningún camino en todos esos años… y tampoco es él. Falsa alarma.

Porque sin preámbulos, tras cruzar unas pocas palabras más, él se levanta, pone una mano en su barbilla para que le mire y con la otra se desabrocha el pantalón. La levanta a peso agarrándola por la parte inferior de la espalda, eleva su cuerpo como una pluma y la coloca sobre la mesa, ella cierra los ojos y deja que fluya un deseo inquieto, incansable pero menos profundo que la laxitud que sentía hace unos instantes cuando él la besaba, esto es otra cosa, esto es lo de siempre y no le desagrada pero ha roto la magia, está descontenta consigo misma pero aún no sabría explicárselo, ya no siente la esperanza de que con la ayuda de Ran pueda convertirse en otra cosa, es la Vitalia de costumbre a la que los hombres zarandean un rato como si volaran y después posan de nuevo donde estaba, en el mismo sitio donde la encontraron y con el mismo vacío por dentro.

No pasa nada nuevo, cierto, pero esta vez es diferente. Por mucho que ella lo desee, Ran le importa demasiado para relajarse y dejarse hacer y no darle más importancia, no le había pasado nunca y no podría haberlo adivinado porque hay que notar la diferencia para darse cuenta, es precisamente ése el detalle nuevo que ya percibió por la mañana en el barco cuando se despidieron. Se

muestra dócil pero no con indiferencia, lo hace porque teme que él sepa cómo es ella realmente. Ésta que le mira a los ojos mientras él la besa en el cuello, le rodea la cintura.

—No te voy a pedir que me desees siempre como ahora, pero sí te pido que lo recuerdes.

Y cómo luchar contra ese miedo nuevo, cómo, y de la emoción casi estalla en llanto cuando llega al orgasmo.

—No lo olvidaré, Vitalia, me tienes embrujado.

Apenas puede escucharle, una serie de pequeñísimos dolores se manifiestan en el nacimiento del placer y sólo su vientre se relaja, el resto de Vitalia sigue tenso a la espera de encontrar la manera de explicarse o, quizás, explicárselo a él y que la ayude a recuperar la confianza.

Pero menuda tontería pretender decírselo, tonta, tonta, tonta. ¿Cómo explicarle que dentro no tiene más que angustia, que está rota de nacimiento, que renueva las desilusiones que se inventa? No le gustaría, saldría huyendo, es mejor callar y sonreír y no levantar sospechas.

Ya tendrá tiempo de huir luego. De momento calla, como calla él ajeno a todo, y la lleva en brazos de nuevo pero ahora de la mesa al sofá, se tumba a su lado sudoroso y le acaricia el pelo y le habla al oído. Si él supiera... Lleva aún la falda arremangada hasta la cintura pero no se preocupa de bajársela, espera a que pase algo, espera el momento en que él se duerma para marcharse y no verle más.

—Oh, me gustas mucho, huyamos de todo para estar juntos —exclama Ran de improviso, frenándola con una imagen imprevista.

Estar juntos.

Le mira de lado, sin abrir la boca, tiene el pelo sobre la cara y se siente protegida así. ¿Cómo puede decir que quiere huir con ella, que le gusta, si ni siquiera remotamente sabe cómo es ni quién es ni qué quiere?

—¿Te has vuelto loco? —ríe nerviosa, se incorpora y se toca la frente con el dedo, en un gesto expresivo. No parece una pregunta.

—Quizás, por ti.

No da crédito a lo que oye, esto no estaba previsto. Dentro de Vitalia, que ya se había resignado a perderle de vista cuanto antes, ahora se activa una alarma. Desconfía, se incorpora y le mira de nuevo para descubrir en sus ojos dónde está la trampa.

Si fuera cierto... No puede serlo, se repite, sería más de lo que

nunca ha soñado. Le besa para que no hable, tiene miedo de que él siga jugando. Él sonríe. Ella necesita pensar, le gustaría quedarse sola pero también se siente, de algún modo, impedida para moverse, hipnotizada. Tiene tantas dudas… dudas sobre lo que él busca. ¿Busca su cuerpo? Eso la tranquilizaría.

—¿Te sientes bien? —pregunta, ya medio adormilado pero presente.

Le ha preguntado cómo se siente antes de dormirse. Tampoco nunca le había sucedido algo así. Se agazapa de nuevo junto a él en el sofá para poner algo de su parte, para creerse que sí, que está al lado de un hombre que le habla de veras y en el que puede confiar, en intimidad, un hombre que quiere saber más de Vitalia después de acostarse con ella. Si sigue así empezará a pensar de nuevo que podría ser su compañero soñado, su pareja, esa liberación desconocida donde poder ser ella misma y que tiene que existir en alguna parte, por qué no, sería maravilloso compartirlo todo con él.

—Ojalá fuera todo más sencillo —musita Ran, como en sueños.

Lo ha dicho con un pesar inmenso, Vitalia descubre incluso rabia en sus ojos.

—¿Por qué lo dices? —pregunta, sorprendida por el repentino giro.

Y espera su respuesta, el corazón le va a mil, quiere que hable, a su ritmo, sin atosigarle. Pero Ran calla y ella sopesa si lo ha dicho por decir o si sufre. Porque si sufre no es por ella, eso está claro porque acaban de conocerse y es apenas su segunda cita, y eso la desconcierta y atrae aún más hacia él.

—Oh, Vitalia, no me hagas mucho caso…

Sí, es mejor que no le tome en serio, está bien que él mismo se lo recuerde para que ella, la mujer hipersensible, vuelve a sentirse segura, con todo claro y bajo control ahí, en la prevención y la indiferencia. Ran puede ser es uno más, un lujurioso macho que ha buscado el placer en su cuerpo y desprecia el amor, un perfecto actor quizás, puede deshacerse de todo lo que ella ha creído intuir como se deshacen las serpientes de la piel, puede borrar sus ilusiones como meros espejismos. Porque ahora ve que Ran no miente, era todo un juego y las últimas palabras las ha pronunciado con una leve sonrisa y se ha dormido. Por fin.

Si Ran no sufre, no es para ella. Es una deducción salvaje, autodestructiva, pero así funciona la mente de Vitalia. Ha llegado, pues, el momento, debería marcharse, seguir su intuición como tantas otras veces. Pero algo la frena en la estancia cálida y cerrada y en vez de marcharse de puntillas como hubiera hecho de seguir su

instinto… se acurruca aún más junto a él y se adormila también, con el espíritu frío, insensible, lúcido, busca su piel porque la embriaga: hay algo en el olor de la piel de Ran que la calma, algo indescriptible y tranquilizador que le apetecería conservar, aunque él no la ame.

Permanece inmóvil a su lado durante mucho rato, contempla la superficie amarilla de la mesa del despacho iluminada con un flexo como si fuera un paisaje lejano, espera que él se despierte para hablarle. Hasta que pasan unos minutos, o unas horas, y Ran despierta y sonríe y le dice que como tiene la noche libre se la va a dedicar a ella.

Ella se ha pasado una hora entera acariciándole la nuca, en el nacimiento del pelo, escuchándole su silencio, cuajando el suyo de pensamientos contradictorios donde oculta sus inconsistencias, sus réplicas internas, en pleno conflicto entre la razón y la calma que él le da con su mera presencia, entre la ira y la prudencia porque podría ser un estúpido pero si lo es… Es uno que le gusta mucho, demasiado.

Hasta que se incorpora y la mira y le proponer salir a tomar algo. Está hambriento, relajado y sonriente. Eso en un desconocido es buena señal. La deja que se arregle el maquillaje y se asee en el minúsculo lavabo del despacho, que está pintado de negro y tapizado, van a ir a cenar a un restaurante que no está muy lejos.

De camino se mantienen cordiales y distantes, como dos buenos amigos, se ha quizás estropeado el cómodo mutismo que habían mantenido en el despacho, Ran está de improviso hablador y le hace más preguntas que no le apetece nada responder.

—¿Cuál es tu misterio, Vitalia?

En la calle parece otro, sin duda. O es otra ella, ya no sabe qué pensar, pero confirma su intuición con esta simple pregunta en la que él revela, para su alivio, que tiene también sus dudas. Es razonable, ambos se encuentran en el mismo punto y con idéntica información de partida: no saben apenas nada el uno del otro.

—Es una pregunta que te ofrecerá poco placer, lo mismo que a mí.

—¿Por qué? —insiste él, con cierto desafío en su tono.

Es inútil, quiere saber, aunque Vitalia esté en lo cierto y no sea conveniente estar hablando más adentro si la superficie ya es suficiente. No le gustará, por dentro, su universo es frío y oscuro y, aunque le gusta regresar de vez en cuando a él y olvidarse del mundo, siempre lo hace sola y no comenta con nadie ni la ruta ni los detalles del paisaje. Quién le mandará preguntar tanto, ¿no

puede hacer como ella y guardarse las preguntas por si acaso? Tiene miedo de compartir sus cosas desde siempre, nunca sale bien, y aún más con Ran, ese hombre ideal que guía por la calle a una mujer torpe y asustadiza que padece un inefable miedo.

Miedo a ser abandonada, una carencia que no se salda nunca, de eso está segura. Pero si le ama será mejor que se muestre, se dice Vitalia, como si deseara así corregirse y ser otra, y mostrarse es algo que sólo puede hacer hablando, pues su corazón no puede mostrarse más que con palabras. Le podría contar las malas rachas, la bestia en el fondo, sus frustraciones… Si se atreviera. Pero es improbable haber encontrado, así, porque sí, a alguien en quien confiar tanto… Le cuesta creérselo, y estaría bien aunque solo fuera por un rato, sería un alivio ser capaz de expresarse… Decide intentarlo, va a tantearle, va a avisarle en primer lugar de que está tratando con una mujer desequilibrada, para evitar malentendidos, para alejarle.

—Nadie puede comprenderme, lo que sucede dentro de mi cabeza cuando trato de explicarme es... A veces no sé si veo lo que veo, o lo construyo, o recuerdo, o imagino…

—¿A qué te refieres?

Él ha apagado el cigarrillo como si con eso pudiera concentrarse mejor en las palabras de Vitalia, que camina por la acera muy pegada al muro. Bien, muestra interés, podría ser...

—Es algo que no sabe nadie porque nunca lo he contado, apenas lo he intentado alguna vez… Tal vez hará que deje de interesarte.

—No, eso nunca, Vitalia, tendrás que echarme tú de tu lado —sonríe.

Se mueve inquieta mientras él espera que prosiga.

—Me gustaría que confíes en mí.

Ran echa un vistazo alrededor y pregunta: —¿De qué estás hablando?

—Digamos que tengo algo así como un astigmatismo que me hace escuchar mal las cosas, oigo visiones y veo pensamientos que son como recuerdos... Algún médico me dijo hace años que se trata de un desorden del procesamiento auditivo-visual y me envió directamente a terapia para corregirlo, inútilmente porque sólo trataron de medicarme...

—Sigue —dice Ran tranquilamente, no parece nada sorprendido, es curioso—, parece un interesantísimo juego de coqueta encantadora, me gustas Vitalia, y ahora también me gustan tus fantasías.

—Sean o no fantasías, como tú dices, sea o no un trastorno auditivo, el resultado es que tiendo a leer el pensamiento de cuantos me rodean.

—¿Qué? Pero… esto ya es demasiado —vacila—, ¡Definitivamente, es una broma! —exclama finalmente Ran mientras abre la puerta del restaurante para que entre ella primero. Se muestra divertido y escéptico, era previsible.

Ran parlotea acelerado, reconoce que le cuesta creerla y lo hace abiertamente y sin disimulo alguno, y en tono jocoso añade que ahora ya no sabe si considerarla neurótica o excéntrica, pero que él ve a una mujer bellísima y no le importa que diga cosas raras… Que le parece adorable, que quiere que le siga embelesando con sus cuentos de las mil y una noches.

Se sientan y la seriedad con que le mira Vitalia le hace recapacitar, pues ella no parece haber entendido sus chanzas. La mira con atención y frena, se ha dado cuenta de que no es momento de exponer sus irónicas teorías sobre las mujeres, cabe la posibilidad de que ella esté bromeando con sus creativas y peculiares explicaciones para que nadie más lo intente, y si quiere agradarle tiene que tener presente que estas excentricidades van en el pack.

—Disculpa si te ha molestado lo que te he dicho, pensaba que estabas bromeando y me he animado.

—No, no es una broma, Ran.

Vitalia quiere esforzarse por explicárselo. No lo ha hecho nunca. De improviso, siente una enorme necesidad de ser clara, transparente, y rebusca en su cabeza símiles que la ayuden.

—¿Verdad que si un poeta o un pintor te dijera que le han inspirado las musas no lo pondrías en duda? Creo en algo muy parecido, en lo mismo en lo que cree una gran parte de la población que sigue pensando que el trabajo del artista, del científico o del músico viene revelado desde algún lejano y desconocido lugar por un duende o una dama vestida con pétalos de flores que les hablan, les dictan, les revelan lo que no se ve ni se oye pero que está ahí.

Es irrebatible y Ran le guiña un ojo reconociendo la agudeza de sus argumentos.

—Estupendo —susurra con aire pícaro— otra buena ilusión, a lo mejor me estás soñando y no existo.

Sigue tan incrédulo como antes, pero estimulado por la posibilidad de filosofar alegremente sobre todo eso con una Vitalia de nuevo comunicativa y animada también.

—Hay quien piensa que esto de las musas y las hadas no es más que un mito —prosigue Vitalia— y que puede reducirse a conexiones cerebrales más o menos adecuadas.

—Empiezas a asustarme. Entiendo que eres una musa, y no me cabe la menor duda, como Marilyn, Annie Hall, Gala, Ingrid Bergman, Adela Bloch, la eterna y repetida modelo de Klimt… ¡Todas ellas fueron tan inspiradoras y a la vez tan irreales como tú!

Ran ha hablado con entusiasmo, su trato cotidiano con el arte le da soltura a la hora de hablar de todo esto con ese tono eufórico y festivo de los artistas, pero Vitalia ha bajado la cabeza sobre su plato, ruborizada por las desproporcionadas comparaciones, y le riñe por ser tan exagerado. No, le dice, ella no es una musa, ella recibe mensajes de las musas o lo que sea que le habla, y que habitualmente es una persona de la calle, un árbol, un pájaro… Y además, no le sirve para gran cosa, excepto cuando estaba trabajando en objetos perdidos y podía localizar a toda velocidad los objetos que le describían sin margen de error, como si alguien se los señalara, y a veces ha tenido premoniciones, ha recibido avisos desde otro lado... Ran la escucha con mucha atención.

—Eres una chica realmente extraordinaria —prosigue —¿pero cómo estás segura de que todo esto no son alucinaciones, sueños? —contra argumenta Ran— Los sueños reproducen un estado de las cosas que le hacen creer al durmiente que están realmente ocurriendo, con un realismo a veces extremo, tal y como si los estuviéramos viviendo despiertos, y además hay momentos en los que uno está con los ojos abiertos pero en realidad sueña.

—No son sueños, a estas alturas ya sé que estoy despierta cuando se producen las visiones. Y no olvides que también oigo los pensamientos… —insiste ella un poco burlona, ahora sí, como si pretendiera rizar el rizo de su incredulidad para retarle.

Ran iba a reírse con ella pero se ha atragantado un poco con la copa que estaba tomando y tose.

—¿El mío también? —pregunta un poco inquieto.

—No, el tuyo ni lo entreveo —le tranquiliza, enternecida—, es como si lo llevaras oculto bajo una capa de plomo. ¡Algo estarás escondiéndome!

Ran le acaricia la mano, parece divertido con la conversación.

—Es una lástima —añade, ahora el misterioso es él.

—¿Por qué?

—Ojalá sintieras mi amor como yo siento el tuyo. Leo en tus ojos, ya te lo dije, ése es mi don. Y me gusta mucho lo que he visto esta tarde.

Se besan, y esos besos la relajan y le devuelven en un instante la esperanza de controlar su caos, la confianza en el mundo. Mucho más animada después de ese beso, le quiere ya contar los detalles que faltan. Detalles sobre quién es en realidad, de dónde viene, detalles que desfilan por su memoria y en desorden le cuenta lo que ha visto, sentido y ocultado durante años. Lo hace porque siente que podría, así, quizás, liberarse del temor a que él sepa cómo es de una vez por todas.

Con la mente inflamada en prodigiosas reflexiones trata de ordenar el relato de cómo ya de niña veía hadas, o lo que sean, relata con detalle lo que sintió con una señora que se gritaba implacable por dentro hace unos días en la calle, y cómo pudo percibir lo que se decía con absoluta claridad. Vitalia no elige entrar en estos trances ni puede evitarlo de modo alguno, y para nada cuenta su decisión. Es así: según una de las reglas más rigurosas de la gente menuda, regla que las hadas respetan al parecer estrictamente, nadie puede ni debe influir en nadie. Vuelan y hacen volar...

Ran la mira para cerciorarse de que no está hablando en sueños. Pero no, Vitalia parece despierta y consciente, y añade otros recuerdos más razonables a su relato sin inmutarse, recorre sus experiencias en el colegio y en la universidad… Hasta que de pronto interrumpe su discurso y mira alrededor, incómoda.

Los tubos de neón han parpadeado todo el tiempo, quizás una bajada de tensión, y crepitan imperceptiblemente pero Vitalia los siente como latigazos y la enervan. No está cómoda.

—Salgamos a la terraza —casi susurra—. Será mejor que salgamos, estos malditos fluorescentes me aturden.

En la terraza del restaurante hay ya muchas mesas vacías, así que eligen la más alejada. El camarero es un hombre de unos cincuenta años muy paciente y no pone ningún problema en servir las copas fuera, barba cana mal cortada, mirada hundida, tiene la piel amarillenta, hepática, y les atiende con parsimonia y esmero. Por pudor, sólo después de que termine de servirles, ella empieza de nuevo a hablar de sus cosas.

—Debes saber que todo esto que te he contado no lo veo a capricho. Está ahí, y de vez en cuando aparece, y lo que no entiendo es por qué ni para qué.

Ran calla ahora, quizás se ha asustado, sospecha Vitalia.

—¿Me crees? —le pregunta para salir de dudas.

—Claro que no, ¡sigues bromeando!

Pero ella sonríe y Ran tiene la sensación de que sus ojos cambian

de color, que palidecen, así que rectifica, ella es una mujer realmente excepcional y será mejor que empiece a hacerse a la idea de que habla en serio, no quiere perderla, no esta noche al menos.

—En todo caso, no… no esperes que lo entienda todo a la primera. Tú misma acabas de decir que no estás muy segura de lo que te pasa… que no entiendes por qué, así que… —responde humilde, acariciándole de nuevo la nuca, eso la derrite.

Pero ella ha tenido tiempo de recapacitar, es normal que él no entienda, se siente un poco desilusionada y tiene ganas de apartarse pero no se mueve, porque la culpa no la tiene él ni mucho menos. Es absurdo pensar que, si la ama, debería comprender cuanto ella le cuenta, a la primera. Ha leído en alguna parte que es sumando las incomprensiones como se ama verdaderamente, debería recordarlo más a menudo. Y no debería hablar tanto, ha hablado más de la cuenta y ahora no puede disimular su incomodidad.

—Cierto. Por eso me gustaría que simplemente me creas.

Su tono de voz resulta más ansioso y punzante de lo que pretendía.

Por un momento le ha pasado por la mente la posibilidad de que quizás está empezando a enloquecer, ha sido un presentimiento sutil como el iris en polvo de una mariposa, y quizás él tiene razón y lo de oír pensamientos de los demás se lo inventa sin saberlo, o es una forma de esquizofrenia… No le gusta lo que está pasando, ha sido un error. Todo. Desde el primer momento. Debería haberse quedado en casa, hacerle caso a Pedro y dedicar sus energías a buscar un nuevo empleo en el que refugiarse. Se siente muy tensa con estos pensamientos rondándola, un dolor intenso en las sienes justo donde él está acariciándola ahora, el cuello le cruje cuando levanta la cabeza para mirarle y le gustaría poder irse sin tener que dar explicaciones.

Demasiado tarde, están ya cenando. Y encima, como para reafirmar los oscuros pensamientos de Vitalia, ahora Ran no la mira, observa su vaso vacío. Vaya. Se ha producido una nueva desconexión y era previsible, nadie puede entenderla de veras. Nadie debería hacerlo si es cierto que está trastornada. Por eso necesita seguir hablando, para volver a acercarse a él y a la protección de su comprensión, de su sonrisa.

—Sé —reconoce, visiblemente afectada por la actitud distante de Ran— que lo que te he contado parece un delirio, y no te podría asegurar que no lo sea. Ya me lo han dicho en otras ocasiones, aunque sin la amabilidad con que me lo dices tú. He aprendido a no intentar convencer a nadie, pero contigo sentí que podía compartirlo… Hay más.

—…

—Tiene mucho que ver contigo, con lo que hay entre nosotros, me harías un gran favor escuchándome.

Ran escucha pero ese no es el problema. Le cuesta construir las frases, se siente desmotivada, su príncipe azul es simplemente humano. Baja los ojos ella también, extraviada, justo a tiempo para descubrir un torbellino henchido de hojas y polvo que se está formando en el alcorque de uno de los árboles del paseo. Lo interpreta como un aviso y se asusta de haberlo pensado, le gustaría acallar esa sensibilidad que la perturba, pero su mente gira igual que el pequeño torbellino de hojas secas y arrastra también los escombros de su lucidez, y a todo esto quizás se ha arriesgado demasiado, lo ha estropeado todo con sus cuentos absurdos y no puede evitar sentirse culpable por ello.

¿Por qué lo hizo? Ah, sí, porque no se fue a tiempo después de que él la zarandeara sobre la mesa. Cuando tiene sexo su mente se encabrita y pierde el control. Conecta con el misterio y va Ran y le pregunta sobre el misterio. Y quizás empezó a hablar y a vomitarlo todo, sus temores, sus reservas, sus tinieblas… Seguramente de este modo, de manera inconsciente, le ha querido alejar, asustándole.

Está muy alterada, Ran le gusta y quería saber lo que él siente por ella, quería ser transparente, explícita, pero ahora no le gusta nada lo que él ve. Calma, calma. Está a tiempo. Podrían dejar esa conversación. Podría parar, podría irse a casa con cualquier excusa… Y entonces, de improviso, salvada: Ran recupera la normalidad por ella y cambia de tema.

Va a hablarle de Walter Solon, un anciano coleccionista de arte que le encargó buscarla, de su trabajo, de los motivos —ese otro misterio— que le llevaron hasta ella.

Capítulo 14 | El coleccionista

Barcelona, despacho de Ran,1993

—Soy especialista en recuperar obras de arte.

Empieza así el relato de Ran el investigador de arte, el hombre alto y atractivo que recupera piezas para otros y que hubiera querido ser músico, que nunca está quieto porque sus apasionantes, y en ocasiones arriesgados, casos le llevan a viajar por el mundo entero, el investigador que se dedica a buscar, para dueños legítimos o para sus descendientes, las obras perdidas, que se esfuerza en recuperarlas, un trabajo que no siempre es fácil, y a veces puede resultar peligroso.

Vitalia atiende a sus palabras con la concentración de quien examina algo a través de las lentes de un microscopio, por precaución, porque sabe que así, si ella logra tener plena conciencia de quién es él y qué le mueve, sea cual sea el futuro que se presente con él estará avisada y nada será doloroso ni inesperado.

Además, escucha embelesada porque él lo cuenta con una pasión que la maravilla, se recrea en los detalles de cómo ha rescatado cuadros robados por museos importantes y obras que fueron subastadas en galerías de renombre, con lo que se ha ganado unos cuantos enemigos a los que ha inculpado directa o indirectamente en casos de tráfico de obras de arte. Sabe lo que hace, se nota que lleva años trabajando en esto y esa experiencia le ha dado la seguridad para poder prorrumpir en aseveraciones como que si una obra no tiene su procedencia legal certificada es probablemente porque hay algo turbio detrás y sus propietarios se exponen a tener problemas con la ley, aunque la hayan adquirido de buena fe.

—El que prefiere no saber, es cómplice —sentencia, convencido.

Es un terreno que domina a la perfección, aquí puede por fin hablar sin miedo a meter la pata e incomodarla y se nota que lo agradece porque no ha callado en un buen rato. Vitalia se alegra del giro que ha tomado su ánimo, contagiada por su excitación, y le sonríe agradecida.

Ran, ufano, reconoce que le pagan muy bien su trabajo, no puede quejarse. Trabaja en un mercado que maneja cifras siderales, y cuando no tiene encargos se dedica a localizar obras legales para clientes especiales, que es un mercado más modesto pero

igualmente apasionante.

Entonces concreta, uno de esos primeros encargos fue para Walter Solon. Le conoció hace años, cuando le solicitó la localización y compra de todas las ilustraciones de su difunto padre, y luego también las de unos cuantos ilustradores de la misma generación y que habían tratado con él. Desde entonces han mantenido contacto, Solon tiene mucho dinero y sueña con completar su colección para poder organizar una casa museo en Mallorca con la que honrar la memoria de su difunto progenitor, y de su esposa, también fallecida hace muchos años. Le insistía, desde que empezó su trabajo con él, en la importancia de tener todos los dibujos de su padre juntos para exponerlos antes de morir, y gracias a Ran lo ha logrado.

—Solon es un anciano excéntrico especializado en temas misteriosos de dudosa credibilidad, te caerá bien, cuando empezó a contarme su proyecto pensé que quizás estaba desvariando… La recopilación de las ilustraciones ha sido complicada, han cambiado de mano innumerables veces a lo largo de todos estos años, es un encargo que se ha resistido porque estaba todo muy desperdigado, y tengo que reconocer que con lo exigente que ha sido Solon conmigo todos estos años que llevo trabajando para él no puedo evitar sorprenderme desde que sé que quería que te buscara para que te encargues tú de su colección.

—¿Por qué?

—Esperaba hacerlo yo.

Vitalia escucha y ata cabos, calla, asiente, sigue el hilo, está interesada por esta nueva historia pero aún más por cómo se mueven las cejas de Ran cuando habla, tan expresivas, tan tiernas que volvería a besarle, ahora en la frente. Podría estar muy enfadado con ella, celoso incluso, y está de buen humor y le da detalles y más detalles, está tan ufano hablando de él que parece que esté describiendo a su propio padre o a su abuelo.

—Por fin Solon lo tiene todo, una parte se está restaurando en mi agencia y la otra ya está enmarcada y colgada de las paredes de la casa-museo de Mallorca. Y por eso me está enormemente agradecido y ha decidido confiar en mí otro encargo más difícil y… digamos que menos ortodoxo. En un primer momento, no me lo tomé en serio.

Con esta introducción le confiesa, para su sorpresa, que la ha estado siguiendo durante tres meses y con una sonrisa concluye que lo sabe casi todo de ella.

—¿Cómo que me has estado siguiendo? —Vitalia no da crédito.

Sí. Así fue, reconoce él. Hasta que vio la ocasión adecuada para ponerse en contacto con ella preparando un encuentro que pareciera accidental, de regreso. Se arriesgó a esa última oportunidad del viaje a Mallorca porque por la mañana la había visto muy afectada.

Vitalia recuerda perfectamente la primera vez que le vio. Ella estaba deshecha pensando en su madre, en su abuela, en el funeral. Fue fría y distante. Siente pudor al darse cuenta de que él la estaba espiando y que el encuentro fue provocado, estudiado.

Pero tras escuchar el relato de Solon, él comprendió que aquello era una cuestión mucho más profunda, y dedicó todas sus energías a localizar a Vitalia. Así le dice la verdad: él ha sido contratado por Solon para localizarla.

Vitalia, dada a comprender misterios mucho mayores, no se inquieta con esta revelación. Al contrario, siente curiosidad y está contenta de ser por primera vez protagonista de alguna historia, por extraña que parezca. Por eso lo encaja con naturalidad, sin necesidad de forzarse, y le interroga sobre las cuestiones prácticas.

—¿Cómo sabías que regresaba esa noche?

De hecho, Vitalia se ha preguntado justo antes cómo supo que era ella la que viajaba ese día en el barco, pero no quiere preguntar tanto de golpe, no quiere mostrarse desconfiada. Pero por lo visto es muy sencillo. Él responde a sus preguntas con una calma inaudita, como si seguir a una mujer a escondidas, localizarla y abordarla, fuera lo más normal del mundo: Ran admite que tiene contactos en todas partes y no fue difícil dar con ella en la lista de pasajeros de los viajes a Mallorca en barco y en avión. Luego… un poco turbado, reconoce que el encargo de Solon se le fue de las manos, que ella le gustó y que tenerla cerca acrecentó el deseo.

—Ni quise ni pude resistirme —concluye.

Reconoce también que ha estado pensando en ella durante unos días, no podía quitársela de la cabeza y de ahí el impulso de mandarle las margaritas, quizás ansioso por que fuera ella la que le buscara ahora, quizás arrepentido por haberla engañado. Dice que sabía que su secreto podía molestarla, no se atrevía a contárselo porque temía que ella desconfiara y, lo más importante, además ignora el verdadero motivo que mueve a Solon, por qué ese viejo coleccionista quiere tenerla cerca. Solon es un experto en no definirse, en ocultar lo que piensa, así que Ran le ha mantenido engañado todos estos días, a la espera de decidir lo que debe hacer respecto a su encargo.

—Y hoy, no me preguntes por qué, he sentido una imperiosa

necesidad de llamarte, de hablar contigo, de verte de nuevo.

Vitalia sonríe por dentro, en efecto será mejor que no se lo pregunte o terminaría confesando que le invocó y eso sí que le asustaría, sin duda.

Le deja hablar. El trabajo de Ran implica a menudo reconstruir la historia de cada pieza de arte que tiene que recuperar, así que no le resultó muy difícil aplicar el mismo método para localizar a Vitalia, la suma ofrecida por Solon por este trabajo bien merecía las horas de investigación, y le bastó con ser flexible y creativo. Cuando busca un cuadro o una escultura, busca por el mundo y viaja por el tiempo, a veces con la ayuda de la foto vieja de un catálogo. En su caso, no tenía foto, apenas la pista que le dio Solon de que Leonor podía ser un buen punto de partida.

La visitó. ¡Y añade que durante el curso de sus indagaciones… también ha conocido a su madre!

Vitalia da un respingo. Ran ha conocido a su bisabuela, la ha visto con vida, poco antes de que muriera. El sol se ha tornado anaranjado y parece crecer, y todo se queda quieto. Ran prosigue. Ajeno al sobrecogimiento repentino de Vitalia, le cuenta que Leonor tenía muchas reticencias a hablar de su hija, de la que a Ran le habían confiado en el pueblo que sólo sabían que estaba viviendo en Palma, que se había casado… y eso le animó a buscar por ahí. Tomó una foto de Carol y buscó en Palma hasta dar con ella. La encontró en una reunión social.

Por lo visto no fue difícil dar finalmente con Carol. Los rumores en esos ámbitos corren como la pólvora, y tras unas cuantas preguntas perfectamente planificadas Ran descubrió lo que sospechaba, por las fechas que le había dado Solon: era sabido y comentado por unas cuantas piadosas y cotillas amigas de Carol que cada mes acudía al colegio de monjas para satisfacer la cuota de una niña que estaba interna ahí.

Una niña suya, confirmó después cuando interrogó a las monjas. Una hija natural que se llamaba María Vitalia y que se había ido hacía unos años a Barcelona, a estudiar Bellas Artes. Lo demás resultó sencillo: Vitalia es un nombre poco común, y con una exhaustiva búsqueda en la lista de licenciados dio con ella, visitó el piso compartido donde Vitalia había estado residiendo, pero nadie ahí sabía ya nada de ella y estaba a punto de tirar la toalla…

Sin embargo, un suceso desgraciado acudió en su ayuda: Ran llamó a Leonor para confesarle que había localizado a Carol y rogarle que colaborara, que le facilitara la dirección de su biznieta, sería más fácil así, pero durante un par de días la mujer no respondió al teléfono.

Vitalia se siente muy triste al llegar a este punto. Su bisabuela, tan querida… Sin duda, no respondía porque estaba en el hospital, después del accidente… Regresan también a su mente los recuerdos de la casa derrumbada en la que vivió con su madre con la amable ayuda de Leonor, esa casita en la que fue tan feliz.

El recuerdo se muestra, como una secuencia perfecta, en la mente de Vitalia con colores, olores y emociones perfectas, nítidas. Hay momentos en que siente que los recuerdos se mueven en su interior como sin pensar en sí misma, como dormitando.

Pero Ran, que está celoso de Solon, la saca abruptamente de estos pensamientos.

—… Deduje que por tu rara belleza, por tu magnetismo... Y por eso después de enamorarme de ti he estado valorando renunciar a mis honorarios y alejarte de él. No me fío de este hombre, ni comprendo por qué te busca.

Le mira boquiabierta. Ran está celoso de un anciano que trata, según él, de conquistarla. Vitalia le besa con pasión, la excita saber que él está celoso, que no la llamó no porque no le importara, no por indiferencia, sino porque le gusta y la desea sólo para él.

El camarero acude a una seña de Ran con la carta de postres, y entonces ella se abre un poco más, se siente relajada, y le habla del resplandor del sol de su infancia, de las visitas a la gruta que se abría a mitad de la ladera y del libro de cuentos sobre el regazo: esto constituyó para Vitalia su paraíso.

Se sucedían las estaciones en el paisaje más salvaje y hermoso que se pueda imaginar y el huerto crecía esplendoroso, la casa se había tornado, poco a poco, acogedora, los ratones se habían mudado, quizás porque la gata había parido ya dos camadas de pequeños gatos moteados, a cuál más cariñoso, que rezongaban al sol cuando conseguían que la curiosidad de la pequeña les dejara en paz.

Una casa gentil y con goteras y una montaña tan repleta de árboles y matojos que tenía que estar encantada, como de hecho lo estaba, marcaron su carácter y el apego a la naturaleza.

A Leonor le encantaba ir a visitar a su biznieta a diario, siempre tan sonriente a pesar de las humildes condiciones en que vivían en la casita de la montaña, y con ella solía hablar de aquellas cosas que su madre nunca le contestaba. Entre sí cuchicheaban para que no las oyera, se calzaban sombreros de paja hasta las orejas, de anchas alas, sujetos con cintas y, la pequeña Vitalia suspiraba cuando les repetía a madre y bisabuela que sólo aspiraba a bailar entre las hierbas altas a todas horas para que el viento jugara con su

sombrero.

Dedicaba las tardes a comerse a mordiscos las peras más dulces o los higos más rojos según la estación, se tumbaba junto al hogar para adormilarse como los gatos y sonreír en sueños, tomaba el sol tumbada en el banco de piedra de la puerta para esperar a la abuela y, por encima de todos esos placeres, no dejaba de repetir que de mayor quería ser hada: le encantaban el vestido vaporoso, dibujaba niñas con alitas y la perspectiva de poder realizar los deseos de los demás sin esfuerzos se agudizaba, día a día, probablemente porque en su familia la carga de falta de realización e infelicidad era muy fuerte, y sin darse cuenta se le caían encima como una mochila: tener una varita mágica hubiera sido un gran ahorro de tiempo y energía.

«¡Oh, yo desearía tanto ser el hada de los deseos! Poder decir: Mamá, ¿qué quieres tú? ¡Dime tus deseos!... ¡Sería maravilloso! Y brincaba por el huerto, rodeada de mariposas veloces, esquivas, tan difíciles de atrapar.

—¡Así sea! —dijo una voz a sus espaldas.

Vitalia nunca supo de dónde había salido esa voz, y su abuela le respondió que debía de haber sido alguna de las hadas del lugar y a la pequeña le pareció tan bonito que se consideró, a partir de este día, hada ella también.

Le gustaba vagar por los alrededores de la casa y a menudo se olvidaba de la hora y asustaba a su madre, pero no podía evitarlo, su espíritu se recreaba en lo agradable y hermoso y así estaba siempre contenta. Le cuenta que sus ojos, rápidos como los de un conejo, escudriñaban noche y día los secretos de aquel entorno y aguzaba el oído para que todos los sonidos, animales y vegetales, le hablaran en sus múltiples lenguajes. Lo que el campo le enseñaba luego se lo contaba ella al brocal del pozo, fresco y oscuro a primera hora de la tarde, la preferida para charlar con sus ecos, cuando el sol estaba aún demasiado alto para pasear bajo ese cielo caluroso, moteado con diminutas nubes en movimiento.

Se deleitaba también en la contemplación de escarabajos y mariposas brillantes que, los días de lluvia y paraguas, abandonaban sus escondrijos cuando amainaba como lentejuelas de las vestiduras de la tierra. Y más importante que las mariposas, sus sombras sobre las paredes, sobre la cal de los muros y las flores del huerto, plantadas para ellas.

El resto del tiempo aprendía cuanto podía de su madre, que entonces aún era una muchacha sencilla con una complacencia

entre artística y jocosa que preparaba sabrosos panes de higos, su especialidad, unas sólidas piezas de dulces frutos verdes y violáceos secados al sol y prensados con semillas de hinojo. Gracias a su calidad, Leonor los vendía de maravilla en la mercería del pueblo y todo estaba en orden.

Ran, extasiado por esas maravillas, escucha cada detalle. Como que en la isla hay casi cien tipos de higos, aunque durante las últimas décadas y coincidiendo con el declive del amor por el trabajo en el campo este árbol benefactor ha caído prácticamente en el olvido, e incluso para los lugareños han empezado a perderse los nombres de las distintas variedades: bordissot, cucarella, coll de dama, francesa. Nombres que apenas penetran, ya mudos y sin eficacia, en el presente.

Ran no puede evitar pensar que por todo eso Vitalia posee en sus ojos una melancolía inseparable de su alegría y que la llevaba a ensimismarse con cualquier misterio. Escucha cómo ella describe el vuelo de una mariposa, el batir del cubo al sacar agua del pozo, el canto misterioso de las cigarras a pleno sol, las grietas de las rocas de los alrededores que escudriñaba en busca de sorpresas en cuanto podía escapar a la vigilancia de su madre y de su abuela.

—Mamá, ¿allá abajo se acaba el mundo? —preguntaba a veces Vitalia, con sus vivarachos ojos muy abiertos, señalando el pueblo.

Carol, entonces, se entristecía un poco y negaba con la cabeza en silencio. Solo se acababa el mundo de Vitalia y de su madre, y era como un nubarrón negro recordarlo, pero en cuanto se volvía a concentrar en sus labores se le pasaba. Así pues, todo fluía en calma y parecía ir bien porque cada semana brotaban nuevas hermosas flores de color dorado o azul oscuro en los alrededores de la casa.

Vitalia confiesa que ya tenía muchas visiones extrañas que la entristecían o animaban, sin saber muy bien por qué ni de dónde venían, pero no se las contaba a su madre porque entre ellas lo habitual era no tratar estos asuntos. Con Leonor era distinto, se hablaban con una mirada, con un gesto, pero Carol estaba muy ocupada siempre, pues estaba ahorrando para poder comprarse, algún día, una máquina de coser con la que tenía previsto sacar adelante un pequeño negocio propio y poder criar a su pequeña sin tener que bajar la cabeza por ser madre soltera.

Era tan bella y voluntariosa. Con dieciocho años era ya una mujer hecha y derecha con empuje y que comprendía el valor su independencia, y por eso trabajaba duro, a diario, para ello. A diferencia de otras jóvenes de su edad, estaba poseída por el deseo de la autonomía y avanzaba segura hacia lo que quería, y lo quería lo antes posible.

Pero pasó la primavera y llegó el invierno y todo cambió, rápidamente, fue uno muy largo en el que el frío no parecía terminar nunca. Habían tenido suerte hasta que la mala fortuna quiso que fuera ése, cuando la pequeña apenas había cumplido seis años, el último que podrían pasar ahí, pues el techo de la enclenque casa se vino abajo.

Se oyó un golpe sobre la mesa del comedor mientras estaban trabajando en el huerto. La nieve, que se había depositado sobre el techo a lo largo de la semana, hizo ceder las carcomidas vigas en un instante y el pequeño paraíso había quedado convertido en ruinas en un estremecimiento de las tejas que se vinieron abajo. El campo circundante había quedado transformado en una inmensa región blanca, toda blanca y helada, una capa fina pero extensa que brillaba como si la tierra estuviera barnizada.

Tanto se habían confiado Carol y Leonor que ninguna de las dos pensaba ya en hacer nada con la niña más allá de cuidarla y abrazarla por el resto de sus vidas, pero cuando aquella mañana de la nevada Leonor llegó como de costumbre a visitarlas abrieron los ojos a la cruda realidad y se armaron de valor.

El accidente las obligó a hablar, muy serias y durante un buen rato, de los asuntos que habían estado ignorando. Así Carol expresó todas las dudas y todas las posibilidades, y que despertó en las tres un miedo frío y sobrecogedor que les heló la sangre. Vitalia, de todos modos, tenía ya seis años, repetía Carol. Con la llegada del uso de razón de la niña llegaría también el cambio, tenían que aceptarlo, y estaba claro que la pequeña no podía vivir en esas condiciones ni un día más, era necesario tomar una decisión.

Estaba claro que reconstruir el techo era arriesgado porque necesitarían ayuda y eso era lo que menos convenía a su secreto.

Ran asiente, en sus ojos se lee que no necesita más detalles, ya sabe que Carol fue madre soltera con apenas quince años y el pueblo le parecía tan lejos como si se hallara al otro extremo del mundo. Quizás sepa un poco más que Vitalia porque habló con Carol, sugiere, pero ella no quiere ahora entrar en detalles y prosigue. Afirmó que a Vitalia le iría bien relacionarse con otros niños, asistir al colegio para aprender a leer y a escribir. Si deseaban lo mejor para ella era imprescindible irse... pero no al pueblo, eso nunca, quizás… Carol propuso algo nuevo e impensable hasta entonces, Leonor la miró en silencio y asintió y la pequeña Vitalia se vio inmersa en una decisión que cambiaría su vida por completo.

Fue duro. Las circunstancias lo requerían. Tenían, enfrente, una dura prueba y Carol trató de sortearla lo mejor que pudo: que

apareciera en el pueblo con una niña, después de tanto tiempo, sería un escándalo y no sabrían explicarlo de ningún modo, así que... Hay reglas de supervivencia en los animales y en los humanos también, con la salvedad de que cuando un animal se siente amenazado, su primera reacción es huir de la amenaza, pues esto le evita el dolor. Sin embargo, hay situaciones en las que el escape no es posible, y entonces es cuando nos diferenciamos de los animales siendo atrevidos más allá del instinto: en la toma de decisiones.

Era tan grande la prueba que aquellas mujeres decidieron tirarse de cabeza fuera de su miedo insuperable y cayeron en otro aún mayor, que consistía en que Vitalia fuera a servir a casa de unos señores. Lo que su abuela había contado en el pueblo para esconderla iba a suceder de verdad, como si se cumpliera la profecía que ellas mismas habían construido.

Pero ahí estaba la trampa, el disgusto, para Vitalia. Esta decisión representaba dejar a la pequeña en una casa de acogida de las monjas. Podrían visitarla, madre y abuela, los fines de semana, quizás también algunos festivos, ya se vería. Estaban ansiosas y desoladas, el día iba pasando y tenían que ponerse en marcha en alguna dirección, pues en el aire, por donde miraran, se arremolinan enjambres de copos de nieve de tal modo que era difícil distinguir si la nieve caía del cielo o subía de la tierra. Los pinos estaban doblados bajo el pesado vestido.

¡Qué rápido se pueden estropear las cosas en este mundo!, piensa Vitalia ahora mientras prosigue con su relato para Ran.

Vitalia tenía muchas más palabras en la punta de la lengua, pero más numerosas eran las ideas y las preguntas que anidaban en su cabeza. ¿Qué iban a hacer? Entonces ignoraba aún que iban a quedar en el olvido como envueltos en una neblina, y por eso no se resistió. Simplemente vio que las mujeres se arremangaron y recogieron los enseres, empaquetaron con las manos ateridas por el frío las humildes pertenencias acumuladas durante aquella etapa maravillosa del retiro al pie de la pequeña montaña, la corona y la varita estaban sobre el mueble de los vasos de cristal. Abrigaron a Vitalia y la calzaron con unas botitas de piel vuelta de conejo que le protegían los pies y antes de que la niña se diera cuenta ya habían empezado a andar por el pedregoso camino que bajaba hacia la silueta blanquecina de los tejados lejanos del pueblo, entre montoncitos de nieve virgen recién depositada en la vereda.

Vitalia se había hecho la ilusión de que por fin vería el pueblo, ese pueblo que ella a veces oteaba desde lo alto de la montaña y que tanto le habían prohibido visitar, cuando ella les pedía visitar aquella torre tan alta y estilizada, que no era otra que el

campanario, pero pronto se apartaron en un cruce y tomaron la carretera que llevaría a Carol y a la pequeña a la capital. La amorosa abuela también quedó atrás después de muchos besos y abrazos.

Respiraban entrecortadamente por el frío, Carol se había metido en su propia trampa y ahora sólo le quedaba tratar de mantener la calma hasta que pudiera salir de ella. Ajena a las preocupaciones de su madre, Vitalia se alegraba de poder, por primera vez, cruzar la cerca del camino y ver nuevos campos que desconocía, y por eso se despedía con alegría de la tierra roja, los pinos, las haditas del bosque, de las flores de inviernos que ateridas bajo los copos de nieve canturreaban a su paso con su ojo que miraba fijamente al sol para absorber la escasa luz, de los pequeños duendes de las rocas de la montaña que sólo ella podía ver porque eran muy reservados cuando no quieren ser molestados: recuerda que alguna vez, como en sueños, esos seres que aparecen y desaparecen sin que se sepa de dónde vienen ni a dónde van cruzaron alguna mirada y el fulgor de sus ojos grandes y redondos de sorpresa se ha quedado grabados en su mente para siempre.

Los había visto siempre, le confiesa a Ran, y les temía, los duendes no son precisamente criaturas amigables y Vitalia, que no sabía que ya no iban a regresar, caminó con su madre y su abuela hasta que se dio cuenta de que su abuela se despedía de ellas con los ojos llorosos y dejaban el pueblo también a su espalda, aunque al principio no se inquietó porque todo le parecía tan nuevo e interesante bordeando la carretera que llevaba a la ciudad que no tuvo tiempo de darse cuenta de cuánto iba a echar de menos todo aquello.

La pequeña se cansaba y por suerte pronto las recogió un payés que llevaba un carro lleno de sacos vacíos al que se montaron felices. Vitalia se durmió por el camino y despertó en una ajetreada ciudad llena de personas vestidas con ropas oscuras y abrigos peludos, trajes y corbatas, y vio coches y motocicletas que tampoco había visto nunca. Pasaron por el mercado municipal de la Plaza de l´Olivar. Con su manita asía la de su madre, ambas miraban alucinados las maravillas expuestas en los puestos de pescados y mariscos, frutas y verduras, carnes y embutidos. Aquellos fuertes olores, aquellas extrañas y coloridas mercancías, aquel bullicio de gente, aquellos reclamos en voz alta de los vendedores. Más adelante, vieron cafés y tiendas, farolas ceñidas con un rodapié de piedra y taxistas con cubre polvo y gorra. La ciudad entera estaba rebosante de transeúntes y Vitalia sonreía a todos, hipnotizada con el entramado de las vías grises y azules, rectas, cruzadas en todos

los sentidos, innumerables calles y aceras y no los perdió de vista hasta que su madre se dirigió a un muchacho de pantalón corto, americana y gruesos calcetines de lana que les indicó, amable, la dirección de la casa de las monjas. Supo que algo iba a pasar porque su madre rezongó para sí que aunque era tarde se dirigirían hacia allá.

Aquí Vitalia confiesa que no sabe más de lo que hizo su madre, pero Ran sí. Así se lo contó Carol: una vez hubo acordado con las monjas que su hija se quedara con ellas le tocó la tarea de llamar a la puerta de la dirección que su abuela le había anotado en un papel, una casa con dos persianas enormes, terraza y cochera en la otra punta de la ciudad, una torre que pertenecía a unos acaudalados señores, familiares lejanos que habían hecho fortuna fuera de la isla, pues el señor era naviero o marino mercante. Leonor se había encargado de llamar para avisarles de su visita. Por eso le abrieron sin hacer preguntas y Carol entró en la sala, caldeada y cómoda gracias a la chimenea encendida. Había varias personas sentadas a la mesa, estaban cenando. La impresionaron los grandes cuadros de barcos y veleros, los objetos diminutos y relucientes acumulados sobre muebles muy antiguos y, por detrás, en las ventanas del otro lado, el rugido del mar. Era la primera vez que estaba frente al Mediterráneo, y aunque era de noche, o precisamente por eso, la sobrecogió.

Le preguntaron algunos detalles sobre la muerte de su abuelo Miguel que no habían podido hablar con Leonor, tan parca en palabras, y nada dijeron de Vitalia pues nada sabían de su existencia.

Carol le confesó a Ran que a punto estuvo de hablarles de su hija, de tan nerviosa, y esta vacilación ocasiona un pequeño pinchazo en el corazón de Vitalia. Pero Carol respiró aliviada cuando dejaron de hacer preguntas y le confirmaron que accedían, como ya habían acordado con Leonor, a acogerla para trabajar en la casa, así que trató de no pensar más en su pequeña para no angustiarse por su decisión, sin duda estaría bien con las monjas. Iba a empezar al día siguiente, dormiría en un cuarto pequeño pero limpio en la parte trasera y dispondría de alguna mañana libre a la semana.

Se propuso ganar dinero y ahorrar para el futuro, ser la mejor planchadora y, quizás, con el tiempo recuperar a su hijita.

Capítulo 15 | La primera carta

Carta | Palma de Mallorca-Barcelona, 1993

Ha pagado la cuenta y la acompaña a casa. Vitalia, tras rememorar cómo su madre la dejó con las monjas, está taciturna pero le sienta bien la compañía de Ran.

Le ha preguntado también si tiene hermanos, y Vitalia ya sabe que se hace el despistado para sonsacarla, pues él tiene que saberlo, si ha estado con Carol, si es el investigador minucioso que dice ser.

Enreda para no responderle, le besa y mira las ventanas cerradas del camino como si fuera a aparecer en alguna algo o alguien que pueda desviar la atención. Los cristales de las ventanas están cubiertas de amarillo polen.

No se atreve a nombrar a su hermanastro Teo ante Ran por los sentimientos turbios que le provoca pensar en él, el hermanastro al que no ha querido conocer nunca, porque le odia. Es como desnudarse, como mostrar las miserias, su despecho y su resistencia a cerrar una pérdida ya consumada definitivamente en el pasado.

Vitalia preferiría no recordarlo, pero los recuerdos emergen sin pedir permiso porque Ran los ha invocado. Es de nuevo la niña huérfana por voluntad de su madre y siente cómo su pensamiento se sepulta bajo la avalancha de memoria. Casi puede ver los rincones del patio de aquel pasado en el colegio de las monjas, con sus muretes grises alrededor de unos cuantos árboles plantados en fila, tristes y con poca salud, salvo en contadas ocasiones secos de magia y con las ramas plagadas de pájaros estridentes y desplumados, y el suelo de arena, sin una hoja, sin una piedra, sin un guijarro de tan limpias como son las monjas ya no brilla con el polvillo de sus amigas encantadas.

En el suelo de ese patio trataba de dibujar, a escondidas, para consolarse, el huerto y la montaña y las haditas con sus tirabuzones brincando en el aire, damitas amorosas que se parecían a su madre cuando su madre era también un hada, y se sorprende echando de menos esos deliciosos momentos. Como añoró a su madre, con la que también soñaba y a la que tampoco veía.

Ha crecido mucho desde entonces y hace ya años que no la visitan las hadas juguetonas y no las oye quejarse ni cantar, ahora sólo tiene visiones dispersas y sonidos misteriosos que desde tiempo

atrás había aprendido con su madre a ver y escuchar, antes que las cosas y las voces, la sombra de las cosas y de los pensamientos de los demás. Imágenes y palabras desplegadas desde que tiene memoria.

Vitalia siempre atendió con delectación a lo que le contaban las monjas sobre su madre, como si fuera el relato de la vida de una aventurera o una heroína. Le decían sonrientes que la veían cada mes porque acudía a pagar las cuotas mensuales para satisfacer los gastos de internado de la muchacha, pero que siempre iba con prisas, como también ha averiguado Ran.

Había logrado convertirse en la madre soltera más delicada que jamás habían tratado las monjas. Cuando escuchaba que su madre había estado ahí y no la había visitado ya no la echaba tanto de menos. También le contaron que su madre era una mujer ejemplar, que tenía muy buen gusto para vestir y fama de ser una excelente modista y planchadora y que iba siempre con labores exquisitas de ganchillo en el bolso que les mostraba, seguramente para que la admiraran.

Vitalia se la imaginaba idealizada como si fuera una de las actrices de cine que miraban las demás niñas en las revistas ilustradas que tenían escondidas en el cuarto de baño, sobre todo, las repetidoras. Era como si su madre fuera una de esas muñecas recortables a las que todos los vestidos sientan bien: le ponía mentalmente batas cruzadas a la moda, de estampados alegres, abotonadas por delante quizás pero también con sofisticadas cremalleras, y como le habían dicho que ya no se peinaba con esas dos trenzas recogidas por encima de la cabeza que tan bien enmarcaban su cara redonda y pálida, podía suponer que llevaba el pelo estirado hacia atrás, en un moño alto, prieto e impecable, o en largas ondas y con la raya a un lado.

Pero por dentro sabía que seguía siendo la misma, para Vitalia, una madre fría, muy distante, eso sí lo recuerda perfectamente de las últimas veces que la vio y le lloró para que la sacara de ahí y la llevara con ella, hacía tantos años ya. Quizás por eso Carol no la visitó más.

Pero un día todo fue distinto y sus idealizaciones se desdibujaron definitivamente. En una carta y no en persona, su madre dejó de ser ese fantasma con vestidos de arco iris impalpables, tal como Vitalia le había imaginado durante años, y tomó forma. La de bruja mala de los cuentos.

Casi nunca se sabe al principio lo que pasará o se hará después, pero Vitalia casi siempre lo sabe, y aquella vez no fue una excepción. Su madre le anunciaba en un par de cuartillas de letra

ampulosa que iba a tener un hermano, o una hermana. Lo había planeado, por lo visto, sería con un hombre del que Vitalia no sabía nada en absoluto pero al que ya odiaba, resignada y mansamente como suele odiar ella, como le enseñaron a odiar las monjas, guardándoselo todo dentro.

Se casarían pronto, decía Carol.

Los ojos anegados en lágrimas y fijos en esa carta, la primera que su madre le mandaba. Todo estaba expuesto, con una caligrafía impecable y en orden. Hasta el último detalle. Carol enumeraba los preparativos y otras noticias felices: vivirían juntos en una casa nueva, estaba ya encargando telas para coser cortinas e iba a ayudar a su marido en sus negocios de confección, porque él era empresario y estaba siempre ocupado.

Nada de lo que leía Vitalia era una consulta ni una confidencia, la carta se parecía a las crónicas sociales, era el anuncio de una declaración de intenciones donde Vitalia no estaba incluida. Ese matrimonio representaba una casa propia, una posición social, una vida respetable. Debería comprenderlo y alegrarse.

Pablo, que así se llama él, era un buen partido porque este cambio traería consigo la estabilidad que Carol siempre había soñado.

Fue como si hubiera pasado un terremoto por sus ilusiones de niña. Saber por carta que iba a tener un hermano no colmaba el vaso sino que lo desbordaba, era la pérdida definitiva de la esperanza de madre. Observaba, sin embargo, que también se abría, así, aunque no quiera ya, un nuevo capítulo de espera. Una amarga e implacable, aunque para su madre fuera tan dulce, como le contaba en la carta, pues ahora faltaban apenas meses para que naciera ese hermano que crecía en el vientre de Carol, ese mismo del que fue echada al mundo Vitalia, y no una vez sino dos.

La segunda fue a los seis años, cuando la encerró entre esas paredes con las monjas. Un momento… ¿Decía que iban a tener una casa propia? Dudó. Su madre no añadía nada de llevársela a vivir con ellos.

Y comprendió. Como en los cuentos más tristes, la madre —¡la madre!— se había convertido en una madrastra mala que todo lo oscurecería con su abandono y que encima le daba un rival hermanastro. Debería entenderlo, su madre aún era joven… Pero no bastaba. Las punzadas en la sien se sucedieron y pasó una tarde terrible, con un difuso sentimiento de culpa que le cerró el estómago. No podía dejar de preguntarse qué había hecho mal, y por qué la culpa jugaba tan a favor de la que la hería.

Sintió escalofríos y muchas voces sibilantes que repetían su nombre, y al mirar su reflejo en la ventana, que se le antojaba cerrada a la noche más profunda que nunca había observado mientras desmenuzaba la carta, se preguntó: «¿Qué es lo que oigo? ¿Me habré vuelto loca?» Fue como si hubiera pasado una nube de voces por su mente, unas que decían lo que ella no se atrevería nunca a decirle a su madre.

Por ejemplo, que lo de su hermano ya lo sabía, lo había soñado o intuido o lo que fuera que sucedió, estaba ya en su memoria antes de leerlo, lo adivinó, o se lo contaron, y su certeza nada tenía que ver con la razón, claro, pero recuerda vagamente que fue unas cuantas semanas antes de la carta, y su hermano sería un niño... Ran asiente, ha comprendido que Vitalia percibe con agudeza y por vías desconocidas cosas que están por suceder como si ya hubieran ocurrido y ella le confiesa que a menudo trata de no darles importancia, pero nota que sus manos y sus pies están fríos como témpanos de hielo cuando lo cuenta.

No la estremece haberlo adivinado misteriosamente, confiesa, le afecta mucho más lo que representó para ella la nueva situación que depositaba a Vitalia definitivamente en el mundo con los pies asentados sobre la tierra, como nunca los había tenido. Su madre sí había conseguido olvidarse de ella y eso le ocasionaba una asfixia que trepaba por la columna para anudarse alrededor de su corazón, hasta encogérselo, como hacen algunas enredaderas con los árboles débiles.

Aquel día comprendió, resignada, que no iba a ser ya nunca más la preferida, si es que acaso algún día lo fue por el mero hecho de ser hija única. Además, sabía ya el nombre que tendría ese hermano, lo sabe antes que Carol y antes que nadie, pero no le dio el gusto de decírselo jamás porque había decidido no dirigirle la palabra nunca más.

Esa tarde había empezado el ejercicio, agotador, de odiar a su madre para tener que desenfadarse al poco para no sentirse mala, que es algo así como asir la vida con las dos manos para zarandearla y luego acariciarla, y tuvo que abrir la ventana para respirar de la impresión porque no quedaba aire en el cuarto y dejó que su mirada se fuera lejos con los pájaros, con los que tanto se identificaba, pues daban vueltas en lo alto del patio anunciando tormenta, sensibles al caos de los sutiles cambios atmosféricos. Perdida e incapaz de juzgar a su madre cabalmente, se sintió, sin embargo, dispuesta a tolerarlo con la resignación que la caracterizaba.

Por fin el abandono de sus ensoñaciones en el colegio de las

monjas había dejado de ser provisional por completo, y con ello acudió un pensamiento que tampoco podía acallar y que se repetiría tantas veces: «Si mi madre no me ama es porque no lo merezco».

Entonces salió de su ensimismamiento y oyó el rumor de pasos que se acercaban por el pasillo, volvió a meter la carta en el sobre como si con eso pudiera protegerse de la realidad que había caído sobre ella, ojalá ahora que su corazón estaba anegado de pensamientos tristes pudiera evocar a voluntad a sus amigas las hadas, se repetía de camino al aula, estar un rato con ellas para sentir sus mimos y sus risas alegres, pero no, faltaban aún muchas horas para la cena y la dulce almohada sobre la que podría llorar a gusto hasta que su cuerpo, flojo y frío, quedara saciado.

Se lavó la cara y mientras avanzaba escaleras abajo no dejaba de reconcomerla cada párrafo de la carta de esa madre que, por lo que fuera, después de privarla de cariño, durante años, ahora mandaba la noticia de sus intenciones, tan en su contra. ¿Por qué? No cabía duda, si Carol actuaba así sería porque Vitalia lo merecía, aunque aceptar eso le producía un malestar insoportable.

Se propuso no escuchar nada excepto las palabras del rezo, cantadas o recitadas, las instrucciones de las monjas, y a no experimentar ninguna visión. Todo pesaba un poco más así, pero ese peso ayudaba a mantener la calma y seguir estudiando. Con este firme propósito pasó el día lo mejor que pudo sin llamar la atención, y en todo caso por la noche releería la carta antes de dormir, en un rincón del cuarto que compartía con compañeras mudas y sordas a sus asuntos, a escondidas junto a la ventana, rumiaría y se torturaría.

Por eso en cuanto les permitieron subir a los dormitorios fue la primera de la fila, se puso el camisón y se cepilló el pelo muy rápido, esperó tumbada en su alta cama de latón a que apagaran todas las luces para sacar la mano y tomar la carta de debajo de la almohada y acercarse de puntillas a la ventana. Al cabo de una eternidad.

Había luna menguante pero se las arregló para releer cada renglón sin perderse una palabra, casi se los aprendió de memoria.

Los escasos rayos de luna caían sobre sus pequeños hombros de catorce años y estaba a punto de guardar la carta en el sobre cuando la interrumpió un fulgor que invitaba a mirar hacia el cielo. Esa noche era especial, lo sabía porque lo contó Sor Transi por la mañana en clase, las lágrimas de San Lorenzo trotaban por el firmamento para iluminar a los desdichados, pero nadie excepto Vitalia las miró a esta hora porque a la hora de acostarse estaba. Siguió renglón a renglón, estrella a estrella... Y entonces tres sutiles

luminarias sobrevolaron las copas de los árboles y provocaron el estremecimiento sutil de las altas frondosidades. Las siguió con la mirada sin sorprenderse, las reconoció y el tiempo que dura un parpadeo bastó para que desaparecieran en el inmenso escondite del universo.

Eran sus hadas, muy tímidas, habían acudido a saludarla para sacarla de su pena o para hacerle un guiño cómplice, y ella levantó la mano para corresponder pero no insistió apenas porque se habían ya desvanecido, como su esperanza de recuperar a su madre. Así, en cuanto el horizonte regresó a su negrura, se formó en la mente de Vitalia al más lúgubre de los pensamientos, que no era pérdida de nada y era pérdida de todo, la confirmación de sus más domésticas sospechas: «No valgo nada, estoy hueca». «Además —añadiría justo antes de dormirse— lo poco que quizás hubiera podido merecer ahora me lo robará este hermano».

Acaban de llegar al portal del piso de Vitalia. Ran debería despedirse, pero no parece tener prisa, le confiesa que le gustó en cuanto empezó a seguirla, que le sigue gustando, que se entusiasmó enseguida con ella, como siempre le sucede con una mujer guapa que tenga algo extraño y misterioso…

—Fue como cuando encuentro una pintura desaparecida: la foto en blanco y negro cobra color y siento una emoción indescriptible, intensa, de posesión. Cuando te vi a ti por primera vez, en el barco, sentí esto, pero también algo más.

—¿Qué? —pregunta Vitalia, está cohibida por cuanto le ha revelado de sí misma a lo largo de la noche.

—Tus ojos, Vitalia. Parecías decir con ellos «Aquí estoy. Haz de mí lo que te plazca». Son tan transparentes, tan honestos —afirma Ran, muy bajito, como si lo dijera para sí.

Tal como la mira ella siente que la estudia, es una sensación que la incomoda y aparta la mirada para no sonrojarse, pero por alguna razón extraña, a Vitalia le gusta eso, y casi le admira por ser capaz de estremecerla de este modo. Porque entonces él insiste y se acerca mucho a su rostro y la besa, y entre beso y beso le susurra que su aliento huele a flores y que quiere dormir con ella.

Capítulo 16 | La mañana siguiente

Barcelona, apartamento de Vitalia, 1993

El sol de la mañana se cuela por las contraventanas y amanecen arrullados en la cama de Vitalia sin que ella pueda recordar lo que ha pasado desde que abandonaron la terraza del restaurante. Se arrepiente un poco porque sabe que habló mucho, que le contó a Ran numerosas intimidades, animada por el vino y los licores que el camarero iba ofreciéndoles… La asaltan los fantasmas, son difíciles de desafiar, pero por suerte como de costumbre se disipan con la luz del día.

También ha tenido pesadillas espantosas durante el tiempo que ha permanecido dormida, que no ha sido mucho, pero la plácida respiración de Ran le confirma que, a pesar de los insistentes presentimientos de anoche, aún se tienen el uno al otro.

Verle, aunque objetivamente nada haya cambiado en su vida ni haya motivos para confiar más o desconfiar menos, la llena de euforia. Valora este logro inédito, Ran sigue ahí, está atractiva y tiernamente recostado a su lado, desnudo, fuerte, inmenso, dormido, bondadoso, magnífico. No se atreve a moverse porque no da crédito, no es un recuerdo borroso de la noche anterior sino que está ahí y sus dedos, sus pezones, su nuca son reales. Siente los vapores de su cuerpo, tan próximo, su mansa respiración en la mejilla, parece inofensivo. Por eso le acaricia el pelo para despertarle, tiene ganas de averiguar cómo son sus ojos de día.

Él remolonea y la abraza por la cintura atrayéndola hacia su pecho, se siente poderosa con este hombre en su cama, entrelazados sus pies en la modesta cama de colchón de muelles, vibra y se enciende segura de sí misma porque sabe leer las señales, no hay nada de la mecánica del deseo que ella ignore o no pueda adivinar, o remediar. No necesita confesarle lo que siente, es tan propio de Vitalia no expresar sus sentimientos, los podrá guardar en su interior para que crezcan hasta convertirse en pasiones porque lo que él quiere es sexo, la desea sin abrir los ojos, sin mediar palabra.

Ella juega, ella decide y se colocan de lado en la cama, roza su vientre con las nalgas calientes y redondas, se regala con el tacto húmedo del sexo enardecido de él, que la busca a tientas, que se humedece más y más hasta que la penetra, y ambos sudan bajo el

edredón de plumas, invocan a ciegas la rápida y divina embriaguez compartida. Es rápido y hábil con los dedos y Vitalia le deja que la toque y se la meta, se deja hacer hasta que su sexo palpita agradecido y exhausto y luego se da la vuelta para encararle con el alivio que borbotea zumbidos del ombligo a las corvas. Él ha abierto los ojos y la alegra comprobar en sus pupilas que tampoco parece tener prisa por levantarse. Se observan en silencio los hoyuelos de sus mejillas, las pestañas, los labios resecos tras el orgasmo. A él le gusta la gracia de sus facciones, ella le ofrece café con una sonrisa.

Sonríe y sonríe porque la nube se ha esfumado, por un instante había temido que él la rechazara, que utilizara su debilidad para afirmar su fuerza de macho desconocido y libre y la tratara como lo que es, una desconocida fácil. Pero él sigue ahí sin hacer trampas y por eso Vitalia se levanta festiva y desnuda para aplaudir íntimamente su repentina buena fortuna, satisfecha de haberse equivocado, con el vello de la entrepierna húmedo y una gotita de semen que le resbala por el muslo, cosquilleante como las burbujas de champán de las celebraciones.

Ran ya no parece uno de esos que desaparecen y de momento ella tampoco siente ninguna necesidad de perderle de vista. Al contrario, le encanta, se siente capaz de reconocer que necesita su felicidad tanto como la suya, la felicidad de alguien más, cuando hubiera podido utilizarle para satisfacerse por un rato, despreocupándose de quién es y qué siente por ella.

Sentados a la mesa, aún desnudos, comparten miradas cómplices y él le toma las manos y la besa. Pero Vitalia no está preparada para tanto romanticismo y le rechaza incómoda, sutilmente, con una pregunta que le ha venido a la mente mientras estaba sola en la cocina.

—¿Quién es Walter Solon?

Ran sonríe, anoche le confesó los celos que sentía por ese anciano y se siente un poco ridículo, y para tratar de arreglarlo opta por ser prolijo en detalles y le cuenta cuanto sabe.

Cuando Walter Solon tenía dieciséis años murió su padre, un admirado ilustrador de cuentos de Barcelona que se había especializado en dibujar seres mágicos y mitológicos para los mejores libros de su época, con lo que había reunido una gran fortuna y que dispuso en su testamento que si él faltaba no se retuviera al hijo en su casa y se le dieran todas las facilidades para cumplir sus sueños. Se llamaba Jonás Solon y se pasaba el día haciendo experimentos sobre su mesa de dibujo y afirmaba que sólo dibujaba los fondos y las hadas y los duendes aparecían luego,

durante la noche, como por arte de magia. Su mesa de dibujo era su laboratorio de fantasías.

Además, era un hombre muy paciente, y aunque Jonás sabía que su salud era delicada y que debía descansar si no quería forzarla, mantuvo su actividad hasta el último día y en los breves descansos junto a la chimenea le estuvo contando a Walter idas y venidas de todos aquellos seres.

El pequeño quedó tan seducido que ansiaba más que nada en el mundo ver algún día con sus propios ojos todos aquellos secretos, ya que no estaba dotado para el dibujo pero sí para la fascinación más sincera por cuanto su padre le había contado. A los dieciséis, el gran padre de barbas blancas que le caían por el pecho y ojos diminutos capaces de ver lo visible y lo invisible, faltó con una plácida muerte en la cama e, hijo único, Walter quedó también huérfano de madre poco antes de cumplir los veinte, por lo que de pronto se encontró libre de toda obligación de ganar su sustento y con la posibilidad de hacer lo que quisiera con su vida gracias a la fortuna heredada.

Consciente de que lo que sus padres le habían dejado le permitiría vivir holgadamente varias vidas, decidió, pues, entregarse a su pasión: sentía la exaltación del enamorado de todos los misterios y le apasionaba viajar en su busca para ganarse el aplauso y la admiración de las gentes, quizás para mantener así también el recuerdo de su querido padre, que con maestría e ilusión había logrado en el pasado hacerse un nombre con sus ilustraciones.

No viviría ya para otra cosa. Su vocación, fruto de las enseñanzas de su padre, se había consolidado mediante innumerables lecturas y ansiaba una única consecuencia de tanto esfuerzo: atrapar aunque fuera por un instante a alguno de esos seres fantásticos, ya fuera mediante descripciones, fotografías o lo que pudiera lograr.

Para cuantos le rodeaban, su aspiración era peregrina, pero más tarde, conversando con personas de la alta sociedad versadas en sus inquietudes, entendieron que el joven soñaba tan intensamente que mejor que retenerle sería animarle a aparecer, algún día, como autor de libros dedicados a las hadas y los duendes, lo cual no estaba ya tan mal visto en el ámbito académico, así que no le animaron pero tampoco nadie le impidió a aquel joven soñador que lo abandonara todo y zarpara a rumbos inciertos que sólo él conocía, a atesorar secretos de esos seres mágicos que habían fascinado ya a tres generaciones, pues el abuelo joyero también estaba tocado por su influjo y había sido autor de delicadas joyas llenas de representaciones fantásticas.

Él mismo se creyó la coartada de los libros, intentaría llenarlos de información apresada con sus propios ojos, para que así su nombre quedara escrito como el mayor experto mundial en el asunto, así que empezó a ir y venir de enclaves localizados mediante mapas misteriosos de otros investigadores que compraba en tiendas especializadas y a bibliófilos huraños, y aún leyó muchos y complejos libros que recogían cuanto se sabía de aquellos seres. También fue localizando otros lugares propicios por mera intuición o guiado por las ensoñaciones de pintores y poetas, a los que se fue desplazando en excursiones que al principio duraban unas semanas y que terminaron dilatándose meses por las más remotas ciudades de Asia y África y los rincones más retirados del Mediterráneo. Pasó algún tiempo en Egipto, entre las ruinas de un bosque cercano a Bruselas… Las muchachas de buena familia le amaban en secreto pero temían que sus padres se enteraran porque tenía fama de loco y aventurero.

Y así hasta que un día, de vuelta de uno de esos viajes, cuando aún no había cumplido los treinta, se encerró y no se supo apenas más de él en los círculos que había frecuentado.

Vitalia le escucha fascinada, le parece maravilloso que alguien que cree en las hadas y demás seres mágicos de la naturaleza esté interesado en conocerla. Es un personaje extraño, alquimista, nigromante de gran reputación y que en los círculos especializados se cuenta que ha alcanzado una edad milagrosa,

—¿Cuántos años tendrá?

—Muchos, es muy probable que tenga bastantes más de noventa.

Lo que más atañe a Vitalia es que es coleccionista curioso y paciente de antiguas tradiciones locales, grabados, dibujos, y en cuanto colecciona aparece esa gente menuda que tan bien conoce ella, con trajes de los más variados diseños y colores, con ramitas y flores en las manos, bailando o saltando y con el pelo ensortijado y lleno de adornos, con collares de escamas de serpiente…

Ran le explica también con todo detalle lo que sabe sobre en qué consistiría su trabajo, porque además Solon quiere que trabaje para él, y le ha dado su número de teléfono. Alegre y ligera como un pájaro que hubiese aprendido a volar hace muy poco, escucha la propuesta tal como Solon se la explicó a él.

—Eres perfecta para el puesto.

—¿Cómo sabes que soy la persona adecuada para este puesto? —es su pregunta de costumbre, Vitalia siempre desconfía. De sí misma sobre todo.

—Porque le gustas a Solon... y además me gustas muchísimo a

mí —bromea él, mientras le pellizca un muslo como si fuera a hacerle cosquillas y la besa.

¿Cómo explicar la agitación íntima que la invade? Como si al fin el mundo, de retoño que era, se abriese en flor escarlata para alegrarle el día. Trabajará para un escritor experto en seres feéricos de notable brillantez, que goza de una sólida reputación en los círculos intelectuales más exquisitos, y además tiene al lado a un hombre que la ama, que confía en ella, que la anima. Todo le está saliendo bien justo cuando pensaba que estaba al fondo de un pozo, quizás por primera vez en su vida está saliendo realmente bien. No se lo puede creer.

Animada, llama con Ran a su lado, que desnudo como ella está acariciándole el vello del pubis, mezclar sexo y trabajo la excita.

Para sorpresa de ambos, Solon atiende personalmente a su llamada. Parece que tiene cien años, un poco tartamudo y agotado, pero en cuanto Vitalia se identifica su voz se torna jovial y le asegura que está dispuesto a recibirla cuando ella quiera.

Sus maneras no pueden ser más cordiales, y Vitalia sonríe cómplice a Ran y se compromete a estar en su casa en menos de una hora.

Capítulo 17 | Unas orejas casi transparentes

Barcelona, residencia de Walter Solon, 1993

Por lo que le ha contado Ran esperaba algo fuera de lo corriente, y ya la casa le causa una excelente impresión. Es una casa enorme de la zona alta poco dispuesta a las miradas del exterior, pues los setos sobre el muro de la entrada, y luego los cortinajes rojos de las ventanas, no dejan ver nada.

Vitalia llama al timbre a la hora acordada y abre una mujer enjuta y ojerosa, vestida de uniforme, que por su aspecto y parsimonia parece la viva imagen de una sirvienta del siglo XIX. En el recibidor comprueba que por dentro las cortinas rojas están ahí para evitar la mirada de los curiosos, pero que las que dan al jardín son etéreas, de gasa blanca, atadas a las columnas con cintas anchas de color rojo también, con lo que el espacio es luminoso y alegre. Es una construcción de estilo inglés, amueblada también a la inglesa, con piezas de época, auténticas. El techo es altísimo, abovedado y decorado con los motivos más extraños, más grotescos, de un estilo semigótico, semidruídico, pero enlucidos para ganar amplitud y luminosidad.

No tiene tiempo de fijarse en nada más, pues aparece el señor Walter Solon, muy serio y muy arrugado, para recibirla. Le tiende la mano y levanta la cabeza para mirarla a los ojos, es muy bajito. Sus cejas son tan pobladas que casi le tapan los ojos, pero Vitalia ve en ellos una simpatía que le hace perder todo el nerviosismo que había sentido ante la perspectiva de conocer a su cliente. Es un anciano encantador que no le suelta la mano y se ha quedado inmóvil, sólo sonríe y Vitalia le ve mover los labios pero lo que le dice es inaudible. Valora la posibilidad de que esté un poco mal de la cabeza, pero en cuanto por fin habla se da cuenta de que la tiene clarísima a pesar de su avanzada edad.

—Encantada de conocerla, señorita. Me llamo Walter y… ¿Cuál es su nombre?

—Vitalia.

—Vitalia… Vitalia…

—Me honra que haya pensado en mí para el trabajo, tal como me ha contado Ran, ardo en deseos de conocer más detalles, y si soy la persona adecuada… —dice para causar buena impresión, mientras Walter Solon la observa desde el dintel del salón, con el ceño fruncido.

Cuando se siente intimidada habla demasiado.

—Estoy muy interesada en escucharle —corrige a tiempo.

—Pase, por favor, señorita. Tendré mucho gusto en hacer lo que pueda para informarla y resolver todas sus dudas.

Acceden al salón por una puerta de tres metros con remaches plateados que huele a cedro, madera de que parecen hechos muchos de los suntuosos muebles de la estancia.

—No imagina usted cuánto me alegra que una señorita tan bella sea la encargada de transportar estos dibujos para que por primera vez puedan exponerse junto al resto de mi colección —suspira Solon por el camino, con su andar vacilante— Cada uno me recuerda, a veces, sin esfuerzo, algún suceso notable del pasado, como si todo lo perdido permaneciera en los dibujos congelado, juntando polvo.

Es un coleccionista con un gusto exquisito. Vitalia también ve, de refilón, algunos mapas antiguos en las paredes, asientos de delicado diseño pero con aspecto de ser cómodos en varios puntos del amplísimo espacio y un hermoso piano. La han impresionado favorablemente el buen gusto y los modales de su posible y misterioso cliente, que además parece extremadamente amable y paciente. Realmente, es una incógnita por qué este hombre ha decidido buscarla a ella para este trabajo, su procedencia mallorquina o sus estudios de arte no le parecen suficientes ni por asomo. Siente curiosidad, y también la intuición de estar embarcándose en una apasionante aventura, lo que no le desagrada en absoluto.

Vitalia le confiesa, mientras pasan al lado de una vitrina atestada de figuritas de duendes y hadas de todos los tamaños y colores, que admira a los coleccionistas por su paciencia y meticulosidad.

—Una vez que has comenzado a reunir una colección de pequeños objetos —señala Solon, melancólico—, necesitas hallar el lugar para exhibirlos, aunque nadie más que tú los vea, y pronto surge la necesidad de subrayar el milagro de su existencia, poniéndolos sobre carpetas o encerrándolos en vitrinas y otros exhibidores que prometen que ya nadie se atreverá a moverlos nunca de donde fueron instalados. Puede ser una esperanza idiota,

pero ese ritual calma, permite imaginar que por fin tienes el caos del mundo bajo control.

Se han sentado en un lado del salón bajo los dos manojos de hojas de plata, con flores de luz, de un par de candelabros de pared que producen una deliciosa impresión de palacio encantado. Hay un gato gris sentado muy erguido sobre el alféizar de la ventana y ella, más serena, mantiene las rodillas juntas cuando se sienta y atiende con una sonrisa a la mujer vestida de negro que le ha abierto la puerta. Se ha acercado a preguntar, amable, si desea un café o algún refresco.

—Parecen dibujos inofensivos —prosigue Solon, sin atender a la sirvienta, concentrado, un poco ido del modo soñador y ausente que más adelante sabrá que es habitual en él —, pero les temo porque no pocas veces estorban el paso de mis pensamientos, para impedir que olvide.

Por eso, comprende Vitalia al instante, Solon pone tanto cuidado en quién va a encargarse del trabajo de trasladar su colección.

La mujer espera paciente a que se decidan, de pie a su lado, a hacerle caso. Carraspea y Vitalia duda, y como su anfitrión se decanta por un café solo. En cuanto Vitalia sorbe el café y mordisquea una pasta pequeña con un poco de dulce de naranja en el medio, él se reclina más relajado y vuelve a hablar con los párpados caídos y las puntas de los dedos juntas.

Reconoce amable que quizás la está entreteniendo con sus reflexiones pero se esfuerza en repetir que quiere saberlo todo de ella, los motivos que la han llevado a acceder a su propuesta, antes de darle detalles. Insiste en que para él es importante conocerla.

—Es muy simple, y quizás poco beneficioso para la imagen que se puede hacer usted de mí… me quedé sin trabajo hace unos días. Trabajaba en una oficina de objetos perdidos, un empleo poco satisfactorio para el espíritu pero en el que me sentía cómoda porque había sido mi actividad regular durante años, casi diez años pasé ahí. Y para mi sorpresa ha surgido la oportunidad de mi vida del modo más imprevisto: he perdido ese trabajo y Ran me ha localizado, tal como usted le encargó.

Solon sigue, en silencio, sus palabras y apenas interrumpe.

—¿Le gustan las hadas? —pregunta de improviso, levantando una ceja.

—Oh, sí, no se puede hacer una idea de hasta qué punto.

Trata de rebajar su entusiasmo para mantener su imagen de profesionalidad, pero Solon sonríe, parece divertido con el arrebato,

y ella prosigue, después de esta confesión se le atora lo que iba a decir, lo que desearía preguntarle pero no se atreve, tiene, sobre todo, preguntas respecto a los motivos que le han llevado a buscarla pero no quiere incomodarle con ellas. No en primer lugar. Él quiere que siga hablando, no hay duda, y lo más importante es el trabajo.

—Por lo que Ran me ha contado, es un puesto que se ajusta a lo que yo he estudiado...

Vitalia da un respingo e interrumpe la frase.

Algo le ha acariciado un tobillo. Mira hacia abajo y distingue un esbelto lomo, suave como el de una liebre, que se desliza tierno a los pies, las naricillas frescas, dilatadas por el apresurado ronroneo.

—Disculpe a mi gata.

—¿Tiene nombre?

—Se llama Agua.

Vitalia imagina que ese nombre se debe al color azulado de su pelaje, tan suave. Prosigue, con una sonrisa, con una mano acariciando al felino, que ronronea agradecido, y Solon atiende a su disertación en silencio, quizás absorto en sus pensamientos. Ella respira hondo y toma otro sorbo de café antes de proseguir.

Pero entonces se produce un nuevo e inesperado suceso: un diminuto pajarito de colores se posa sobre la butaca estampada que ocupa Vitalia, quizás en busca de las diminutas migas de la pasta que acompañaba el café, pero incomprensiblemente y sin transición se sube a su cabeza, de tal modo que sus diminutas patas se enmarañan en su pelo y el ave empieza a aletear despavorida, enredándose cada vez más.

Como puede, sujeta el cuerpecito palpitante y con delicadeza lo libera, es un ruiseñor pardo, oliváceo y dócil, y con él en la mano mira desconcertada a Solon, que se ha quedado boquiabierto ante la escena.

—Es como tener un corazón en la mano —susurra Vitalia.

—Tenemos la mala costumbre de permitir a nuestros animales que campen a sus anchas por la casa.

Es tan pequeño y delicado su atacante que esta situación, en cierto modo divertida, les hace reír. Vitalia le confiesa que para ella es un placer ser la protagonista de tan feliz y curioso suceso, aún recuerda con nostalgia cómo de niña los pájaros se acercaban a su encuentro en vez de espantarse.

—Qué contento está de haberla saludado. La gente cree que los pájaros no tienen corazón, que son fríos, distintos de los perros y los gatos. Disculpe si la ha asustado…

—Ha sido divertido, no se preocupe por mí —espeta complacida—. Me alegra saber que aquí se respeta la libertad de un ave, es poco habitual en una ciudad. Y dígame, ¿qué quiere que haga con él?

—Puede dejarle ir, sospecho que ha aprendido la lección y no se acercará más a la cabeza, ¡le he visto muy asustado! —responde Solon, también risueño.

Vitalia abre la mano y observa maravillada cómo el pajarito, con un salto casi vertical, asciende en el aire como un pez hacia la superficie del agua, directo a la ventana, dibujando por el camino, con el pico y las alas, signos indescifrables, mientras gorjea notas que recuerdan a un suave burbujeo, que se elevan aflautadas y se repiten hasta parecer que el pájaro va a perder la respiración.

Mira a Solon de reojo. La escena le ha venido bien para relajarse y ha instaurado un clima de cordialidad entre ambos que ya no decae. Vitalia se permite por fin dar un último sorbo al café sin tener que hablar luego, mientras observa la ventana complacida, que da a un frondoso y bello jardín interior, del que se distingue en primer plano un árbol en flor, tupido, magnífico y sereno recortado en el cielo verde jade, al otro lado unas cuantas ramas de buganvilias. Y por un instante siente un imperioso deseo de salir y deleitarse con esa calma que ha adivinado fuera, pero toma aire hasta el fondo de su pecho, agradecida por la bella visión, y prosigue, mesándose el pelo para recomponer el peinado:

—Debo confesarle que su encargo sería mi primer trabajo práctico con obras de arte desde que me licencié. Como puede usted imaginar, estoy impresionada. ¡No quiero ya otro trabajo!

Lo ha dicho sin pensar y gesticulando mucho, y como el pelo le seguía pareciendo enmarañado se lo ha ido apartando de la cara. Entonces, de pronto, Solon interviene, sin dejar de mirarla fijamente:

—¡Estoy convencido de que usted servirá! —espeta, erguido en su butaca como presa de un cortocircuito—. No podría pedirse nada mejor. ¡Estupenda! ¡Estupenda!

Es ella entonces la que se queda boquiabierta. ¿Eso es todo?

—Es usted —susurra como si alguien más les pudiera estar escuchando—. Vitalia… Cuando Ran me pasó los primeros informes apenas me atrevía a esperar que viniera, pero está aquí y…

Solon le confiesa que busca a alguien con una sensibilidad peculiar, y ha estado observándola para confirmarlo. Sus ojos, sus gestos al hablar, sus aspiraciones y la sencillez de su exposición han sido suficientes para decidirse.

—Todo esto es muy importante para mí. Le parecerá una excentricidad, pero anhelo encontrar la melodía. Se alcanza el punto culminante de una existencia cuando una persona oye su propia melodía, es decir, la melodía de su propia alma, pero no cantada por ella misma, sino emitida por algo o por alguien que esté fuera del cuerpo físico de esa persona. Nadie puede escapar al dictado imperioso de esa voz, y creo que usted podría ayudarme a escucharla...

Repite que ella será perfecta para continuar su labor, y cuando él falte, se encargará de recoger y clasificar las leyendas que han constituido un pasatiempo y un trabajo de toda una vida para él. Ése es el trato, si Vitalia no ve inconveniente en ello. Su afición por lo maravilloso y lo fantástico ha llegado hasta el extremo de incitarle a querer dejar constancia de los resultados de sus investigaciones bajo la forma de legado universal que estará disponible en la casa de Mallorca, un humilde espacio con un gran valor sentimental para él y que ha decidido restaurar a tal efecto.

Ella, si aceptara, podrá aliviar las fatigas de las inevitables viajes que hay que acometer para instalar todo el material a buen recaudo y a cambio él depositará en ella toda su confianza. Vitalia, agasajada pero incrédula, tan sólo pregunta:

—Pero… me habrá elegido por algún motivo más, ¿Verdad?

—La he elegido porque tiene usted unas orejas finísimas, únicas.

Vitalia se sonroja ante el inesperado comentario sobre una característica física que… ¿Sus orejas? Está tentada de ponerse de nuevo el pelo delante de la cara, como ha hecho siempre que se siente observada, pero no se atreve para no hacerle sentir incómodo. Sus orejas la han acomplejado desde niña.

Pero él se adelanta a sus pensamientos y le confiesa que ya la había visto en las fotografías que le entregó Ran antes de contactar con ella, y ya se había fijado en sus rasgos, pero que ahora que ha podido verla de cerca, ha sido esta característica de sus orejas lo que le ha decidido del todo.

—Tiene usted las orejas que estaba buscando.

—¿Cómo? ¿Bromea?

Sin duda, Solon es víctima de la sugestión excitada de una imaginación demasiado prolífica. Pero no parece sentir pudor alguno, ni se da por vencido:

—No lo dude o pensaré que está contradiciendo a mi difunta esposa, con la que me inicié en este saber: finas, casi transparentes, y un poco más puntiagudas de la cuenta. Así es como se puede distinguir la sensibilidad especial que ando buscando. Seguramente,

las habrá heredado de sus padres, de su madre para ser más exactos.

Vitalia da un respingo y le parece que sus orejas se ponen también en movimiento, es el hormigueo de la sangre que se ha agolpado en ellas por un repentino e incontrolable rubor. No puede ocultar que la incomoda que haya tenido que aparecer su madre en este asunto, pero se resigna, al fin y al cabo es razonable que él quiera indagar a su manera, con estos trucos de ilusionista, sobre lo que Ran ya le habrá contado. Ella ignora cómo son las orejas de su madre, nunca se las vio… La hipótesis que maneja Vitalia es que quizás toda la investigación tenga el único objetivo de asegurarse que es una persona extravagante como él.

Por eso, para no sólo serlo sino además ofrecer esta impresión, opta por ser lo más colaboradora posible y deja que él prosiga en sus fabulaciones, pues el trabajo le interesa, así que le confiesa que siempre le han dicho que tiene un gran parecido con su madre y con su abuela, y que a la primera no la trata y a la segunda desafortunadamente no la conoció. También quiere hablarle de su bisabuela, con la que vivió durante unos años.

Tras estas confidencias, Solon se queda pensativo unos instantes, y Vitalia muy quieta a la espera de acontecimientos. No en vano ha acudido advertida por Ran, Solon es un excéntrico con el que no se debe discutir. Pero el trabajo merece la pena.

Solon, que ya da por cerrado el trato, se ha levantado y se muestra súbitamente enérgico mientras paseaba por la habitación, apenas la mira y ha pasado a exponerle los pormenores de un plan que consiste, ni más ni menos, en que ella acepte una sustanciosa oferta económica para trabajar para él administrando y concentrando en Mallorca toda su colección.

Le cuenta que lleva años investigando nuevas piezas para alimentar una pasión que, combinada con su temperamento, de tendencia melancólica, es ya prácticamente su única alegría. Locuaz, pasa a narrarle cómo y por qué se ha hecho con esa colección:

—Usted debe saber que mi esposa, fallecida hace ya muchos años —y una sombra de melancolía cruza su mirada— me ayudó a apreciar el valor de una pequeña colección de dibujos antiguos que había pertenecido a mi familia durante generaciones, piezas realizadas por mi padre y mi abuelo a las que yo no había dado suficiente valor. Por desgracia, gran parte de mi vida ha seguido girando sin Catalina y, nueve lustros y algunos meses después de su desaparición, ha venido a mí la idea de que antes de morir estaría muy bien reunirlos todos y exponerlos juntos en la casa de Mallorca donde la conocí a ella.

—Qué historia tan bonita —se admira Vitalia, pero de inmediato duda sobre si ha respondido correctamente a la repentina declaración del desconocido.

Ran ya le contó que el excéntrico Solon ha mandado restaurar esa casa, perdida en el campo y extremadamente modesta, para convertirla en museo internacional de los seres feéricos y presencias élficas que existen en todas las culturas y se parecen de una manera siniestra unas a otras, como si respondieran a patrones repetitivos. Un tesoro para poder enseñar a otros, en forma de belleza, en forma de algún tipo de descubrimiento, en forma de conocimiento benefactor para la humanidad. Pequeños objetos acumulados en series inacabables, que justifican su existencia por el esfuerzo que exigió reunirlos, por el capital y el tiempo considerables que se invirtieron en una tarea a todas luces inútil, por la instalación minuciosa en un lugar privilegiado, que exige vigilancia y limpieza periódicas, desembocando en una sucesión de ceremonias desprovistas de sentido, que intentan colmar el vacío de la vida de quien aceptó encadenarse a ellos. Walter Solon.

Le escucha muy atenta, tentada de tomar notas incluso, él habla vivaz y gesticulaba con todo el cuerpo y teme despistarse, aunque le interesa tanto todo que está casi segura de que no olvidará una palabra.

—Existen pocas expresiones del mundo del arte con las que me encuentre vinculado de un modo tan íntimo —añade.

Estos dibujos no han sido expuestos jamás, juntos, ha tardado años en recuperarlos, con la inestimable ayuda de Ran, y ahora se arrepiente muchísimo de no haberlo hecho antes. Ha estado planificando la restauración, imprescindible en algunos casos porque los originales habían estado perdidos en archivos polvorientos o en colecciones caseras descuidadas, también ha pensado en el traslado de las piezas, para el que cuenta con Vitalia, y su ubicación definitiva… Habla de todo esto con cierto hastío, o melancolía, sea lo que sea no puede disimular que se siente ya muy anciano, que es consciente de que le quedan pocos años de vida y que desea terminar cuanto antes con su proyecto para asegurarse que todo eso perdurará dignamente tras de su muerte.

—¿Y por qué yo?

Solon entorna los ojos con simpatía ante la imprevista pregunta, está ojeroso pero vivaz, guiña sin cesar los ojos astutos y se sonríe irónicamente, como si supiera muchas cosas que ignoran el resto de los hombres, y también Vitalia.

—Sospecho que es usted capaz de tomarse en serio el último capricho de un anciano excéntrico —responde, muy serio, las

manos una encima de la otra.

—¿Cómo lo sabe?

—Cierto, no podría estar seguro, simplemente espero que así sea.

Le cuenta que le solicitó a Ran que buscara a la biznieta de Leonor porque en el pasado tuvo tratos con un cazador al que conoció en sus viajes a las islas y que las conoció, y con esto quiere de algún modo homenajear esa amistad confiando su colección a una de sus descendientes. La única, ha podido saber, pues tanto su madre como ella han sido hijas únicas.

Vitalia se incomoda un poco, de nuevo, como le sucedió con Ran cuando supo que la había estado investigando. No se acostumbra a que los desconocidos sepan tanto o más de su vida que ella misma, sin duda es para inquietarse.

Pero Solon le inspira una confianza intuitiva. Lo más prudente sería desconfiar, quizás, pero eso la volvería a dejar sin trabajo.

—Entiendo que siente usted una verdadera pasión por estos dibujos. Será un placer ayudarle a darle la entidad que merece a esta colección, hasta el mínimo detalle.

Solon le cuenta que ya probó con otros expertos para clasificar y velar por su colección. Con pésimos resultados, hasta el punto de descuidar el daño que puede causar su manipulación imprudente o un ego demasiado inflamado.

—Ante todo debe saber que como coleccionista de estos dibujos de seres feéricos me he creado cierto reconocimiento y esto me indujo a reservar una atención escrupulosa a todo lo que ya estaba en mi poder y a inventariar mis viejos dibujos para su uso en libros infantiles, fábulas y leyendas en revistas especializadas con la ayuda de expertos que luego insistieron en publicar artículos, pues lo que se publica hace visible el material. Pero me han fallado porque han ignorado que no anhelo reconocimiento alguno, apenas me motivó la posibilidad de comprobar que, en efecto, somos muy pocos los que atesoramos colecciones tan completas. Los reconocimientos, cuando eres coleccionista, en efecto al principio le llenan uno. ¡Pero a qué precio!

Y da un golpe sobre la mesa, no muy fuerte, pero brusco, que la sobresalta.

—Esta colección no ha sido nunca expuesta completa y una gran parte de ella no ha salido siquiera de mi estudio. Pero cuando le encargué la restauración de mis más recientes adquisiciones a Ran, las últimas piezas que me faltaban, me vino en el momento oportuno la idea de llevarlos todos a Mallorca, a la casa que he

mandado restaurar y que ya está lista, como me vino la idea de buscarla a usted para que se encargara de los pormenores. Lo demás, lo conoce usted perfectamente.

Entonces Solon, de espaldas y mirando hacia la ventana, añade:

—Señorita, confío en usted porque precisamente no forma parte de este mundillo ególatra, me he informado y para convencerla de mi buena fe y mi convicción le ofrezco un sueldo por adelantado para los próximos tres meses y todos los gastos pagados para que materialice por mí este sueño y me mantenga informado en todo momento. Estoy muy achacoso para andar viajando, prefiero reservar ese desplazamiento para cuando esté todo listo en Mallorca. Mi esposa sería tan feliz si pudiera verlos…

Vitalia ve, por un instante, fugaz, su cara en el espejo de encima de la chimenea. Hubiera podido jurar que mostraba una abominable sonrisa, una mueca de sufrimiento quizás, pero en ese preciso instante Solon se ha dado la vuelta y su mirada es amable y su sonrisa de lo más complacida.

—Es también mi costumbre —añade, sin menguar un ápice su aspecto bonachón, hasta que sus ojos quedan reducidos a dos ranuras que brillan entre los pliegues sonrosados de sus arrugas— pagar por adelantado. Acérquese…

Menciona el dinero. Rebusca en un cajón y tras sacar la chequera le cita una cantidad que casi hace que Vitalia se caiga de espaldas del temblor que le produce. Es mucho para un trabajo que parece sencillo. ¿Esta oferta va en serio? Le parece demasiado buena para que sea verdad.

Asiente, sin dejar de mirarle, como a la espera de descubrir el truco. Pero no hay truco. La mesa está atiborrada de enigmáticas rarezas y, apoyado en la superficie que queda libre, él rubrica el cheque con las oscuras cejas fruncidas y se lo entrega en mano. Vitalia lo acoge en silencio y él sonríe, y luego la conduce con parsimonia hacia la salida.

La sirvienta ya está ahí abriendo la puerta, ceremoniosa y muda. Ella se encargará de todo para que se le mande la documentación de los dibujos que tiene que trasladar y la citará para la semana siguiente.

—Ya tiene usted mi teléfono, espero que el próximo lunes podamos organizarlo todo definitivamente.

Capítulo 18 | El nombre

Lugar secreto en las afueras de Algaida, Mallorca, 1948

Ha vuelto a soñar con Leonor. Su anciana bisabuela se le ha aparecido con una amorosa sonrisa, y de repente oye una melodía lejana, una música que contiene más risas y más llantos que toda la música del mundo. Estaba en su habitación y ha avanzado hacia ella con paso lento, silencioso, y le ha acariciado el rostro, llamándola por su nombre.

«Vitalia, Vitalia…» decía. Así ha recordado lo que tantas veces le contó de niña. El día de su nacimiento y que su nombre es el de las flores vivas. La vida insiste, la vida puja, aunque a veces no de la forma más cómoda.

Lo recuerda mientras trata de conciliar el sueño de nuevo, oye una voz que se lo vuelve a contar todo, que describe la ansiedad, la densa angustia de Carol, que acababa de ser madre por primera vez en su vida, y sólo tiene 15 años.

El parto ha sido laborioso, ha gritado y ha sollozado, pensaba que nunca iba a sacar de su vientre la criatura que empujaba y después todo ha quedado en silencio y el sol ha ido virando sutilmente hasta entrar de lleno sobre el lecho desordenado, sumergiendo a madre e hija en un mar de deslumbradora luz blanca.

Carol sonríe mientras intenta contener las lágrimas, se trata de un pensamiento extraño, casi increíble, pero que le llena de profunda alegría. Atropelladamente, levanta a la pequeña de su pecho y la mira.

La niña ya está en el mundo, su madre ha dado con todas sus fuerzas a luz y la abuela es, al fin, bisabuela, y es tan intenso lo que sienten que callan las tres, quizás admiradas ante la novedad que están compartiendo.

—Ahora falta ponerle nombre —dice Leonor, mirándolas a ambas con extrema dulzura.

Un nombre. Estas palabras resumen el instinto y la certeza de que para existir se necesita ser nombrado, pero no tienen prisa porque saben también que, en paralelo, actúa otra ley silenciosa que, junto con el propio nombre, otorga un silencio propio a cada

forma, a cada ser.

Se dejan arropar por este silencio, pues, que fluye de las palabras que Carol no se atreve a pronunciar de tan dichosa. Sudorosa y casi extenuada, lo ve: a su alrededor se mueve el aire, perceptible gracias al brillo de las motas de polvo que reflejan la luz, radiante y denso por el peso de la vida que las rodea por todas partes. La infinidad de partículas brillantes que van y vienen dibujando espirales crean un océano luminoso como un espejo que lo contiene todo. ¡Todo!

Sabe que ahí están agazapados los nombres de todas las cosas que nadie bautizó antes, lo invisible del aire está frente a sus ojos como hilos sutiles de un bordado maravilloso en el que acababa de instalarse una nueva figura que Carol ha forjado no con sus manos, sino con todo su cuerpo, trabajando en su vientre con los secretos de la materia.

Como queriendo celebrar la languidez y voluptuosidad de este momento, Carol se repite que no hay prisa, la niña no va a escapar de los brazos de su madre. No si ella puede impedirlo, piensa, mientras acerca su cara al aliento perfumado de la pequeña.

El silencio, pues, es oportuno y las dos mujeres lo aceptan así sin más. Respetarlo es tanto o más importante que el nombre que se le pone a cada nuevo ser, pues sin silencio no hay sonido como sin la noche sería imposible el amanecer.

Vitalia es afortunada. Carol la mira y la nombra. El nombre llega a través de una amorosa mirada de su madre a la que la pequeña, no se sabe cómo, responde. Como si lo reconociera. Ha miró a su madre de frente, como si la viera mucho mejor de lo que nadie ha visto nunca a Carol, atravesándola, y Carol sonríe a sabiendas de que aquella pequeña llena de vida no podía recibir otro nombre que Vitalia.

No tenía previsto ningún nombre antes, ha sentido que le era revelado en este preciso momento de primera intimidad con la pequeña, quizás inspirada por el rayo de sol que ha ido bajando y le acaricia ya los pies a la pequeña, que se relaja y vuelve a agarrarse al pecho, dispuesta a mamar aunque su madre aún no tenga leche.

Se huelen. La vida no es más que un intercambio de olores y Vitalia está ya conectada para siempre tanto con su nombre como con el misterio de cuanto se comunica sin palabras, con el eco de los silencios que vienen del principio de los tiempos. Ya puede agarrarse al pecho para agarrarse a la vida y crecerá, semana tras semana, ganando peso y seguridad en el pequeño mundo particular de esta casita de campo, hasta que sea una niña pizpireta y habladora.

De momento es sólo un bebé, pero ya madre e hija mantienen largas conversaciones sin palabras, a las que de vez en cuando se une la abuela, cada vez menos preocupada por lo que contará en el pueblo si las descubren.

Capítulo 19 | Dibujos del pasado

Apartamento de Vitalia en Barcelona-agencia de arte de Ran, 1993

Apenas han pasado quince días y ya puede recordar sin pizca de nostalgia el ambiente del antiguo despacho, sus largas jornadas que tanto contrastan con cómodos los horarios de su nuevo trabajo. Ahora está en su quinto piso cómodamente sentada en su escritorio y con el ventanal a su espalda y repasa los informes que Solon le mandó porque no tiene apenas nada más que hacer.

El único nubarrón en su cielo azul es que no ha podido ver a Ran en todos estos días, desde que fue a visitar a Solon él apenas ha regresado una noche y se marchó de madrugada, tiene varios viajes previstos, le ha dicho, pero lo peor es que apenas hablan por teléfono. Mejor así, se decía ella los primeros días, necesita centrarse y hacer un trabajo impecable y, como para reafirmarse en eso, se enfrenta con cada informe con esmero, no olvida que Ran destacó que Walter Solon es extremadamente maniático.

Pero los días se pasan volando con la ilusión de la tarea encomendada, en breve deberá viajar ella también, precisamente a Mallorca. Vaya. Pensó ya cuando se lo dijo Ran, de inmediato, en su bisabuela y en su madre y torció el gesto, pero ahora ya se ha hecho a la idea y lo considera una buena jugada del destino. Al fin y al cabo, va a regresar triunfante, pues esta vez lo hará trabajando en lo que siempre soñó y no tiene por qué preocuparse ya de ver o no a su madre, eso ya es un capítulo que quedó cerrado después del entierro. Y Leonor, en cambio, se alegraría tanto por ella… Lo piensa dando vueltas a la pulserita de oro que lleva en la muñeca, el regalo más preciado que conserva de su bisabuela.

Para no ponerse demasiado sentimental, trata de nuevo de recordar lo que aprendió en la facultad, recuerda cómo insistían sus profesores sobre la documentación de la historia de una obra, tan importante como el examen de su estado y autenticidad. Por suerte Solon, asesorado sin duda por Ran, es un experto en esto, como se deduce del informe que ha mandado, impecable.

En la primera página, impresas en color, las miniaturas de un delicioso conjunto de dibujos, la parte de la colección que va a trasladar, y en otras páginas están el resto de piezas. Vitalia los mira por encima pero está nerviosa para concentrarse, mentalmente

se siente como en la víspera de un examen y desempolva cuanto recuerda de todo lo concerniente a las obras en papel y su correcta manipulación, sistemas de almacenaje, traslado adecuado, protocolo… mientras lee que éstas son de un ilustrador de finales del XIX, y ve los sellos de la agencia de Ran por todas partes, pues son ellos los que los han estado restaurando en el laboratorio.

Los dibujos están listos para que, personalmente, Vitalia los lleve a Mallorca el jueves, adora tenerlos en su casa y no se resiste a abrir la valija de inmediato y los extiende sobre la mesa. Ahora éste es su trabajo, ¡se alegra tanto! Se siente un poco incómoda tocando unas piezas tan valiosas y raras, pero se reafirma en que eso no es cotillear, o sí… En fin, debe conocer a fondo las obras que va a transportar y, sobre todo, verificar que están todas y en perfectas condiciones.

Hace inventario y ve una cueva poco profunda entre rocas negras, bajo la cual su propio reflejo se extiende sobre tierra roja. Hay diminutas figuras que se esconden en la cueva, dibujadas con sumo detalle, muy adentro, cinco figuras vestidas con trajes plateados que se asoman curiosas o se esconden traviesas, no queda claro. En otro aparecen, en fila, tres duendes vestidos con trajes antiguos y que danzan dando patadas al aire, lleno todo él de sutiles y casi invisibles figuras que representan a toda suerte de bestias y pájaros.

En un tercer dibujo, un grupo de niños descubre bajo la hojarasca de un bosque a una hadita que les observaba sonriente desde su ínfimo tamaño y es tal el realismo de la estampa que casi pueden oírse las carcajadas de alegría de los niños.

Vitalia se siente así transportada a la infancia, a sus visiones de niña. No puede dejar de pensar que esos diminutos seres que tenía casi olvidados, a fuerza de convencerse de que eran imaginaciones suyas, quizás existan. Al menos para Solon, ¿pues de qué otro modo se puede explicar que alguien haya podido dibujarlos tal como ella los vio?

Apenas se da cuenta y se le pasa la mañana, a la hora de comer ya ha hecho el debido seguimiento de los preparativos y ha concertado la cita con la casa museo. Vuelve a guardarlos, Ran le ha rogado que los trate con tacto, y no puede obviar que precisamente por eso se siente intranquila, sabe que ser correo de arte no requiere ninguna formación específica, tiene simplemente que seguir los pasos, pero eso es precisamente lo más difícil.

Respira hondo y se repite que no tiene de qué preocuparse, todo saldrá bien, las piezas llegarán impecables a su destino y ella se ganará definitivamente a Solon. Ser responsable de traslados de

obras de arte para este coleccionista representa para ella tal voto de confianza que estará alerta todo el tiempo, desea hacerlo tan bien que no ha tenido ningún empacho en preguntar a todos los empleados de Ran cuantos pormenores se le han pasado por la cabeza.

—La clave es el revestimiento de la obra, pero de eso ya nos encargamos nosotros. Hay que proteger cada pieza con una primera capa de material ligeramente más rígido que la obra contenida, como esta funda de gramaje superior. Después hay que situar esa funda dentro de otro contenedor más rígido. Y así toda la colección.

Con las explicaciones del mayor de los dos restauradores, Vitalia observó ayer por la tarde cómo iban introduciendo cada grabado en su correspondiente funda. Tenía que estar ahí para verificar lo que transportará, y lo mismo hará cuando llegue al museo de destino.

—… Y la mejor manipulación es la que no llega a producirse. Estas obras no han sido pensadas para ser manipuladas.

Nota cierta hostilidad en el trato de los restauradores, sin duda sospechan, o directamente saben, que ha entrado en este puesto porque se ha acostado con el jefe.

—Se supone que deberían saberlo en la casa museo, pero por si acaso recuérdales que no les tiene que dar ninguna luz directa —apostilló el más bajito, de dedos regordetes pero notablemente ágiles, mientras su colega ponderaba la belleza de los pequeños seres feéricos y entre los dos iban colocando los dibujos sobre la larga mesa, uno al lado del otro, antes de embalarlos.

También estuvo en la agencia Walter Solon para verificar personalmente el trabajo. Era la primera vez que los veía restaurados, y le gustó el resultado. A Vitalia le causa cada vez mejor impresión, parece saberlo todo de los pequeños seres representados en las láminas y a veces dice cosas extrañas que la apasionan.

Caminaba ligeramente encorvado y llevaba un traje gris, apagado y tristón, enternecedor. Es un venerable anciano, no se ha atrevido aún a preguntarle su edad, y para leer o ver los dibujos se pone unas gafas de aros dorados que parecen salidas también, como cuanto le rodea en su casa y en el estudio, de una subasta de antigüedades.

—Con sumo agrado le encomiendo a usted la difícil labor de transportar estos dibujos de naturaleza sutil y volátil junto a los demás, créame que si no fuera usted la que va a llevarlos no estaría nada tranquilo, hay mucho manazas suelto.

—Muchísimas gracias por su confianza, señor Solon. Son unos

dibujos bellísimos —exclama ella, mirando de reojo a los restauradores, que no puede evitar pensar que pueden haberse sentido incómodamente aludidos por los comentarios de Solon.

Es un hombre menudo y de ademanes delicados, y sus ojos, redondos y diminutos, se clavaron como el acero en cada uno de los presentes. Había notado que los restauradores esperaban incómodos, sin saber muy bien qué hacer, unos pasos por detrás de Vitalia, pero no parecía importarle, sólo tenía ojos para ella, lo que en cierto modo la incomodaba.

Se acercan ellos y le dieron la mano, y sólo entonces Vitalia se dio cuenta de que había sido maleducada no presentándoles. Tras los saludos, se dejó caer en una butaca y volvió a reírse hasta que los ojos se le hundieron en la cara.

Le invitan a ver cómo han quedado los dibujos restaurados, que le acercan a su asiento.

—Espléndido trabajo, es como si los hubieran resucitado.

—Como sabrá —prosiguió él, dirigiéndose a Vitalia con la parsimonia del que manda, como si no tuviera nada mejor que hacer en mucho tiempo— el mundo de las hadas es más complejo, en su realidad y en su fantasía, que todo cuanto podemos imaginar desde tierra firme.

Vitalia asintió.

—Esta colección es algo que está más allá de mí mismo —insistió Solon, a lo que Vitalia volvió a sentir, intimidada ante tanto énfasis.

Los restauradores están ya apilando los dibujos en la maleta especial, rígida y con ruedas, en que viajarán y al cabo de casi una hora Vitalia se despide de todos con un cálido apretón de manos, y uno especial de Walter Solon, que seguía ahí sentado y la ha mirado fijamente a los ojos sin soltar su mano, sin decir nada.

—Descuide, señor Solon, viajarán en perfectas condiciones y podrá usted disfrutar de la exposición muy pronto.

Vitalia está eufórica con su nuevo trabajo, hubiera deseado correr en vez de andar por los pasillos de la agencia. ¿Qué puede hacer si la domina de repente una sensación de felicidad…, de felicidad plena…, como si de repente se hubiese tragado un trozo brillante del sol?

Y ahí le deja, por lo visto Solon sigue sin prisa alguna y confía plenamente en ella, que sale de la agencia con la maleta rectangular repleta de dibujos de hadas, a cuál más valioso, que pronto se expondrán en un coqueto museo para satisfacer el capricho de un señor muy excéntrico, extremadamente delicado y, sobre todo, muy

rico.

Capítulo 20 | El silencio

Apartamento de Vitalia-apartamento de Clara, 1993

Ha llamado, sin éxito, no responde desde hace días. Se siente inquieta, quería darle las gracias por haberle facilitado el trabajo... contárselo todo, pero la recepcionista de la agencia le indica que no está. Qué fría, qué profesional, cuánta distancia.

Fuera, en algún rincón del vecindario, un perro aúlla como si le hubieran dado una patada. El otro día estaba tan cariñoso… algo ha hecho cambiar a Ran, y es una tortura no poder entenderlo, no poder hacer nada para repararlo.

No, lo descarta, su secretaria lo sabría, le habría dicho algo. Ha dejado un nuevo recado para él, pero no devuelve las llamadas y lo triste no es su silencio, sino que su silencio no significa nada, no hay por dónde cogerlo. ¿Qué puede haberle sucedido o molestado? No ha hablado con él en tres días, tres. Dijo que la llamaría… no tenía por qué decir eso. No se lo pidió, no lo hizo, está segura como no cree que él prometa llamarla y luego nunca lo haga. ¿O puede que le haya pasado algo? O quizás no quiere llamar… Si fuera así, se arrepiente de haberse dejado llevar por sus fantasías románticas y haber visto una historia de amor donde sólo hay, quizás para Ran, unos roces y unos intereses compartidos por unos días… y tal como se habían entrelazado, se están desatando ahora.

Pero una cosa es entenderlo racionalmente y otra digerir lo que siente. Desea con todas sus fuerzas que Ran llame. Le necesita. Ni siquiera sabe si él es consciente de lo que siente por él. Le gustaría que lo supiera, pero sin decírselo. Y por eso ahora no le tiene, cuando más falta le hace, y de poco le sirve tratar de convencerse de que su fortaleza debería ser la memoria de cuanto sabe del abandono, debería pensar en otra cosa, distraerse, pero le necesita, no puede razonar siquiera, anhela que cuide de ella. Paciencia. Ya llamará. Le gustaría tanto que él la buscara, pero no para que vuelva a zarandearla sobre la cubierta de un barco o en su despacho o en la cama, no es eso. Es un deseo terrible. Es un deseo encantador y está desorientada, el desorden de la cocina, en la cabeza, la música a horas extrañas y a todo volumen… y ha sido débil y ha seguido pensando en él todos estos días. Es normal.

Por eso mientras espera que suene el teléfono plancha

pantalones y camisas que no le sientan bien y trata de poner orden en el vestidor, cose botones de blusas que no abrochará porque ya no le gustan, lee y deja de leer libros aburridos porque los compró un día de lluvia y ahí están, esperándola. Es por esa vocecita interior que elogia el control, que le susurra que debe controlarse, se lo inculcaron las monjas.

Se siente embrutecida por culpa de esta maldita angustia, ha dejado que los días se conviertan en noches y las noches en días y se levanta pasadas las tres porque sólo tiene que esperar al jueves para llevar los dibujos a Mallorca, no tiene nada más que hacer ni ganas de hacer nada que no sea echar de menos a Ran.

Y qué le va a hacer. Es otra mañana fría y de nuevo lluviosa. Ha ensayado válvulas escape de todo tipo, todo parece haber perdido su sabor.

En un momento de lucidez trata de repasar lo que hacía en el pasado cuando las cosas no iban bien y se sentía sola, pero lo que recuerda de poco sirve ahora. A veces salía, a la caza y captura de hombres que la halagaran, que la invitaran a tomar una copa tras otra para emborracharla, que le preguntaran por sus asuntos sin escucharla, con el único objetivo de darle unos achuchones acompañándola a casa y lo que surgiera. Disfrutaba inventando historias deliciosas sobre su pasado, recreaba vidas que no había vivido y les seducía precisamente por eso, porque sabía ser siempre la mujer más misteriosa del lugar. Y el sexo, el sexo le venía de maravilla para desconectar de todo.

El sexo con Ran, una lluvia de chispas por todo su cuerpo. No se lo puede quitar de la cabeza, en toda ella ese aire atento de quien escucha, esperando algo, algo divino que va a pasar... Podría tener a los hombres que quisiera, los atrapaba a la primera, hechizados con su desinhibición cuando baila, con sus movimientos, con sus ronroneos en el momento del éxtasis. «Eso es lo que me vendría bien ahora», se dice.

Mira el reloj. Ya son las nueve de la noche, podría ducharse y arreglarse, aún está a tiempo… Duda. Pero no, tiene diez años más que cuando aquello funcionaba a la primera y se siente desentrenada, o quizás sea que le da un poco de pereza sólo de pensarlo. O miedo a los pelos atorando el desagüe de la ducha de otro, el semen reseco de otro que no sea Ran, maldita sea, está ocupando todo su cerebro.

De todos modos ahora tampoco podría salir aunque quisiera porque necesita recuperarse del terrible dolor de estómago que le ha causado la sobredosis de Sugus con los que ha acompañado la película romántica que ha visto para tratar de desconectar, y que la

ha puesto aún más tierna, más ansiosa.

Suena el teléfono y da un respingo. Podría ser él. Corre. Pero no, es su alocada amiga Clara, que le propone cambiar sus planes de espera y autodestrucción y la manda a la ducha:

—Aquí la monja que se levanta a las horas que antes se acostaba. Vitalia, llevo un año trabajando en una oficina y necesito desconectar, como en los viejos tiempos, ¡es jueves! Tenemos fiesta, ven.

Es jueves, sí. Una o dos veces al año recibe llamadas como ésta, porque Clara no se olvida de cuando vivían juntas y ella sí que no ha cambiado: salían de la mano para fingir a que eran pareja y más de una vez la despelotó después de emborracharla para jugar con su cuerpo, hasta que Clara se obsesionó con ella y prácticamente cada noche se metía en su cama para masturbarla como “buena amiga”, y si Vitalia se resistía le gritaba y la amenazaba con contárselo a las demás compañeras de piso. Eso le daba pavor, quizás porque en el fondo le gustaba, tenía poco más de veinte años, era otra época. Quizás por eso luego Vitalia se lanzó a por chicos, como una coleccionista, hasta que consiguió un trabajo estable para no tener que compartir habitación con ella, se mudó y logró apartarse de la absorbente energía de su amiga.

—Te esperamos, vendrá todo el mundo, no me falles.

Clara hace propuestas como quien da órdenes. ¿Porqué se habrá acordado de ella justamente hoy? Tal vez le apetece volver a jugar, pero ahora Vitalia ya sabría decirle que no sin miramientos, no debería tener miedo y es una oportunidad de evasión, y además justamente hoy no puede decirle que no con la razón que tan bien le ha funcionado durante años, pues por primera vez en mucho tiempo no tiene que madrugar al día siguiente para ir a trabajar. No tiene trabajo. Le vendrá bien dejarse engatusar un rato por la única persona que le queda del pasado y acudir a esta fiesta. Una de emborracharse y después te dejas llevar de la mano a donde sea por uno u otro, atlético y dicharachero preferiblemente, y si Clara se pone pesadita… qué más da.

Se viste en un suspiro y baja a la calle, que parece desierta, ve su reflejo sobre los escaparates cerrados y se gusta, arriba las ventanas oscurecidas con pequeñas franjas de luces vigilantes la animan a divertirse, es jueves y nadie en su sano juicio se quedaría en casa solo un día como este sin trabajo y con el corazón roto por un tipo que no la ha llamado después de lo que pasó. Así que en menos de una hora está frente a la entrada del bloque de pisos y pulsa el timbre, qué diablos, en casa sola esperando la maldita llamada de Ran no estaría mejor, se repite frente a las luces a la altura de la

acera que parecen borrones oscuros entre las densas volutas de las farolas.

Estará a salvo en un momento, por las rendijas de las contraventanas del piso de Clara ve luz, fiesta, oye el sonido de las copas entrechocadas en brindis alegres.

Vuelve a pulsar el timbre, un poco ansiosa, quizás no la hayan oído…

—Hola, Vitalia, ¡cuánto tiempo! ¡Pero qué guapa estás!

La que abre parece Cher, pero fue su rubita amiga Clara de fiestas hace trece o catorce años. Está más delgada y se ha cambiado el peinado, lleva el pelo muy largo y teñido de negro casi azulado. Vitalia también ha cambiado desde que dejó de ver a Clara y su vida se estabilizó, pero hoy se ha vestido como a Clara le gustaba. A ella le daban rabietas si no se ponía pantalones muy ajustados, sus enfados eran tan resplandecientes como un rayo del azul del cielo, así es como deslumbraba y desconcertaba a Vitalia.

Aquí están juntas de nuevo, mal que le pese, y se ha propuesto ser amable y pasárselo bien. Ignora para quién lo hace, pero se va a entregar en cuerpo y alma. Entre jaranas y bromas, Clara vuelve a tirarle los tejos y la besa con efusión en los morros, pero ahora es Vitalia la que manda porque se ríe y no se muestra incómoda, le entrega una botella de vino como si fuera muy feliz y estuviera muy segura de sí misma, con ademanes forzados idénticos a los de la Clara de hace años. Quizás se ha vuelto como ella, no está segura pero sería divertido que fuera así.

El piso, otra vez está en ese piso que abandonó con tanta euforia cuando le renovaron el contrato en objetos perdidos. Los lugares conocidos refrescan la memoria y reavivan las sensaciones, y cuando Clara la hace pasar de la mano y le presenta uno a uno a los demás invitados e invitadas, que dejan sus copas un instante sobre el mantel, en cualquier hueco entre la porcelana y el metal, para besar a la recién llegada, Vitalia ya vuelve a sentirse en casa. Pero esta vez, tantos años después, no piensa quedarse en un rincón y se mueve por el centro de la sala y canturrea y se sirve una copa y atiende a alguien que habla aprisa cosas insignificantes y le explica que estaban cenando y aún no han recogido la mesa.

Ya hay vasos de tubo por todas partes y ella es bienvenida, hay algún que otro altercado por el partido de fútbol que ha terminado hace un rato, algunas chicas alzan la voz para que se acuerden de ellas. Cómo cambian las cosas. Se esfuerza por recordar los nombres de conocidos y desconocidos, y al fondo, cerca de la cocina, oye sin temor alguno a Clara liándola como de costumbre, pero esta vez está gritándole a otra:

—… Parece mentira que no lo entiendas, el gato está loco porque vivir en un apartamento los enloquece. Llévatelo, me asusta: esos ojos vivarachos, esos dientes de aguja —monologa mientras entra en la cocina tras su presa, una muchacha mucho más joven que mira al suelo y a la que no ha podido ver la cara— esas uñas que se clavan en todo, esos bufidos de cobra…

Vitalia no sonríe escuchándola porque no le gusta que trate a la gente así, es la de siempre, no cabe duda, pero recuerda que vino a pasárselo bien, quizás también a saldar cuentas con su pasado, así que toma el primer trago de vino para entonarse y no salir corriendo. Su mirada de momento es la única sobria, y se entretiene en localizar a la amiga dócil de Clara la dominadora, la lianta, la destroza ingenuidades, pero la puerta de la calle se abre unas cuantas veces más y entran varios grupitos que la distraen. Una chica muy divertida le tira por descuido media copa encima y hay varias cosas interesantes más que no le producen gran emoción pero que entretienen, por ejemplo la salmodia que ha leído una top model que se llama Alicia y que dice «Padre nuestro, que estás en la tierra; santificada sea la carne; venga a nosotros el sexo; hágase su voluntad en la vigilia como en el sueño. Danos hoy nuestro orgasmo de todos los días, y respeta nuestro deseo, como también nosotros respetamos a los que nos desean; déjanos caer en la tentación, y no nos libres del porno. Amén». Y ahí está. Es la gordita y dócil amiga que hace de esclava de Clara, ahora mismo está recogiendo vasos para llevarlos a la cocina.

Vitalia dejó las drogas cuando dejó a Clara, sabía que eso era lo que de veras la había mantenido con la guardia baja, y por eso se sabe fuera de lugar aquí y ya ha detectado los síntomas en unos cuantos invitados, y también en la pequeña ninfa que obedece ciegamente a la imitadora de Cher. Uff. Podría perder el control si no tiene cuidado, lo tendría que haber pensado antes, toma pequeños tragos de su combinado y observa con cautela, se concentra en que sería genial contarle ahora mismo a alguien que ella tiene su propia interpretación de lo que les sucede a los gatos en las ciudades, pero todavía no ha bebido lo suficiente y no quiere seguir pensando en lo bien que le sentaría un cuarto de pastilla para relajarse. Así que no va a hablar con nadie de momento y se limita a pensarlo: para los gatos, las personas quizás no somos más que muebles de sangre caliente.

Como también lo ha sido ella para algunos hombres y una mujer, Clara.

El ambiente es asfixiante y la música suena fatal, pero no hay problema, en cuanto se tome dos copas más será un mullido sofá

sobre el que se podrá tumbar cómodamente el primero que pase. Aunque ha visto que ahora van más despacio, le ha dado tiempo de darse cuenta de que es el propio egoísmo el que le hace sentir que tiene que quedar bien con los demás, como en el pasado intentaba aparentar ante Clara que lo que le hacía no era para tanto. Quería ser abierta y moderna y… Es lo bueno de revivir una situación tantos años más tarde, ahora no podría sucederle lo mismo ni aunque se drogara. Ahora sabe más cosas, se dice mientras mastica un pedazo de hielo, por ejemplo que a los demás en realidad les da igual lo que hagas, seguro que nadie se hubiera dado cuenta si se hubiera quedada en un rincón o se hubiera metido en la habitación con Clara o se hubiera largado de la fiesta.

El aire ligeramente humeante está invadido por un murmullo de risas y palabras, hay conversaciones alegres y efusivas por todas partes y vinos, vodkas, whiskeys, tequilas, rones, cervezas, refrescos cómplices, conspiradores. Ha acudido a la fiesta para levantar el ánimo y hay varios desconocidos que quieren ligar, así que basta ya de monólogos interiores, se desviven por hacerse los simpáticos y llamar su atención, le hablan por turnos entre cinco y diez minutos cada uno, lo justo para escanearla y no perder el tiempo con una presa difícil, y algunos ya se han quitado la camiseta porque dicen que hace calor. Precisamente por eso se sirve vodka solo, con mucho hielo y limón, para refrescarse, y le brillan los ojos, está hambrienta de cariño. Es una pantera del cariño.

En cuanto el vaso está por la mitad ya es bella y fuerte como sólo ella puede serlo y lo apura y se sirve otro, ahora acompañada por un rubio alto que tiene unas manos enormes y recupera la convicción y se deja hacer, los dos conocen perfectamente las reglas del juego, Vitalia le confiesa incluso que se siente más segura follando que hablando.

—¿Qué es eso?

—¿Qué?

—Ese ruido —dice ella.

Es el gato, está afilándose las uñas en la puerta de la habitación de Clara, cerrada. ¿A quién habrá encerrado dentro? No importa, baila un rato hasta que nota que se tambalea y la asalta algo picante y saltarín, está borracha e invadida por un deseo intensísimo de abrazar y de llorar, de dejarse ir y de que no la dejen, de reírse como si alguien hubiera apagado la luz por sorpresa.

—Estar alegre es lo que importa –sentencia él agarrándola por la cintura.

No es ni guapo ni feo y siquiera recuerda cómo se llama pero la

ha besado bastante bien en la boca, casi sin meter la lengua, como a ella le gustaba cuando se ligaba desconocidos, lo justo para excitarse pero sin invasiones innecesarias, y sale Clara de su cuarto y la saludan y entran ellos de la mano sin pedirle permiso.

Parece un almacén, hay incluso una bicicleta, y lo hacen rápido e impersonalmente, pero no sin placer, él llega al clímax gritando que es maravillosa y le deja dormido, satisfecho, ella se abrocha el pantalón de pitillo, recupera su bolso y se marcha sin despedirse de Clara, su amiga muñequita vanidosa y medio loquita, ni de los demás invitados. Ha obtenido lo que quería: ser otra, interpretar un papel que es mil veces mejor que el que tenía previsto para esta noche de jueves.

En cuanto cierra la puerta y empieza a caminar por la calle se siente muy feliz, eufórica, ha jugado con otro fantasma de su pasado, zigzaguea. Ahí va. Solitaria. Está tan contenta y le gustaría tanto celebrarlo que siente algo más, en lo más profundo del vientre. Es el calor, es una enorme ternura por Ran.

Capítulo 21 | Recuerdos y olvidos

Convento-colegio de Palma de Mallorca, 1972

Definitivamente, ha metido la pata hasta el fondo con Ran. No debería haberle contado cuanto le confió tan a la ligera, él no dijo nada en contra, pestañeaba tan lentamente escuchándola, se sentía tan bien con él que se expuso más de la cuenta y seguro que él ahora piensa que es una loca peligrosa.

Pero Ran es culpable también de toda esta confusión, él le ha estado siguiendo la corriente demasiado, incluso le dijo que la amaba. Por eso Vitalia le ha confesado demasiadas rarezas y ahora intuye que le ha perdido por eso, le gustaría perderlo todo de vista, que la encontraran con el pelo flotando alrededor como la trágica Ofelia. Un momento, ¿qué está diciendo?

A medida que se arrepiente por albergar estos pensamientos tan lúgubres, regresa a su mente como si estuviera sucediendo en ese mismo instante algo muy parecido que le sucedió en el colegio de las monjas. También en esa época deseó morir ahogada muchas veces por los más variados motivos, pero que podían resumirse en uno solo: por miedo a que nadie la amara jamás.

Tiene catorce años de nuevo, recién cumplidos, y las visitas de su madre prácticamente han desaparecido y con ello algo de la ligereza de los sueños de su primera infancia se ha evaporado, poco a poco e imperceptiblemente, como para hacer sitio a una punzada sutil a la que se irá acostumbrando, hasta que un día pueda ponerle nombre.

Ha mantenido muy presente en sus pensamientos la imagen de esa madre que no llega, pero ya no le importa tanto, como tampoco le importa no tener amigas. La última fue Cati. Tenía los ojos verdes y risueños, la tez luminosa y los cabellos color caoba, y su figura ágil, esbelta y nada angulosa recordaba a una sílfide. Era muy bonita y obstinada, pero casi tan tímida como Vitalia, toda ella ojos y codos y siempre con hambre.

Cati también echaba de menos a su madre por encima de todas las cosas, así que se hicieron amigas, a su manera, y de vez en cuando caminaban juntas lejos del alborozado grupo del patio y se hacían confidencias: tenía serios problemas con la ortografía y las

matemáticas, y la exigencia de las perfeccionistas monjas casi siempre terminaba con ella llorando desconsolada, incapaz de seguir el ritmo de la clase, mientras que Vitalia es muy buena en los estudios, dicen las monjas maravilladas que es gracias a la aplicación de su madre, que les contó que mientras vivieron en la casita de la montaña, aisladas del mundo, le había enseñado cuanto sabía, con notable éxito a su juicio porque la niña llegó leyendo y escribiendo.

A Vitalia esto la indigna. Su madre es mala, es la bruja mala de los cuentos. Por mucho que las monjas se la defiendan y le digan que gracias a ella no le falta de nada, que su madre está trabajando en una casa importante y paga puntualmente. Su madre paga para que mantengan a su hija lejos de ella, paga para que la ayuden a olvidar que la tuvo.

Las monjas, que no se enteran de nada, dicen también de Vitalia que es una alumna ejemplar, si no fuera porque interrumpe mucho en clase y en el comedor los minutos de silencio para rezar. Dice que ve y oye cosas extrañas que la despistan, así que Cati y Vitalia comparten a menudo los castigos: de pie bajo los pinos han pasado más de una tarde a la semana, durante todo el curso, mientras los demás niños aprenden calentitos en el aula, lo que las ha unido en una peculiar hermandad, la de las oficiales e incomparables últimas de la clase.

A Cati le pesa el castigo, y cuando se desespera se oye como le rechinan los dientes. Sin embargo, para Vitalia es una alegría que la castiguen fuera del aula, pues se entretiene de maravilla a su manera, y casi lo prefiere a los pupitres y el bochorno de las clases con exceso de calefacción porque las monjas no hacen ejercicio y son frioleras: con la resina del pino que se vierte como un llanto de oro va uniendo pedacitos de ramitas y agujas hasta conseguir perfectas sillas y camitas para las hadas, que luego dispone en un hueco entre las raíces del árbol como si fuera un ajuar diminuto. El viento hace temblar la delicada construcción y ellas miran el paso de las horas contadas por tallos, flores, las sombras en las piedras.

Podría escribir un diario de los olores que la embriagan.

—A las hadas les gustará esta silla —le cuenta a Cati, que se divierte a su lado con este juego y a veces participa con su propio mobiliario para las suyas.

—Cuéntame cómo son otra vez… —reclama, mordiéndose los labios como una niña pobre delante de otra rica que tiene una muñeca.

Y entonces Vitalia, tan diferente como un círculo en un mundo de cuadrados, le abre su corazón de buena gana para describir un

mundo maravilloso que se suma al mundo real sin atentar contra él, ni destruir su coherencia, y se explaya en la descripción de los vestidos de colores de las hadas, lo traviesas que son y su habilidad para esconderse. Las hadas son cáscaras de un saber que supera tanto a los niños como a los adultos, dice.

Oculta tras un gran árbol, en un rincón del jardín, allí donde florece la albahaca, cada tarde a la puesta del sol Vitalia las observa sin ser vista. Otra niña, un poco más alta que Cati, se une a la conversación secreta y trata de comprender los detalles, pero no entienden lo que dice por más que se esfuerzan, ni siquiera es posible saber si se trata o no de palabras. Al poco, Vitalia les cuenta que a la primera voz se unen otras, y todas parecen de mujer.

—Hay una medio mujer, medio ave. Es simpática y agradable y lleva una ramita de madreselva en la mano, porque está bendecida. Su cara es bonita y muy blanca y su vestido es sencillo pero tornasolado como las alas de las libélulas, y tiene dos alitas aterciopeladas que mueve muy deprisa.

Era fascinante, se sentía mareada al recordarlo. Porque la aparición volvió a hablar, y dijo:

—Vitalia, te daré un sombrero y con él verás las cosas, tal y como realmente son: si lo vuelves hacia el ala derecha, contemplarás el pasado, y si lo ladeas del lado contrario, entonces descubrirás el porvenir.

Detrás, un coro de voces seguía entonando una melodía bellísima, extraña y a cada instante que pasaba parecían añadirse nuevas notas, entonaciones de misteriosas resonancias.

—¡Me gustaría tanto verla algún día, y que me diera también a mí un sombrero de esos! —suspira Cati, alborozada con el relato.

—No es difícil, basta con estar atenta.

—¡Pero yo estoy atenta y no las veo!

—No te preocupes, ellas son las que deciden cuándo puedes verlas —aunque Vitalia sabe que también ayuda no haber dormido mucho, pues entonces es cuando tiene las mejores visiones. Hace ya meses que comenzó a tener estas alucinaciones, confusas y flotantes al principio, pero ahora, en cualquier momento el umbral entre el sueño y la vigilia, siente continua la presencia de murmullos y susurros, pasos y sombras.

—¿Está loca, tu amiga? —le pregunta la niña alta a Cati, que escucha muy seria.

Es Mar, la niña a la que todos siguen. Ella decide quién juega, a qué se juega, quién gana y quién pierde, y se jacta de ello como de ser la campeona en escupir huesos de sandía en el comedor. Ante

esta invasión de una extraña en su relato, Vitalia se ha quedado callada, pero Cati se atreve a desafiar a la diva repelente para animar a Vitalia a que prosiga.

—¿Estás loca, tú que preguntas eso? Shh…, escúchala y no interrumpas —contesta molesta Cati.

—Cada hada que ves —prosigue Vitalia, que ni ha escuchado la conversación de las niñas, de tan concentrada—, da derecho a un deseo, uno que se cumplirá para todos —y Cati la mira embelesada, porque entonces Vitalia calla, como sobrecogida por un pensamiento muy sombrío.

—¿No será que lo sueñas, Vitalia? —sondea nuevamente, tímida, la niña alta perfumada, fresca, limpísima e incrédula.

—No, estoy segura de que cuando las veo estoy despierta—responde Vitalia, sintiéndose retada—, su presencia es discontinua y sólo quien esté dotado puede percibirlas, siempre por breves instantes porque aparecen y desaparecen. Además, cuando no las he visto las he oído y suelen cantar, sus cantos se confunden con el ruido que provoca el viento al agitar las hojas para que nadie las descubra...

—¿De veras no nos engañas?

Ahora es Cati la que duda.

—No, claro que no, no deberías dudar de mí. Y me han dicho que les gusta que te lo cuente y que un día te dejarán verlas si te portas bien y no dudas… —insiste Vitalia, con sus argumentos de niña seria.

—Vale, te creo… Cuéntame más, por favor…

—El problema es que son pocos los que logran creerse de veras el deseo que han expresado, y las hadas lo notan y no funciona.

—¿Y qué les has pedido tú, Vitalia?

—Les he pedido poder seguir viéndolas siempre —miente Vitalia, en parte, porque también pidió poder volver atrás, a cuando vivía con su madre en el campo.

—La semana pasada entró una en nuestra habitación —prosigue —, justo por el rincón donde se juntan las sombras de las dos paredes.

Cati contiene el aliento y hace un gesto con la cabeza para que Vitalia prosiga.

—Estaba mirándome fijamente mientras dormía y su mirada me despertó. Me sorprendió la dulzura de su rostro y que llevara un delicado y diminuto vestido de color verde oliva con un fruncido con forma de hojas de hiedra, tan bonito que me apeteció verlo de

cerca. Pero apenas notó que abría la mano se recogió y desapareció como si se la hubiera tragado la tierra.

—¿Y qué hiciste? —se asombra Cati, con su diminuto ceño fruncido bajo el flequillo.

—Me recorrió la espalda una sensación de debilidad que me hizo dormirme de nuevo pero no descansé nada bien. Creo que las hadas tiran de mí hacia las profundidades de la tierra y eso me asusta.

—…

—No les pidas demasiado a las hadas, o pueden darte una sorpresa. Yo les pedí… y ahora, cada vez que veo una, deseo con todas mis fuerzas poder irme con ellas, para siempre.

A Cati aquello la impresiona mucho y está a punto de llorar pero se contiene porque es la hora de la merienda y teme las preguntas de las monjas, pero Vitalia la tranquiliza para que no llore y no se vaya de la lengua:

—Tienen los cabellos rubios, tanto que resplandecen. No son peligrosas y nos quieren…

A Cati todo esto no le gusta nada, tan asustada está que de pasa unas cuantas noches con dificultades para conciliar el sueño y esa misma noche, de madrugada, se lo ha contado a otra niña para compartir su susto, y ésta a otra, y empiezan los cuchicheos cuando Vitalia pasa cerca, a sus espaldas, y la historia crece hasta transformarse en problemas para ella, alguna zancadilla, burlas, y termina llegando a oídos de la madre superiora.

Cuando Vitalia ha comprendido lo ocurrido es demasiado tarde y de poco sirve que deje de ser amiga de Cati. Ella se lo pierde, ya no le contará que ha vuelto a ver a aquella dama resplandeciente junto a la puerta pero en el comedor comunitario, cuando las monjas cantan las oraciones, las hadas se han estado burlando de cómo desafinan esos palos de escoba vestidos de negro.

Por eso las monjas han tomado cartas en el asunto, tienen buenas informadoras, y en el sermón del domingo avisan a las niñas que saben que María Vitalia ve a una mujer muy bonita y dan por sentado —cargadas de pensamientos autoritarios y represivos— que es la Virgen y que tiene mucha suerte de poder verla, cubierta hasta la cintura por un manto de cabellos rubios y rizados, y que deben rezarle entre todas y seguir en absoluto respeto a sus enseñanzas.

—Cada niña tutelada tiene aquí varias madres —canturrean, ufanas, identificándose con las hadas para enfado de Vitalia, que no da crédito a estas monsergas.

Vitalia, incapaz de dominar lo que ve y lo que no, optó por

disimular. Escuchaba a las monjas con sus sermones sobre la Virgen y callaba, pues era difícil hablar con unas mujeres que en realidad no quieren escuchar a los niños, sino convencerlos de sus cosas. Atiende a sus razonamientos con extrañeza y curiosidad, no se atreve a interrumpirlas para avisarlas de que en sus visiones no hay una sola, como predican que viaja la Virgen para difundir sus enseñanzas y alivios, sino que la naturaleza está llena de muchas personitas invisibles y distintas que no son buenas ni malas, ni alocadas ni cuerdas, ni ignorantes ni sabias, que son criaturas del viento y el sol que viven sin muerte ni pecado, fuera de la esperanza y el miedo también, y es que no todos esos seres son hermosos, ni ejemplares, ella también los ha visto feos y grotescos, y en una ocasión vio a uno que caminaba sin cabeza y la asustó. Como niña que es, sabe aceptar las hadas sin hacerse más preguntas, sin inquietarse ni hablar más de la cuenta, y ya no compartirá tampoco ni con las monjas ni con ningún niño las conversaciones que mantiene con los árboles ni las bromas que se gastan los pájaros entre sí y que ella escuchaba con claridad si se concentra, o que a veces no se ve a las hadas pero sí escuchar sus pasitos y sus voces.

Y, sobre todo, sabe que a las hadas no les gusta que las monjas se entrometan, ella lo sabe, cuando surge la incredulidad, el hechizo se quiebra y todo se oscurece, incluso la merienda con la barra de chocolate o las mil y una maneras que se inventan las niñas para esconder en el comedor la comida que no les gusta. Precisamente ahí, en el comedor, se pronuncian con rabia varias chicas a las que Vitalia, a raíz de todo este protagonismo, no cae bien y la tratan con burlas crueles en el desayuno, la comida o la cena, como las niñas de corta edad saben hacerlo.

Por eso ha empezado a pensar que no tiene derecho a contarle a nadie todo lo que ve, debe vivir casi a ras del suelo en silencio y sin reproches, como quien se cree indigno, pues sabe que las demás niñas, cuando creen que no las escucha, afirman que es un bicho raro y nadie se atreve a acercarse a ella ya porque tiene visiones.

Pero los niños quieren al misterio y el misterio a los niños y habrá siempre alguna niña o algún niño, por muchos años que pasen, que las vea.

Por suerte todo esto puede contárselo a su bisabuela Leonor, la única en el mundo capaz de escuchar de veras a Vitalia. Sus visitas son un bálsamo para su espíritu, y con ella puede explayarse, que ni se pregunta si existen o no fuera de la cabecita de su biznieta, y se burla divertida de los escrúpulos de las pedagógicas y estiradas monjas.

Además, la anciana es especialmente considerada porque se

siente culpable por haberle permitido a Carol que dejara a la pequeña en este hospicio, entre extrañas, y por eso hace el esfuerzo para acudir a darle un abrazo cada domingo.

Pasan la tarde juntas y comparten recuerdos de su anterior y feliz etapa en el campo, le trae noticias sobre la gata, de los paseos por caminos bordeados de zarzas cuajadas de espinas y piedras resbaladizas que da sin ella, y en ocasiones le cose algún vestido o una blusita para que sonría y también, a escondidas de las monjas, diminutas prendas para las hadas.

Leonor también ha sido niña, también ella quería lo que anhela Vitalia, ser feliz, algún día, aunque sea sólo en un mundo imaginario.

—La infancia es una breve noche —le dice— llénala de todas las hadas que quieras para iluminarla.

Los movimientos de sus manos para acompañar cuanto dice son ágiles, lentos y expresivos, de bailarina, tan gráciles que Vitalia no sabe describirlos. Es como si estuvieran contando un cuento tras otro entre aleteos.

—Sé buena, Vitalia, sé muy buena. Nada del bien que haga una persona se pierde jamás.

Cuando este «sé buena» se lo dice su abuela suena distinto a cuando se lo dijo su madre al dejarla aquí dentro. Qué diferente es Leonor a su madre. A su provecta edad penas hace preguntas porque se ha especializado en entenderlo todo sin atosigar, esta mujer está hecha de amor y paciencia. Vitalia trata de tomar ejemplo, escucha embelesada cuanto su abuela quiere contarle, recuerdos, sentimientos, es un bálsamo y además muy divertida con sus ocurrencias mágicas, como cuando llegó con unas plantas en el bolsillo y le confió que cogía una hoja como las de la maceta del patio, se la ponía en la boca y la masticaba hasta notar que el dolor desaparecía, si era dolor de muelas. La lengua y las encías se le quedaban insensibles, como anestesiadas durante horas.

Una tarde Vitalia pensó que quizás ella también debería probarlo para calmarse la angustia del pecho por la pena de no tener madre, le robó a su abuela una hojita del bolsillo y la masticó como un chicle, pero apenas notó un sabor amargo y vegetal y el corazón quedó igual, abandonado y dolorido como si lo hubiera atropellado un camión.

Capítulo 22 | El vuelo

Aeropuerto de Barcelona, 1993

Por fin es jueves, de nuevo, y ya está de camino al aeropuerto. Hace balance de su relación con Ran. Se han visto poco y es probable que su historia ha terminado. Ha constatado en la oficina que le han pasado sus recados varias veces, así que si él no responde es porque no quiere, por alguna misteriosa razón que Vitalia desconoce y que la hace sentir muy culpable. Él viaja mucho. Ya desapareció la primera vez y ella tuvo que utilizar su ridículo truco de la bañera para forzar las cosas, sintiendo que su vida se escapaba como el agua sucia sale de la bañera cuando uno levanta el tapón.

Ha estado tentada de volver a intentarlo, pero no. «Me estoy volviendo maniática». Y es mejor así, tirar la toalla y despedirse mentalmente de él, cuanto antes queden las cosas claras mucho mejor.

Apenas puede pensar en nada más que en él. ¿Dónde estará? ¿Por qué no la llama? Querer saberlo todo de Ran no es sólo curiosidad. Se ha enamorado, el placer inmediato de volver a verle es todo lo que figura en sus planes; una felicidad que no le permita pensar en nada más, lo antes posible.

Y ahí está el miedo que trata de mitigar con todo tipo de reflexiones inútiles: «Si no quiere verte más, mala suerte. Que ya eres mayorcita, ya no estás en primer grado…» Intenta pensar en las cosas buenas que tiene sin necesitar a Ran, en que va a viajar como correo de arte y por eso sus billetes de avión que le compró la secretaria de la agencia.

Tendría que alegrarse, son de primera y la han pasado a buscar por casa en un coche privado y en el aeropuerto no tiene que hacer colas, directamente la invitan a pasar a la cafetería de la sala VIP. Adora los viajes en avión, si por ella fuera no viajaría nunca de otro modo. Volar en avión aligera su espíritu, es mejor que tener alas y ella entraría en las agencias de viajes como quien entra en una perfumería o en una tienda de golosinas.

Sin embargo, hoy los protocolos antes de volar se le hacen muy pesados, no está de humor para la sala VIP, le parece aburrida y triste comparada con el bullicio al que ella está acostumbrada en las

zonas comunes de los aeropuertos, pero no hay opción, es el lugar más seguro para la maleta que transporta.

Ojea el periódico sin ganas y espera, el avión sale con retraso, pero pronto la saca de su sopor una mujer a su lado, a apenas dos metros, en otra butaca, una mujer que se grita.

Va impecablemente vestida, manicura perfecta, rostro sin duda retocado por un experto cirujano, pero por dentro y sin compasión, se grita: «Fea. Mala. Fea. Torpe». Vitalia se da cuenta de que ha conectado con ella y está oyendo un monólogo interior que la estremece. Hacía tiempo que no le pasaba de un modo tan claro e intenso y no puede desconectar de las palabras desordenadas, inconexas, a las que está asistiendo sin querer, en silencio, mientras se le enfría la taza de té que le ha servido el camarero, que ajeno a lo que ocurre le ha tenido que preguntar dos veces a Vitalia si quiere leche.

—No gracias, está bien así.

Lo que le faltaba. La mujer está mirando a un punto indeterminado de la pantalla de su ordenador y se grita, por alguna razón que Vitalia desconoce, con todas sus fuerzas: «Ñoña. Volar lejos, volar lejos. Más te vale hacer pedacitos las hojas del cuaderno. Darle al botón de borrar y dedicarte a hacer algo que nada tenga que ver con la escritura. Cada vez que te sientas e intentas hacer tus garabatos, te suben por el cuerpo ganas de ladrar, de llorar, de follar, de morir. Todo junto. ¿A quién no? ¿Quién te creías que eras? ¿Un balneario? No eres como Elisabeth. Mediocre. Eres una mediocre. ¿Te has mirado alguna vez al espejo? ¿Si? ¡Qué me dices! Mírate en lo que escribes, eso es lo que eres. ¿De verdad quieres escribir? ¿Quién te has creído que eres? Sabihonda de pacotilla. Loca. Mírate otra vez. No dejes que se enfríe la sopa de letras, no te moverás de aquí hasta que te la acabes. Maniática. ¿Qué más quieres? ¿Te da asco, te da alergia, está salada, no la aguantan tus riñones? Como no empieces a comer ya, te vas a morir. Da igual, así se escribe. ¿Te gusta dormir junto a él todos los días? ¿Quieres merecer la luz? ¿Quieres que no se te caiga el cuerpo? Pues escribe. Deja de soñar, deja de pensar, deja de fastidiar a tu familia con tus depresiones y escribe. Los niños famélicos de África se comerían el arroz. ¿Te has escuchado a ti misma alguna vez? Me revientas los oídos con tus excusas. Escribe y deja de quejarte. Escribe y deja de llorar. ¿Que se te escapan las palabras? Ahora te vas a poner exigente, lo que faltaba. Pues no. Sigue. Inténtalo de nuevo. ¿No te estarás resfriando? Muérete de una vez si tanto te apetece. Eso te pasa por no abrigarte bien cuando sales por las noches. ¿Acaso se te ha olvidado cómo

hacerlo? Primero una letra y después la otra. Punto o coma o lo que te salga. ¿Acaso no hablas todos los días por los codos? ¿Acaso no eres la reina del drama? Escribe o come, una de dos. Gorda».

Vitalia ha contemplado todos esos pensamientos aflorando de la mujer como se escapa el agua de una jarra agrietada, voces perdidas en algún punto del aire que ella atrapa sin querer, y se ha dado cuenta de que cada vez está peor.

La mujer que se grita tampoco es que esté muy bien, claro, es un pobre alivio, pero así es. Los pensamientos de esta mujer quieren hacerse notar, resaltan, subrayan y dan sentido e importancia a cosas en las que Vitalia no estaba pensando. Porque ella, estos días, se siente casi igual. Ñoña y fea y estúpida.

Nunca conocerá los motivos concretos de la angustia de esta desconocida, pero los ha compartido y siente una ternura inmensa por ella y si pudiera le daría un abrazo para consolarla, la mira mientras piensa todo esto pero entonces el camarero se le acerca para preguntarle si quiere tomar algo, a lo que la mujer responde con una mueca de asco, altiva, como si el pobre muchacho la hubiera ofendido con su pregunta. Vitalia a veces se muestra también altiva, y tampoco le gustaría nada reconocerlo ante nadie. Quizás conectar con los pensamientos de los demás sea eso, una vía de aprendizaje y crecimiento, una especie de aprendizaje acerca de determinados contenidos de su psiquismo que pugnan por hacerse conscientes para poder ser utilizados.

Ensimismada, piensa en todo esto mientras mira las uñas impecables y el traje a medida de la mujer, que ya se levanta con la tarjeta de embarque en la mano y se acerca a la pantalla…

¡Oh! ¡El vuelo!

Menos mal que se ha dado cuenta a tiempo, Vitalia se había quedado tan ensimismada con los pensamientos secretos de la señora que no se ha dado cuenta de la hora que es. Corre. La azafata le sonríe: «Su vuelo a Palma de Mallorca está a punto de salir, sea tan amable de acompañarme y la ayudaremos con la maleta». Sus manos son finas y alargadas con los dedos afilados, toma la maleta para dejarla a un lado a la espera que la bajen a la bodega, le ruega que firme el albarán del seguro y la acompaña a un cómodo asiento.

De camino a la pista de despegue, por la ventanilla ve de refilón el edificio donde trabajó. Objetos perdidos. Y se siente un poco triunfadora, discretamente, al menos su vida profesional sí ha mejorado, como mejorará su perspectiva sobre su origen, pues

acaba de darse cuenta de que va a ver por primera vez la isla desde el aire, esa amada roca porosa que flota, en medio del mar, desde tiempos inmemoriales.

Capítulo 23 | El pozo

Casa-Museo de Sóller, 1993

—Aún no ha amanecido del todo y es probable que se disipe pronto, esta niebla no es habitual por aquí.

El taxista la ha recogido a primera hora en el hotel y están ya a punto de llegar a Sóller. La casa que ha convertido Solon en museo de las hadas está en un punto perfectamente señalizado en el mapa que le ha entregado, no tiene pérdida, de camino a Fornalutx.

Cuando ven emerger la casa de una curva se queda maravillada, es de piedra, convertida gracias a los parterres y las obras de acondicionamiento del entorno en un pequeño palacete precioso. Está rodeada por pequeñas montañas con suaves pendientes cubiertas de una vegetación exuberante y que salvo en las cumbres mantienen la tierra retenida por paredes de piedra seca en forma de bancales o terrazas.

Un jardinero trabaja en el vergel que hay alrededor del edificio y escucha una fuente que debe encontrarse en la parte trasera y que deja escapar chapoteos ínfimos que encienden de frescor el color de las flores. Sin duda vigoriza el verdor de las hojas de los setos y los cipreses, yergue la esbeltez de los tallos de los lirios.

Una amable señorita, que se presenta como la secretaria del museo pero que en realidad será también la recepcionista cuando se inaugure, la hace pasar a la sala interior, la de exposiciones.

Ocupa todo un lateral del edificio, donde la esperan tres apuestos técnicos vestidos de negro y que llevan guantes blancos de hilo, como Mickey Mouse. Van a desembalar todos y cada uno de los dibujos que ha transportado en la maleta, y lo harán en su presencia, como corresponde. Ella, muy atenta, debe apenas tomar nota de todo, verificar las condiciones de la sala.

Siente que sabe perfectamente lo que tiene que hacer por primera vez en su vida.

—Si me permite…

Un empleado acaba de hacer estallar la burbuja de autoestima que había inflado Vitalia y la desconcierta. Le está retirando su bolígrafo y se lo sustituye por un lápiz afilado.

—Gracias —balbucea y sonríe, muy tímida.

Él la mira risueño, o burlón, se ha dado cuenta de que es novata.

—Son las normas —señala, lacónico.

Muy serio, le cuenta que no lo ha hecho por capricho, siempre debería ser así en las salas de exposiciones, el arte es muy poroso, susceptible de absorber partículas que alteren su química. La norma consiste en que no se puede entrar con bolígrafos.

Es un hombre joven y fuerte, ancho de hombros, con una barba corta y tupida que ha recortado para construir una elegante perilla, pero tocado con una gorra desteñida que podría tranquilamente pertenecer a un albañil o a un díscolo adolescente. Le sigue incómoda hasta la mesa, está nerviosa.

Escucha atenta cuanto comentan a su alrededor, sobre todo, las indicaciones de un hombre que acaba de llegar y por cómo saluda a los técnicos está claro que es el que manda en esta sala.

—¿Ha tenido buen viaje? —pregunta el jefe, que tiene unos bonitos ojos verdes pero es muy bajito.

—Sí, gracias, esta mañana el taxista ha sido puntual y ha encontrado la dirección a la primera.

Como monjes despistados, apenas la escuchan, parecen tener prisa y ya están retirando capas de papel vegetal de cada grabado, con meticulosa habilidad, con lo que Vitalia vuelve a tener a la vista las ilustraciones ingenuas y llameantes. Las observaban una por una al trasluz, verifican los sellos, se entretienen con una lupa de aumento en buscar la numeración… y todo esto en silencio.

Tienen los marcos preparados, en una mesa larga, son idénticos a los de los demás dibujos de la misma colección que ya cuelgan de las paredes, en tres filas largas que presentan huecos. Son ciento once en total. Sin duda, las piezas que faltan son las que ha transportado Vitalia. Uno de ellos va enmarcando, por orden, mientras Vitalia le observa y toma notas para su control personal de las firmas, marcas, detalles que le llaman la atención del estado y características de cada pieza.

Empieza con entusiasmo pero luego todo va mucho más lento de lo que hubiera imaginado, así que a ratos se entretiene observando el resto de la colección. Es magnífica. A la luz de las otras piezas descubre detalles nuevos en las nuevas, se le había pasado por alto, por ejemplo, que a derecha y a la izquierda del rostro de una de las haditas aparecen el sol y la luna, mientras que sus pies pisan una serpiente. La misma escena se repite en uno que ya está en la pared, pero en este caso la serpiente no está y en su lugar hay unas joyas tiradas por el suelo. En otro, aparecen inscritas varias divisas entre las líneas entrecruzadas del fondo y le gustaría leerlas, luego, si

tiene tiempo, pero necesitará una escalera y ahora no quiere distraer a los trabajadores con sus caprichos.

Son dibujos perfectos. No parece que sobre ni falte nada, las líneas justas y delicadas, los colores precisos.

Hay uno con una mujercita descalza que sostiene con los brazos desnudos una jarra en lo alto, señalando al cielo. Es esbelta y de espaldas anchas, aparenta unos quince años y es la mujer más bella que ha visto jamás. En otro, unas cuantas muchachas con el pelo suelto, con un aire completamente distinto, más infantil, manosean ramitos de flores con el aire soñoliento de quien hojea el periódico. Llevan vestidos blancos largos, y otras de pelo recogido los llevan cortos, de forma que se les pueden ver las piernas hasta las pantorrillas, magníficamente proporcionadas y calzadas con botines rojos. Otros personajes son amarillos y ocres, con algunos, pocos, detalles azules y verdes; la parte superior del fondo, que corresponde al cielo, está coloreada en sutiles tonos azules y la parte inferior, en tonos marrón y oscuros, representa la tierra.

Llama la atención la notable delicadeza de todos estos personajes, en cada uno se identifica algo así como la verdadera forma de las cosas, y lo mismo sucede con los pájaros, gatos, insectos, peces, las hierbas o los árboles y la suerte de danza inmortal de la hojarasca girando en el aire a la luz del sol.

Diríase que van a cobrar vida a cada vistazo.

De pronto, la sala se desvanece, como si se hubiera hecho de noche, y empieza a oír voces. Se asusta un poco, esto sí que no le había pasado nunca. Son voces de niños y de niñas, diría. No logra distinguir lo que dicen, siente una gran inquietud y una punzada en el pecho. Esta visión la embriaga y no sabe manejarla como otras veces. Enfrente sólo hay oscuridad, por más que abra los ojos, y en algunas zonas algo así como reflejos transparentes, agua entre sombras. Mira arriba y lo mismo. Pero cuando mira a sus pies ve el rostro de una mujer, que se parece mucho a ella, que lleva el pelo trenzado y adornado con flores frescas, pero con esa mirada cansina de quien lleva esperando mucho tiempo.

Parece asentir con un leve movimiento de cabeza que deja a Vitalia helada, la mujer asiente con una mirada inmóvil, dura, una mirada inundada de tristeza.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Alguien la está sujetando por los hombros, puede que esté incluso zarandeándola un poco.

Poco a poco vuelve en sí y se da cuenta de que se ha mareado de la impresión, recobra la lucidez y siente una enorme vergüenza al

verse observada por todos. Ahí siguen los técnicos, pero ella ha estado unos instantes ausente.

No le dan importancia, al parecer, pues casi de inmediato vuelven a su trabajo, hablan entre sí de sus asuntos y se gastan alguna que otra broma, todo está bien. Excepto el que se ha encargado de sacarla de su ensueño, que de vez en cuando la mira de reojo, como si temiera que vuelva a sucederle.

Vitalia mira alrededor para situarse. Van por el undécimo dibujo, así que calcula que ha estado ausente apenas unos segundos, medio minuto quizás. Sigue tomando notas, les cunde y de pronto está casi todo listo, así que paran porque es hora de comer. Lo deciden ellos satisfechos y con el trabajo hecho y acuerdan que uno vaya al pueblo a por comida con la idea de tomar algo rápido para retomar lo que queda con celeridad, o Vitalia perderá el último vuelo de regreso a Barcelona, tal como está previsto.

Nadie le consulta. Trabajan bien. Apenas falta ya colgar las piezas e iluminarlas.

El que ha hecho el recado en el pueblo regresa pronto y cargado de bandejas y Vitalia se une al grupo para montar una mesa con tablas y un par de caballetes en la parte de atrás de la casa museo, donde hay una explanada para furgonetas. Es un placer entregarse al almuerzo con el buen día que hace, ellos comen y ríen con la jovialidad de un grupo de amigos de colegio, los cigarrillos van y vienen y el humo facilita la comunicación.

Luce el sol, sí, y el aire tiene un frescor que estimula, que aguza la energía, y Vitalia se sumerge con agrado y sin la menor intención de intervenir en su conversación sobre recortes en las subvenciones a los museos, próximos proyectos y rencillas entre compañeros. No le viene mal estar así, al lado y sin que le hagan caso, para desconectar un rato de sus preocupaciones.

Se entera así de que estos técnicos trabajan sobre encargos y por horas, no es personal contratado, debería saberlo porque ella es ahora la responsable de cuanto suceda en la casa-museo, y quizás no les verá nunca más o puede que vuelvan a coincidir en no se sabe qué exposición, le confiesan ellos, pues su empresa da servicio a muchas empresas y son más de cien en la plantilla que van rodando por turnos.

Pero lo mejor de la sobremesa es sin duda la visita de Violeta. Vitalia la avisó por teléfono unos días antes, le dijo a esa mujer encantadora que iba a estar en la isla tal como acordó el día que se encontraron y charlaron después del funeral de Leonor. Violeta, a pesar de su avanzada edad, es muy despierta y le ha bastado con indicarle la zona aproximada donde se encuentra la casa museo. Por

lo que se ve, se orienta de maravilla, y ahí está.

—Vivo muy cerca, en Biniaraix.

La verdad es que no esperaba en absoluto que se tomara la molestia de acercarse a saludarla.

Violeta conduce y ha aparcado su destartalado Symca azul celeste muy cerca de la mesa. Llega a la hora de los cafés y se une dicharachera al grupo. Es su única familia, la única persona que le queda del pasado tras la muerte de Leonor, y siente que se parece un poco a ella, aunque más joven.

Mientras habla, Vitalia se distrae acariciando una mandarina con sus dedos largos y tan pálidos que parecen despedir una extraña y débil luz, se fija en los pendientes de ámbar de su visita, como dos pequeñas nueces colgantes, y también recuerda lo que le pasó antes, la visión que tuvo en la sala. Intenta retener la imagen que va y viene en su cabeza, duda de si la mujer que vio es rubia o morena porque lo que más le ha llamado la atención son sus ojos, pero es imposible concentrarse porque Violeta habla sin parar de flores y bulbos por trasplantar en el jardín y de que ha visto un par de cipreses enfermos… y además está el runrún de los operarios con los taladros que parece fundirlo todo.

Recogen juntas la mesa y friegan los platos, Vitalia pone a Violeta al día sobre su trabajo y la difícil relación que tiene con su madre, lo mucho que echa de menos a Leonor, hablan de cualquier cosa porque están a gusto juntas.

—¿Sabes por qué se arrugan las yemas de los dedos cuando, como ahora, friegas los platos?

—Supongo que porque los dedos absorben el agua, ¿no?

—Los dedos son mucho más sabios de lo que pensamos. En realidad se arrugan para poder agarrarse mejor a superficies húmedas.

La conversación prosigue con un vistazo a los avances con los dibujos de Solon que altera el ánimo de la anciana, que ha estado haciendo muchas muecas mientras pasaban por delante de los dibujos, como si le molestaran, o como si estuviera hablando sola, pero en cuanto han salido Violeta parece sentirse como en casa e incluso barren un poco el suelo de tierra y lo riegan, pues ninguna de las dos parece tener muchas ganas de entrar de nuevo, en el museo hace calor y ahí fuera están de maravilla, susurra Violeta con su característico buen humor.

Pero Vitalia está incómoda, no sabe a qué atribuirlo, quizás sea el recuerdo de la visión de antes. Para relajarse, propone dar una vuelta por el jardín y la recepcionista, amable, se ofrece encantada

a guiarlas, ya se ha dado cuenta de que Violeta adora la botánica y quizás así estará más entretenida. Total, dentro sólo queda esperar a que los demás terminen así que se aventuran por el jardín tras la recepcionista, que está feliz al ser de utilidad.

—A este museo aún no viene nadie y las jornadas aquí sola se hacen muy largas —confiesa.

Es comprensible, trabajar en medio de la nada puede resultar incluso inquietante, piensa Vitalia.

Los muros exteriores de la parte trasera están sucios de verdín y brillan de humedad. En medio hay una fuente con un diminuto estanque alrededor, es un lugar de silencio donde crece la hierba entre las junturas del pavimento.

Vitalia, tras valorar el conjunto, comenta que es curioso que haya tanta agua en un terreno tan seco, pues las fincas urbanizadas de los alrededores tienen un aspecto completamente distinto, seco y agreste.

—Es por el pozo —suspira Violeta, abanicándose un poco, como si tuviera calor—. Su agua nace allí mismo, en las rocas, fría y llena de encantamientos.

Vitalia también le ha caído bien, le gusta cómo la ha escuchado y le gustan sus reflexiones, y se lo dice con una sonrisa.

—Quisiera invitarte a ver mi bosque de bonsáis liberados, eso sí es un jardín que merece la pena visitar —añade, ufana.

—Oh, tengo que regresar esta misma noche —se excusa.

Violeta la mira con sus ojitos redondos muy abiertos, espera que ella añada algo, y así lo entiende Vitalia de inmediato.

—Pero quizás el mes que viene, cuando termine la exposición, podría reservarme una mañana o una tarde, me gustaría mucho.

Trato hecho y caminan juntas de regreso a la sala.

—Sí, —celebra Violeta— otro día te contaré más cosas, cuando vengas a visitar el bosque.

Ahora tiene que irse, de pronto le han entrado las prisas.

El resto de la tarde transcurre como la mañana, volando, y Vitalia termina de verificar los acabados de la exposición, la dirección de los focos y despide a los operarios después de firmarles los justificantes por el trabajo realizado y el parte de materiales. Ha sido sencillo y agradable.

Toma nota de lo que queda pendiente y le anuncia a la recepcionista que mandará a un nuevo grupo de operarios en cuanto llegue a Barcelona. Falta encargar tarimas a un carpintero para las piezas que van en vitrina, instalarlas e iluminarlas, en tres

o cuatro semanas el museo puede estar listo para abrirse al público y entonces podrá avisar a Walter Solon. Toma el taxi y más tarde su vuelo de regreso, sin contratiempos. Incluso echa una siesta en el avión, una en la que ve a las haditas y duendes de los dibujos correteando felices entre bonsáis, seguramente por culpa de Violeta que no ha parado de contarle maravillas sobre su bosque.

En sueños, uno de los duendes la mira, de frente, y en ese preciso instante su sueño muta en pesadilla y despierta sobresaltada. Siente que es insoportable no tener a nadie al lado a quien poder decir: «He tenido un sueño horrible» o «Protégeme» y está tan asustada que incluso se tapa un momento la cara con las manos. Un ser sin rostro acaba de decirle, con una mueca maligna: «En el agua se acaba y en el agua se empieza».

Capítulo 24 | El testamento

Apartamento de Vitalia, 1993

Ha caído de bruces en su trampa. Compró un contestador por si él llama cuando no está en casa o por si duerme. Se siente patética al hacer estas cosas… Pero cuando llega a casa se alegra sobremanera, ve el pilotito verde que parpadea y se hace la ilusión de que Ran por fin va a devolverle alguna de sus llamadas.

Se equivoca. El mensaje es de su madre. Es muy escueto. Leonor dejó testamento y ahora tienen pendiente el trámite de leerlo juntas.

Le gustaría ignorar este mensaje, pero le hace mucha ilusión estar incluida en el testamento de su bisabuela, así que no tiene más remedio que llamar.

—Hola, mamá.

—Hola, hija.

Qué extraño se le hacen estas palabras juntas. Se temía una reprimenda por haber viajado al funeral de la abuela sin permiso, contraviniendo sus deseos. Por eso se mantiene prudente y deja que Carol inicie la conversación. La teme y la odia, no puede evitarlo.

—No he sido una buena madre, he lastimado a mucha gente… Sobre todo, a ti.

Después de esta frase, que es una bomba en el ánimo de Vitalia, no responde porque no sabría qué decir, puede ser el miedo, porque del odio ya no se habla. Sobre todo, sospecha que no espera respuesta, que lo ha dicho para desahogarse. Carol está tan extrañamente cordial que Vitalia se relaja y hablan como podrían hablar con una amiga, una conversación que fluye inesperadamente porque no tratan ninguno de los temas que duelen, como si se hubiera operado algún cambio sutil e inexplicable entre ambas.

Vitalia atribuye esta cordialidad a la memoria de Leonor, las dos la respetan lo suficiente como para olvidar sus rencillas personales, o quizás ambas han revivido por un instante el recuerdo de los tiempos felices, y Carol se limita a explicarle los detalles de la lectura del testamento, que Vitalia desconoce por completo. Será la primera vez en su vida que viva estos trámites: cuando el testamento ha sido localizado, se examina para ver los nombres y

las personas que se mencionan en el documento deben ser notificadas.

Pero Carol ya lo ha resuelto casi todo.

—Ya han comprobado la firma y los herederos nombrados y sólo falta que me des tu dirección postal para que el notario te pueda mandar la notificación.

A Vitalia le parece de lo más significativa la necesidad de esta pregunta, imagina la cara del notario al descubrir que esta madre no sabe dónde vive su hija.

—Encontré el testamento de Leonor en la cómoda de su habitación y ya lo he depositado en el despacho del notario. Te deja a ti la casa de la montaña.

Nota que su madre está ofendida por esta preferencia de Leonor. A ella le deja varias fincas y la casa grande, pero la casita de la montaña es, aunque no tenga apenas valor económico, el más preciado elemento de su testamento. ¡Significa tantas cosas para madre e hija!

Estaba a punto de despedirse de su madre después de esto, pero de pronto se le ocurre contarle que ha conocido a Violeta, que fue amiga del abuelo Teo, del que no había sabido nunca nada y que le ha resultado muy agradable conversar con ella, le parece una ancianita entrañable y se han visto un par de veces… Este dato opera un cambio en Carol, súbito. Mentar a Violeta ha sido como mentarle al mismísimo diablo, es inaudito porque Carol rompe a llorar y le dice entre gemidos que la quiere, que la ha echado mucho de menos todos estos años, que se arrepiente mucho de no haber estado más con ella pero que no podía, no podía, no podía.

Lo repite tanto que a Vitalia le entra una bocanada de compasión por esa madre que gimotea, le apetecería incluso abrazarla para consolarla. Siente renacer una vieja inquietud, aquella fiebre que la consumía sin cesar en la infancia y adolescencia.

—Vitalia, no sé si podrás algún día entender por lo que he pasado.

—A estas alturas ya sé de casi todas las penas, mamá, puedes contármelo.

Quisiera volver a ver a su madre por primera vez en muchos años, con todas sus fuerzas desearía quedar con ella, citarla. Pero Carol se ha quedado muda y Vitalia también calla. Es otra manera de decir, el silencio.

Se conocen a fondo, temen confesarse este absceso de debilidad y esperan a que la otra hable, protegidas en el silencio. Hasta que

Carol se calma y le confiesa avergonzada que se siente fatal por este arranque sentimental y que lo está pasando mal últimamente, su hermanastro le está dando muchos problemas... Vitalia siente una punzada en el pecho que vuelve a distanciarla, de nuevo su hermanastro invade la relación entre ella y su madre. Apenas ha cumplido veintiún años y por lo visto ya no quiere estudiar y se pasa el día con sus amigos organizando fiestas, Carol sospecha que bebe… Vitalia no da crédito a lo que oye, parece una madre normal, como todas las madres, frágil y ofuscada y preocupada, pero por un hijo que no es ella.

Carol confiesa que está enfadada sobre todo porque Teo no quiso acudir al funeral de Leonor, y Vitalia en su fuero interno se da cuenta de que probablemente ni se dio cuenta de que ella sí fue ni le echó de menos.

Pero no lo dice, teme que su madre se lo tome mal e inicien una discusión.

—Me culpó de todo —ha dicho Carol, ajena a lo que hablar de todo esto supone para Vitalia.

Prosigue con el relato de lo mucho que Teo la hace sufrir, entre dolor de cabeza y dolor de cabeza por los nervios. Se encaró con ella y le dijo que iba a cambiarse de carrera y que no quería seguir viviendo en su casa, que quería marcharse cuanto antes, y de hecho ya tiene una habitación en un piso compartido. Ella y su padre trataron de frenarle, le rogaron inútilmente que recapacitara, que ya tendrá tiempo de irse a vivir solo cuando termine la carrera.

Vitalia ha escuchado con atención porque en lo que su madre le cuenta ha sentido muchos paralelismos con lo que hablaron cuando ella decidió irse a estudiar a Barcelona para alejarse de Carol. Siente que debe estar de parte de su hermanastro, pero algo inexplicable la ha hecho estar por un momento también de parte de Carol, ha conectado con sus preocupaciones de madre asustada.

—Alégrate, todo esto es positivo. Se está entrenando contigo para aprender a enfrentarse con el mundo. Debes permitírselo, ayudarle a cometer sus propios errores, a mí no me lo permitiste y así me ha ido...

Está dándole consejos a su madre pero también está desnudando, por primera vez en su vida, sus sentimientos. Pero Carol no quiere escuchar, e intercambian argumentos como los niños intercambian cromos, sin escucharse una a la otra, hasta que Carol confiesa que lo que más le duele es que tampoco ha sabido ser buena madre en esta segunda oportunidad.

Carol ha hablado de algo que estaba oculto bajo sus labios finos

y apretados desde hace tanto que el resultado es un llanto. De ambas. Un llanto silencioso que tratan de disimular llenándolo de palabras inconexas sobre lo que vivieron. Ninguna de las dos se abre del todo, pero se parece mucho a una reconciliación, y así lo reciben ambas, pues por fin se rinden.

—Te he echado mucho de menos, hija.

—Yo también a ti, desde el mismo día en que me dejaste en el colegio de las monjas, mamá...

Ahora es Vitalia la que nota que se le rompe la voz. Han pronunciado casi todas las palabras mágicas, pero falta lo más importante: aclarar por qué lo hizo, reclamarle a su madre el dolor que le causó, pedirle explicaciones. No puede decir más, vuelve a ponerse en guardia, estaba a punto de llorar también pero no quiere sorberse los mocos ante esa madre ausente que ahora ha llorado porque su hermanastro tampoco quiere estar con ella.

—Cuando uno es joven no sabe lo que hace y se equivoca. Los errores sólo los descubre la experiencia y yo siento tanto… —susurra Carol, compungida. Está, como siempre, buscando excusas. Su madre ha vuelto a ser la de siempre, una tramposa sin corazón.

Capítulo 25 | La niña mala

Apartamento de Vitalia, 1993

Pedro ha llamado a primera hora. Abre los ojos de mala gana y se levanta, ya es de día y todos deben levantarse y seguir adelante, y ella por su nueva situación está entre los que más, aunque el sol ya no brille como antes. Quizás no haya dormido, viene patoso, charlatán, encendido como si se hubiera reencontrado con la energía de su primera juventud, mueve los brazos en todas direcciones, las venas henchidas del vino de la víspera. Y cuánto le sobresalen los huesos de la cara, y cómo la mira con sus ojos brillantes como tizones, porque Pedro la desea sin disimulo ahora que ha vuelto a beber, está obsesionado diría cualquiera que le observara ahora cerca de ella y no intenta siquiera reprimirse, pero juega a ser buen samaritano con ella y le asegura que la visita porque se preocupa por cómo está.

—Hace días que no sé de ti, Vitalia. —Hace un ruido extraño con la boca y lo que dice lo suelta casi sin respirar.

Ella no responde, es de las que se callan las cosas. Abre la puerta y le deja pasar. La ha despertado pero no importa, le vendrá bien hablar con alguien, con un ser humano.

—Se te ve desmejorada, ¡qué falta te hacía que viniera a verte tu mayor hincha del mundo mundial!

Ella le observa de pie en medio del salón, no pilla la rudimentaria broma o no quiere darse por aludida, Pedro está abriendo los brazos y gesticulando pero la mirada de Vitalia es la misma que si observara un río tranquilo, perdida.

Para animarla, para que piense en otra cosa, le ha contado los últimos sucesos de su jornada laboral mientras Vitalia trata de acertar con la tapa de la cafetera y se pregunta cómo puede seguir él trabajando en su estado. Quizás ya no trabaja, por la hora que es.

Él sigue hablando por hablar, de bobadas, hasta enervarla, pero en pocos minutos ya está respondiendo a las preguntas de Pedro, que ágil la ha interrogado sin que ella se diera cuenta.

Se percata, sí, de su error cuando ya casi ha acabado de contarle voluntaria y detalladamente toda su historia con Ran. Que está triste. Que se ha enamorado. Que le contó cosas que quizás a él no

le gustaron, de cómo es ella, que está preocupada, que no sabe qué pensar… Las lágrimas se deslizan por sus mejillas y turban de tal modo a Pedro que da la impresión de que está a punto de llorar también.

Pero no por complicidad con su amiga, precisamente, sino porque le duele que ella esté enamorada de un estúpido que la hace llorar, así que se sirve otra cerveza y se inclina y hunde su mirada en el vaso.

¿Lo hace para mirarse en él o para beber?, se pregunta ella. Espera. Pedro tiene en este estado casi de meditación una gracia simple, natural, una gracia velada, cuidadosamente escondida.

—No se va a acabar el mundo por ese tipo, Vitalia, no deberías llorar por él… —sus palabras suenan graves y mimosas—. No hay que preocuparse nunca demasiado si algo no funciona, porque todo se repite en la vida, hasta los momentos que en un instante determinado consideras únicos. ¿Acaso él es único? ¿No podrías enamorarte de nuevo, de otro?

Pedro se muestra extrañamente sensato con lo que acaba de decir, sus palabras ayudan a darse cuenta de lo desmedido de sus emociones por Ran. Ojalá pudiera hacerle caso.

—Tienes razón, es necesario que piense un poco.

—En estos asuntos, cuanto más se piensa… peor.

Ella le ha mirado de veras por primera vez desde que ha entrado y observa que tiene ojeras. Entre risas y lágrimas se lo dice, para intentar cambiar de tema, y él se ofende medio en broma, aunque por dentro sabe que es cierto, que está desmejorado y debería cuidarse. En cambio, Pedro no para en todo el tiempo de moverse ni de hablar, poseído por una repentina y feroz energía.

—Tengo una misión.

Alcanza a decir algo más pero no se le entiende bien, sus palabras vienen quién sabe desde qué día. Porque Vitalia está preciosa en camisón y querría seguir ahí con ella todo el día, charlando de sus cosas, como antes, como cuando se veían cada mañana en la oficina y ella le hacía caso y le escuchaba. Pero ya antes sonaba una nota discordante que añadía complejidad a la pieza musical, sólo que Vitalia no podía o no quería escucharla.

Tendría que haberlo previsto. Porque entonces se acerca vivo, ágil, acude como una avispa y la abraza un poco mientras se lo confiesa todo a borbotones, y la pierde de nuevo porque Vitalia no está por la labor y se levanta brusca, airada. Tiene miedo, está alerta, sabe que Pedro es capaz de engatusar con maulas y zalamerías al mismo diablo, aunque la verdad es que hoy le nota

distinto, como en baja forma, el pequeño ataque de celos que han causado sus confidencias le ha dejado desorientado.

Pedro le confiesa que no sólo la echa de menos, es que además está harto de ser siempre el perdedor de todos los cuentos. Pero de inmediato deja de hablar de él y retoma obsesivo el tema de Vitalia y su amor por ese estúpido que le cae tan mal.

—Un hombre que te ama debe poder saberlo todo de ti y seguir queriéndote. Si ha hecho eso no te merece.

Tiene razón. Pero a Vitalia no le apetece aceptar que Ran no sea el hombre adecuado. Se siente de pronto muy débil y le apetecería volver a meterse en la cama y desconectar.

—Quizás deberías irte ya a casa, Pedro, estoy cansada y me gustaría dormir un rato más.

No responde. Mala señal. Se da cuenta de que le costará quitárselo de encima porque él está metido en un bucle de palabras inconexas con el que rumia cómo competir con Ran por su amor, piensa en voz alta aferrado al carajillo de coñac que él mismo se ha servido y ha apurado de un trago dos veces ya. Vitalia insiste, se levanta y da una vuelta por el salón, apartándose de él, es suficiente para constatar que no quiere irse, y entonces empieza a desvariar y Pedro le habla de un demonio que tiene dentro que le obliga a quedarse con ella para cuidarla, a seguir mirándola mientras duerme si es necesario, dice tantas tonterías que asusta.

—Vitalia, te quiero.

—Yo no, Pedro, estoy enamorada de Ran.

—Pero él no lo está de ti.

Es una frase simple, clara, y también es como una bofetada. Vitalia se acurruca en el sofá y vuelve a llorar, se ha mareado un poco de la impresión porque sabe que es verdad, sabe que Pedro le ha dicho la verdad. Ya no dejará de hacerlo:

—El principio de tus senos, que estoy mirando, me enloquece, Vitalia…

Quiere abrazarla pero le aparta de un manotazo y llora. Hacía demasiado tiempo que no lo hacía, estuvo a punto con su madre al teléfono el otro día pero ahora ya no trata de evitarlo. Llora durante unos minutos hasta que los sollozos van retardándose, permanece quieta y parece dormida pero su respiración entrecortada la estremece de vez en cuando.

Pedro la mira, desde la ventana, sin moverse ni decir una palabra, está fumando y pensando para sí que hay mujeres en las que el amor de un amante apaga todos los demás amores. Por eso

en cuanto Vitalia parece más calmada intenta hacerla reír de nuevo, bromea, farfulla que llueve y hace demasiado frío para pasear pero que pueden bailar en el salón, que va a poner música como aquel día de la fiesta de Navidad de la empresa en que bailaron juntos.

Vitalia ni siquiera recuerda esa fiesta de Navidad, no reacciona, permanece inmóvil, aparta la mirada de Pedro y observa la pared del recibidor, inmisericordemente gris.

No va a rendirse, Pedro está en plena lucha con la ternura, la voluntad, el sacudimiento del deseo, todo le puede y se vuelve a acercar a ella, agita su índice como si dijera: «Venga, venga, chica mala, deja ya de hacer pucheros» y tiene los ojos entrecerrados como un demonio, mueve la lengua sobre los dientes.

Entonces parece que va a marcharse porque se dirige al recibidor, pero sólo se quita la chaqueta para colgarla del perchero, con parsimonia, y luego se da la vuelta y la mira de nuevo y empieza a desabotonarse su camisa mientras sigue hablando de todas las cosas que ha sentido y soñado hacer con ella desde el primer momento en que la vio.

—Por lo perdido, entonces –exclama Pedro, levantando el vaso en un brindis al aire.

Llueve a cántaros fuera, con un ruido atronador, y él no va a irse porque la necesita como el aire que respira y por eso le baja las bragas sin preguntar y le acaricia los muslos para que los abra, tan cálidos y de tersura perfecta, tan inflamables y fáciles de convencer. La aprieta con tal fuerza contra su cuerpo que el deseo, no menos que la compasión, se le hace a Vitalia insoportable y se abandonaba y corresponde a sus besos, si no con afecto, sí con el deseo de quien necesita mucho consuelo.

Capítulo 26 | La investigación

Casa-Museo de Sóller-Barcelona, 1993

Todos tenemos un ángel de la guarda o como queramos llamarle que está a nuestro lado en todo momento para protegernos, guiarnos, hacernos la vida más amable. Pero una sola vez al año se va de vacaciones y nadie sabe durante cuánto tiempo se ausentará, y así es para Vitalia ahora, las cosas empiezan a verse bastante mal porque el suyo quizás lleva ya en paradero desconocido demasiado tiempo.

—¡Extraordinario! ¡Realmente extraordinario!

¿Qué están diciendo? No le parece extraordinario en absoluto, sino terrible. Todo el cuerpo, todas las fibras de su ser, se han puesto a temblar con la noticia.

—Si no hay fenómeno de la naturaleza eternamente duradero, cómo habría de ser el arte un bien perenne —prosigue por teléfono el insensible responsable del museo, cuya actitud no resultaba nada tranquilizadora. Parece ido, trastornado.

Toma el primer vuelo hacia Mallorca, si lo que le han contado por teléfono es cierto es un tema muy serio, está aterrada. A media mañana, gracias a un taxi viejo y destartalado, está de nuevo en el palacete y la reciben compungidos la recepcionista y el responsable del montaje y el jefe del sistema de seguridad, que le entrega un informe con referencias de lo que titula como circunstancias de desaparición. Aún no han avisado a la policía, están esperando a que alguien tome una decisión.

La recepcionista sigue tan poco centrada como cuando hablaron unas horas antes al teléfono, y los demás presentes están peor si cabe, en pleno ataque de ansiedad. Por más que elucubran posibles respuestas para este misterio, todo lleva a la desoladora sensación de haber dado con un laberinto donde siempre quedan callejones sin salida por recorrer y puertas por probar de abrir.

Los dibujos han amanecido sin personajes. No sólo los que transportó Vitalia, sino la colección completa, los ciento once. En todos y cada uno están los fondos, impecables, pero de los seres feéricos no queda una mota de pigmento.

¿Qué demonios ha sucedido? Ruedan, sin parar, saliendo

disparadas diez, veinte, cincuenta ideas. Retiran uno a uno los marcos de las paredes y los disponen sobre la mesa, ella sigue la operación observando con atención. Pero cuando los abren simplemente verifican lo que ya habían sospechado antes de que ella llegara.

—No cabe duda, son los originales, sólo que los personajes están borrados —musita, temerosa de lo que acaba de constatar.

Vitalia advierte que al pronunciar estas palabras pasa una sombra por el rostro de los presentes. Resulta sorprendente comprobar que cada una de las hojas era auténtica, como puede verificar por las firmas y sellos de la parte de atrás de cada una, debidamente fotografiados por ella misma hace apenas unos días, antes de entregarlos.

Han seguido los protocolos y así se lo demuestra a los dos policías que han acudido al cabo de una hora para tramitar la denuncia.

Los agentes, menos impresionables, desconfían de todos y hacen muchas preguntas:

—¿Y dice que no ha entrado nadie después del montaje de hace una semana?

—No.

—¿Usted misma se ha estado encargando de cerrar las puertas y ventanas todos estos días? ¿Las aseguró debidamente y prendió la alarma?

—Sí.

La principal sospechosa es la recepcionista, pues. Por eso le toman declaración, sobre todo, a ella.

—¿Seguían bien cerradas esta mañana cuando llegó?

—Sí.

Toman los datos de todos los presentes, solicitan el listado de todos los operarios que han intervenido en el montaje, incluso del carpintero que tiene el encargo pero aún no ha pasado ni a tomar medidas.

Vitalia escucha muy atenta todas estas gestiones, pero por dentro siente un remolino de dudas. Ella sí sabe que nadie ha cambiado los dibujos, no le cabe la menor duda, por mucho que los policías están ya barajando la posibilidad de una falsificación impecable de los fondos y un cambiazo. ¿Por qué haría alguien algo así, tan rebuscado, en todo caso?

Lo más interesante, para Vitalia, es cuando un agente se pregunta en voz alta por qué narices Solon se ha gastado una

fortuna en una exposición que no iba a ver nadie, sólo él, que es lo que han averiguado de la declaración de la recepcionista.

También musita que sin duda alguien más ha podido entrar, aparte de los presentes, quizás la recepcionista ignora cuántas llaves hay. Ella misma reconoce esta posibilidad y les ruega a todos que confíen en su inocencia.

Vitalia siente sudores fríos. Un dibujo puede ser destruido de mil maneras, quemado, perdido para siempre, robado… Pero que se haya borrado así, parcial y selectivamente… ¿Se habrán deteriorado por la exposición continuada a la luz?

Se lo ha consultado a los restauradores de Barcelona por teléfono, muy seria, y su respuesta es la que esperaba.

—Imposible —exclama secamente uno de los dos, al que no es capaz de identificar por la voz. De hecho, de poco le hubiera servido, en todo caso, pues ni recuerda sus nombres, de los nervios.

El otro, tenga la cara que tenga, añade:

—En todos los museos, también en éste, se diseñan ciclos de rotación para exhibir las obras sobre papel, hace cincuenta años las cosas no eran así pero en todo caso... Quizás los montadores han hecho algo mal?

Visiblemente ofendido por las acusaciones de los restauradores, que Vitalia retransmite muy seria, el director de la empresa de montaje eleva en el aire sus rollizas manos, arrebatado, con una ligera carraspera que delata su incomodidad.

Ahora también él es muy sospechoso. Vitalia ya ve sospechosos en todas partes.

—Y, sin embargo, —agrega ella, casi sonriendo por el nerviosismo acumulado—, se han borrado sólo los personajes de los dibujos…

Están todos en la zona trasera, a las puertas del museo, todos de pie, incómodos, prestando declaración.

—Tal vez hayamos cometido algún error —apunta el jefe de montaje, al que han solicitado ya la lista de sus empleados, pues sobre él recaen ahora también las sospechas.

Tiene el mechero en la mano y trata de encender con él, infructuosamente, un cigarrillo arrugado que guardaba en el bolsillo de la americana.

Los agentes confiesan que nunca se habían encontrado con un caso así, pero tratan de hacer su trabajo con rigor, paso a paso, aunque en esta situación, se sienten más dados a la elucubración

que a la reflexión.

—Quizá… —añade la recepcionista, también.

En todo caso, por más que proponen hipótesis, algunas francamente descabelladas, es imposible comprender que se hayan borrado parcialmente todos los dibujos cuidadosamente enmarcados, sellados y expuestos en perfectas condiciones. Vitalia se muestra fría con todos, le repugna la egolatría que ha observado a lo largo de la mañana, también en uno de los agentes, un hombre prodigiosamente corpulento, todo músculo pero de rostro menudo y con una enorme papada que le cae en dos perfectos pliegues sobre el cuello, un manojo de nervios y de sudor que toma declaraciones al azar.

Con semejante equipo de investigación al mando Vitalia se siente impotente, bloqueada. Por más que piensan y recapacitan, juntos y a la vez cada uno ensimismado en sus pensamientos… No avanzan. Por eso ella repasa posibles hipótesis diferentes a las planteadas hasta el momento. Los tejidos de papel son muy susceptibles a la degradación causada por acción física, química, mecánica y biológica, sin embargo, en primer lugar… No cabe pensar en un maltrato por parte de la casa museo, pues estaban perfectamente sellados.

Ella, con sus propios ojos, vio cómo respetaban todos y cada uno de los protocolos previos y posteriores.

Los agentes se despiden, le entregan copia del parte y le indican que tiene que acudir a comisaría para presentar la denuncia en firme. Investigarán, claro que sí.

Vitalia vuelve a entrar en el museo y repasa concienzudamente su diario de trabajo, donde tiene anotados meticulosamente todos los datos, verificados antes, durante y después de la instalación de la exposición: la temperatura y condiciones, las medidas de los marcos y el sellado de cada pieza, que se realizó en su presencia y sigue intacto excepto los dos que han abierto para comprobar que eran los dibujos auténticos y no ha habido cambiazo, la iluminación adecuada, los ángulos y distancias, las condiciones de humedad de la sala… todo está conforme.

Correctamente almacenados, protegidos del daño de la luz, la contaminación atmosférica, el moho, y plagas de insectos, catalogados, y dispuestos en orden cronológico... Y ahora parcialmente vacíos. Caprichosamente borrados. Y, por mucho que busque hipótesis, cuanto antes tendrá que afrontar el trago más difícil, llamar a su jefe y contarle lo que acababa de comprobar con sus propios ojos. Sospecha que puede enfadarse mucho. Y también despedirla.

Capítulo 27 | El dinero

Barcelona, 1993

Walter Solon parece habérselo tomado con asombrosa calma, es un señor y disimula muy bien su ánimo. Vitalia esperaba esa frase. Suelen decírsela las personas mayores a los jóvenes: “No estás en el buen camino”, “Algo habrás hecho mal”.

Pero no lo ha dicho, ni nada parecido, y sin darle más importancia a esta curiosa reacción, pero sensiblemente más relajada, pues ya no ve tan cerca la amenaza de que la despida, le confiesa por teléfono hasta qué punto duda de la pericia de la policía y de los responsables de seguridad y de montaje del museo.

Así se lo describe: todos parecen desorientados, y ella también lo está pero hará lo posible para que se averigüe lo que ha podido suceder, y en todo caso ya ha verificado con el seguro que abrirán una investigación pero que de momento hay bastantes posibilidades de cobrar una parte importante del valor de la pérdida de los ciento once, aunque habrá que argumentar muy bien lo que ha sucedido porque es un caso de lo más misterioso… Solon la interrumpe.

—El dinero no importa. El valor de los dibujos no entra en consideración, deposité afecto en ellos y bajo ninguna circunstancia deseo abandonarlos, desearía no tanto recuperarlos sino comprender qué puede haber sucedido, créame que es esto lo que de verdad me interesa. Saber. Comprender qué significa.

Vitalia observa en un libro que hay sobre la mesa de la recepción una fotografía en la que un Solon joven avanza hacia la cámara, montado en una bicicleta, en perfecto equilibrio. Era muy apuesto. Y sigue teniendo una mirada seductora a pesar de las profundas arrugas que bordean sus ojos. No podría explicar por qué, pero le admira cada vez más, siente seguridad cuando él habla.

Sin duda está tratando con a un hombre inmensamente interesante, rico y con mucho apego a lo que ama, o miedo a perderlo, que viene a ser lo mismo.

Solon, ajeno a las ensoñaciones de Vitalia, describe desde el otro lado de la línea hasta qué punto ha basado su vida en el consuelo que le brinda lo pequeño, lo efímero, lo condenado a desaparecer pronto sin dejar huellas, el equilibrio entre la razón y las emociones…

Es el equilibrio de la fotografía de la bicicleta, se dice Vitalia, aturdida por el exceso de información que gira en su mente, y Solon carraspea, quizás se ha dado cuenta de lo abstraída que está su interlocutora, y prosigue, más firme. Dice que, precisamente por eso, por lo importante que es para él lo pequeño, lo casi invisible, no desea que nada desaparezca ni tirar la toalla dejando de buscarlo. No aceptará el seguro como consuelo ni está pensando en todo esto a cambio de ninguna compensación económica, confiesa que le horroriza haber perdido los dibujos como le horroriza cualquiera de las pérdidas de su vida: porque no entiende por qué. Y quiere entenderlo, ahora o nunca.

Se siente incómoda por el cariz íntimo y emotivo que parece haber tomado el asunto para Solon, así que trata de contrarrestarlo con profesionalidad:

—Quizá no le importaría indicarme si sus sospechas apuntan en alguna otra dirección... —ruega Vitalia.

Es elemental, necesita su colaboración y no sus confesiones de quién sabe qué sucesos pasados y terribles, a juzgar por los comentarios empañados del anciano, ya tiene suficientes problemas en su vida como para conectar así, de improviso, con los de otra persona, quiere pistas para actuar, para ponerse en marcha, por su peculiar carácter bien sabe Vitalia que suele necesitar la mayor cantidad posible de instrucciones, incluso para levantarse por las mañanas, o no se movería.

—Tengo mis sospechas, pero no puedo responderle a eso, no de momento.

Solon parece precavido. Demasiado.

Vitalia tampoco quiere precipitarse, se limita a compartir con él lo que ha logrado averiguar por su cuenta, y no es gran cosa. Le relata así que, aunque los responsables del museo han planteado la posibilidad de que las obras se hayan cambiado por otras en algún momento del proceso de verificación, del que era responsable Vitalia, le puede demostrar —porque no alberga ninguna duda de ello—, algo sin duda sorprendente... Que los dibujos que han encontrado vacíos son los originales.

Además, detalla que en el museo no falta nada más, ni un humilde lápiz, ni hay puertas o ventanas forzadas.

—Piense, piense, Vitalia...

—Le aseguro que voy a dar vueltas en mi cabeza a todos los hechos, Sr. Solon, pero no espere milagros... y si se me ocurre algo desde luego me pondré en contacto con usted de inmediato.

No logra disimular del todo que está confusa y ofendida con lo

absurdo de las precipitadas e insistentes exigencias de este hombre, pero también se siente honrada, estimulada, o puede que lo que la estimula es que le sigue pareciendo muy atractivo cuando le habla con tanta confianza en ella... Siente cómo sube el rubor a sus mejillas y le entran ganas de reírse del azoro, pero se reprime.

—Así lo espero —susurra Solon— estos dibujos son mucho más que dinero para mí, deposité en ellos el sentido de mi vida y tengo muchas esperanzas en usted, señorita.

—Averiguaré qué ha sucedido, no lo dude —responde Vitalia, un poco impresionada por el tono lúgubre de Solon, que le parece excesivo y, por tanto, peligroso para ella.

Tendría que ser más prudente. No se conocen lo suficiente y ya le ha dado su palabra de nuevo. Qué falta hacía adquirir esa nueva responsabilidad, sabe que se ha precipitado con las exitosas expectativas sobre su capacidad de investigación que le ha ofrecido a Solon, pero ya no puede echarse atrás. De hecho, intuye que está haciendo lo que considera que debe hacer, que a menudo suele ser mucho más de lo que se espera de ella… Y entonces llama su atención el piloto verde del contestador y cuando escucha el mensaje siente un escalofrío, alguien más ha llamado mientras hablaba con Solon:

—Vaya, Vitalia, no te encuentro, debería haberte llamado ayer, espero que no me lo tengas en cuenta cuando escuches este mensaje. Es importante que hablemos, me he metido en un lío, te dejo mi nuevo número de teléfono…

Es Pedro y tiene algo que contarle. Mala suerte, no le apetece verle después de lo que pasó. No de momento. Pero esta llamada alarma. Él la conoce muy bien y quizás se trata de un burdo truco, un pretexto... ¿No estará acaso buscando excusas para evitar que ella haga lo que tiene previsto, apartarse de él? Quizás tendría que hacerlo. Dejar de verle definitivamente.

Tiene la sensación de que sólo le va a traer problemas, así que pone música y hace frente con decisión a la información que ha recopilado en Mallorca, debería ponerlo todo en limpio y trazar su estrategia de investigación, dibujar hipótesis, revisar quiénes tenían acceso a los dibujos… pero es inútil, no logra concentrarse. Vacila. Ese tono de voz la ha inquietado lo suficiente como para que aún sienta la necesidad de devolver la llamada, se sentiría peor si no lo hiciera, pues lo que dice es lo de menos, no es lo que la ha asustado, sino el tono de su voz.

Da miedo. Parece enfermo o herido o… Su voz angustiada, le costaba vocalizar y no parecía borracho ni fingiendo. Y eso es peor, plantea un panorama turbador. Preferiría que se hubiera

comportado como de costumbre, que fuera el borrachín que ella conoce. ¿Podría ser que Pedro esté perdiendo la razón? ¿Qué otra cosa puede pensar?

Deja de darle vueltas y llama. Por si acaso, ante la duda… pero al otro lado nadie atiende. Quizás, con las prisas, se ha equivocado de número… Vuelve a marcarlo, con idéntico resultado, así que para quedarse tranquila tendrá que esperar a que él se ponga en contacto de nuevo o en todo caso tratar de localizarle el lunes en la oficina de objetos perdidos, cuanto se pierde está allí, a partir de las nueve.

Capítulo 28 | La mente quiere creer

Barcelona, barrio del Borne, 1993

Termina de arreglarse, sin muchas ganas, la promesa de cambio a mejor se presenta cada vez más diluida, se va con el último remolino por el desagüe a ninguna parte, como los dibujos desaparecidos, menuda mala suerte ha tenido con su primer encargo. Y una hora más tarde está frente al restaurante que ha elegido Ran. Cruce de la calle... y la entrada ¿a la contienda?

Dulce y dorada la pupila, Vitalia espera pasiva a que él reanude la conversación. Ahí le tiene, de nuevo frente a frente y sigue mandando él sobre los ritmos, los silencios y las emociones. Se ha puesto su vestido preferido, de color miel, el que se transparenta un poco a la altura del escote, pero él ni se ha fijado y ahora ha salido un momento para hablar por teléfono.

Las dudas palpitan en ella como una mariposa nocturna, ciega y desamparada, le gustaría averiguar por qué no la ha llamado durante todos estos días, por qué se muestra indiferente y frío, pero se esforzará para no preguntárselo, sería humillante. Le ve cambiado. Da la impresión de estar inquieto y desorientado todo el tiempo, como si dudara de algo indefinido, no queda nada del aplomo y la seguridad que transmitía la última vez que le vio y Vitalia no puede menos que echar de menos la ternura con que la trató. Luego apenas han hablado por teléfono, cada vez menos, y finalmente el silencio, los kilómetros de separación entre ellos, el dolor punzante que no desaparece porque se siente incapaz de dominar su ánimo.

Pero no va a decirle nada, se repite cuando Ran vuelve a sentarse y se pasa la mano sobre la cabeza, inclinado hacia el suelo, y no la mira. No le ve la cara apenas pero entonces empieza a hablar y sí la mira y a los ojos y el corazón de Vitalia vuelven a latir como un pajarito y por un instante siente encenderse la llamita de la esperanza al cruzarlo una mirada con él, quizás si la mantiene todo podría estar de nuevo en orden... está desvariando.

—Me voy a quedar sin agencia, fui muy atrevido porque no contraté seguro para la restauración de los dibujos y ahora los abogados de Solon culpan a mis restauradores de alguna modificación en los pigmentos, de haber corrompido los dibujos de

algún modo que ni ellos saben explicar y me reclaman una cantidad endiablada de dinero… Tendré que venderlo todo, tendré que cerrar.

Habla tan desordena y velozmente que a Vitalia le cuesta atrapar todas las palabras, parecen ráfagas desencontradas tras las que sigue un silencio incómodo. No esperaba, además, que la hubiera citado para hablarle de su trabajo, aunque en este caso tenga tanto que ver con ella porque es ella, precisamente, la que ha propiciado el desencuentro con su principal cliente.

—Mis abogados me han asesorado —prosigue Ran, ajeno por completo a las fluctuaciones anímicas de Vitalia—, tengo que actuar con delicadeza, hay que prescindir de denuncias para evitar el escándalo…

—¿A cuánto asciende ese total? —interrumpe Vitalia para entrar, por fin, en el monólogo de Ran, que sigue sin mirarla directamente, esquivo y profesional.

—Un millón de euros, Vitalia.

No puede creerlo. Pero por lo visto es la cifra que los abogados demandan y legalmente están en su derecho. Ciento once dibujos que salen… Vitalia mira al techo y calcula, mentalmente.

—¡10.000 euros por grabado!

—Lo sé, parece mucho, pero yo mismo los tasé, Vitalia, fui el encargado de adquirirlos hace casi quince años para su colección, cuando apenas había empezado a soñar en tener algún día una agencia. Me los vendió un coleccionista italiano y Solon los compró por el equivalente a 50.000 euros y con el tiempo se han revalorizado, ahora es una colección completa...

—No lo entiendo… lo que pide es mucho más… es el doble, es demasiado… —habla con las manos cruzadas sobre el pecho. Su personalidad consiste en eso, en tratar siempre de arreglarlo todo a cambio de nada y en alterarse ante las injusticias, como si en efecto fuera la monja de la caridad en la que trataron de convertirla en el colegio.

—Sus abogados arguyen daños morales, valor sentimental y todo ese tipo de asuntos que permiten, prácticamente, ponerles el precio que quieran.

Mensaje recibido. Durante la última semana él se ha sentido abrumado por todo esto, tal vez incluso una pizca contrariado con ella, así que Vitalia está directamente avergonzada por haber participado en los negocios artísticos de Solon y Ran con tan triste resultado, un desastre que se ha activado de la manera más absurda y en el momento menos adecuado, pero si justo acababa de

empezar en el puesto, es inexplicable. Tendrá consecuencias y van a fastidiar precisamente al hombre que confió en ella, el que le presentó a Solon, el hombre al que ella ama…

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor? —susurra mientras se levanta de su silla dispuesta a sentarse junto a él y, quizás, abrazarle.

—Vitalia, no es el momento —casi grita él, violento.

Ran está mirándola de nuevo con frialdad, ha echado también una mirada alrededor, inquieto, como si buscara ayuda. Pero si actúa así porque está estresado, porque tiene problemas con sus negocios, ¿qué culpa tiene ella, al fin y al cabo?

Se reafirma en algo que ya pensó el otro día la pequeña porción lúcida que queda en su cabeza. Él recibió el encargo de localizarla, él decidió seducirla y prometerle un amor de mentira que ni siente ni ha sentido en ningún momento, él jugó… Y ella se ha responsabilizado de una exposición que se ha ido al garete. De esto tampoco cabe duda.

—Pero Solon dijo que el dinero no importaba.

—No es cosa suya, son sus abogados, en quienes él ha depositado la gestión de su patrimonio. Son aves de rapiña.

—Pero podrías hablar con Solon, llegar a un acuerdo… Me ha encargado que investigue qué puede haber pasado, estoy trabajando en ello.

—No voy a llamarle, y además éste no es el problema.

—¿Cuál es el problema, pues?

—No te lo voy a contar. No a ti precisamente...

Ahora es Vitalia la que aparta la mirada. Le está hablando mal sin motivo. Está creando nuevas formas de ser odioso, y con éxito.

Ignora si Ran se ha trastornado o ya lo estaba y ella no supo verlo, lo que está claro es que lo que le hace no es de recibo. De todos modos, ahora se da cuenta, también estuvo sin atender a sus llamadas, días antes de que sucediera lo de los dibujos en Mallorca. La ignora, quizás la odia, la aparta de su lado. ¿Pero para qué la ha citado, pues?

Es como si tratara de acercarse a ella y cuando ya la tiene enfrente de pronto le hubiera dado un sopapo en los morros. Ya la recibió mal, pero esto empeora. En primer lugar, Vitalia no ha reaccionado, la postura de Ran es un golpe que no produce ruido alguno ni hace sangrar la nariz, pero en cuanto cae en la cuenta de lo que está pasando se siente aturdida y avergonzada y le da mucha, muchísima rabia sentirse así.

Su relación fue un capricho de un par de noches que él no tenía previsto llevar más allá, ahora ya no le cabe duda, y de ahí sus malos modos cuando trata de acercarse a él, de darle cariño... ¿Porque si no es eso, qué otra razón puede haber? A todo esto le entran ganas de salir corriendo, de dejarle ahí sentado con su mal humor y sus malos modos, pero sabe que ésa es la actitud con que ha afrontado los problemas durante toda su vida, escondiéndose como un ratón en la madriguera o huyendo, y siente lástima de sí misma porque es lo único que se le ocurre.

Ran se atusa el pelo con gestos estridentes el tiempo suficiente para que ella medite y decida, en apenas treinta segundos, que va a quemar las naves, será más transparente que nunca, le atacará con lo que menos espera, con su verdad, entera y plena como una fruta que por fin hubiera madurado y cayera del árbol.

Será valiente por primera vez en su vida.

—Ran, confié en ti porque me hiciste creer que me amabas. No soy alguien que se enamore fácilmente, pero lo hice contigo, y quiero que sepas que me arrepiento.

No responde, se ha quedado clavado en la silla, sigue ahí como si la escuchara, pero no oye una sola palabra; completamente inmóvil... las manos enlazadas con fuerza.

Hablará ella, se responsabilizará de lo que siente por él y de sus contradicciones. Siempre tiene que haber una primera vez para todo, así que prosigue porque además ahora ya no siente que tenga nada que perder.

—Y tampoco he sido muy buena contigo, Ran, lo reconozco. He sido ruin, mezquina, vengativa.

—¿A qué te refieres? –pregunta él, en un tono completamente distinto al que ha usado hasta entonces, de pronto es dulce, meloso — Eres encantadora... sencillamente encantadora —añade mientras la besa, tan tibia y suavemente que Vitalia se confía, quizás sí puedan comprenderse y amarse y confesarse sus secretos. Le cuenta lo mal que se sintió después de quedarse sin trabajo y cuánto le echó de menos, lo rabiosa que se sentía porque él no la llamaba, y se lo ha vuelto a hacer de nuevo luego, y ahora le habla así, como a una enemiga o una empleada díscola… Ran calla, quizás teme lo que ella pueda contarle.

Ciertamente tardó mucho en volver a contactar con ella, y ahora le gustaría averiguar cómo se sintió ella, por eso deja que hable, que se desahogue, ha dejado de mirar el plato como si estuviera a punto de dormirse y la mira a los ojos.

—Me he acostado con otros desde que empezó lo nuestro.

Ran calla y aparta la mirada.

—No sé ni por qué actué así –prosigue Vitalia—, supongo que las circunstancias… Pero ahora la verdad es que no sé ni por qué me preocupé por ti cuando lo hice.

No la deja terminar. Le ha dolido, sin duda.

—Las circunstancias nunca exigen ese tipo de cosas —se apresura a apuntar él.

Parece enfadado, se le ha descompuesto el rictus, tiene un pequeño tic que le hace temblar el labio superior. Le besaría, le produce ternura verle así, y al mismo tiempo le odia. Es casi lo mismo que sintió hablando con su madre por teléfono, la intensa sensación de discordancia de nuevo, y otra vez no sabe cómo expresarla, ni qué hacer con ella. Vitalia no cree que este paralelismo sea casual ni inofensivo. En absoluto.

Para poner un poco más de luz, trata de explicarle que para ella lo que hizo no tuvo importancia respecto a lo que sentía por él. Que era otra cosa. Algo que no puede contarle… Ella ha sido siempre así, una coleccionista de innumerables amantes cada vez que se ha sentido insegura, y en consecuencia una analfabeta en las emociones compartidas porque nunca pretendió tener pareja.

Hasta que le conoció y decidió confiar en él.

Le mira de nuevo, pero Ran baja la cabeza. Ahora es él el que parece necesitar irse del restaurante, pero tampoco se mueve, ambos están secuestrados en una telaraña de razones de las que no saben cómo zafarse. Sospecha también que es imposible que él entienda lo que ha intentado explicarle, aunque no lo reconozca, Ran es de los que hubieran deseado encontrarla limpia de cualquier experiencia, hubiese deseado que la vida, el amor, el sexo, todo lo hubiese descubierto a través de él. Que él fuera el elegido para iniciarla.

—Tú sabes tan bien como yo que las cosas nunca pasan hasta que han pasado. Fue así, no debes darle importancia, Ran…

—¿Quién fue? —pregunta él, rudamente.

—El primero no sé ni cómo se llama, no tiene ninguna importancia. Ni siquiera recuerdo su nombre y dudo que vuelva a verle.

Ambos callan. El camarero ofrece la carta de postres, que rechazan desganados con un leve movimiento de cabeza, trae la cuenta con los cafés pero aún así permanecen un buen rato ahí sentados, como si les hubieran pegado a la silla, concentrados en sus respectivas parcelas de dolor y un poco también en cómo se ha ido adornando el mantel de cercos violáceos de las copas y los

marrones de las tazas.

Tienen la sensación de que las han ido moviendo por la mesa, alternativamente, como se mueve la torre en una partida de ajedrez, adelante y atrás y vuelta a empezar, cada uno con su estrategia. Ambos están cada vez más nerviosos y entonces Vitalia estalla. Lo necesita. Quiere que él la comprenda, que no la odie. Por eso le cuenta también un extraño incidente que tuvo lugar hace unos años. Ran escucha ahora mirándola a los ojos, ha notado una nueva inflexión en la voz de Vitalia, ha percibido la absoluta franqueza de sus palabras. Y de la nada le llegó una carta de una mujer que había estado con ella en el colegio de monjas. Incluía algunas fotos. En una de ellas, un hombre agradable y canoso sostenía la mano de una niña: era Vitalia.

La mujer que le mandó la carta es una compañera mayor que ella, a la que no recuerda, pero que recuerda muchas cosas, quizás demasiadas, de la infancia de Vitalia en aquel lugar. En la parte de atrás de la foto, Vitalia leyó: «Este viejo solterón adoraba a los niños. Los sábados, cuando nadie te visitaba y te quedabas sola en el colegio, él les pedía permiso a las monjas para llevarte al cine». Estaba fechada el día en que expiraba el año. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y entonces nació en su corazón la cruel esperanza de que todo fuera un sueño.

—Esa foto trajo a mi mente algo que yo había borrado durante tantos años... Cuando yo tenía apenas diez, este señor abusó de mí.

Cruza las piernas; se alisa, con el dorso de la mano, el reborde de la falda, se queda muy quieta. No se siente como había imaginado. Todo está bañado con el blanco cegador de los focos halógenos, también la confesión de Vitalia, que se siente en el punto de mira y no soportaría un interrogatorio. Dos niños pelean en una mesa y casi tiran un vaso, perro en la calle, póngame un gin-tonic.

Ran la observa y calla, tiene la mirada turbia, bebe incómodo de su copa, a pequeños sorbos y luego escruta vagamente el suelo y deja la copa con una expresión de angustia, con la mirada fija en el vino como si al beber hubiera visto una araña o una mosca dentro del vaso. El camarero no se ha atrevido a retirar nada, ni a acercarse siquiera, probablemente ha observado que están hablando de temas íntimos.

Esta confesión de Vitalia les ha descompuesto el rostro a ambos y por eso ella se toma su tiempo y no prosigue aún, no le cuenta cómo ha recordado que ese señor la besaba en el cuello y en la boca con la lengua erecta y le decía que no tuviese miedo mientras le quitaba la ropa, que el amor es más grande que todas las cosas, incluso que el dolor... Está, de nuevo, separada del mundo y de Ran

por un muro invisible de tristeza.

Él sigue mirándola, se ha transformado como cuando ves una tarjeta postal y luego la vuelves para ver lo que hay escrito atrás. Sirve vino de la botella que está aún a medias sin siquiera mirar a los camareros, quiere alargar esta sobremesa, quizás le gustaría que pudieran emborracharse juntos para purgar sus culpas y sus penas, y todo esto lo planifica en silencio, no sabe qué decir.

Vitalia observa que tiene el pelo mojado pegado al cuello por el sudor. Necesita que ella hable, él no puede, no debe.

—¿Qué te hizo?

El amor de Vitalia —o lo que fuera que había antes de esta pregunta— se desvanece. Se siente lejos, indiferente, como si hubiera vuelto a quedarse sola. Esta pregunta, tan obvia, por un extraño mecanismo de su sensibilidad de pronto lo ha estropeado todo. Como la humedad de un abrigo mojado que se tiende a secar sobre la estufa, se evaporan sus ganas de seguir hablando con él. ¿Qué espera que le responda?

Se pregunta por qué está de nuevo aquí sentada con Ran mientras remueve su café, muy despacio, con una cucharilla larga. Es algo que ha sabido hacer muy bien en su vida; ir en círculos una y otra vez.

Amor. Dos vocales, dos sílabas, dos idiotas.

No sabría concretar por qué, pero le odia y no va a regalarle los detalles. Las confidencias cuando el amor no es suficiente producen esas catástrofes, ella hubiera agradecido tanto un abrazo, alguna señal de compasión… Pero él es el sol y la abrasa en el centro mismo de sus rayos. Se ha sentido frágil y asustada como nunca, no tendría que haber hablado.

—¿Cómo puedes ser tan morboso? —pregunta al fin, sin disimular su disgusto.

—No soy morboso —replica Ran, con un vacío en el estómago al darse cuenta del cambio operado en los ojos de ella—. Necesito los detalles para comprender las cosas. A eso me dedico a diario, forma parte de mi trabajo buscarlos, analizarlos… disculpa si te ha molestado mi pregunta.

Vitalia ya no responde, no le ha molestado, le ha dolido como si le hubiera llenado la boca de cristales. Lo que le gustaría responderle se vuelve mil puntitos y sufre vértigo. Respira agitada, muda, reconcentrada, no quiere hablar más y sus besos no la calmarían, él se ha levantado para abrazarla pero es tarde, lo rechaza, se siente lejos y quiere permanecer ahí.

Los camareros están recogiendo la terraza y han dejado la puerta

de la calle abierta, fuera sopla un viento helado y Vitalia tirita y calla. El aire frío se le cuela por las mangas del abrigo y calla. Teme decir más, teme lo que ya no pasará entre ellos después de lo que acaba de contarle, y ese temor la aboca a lanzarse de cabeza en la sartén.

—También me he acostado con Pedro, un ex compañero del trabajo. Sólo una vez y no le busqué, en este caso, pero tampoco supe resistirme.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque cuando te conocí me diste confianza. Tienes ese tipo de cara. Y ahora necesitaba desahogarme; necesitaba a alguien…

—Siento haber sido tan rudo, a veces tengo que decir cosas. ¿A ti no te pasa?

—No sé, Ran.

—Tienes que saber que ya sospechaba desde el principio que tenías algo con Pedro. Recuerda que te estuve investigando.

Vitalia no da crédito a lo que oye, esto si que parece una alucinación. De pronto ha abierto los ojos y se ha dado cuenta de que Ran es peligroso, que la ha seguido espiando y que guarda ases en la manga.

Él lo sabía, pero no le había dicho nada. ¿Por qué?

—Me has decepcionado, no imaginas hasta qué punto, pensé que podías ser tú el hombre que comprendiera quién soy más allá de mis excentricidades, de mis equivocaciones. Tal vez me equivoqué, lo único que sé ahora es que ya no quiero hablar más contigo, no entiendo cómo te atreves a juzgarme sin siquiera conocerme.

—Eres más importante para mí de lo que pensaba, Vitalia, pero no puedo mantener una relación contigo, no como querría, porque...

«Pues tócame, abrázame, bésame», piensa Vitalia entonces, como siempre que se siente perdida como ahora y tiene un hombre cerca, pero lo piensa sin poder decirlo, no es capaz de articular una sola palabra porque teme echarse a llorar, y para contrarrestar esta fragilidad le interrumpe, le espeta que no quiere saber nada más de él, que no le interesa conocer sus razones porque al fin y al cabo sólo serán excusas, y logra su objetivo con creces.

A Ran le han afectado sus palabras, se incomoda por el repentino cambio de ánimo de Vitalia, le da vueltas a lo que ella le ha dicho sobre la confianza, esa cosa tan exacta y misteriosa que a veces sucede y a veces se ausenta, siempre sin previo aviso, o que no llega a tiempo como en su caso, pues ahora trata de decirle algo

que debería haberle contado la primera noche, algo que siente no poder explicarle.

La comprende. Ella busca confianza en una cara que escucha el miedo de otra con calma pero tampoco él puede articular palabra y ya no hay nada que hacer, está contando las sillas que ya han apilado los camareros a su alrededor sobre las mesas para calmarse, contaría también los latidos de esa sirena que suena a la distancia y, sobre todo, cada minuto que ella permanece en su mutismo.

Esta situación le incomoda hasta exasperarle. No estaba preparado para este tipo de conversación. Pretendía simplemente despedirse de ella y volver a la comodidad de su vida cotidiana pero la ama y le preocupa verla así.

—¿Estás bien? Dime la verdad.

Vitalia ignora la pregunta y permanece en silencio un buen rato más, hay batallas que un bando y otro enfrentados pierden. Sigue interpretando para hacerse la dura, para facilitarle las cosas quizás, su pequeño cerebro de ardilla enjaulada ha comprendido en un instante que Ran no podría darle nada para sobrellevar el sinsentido de su vida. Niega con la cabeza, apesadumbrada, y deja que las cosas fluyan sin reprimirlas impávida, encerrada en sí misma.

—¿Qué? —pregunta inesperadamente Ran.

—No he dicho nada —responde Vitalia, incómoda. Sigue molesta con él, como si se hubiera convertido en su enemigo.

—Lo has pensado —replica Ran, tratando de ser amable, o gracioso.

¿Vaya, ahora es él el que lee los pensamientos?

—Hay algún otro problema, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuál? —quiere saber Ran.

Cómo responder a estas preguntas tan directas. Tan necesarias, Tan dolorosas. Cuanto se le ocurre resulta insuficiente o equívoco, ella se muerde el labio, pero el dolor nunca es un buen remedio.

—Tienes razón, quería decir algo más... Si no te importa, me gustaría irme a casa.

Le ha costado reconocerlo, pero así es, está a la vez rabiosa y desalentada con la actitud de Ran, tan fría. Después de lo que acaba de contarle le gustaría no tener que volver a verle porque ahora cuando le mira siente que vuelve a sufrir lo que le pasó con el señor del cine.

—Vitalia, me siento honrado por que hayas querido contarme algo tan doloroso. Comprendo que has depositado una confianza

enorme en mí. Tengo miedo de...

—¿Miedo de qué?

Todos tenemos miedo. Cuando se vive, se tiene miedo.

—Miedo de no saber estar a la altura, de lastimarte. De no saber qué más decirte.

Ran es receloso y también voraz, quiere saber y obtener seguridad antes de tomar decisiones, quiere poseer pero no que le posean y se asusta si algo no le parece satisfactorio a primera vista como se precipita sobre ello cuando le parece apetecible. Por eso, porque sabe cómo es, se comporta con desinterés ahora, con ganas de huir precisamente en los momentos en que debería mostrarse más cordial y afectuoso. Por eso Vitalia no entiende nada y se está sintiendo cada vez más confundida.

—Es mejor que no digas nada más, Ran. Quería que supieras quién soy antes de despedirme de ti, por eso... No pretendía nada más que eso.

—Ah —se decepciona Ran. —Pero lo que acabas de contarme que te hizo ese hombre…

—No es tan importante, de hecho lo había olvidado por completo hasta hoy, no sé ni yo misma por qué he sentido la necesidad de contártelo, quizás para que comprendieras por qué soy como soy con los hombres. No soy la única, no quiero sentirme como un bicho raro, la amiga del colegio que me mandó las fotos quiso recordármelo porque a ella le pasó lo mismo, ella también estaba sola y él la llevaba al cine de vez en cuando. Pero no quiero darle más importancia.

—La tiene, no trates de quitársela, Vitalia…

—Sí, seguramente las chicas que nos quedamos solas estamos abocadas a este tipo de dolor, tanto cuando somos niñas como cuando crecemos, apenas hay diferencia. Y también esta vivencia es lo que me ha forjado, es la razón de mi desapego con mi cuerpo, lo que ha facilitado que haga lo que te ha dolido: me entrego a los hombres sin oponer resistencia. Te lo he contado porque nunca me había importado pero tú sí me importas. Demasiado.

—Vitalia, yo te quiero.

Como si no estuviera escuchando lo que le dice Ran, prosigue.

—Fue crucial para mi actitud hacia el sexo. A mí, los tipos agradables, suaves y fáciles de llevar nunca me han llenado, que se pongan celosos me agobia, no te puedes imaginar cuánto, pero tú sí me gustabas.

—Me temo que no soy bueno para ti —exclama, desesperado,

ofendido quizás—, y además me duele demasiado saber que en cualquier momento vas entregarte a otro, que no seré yo...

—Sí, lo entiendo, será mejor que lo dejemos aquí y dejemos de vernos —musita Vitalia, al borde de las lágrimas pero sin mirarle para que él no se dé cuenta.

Como si su cita hubiera sido un asunto al que no hubiese podido consagrar más que un minuto de su precioso tiempo y se acabara de dar cuenta de ello, de repente, le da las buenas noches con cordialidad con un par de sonoros besos, de madre, de amiga, en las mejillas.

Ran insiste en que tendrían que hablar un poco más de todo pero Vitalia se niega en redondo, el ánimo presenta a veces inesperadas complicaciones.

Acepta, desconcertado, su mutismo, sus ganas de irse y perderle de vista.

—Buenas noches, pues, permíteme que no te acompañe, me esperan —miente él, en la puerta, nada más salir, y tras esto le vuelve la espalda para desaparecer de su vista, tal como ella desea, deprisa por un callejón bajo la lluvia, incluso se mueve y actúa tal como ella quería, con las solapas de la americana levantadas para protegerse de la lluvia.

Vitalia lo ha conseguido. Ha apartado a otro hombre de su lado. Se le da muy bien. Y, claro, después de esto, se siente mal, naturalmente, deshecha por un golpe directo que se ha propinado a sí misma rechazándole, encerrándose en su concha de caracol para protegerse.

—¡Soy un desastre de mujer! He vuelto a estropearlo… —espeta impersonal, como algo que acontece, como la lluvia, algo que le pasa a alguien, como mojarse.

Sigue hablando sola ya en casa, demasiado débil, demasiado vacilante, demasiado asustada, tras lo cual sus alterados nervios sucumben al desfallecimiento y se tumba en la cama, deja caer dos lagrimones. Culpabilizarse es más fácil, y además se le da de maravilla, insiste en pensar en todo lo que ha hecho mal. «Ran me podría amar mucho más, si quisiera, pero no se lo permitiré».

Es cierto. Vitalia puede hacerlo.

Se quita la ropa mojada y la deja tirada en el suelo junto a sus zapatos, empapados, sin miramientos, siente la llamada de la promesa inminente del sueño, la suave molicie de su cama, de la tibieza de sus sábanas, todo como en caída libre, sin estorbos, hacia el pozo sin fondo de la nada.

Le gustaría permanecer dormida durante muchas horas. No ver,

no tener que pensar ni escuchar… Pero no puede dormirse.

Por un momento se queda junto a la ventana escuchando cómo la lluvia golpea los cristales y entonces la asalta un extraño deseo. Sin detenerse a pensar en lo que va a hacer, corre escaleras abajo los cinco pisos en tinieblas y sale a la lluvia. Camina por la acera, frente al portal, sin rumbo, pero cuando se detiene y la siente deslizarse fría sobre el cuerpo le entra un deseo loco de correr desnuda por las calles, saltar, correr, gritar, encontrar a otro ser humano solitario y abrazarlo, pero se conforma con llorar, llorar un buen rato por el desengaño que ha supuesto para ella ver a Ran tal como es, tan simple, tan distante, hasta que el agua y el frío calan hasta los huesos y necesita subir de nuevo, agotada.

Al meterse en la cama hunde la cara en la almohada y llora, como en los viejos tiempos. ¿Qué le pasa? Lo ha vuelto a hacer, lo ha vuelto a hacer mal, y piensa en las revelaciones que tenemos en la vida y en cómo esas revelaciones van cambiando con el tiempo, en cómo se hunden en la corriente de los años y sus detalles se disuelven como alas de mariposa, como la purpurina de un disfraz, en vez de permanecer asentadas, sin dobleces ni adornos, en el fondo frío y duro de la experiencia acumulada.

Se le han secado las lágrimas y, si volviese a llorar, sería de vergüenza.

Capítulo 29 | El hospital

Hospital de Vall Hebrón, Barcelona, 1993

Ha llamado al hospital y le han indicado amablemente que no podían pasarla con él porque no está en la habitación, le han sacado para hacerle nuevos análisis, y no le van a dar más información porque no es ni pareja ni familiar del enfermo.

Esta mañana, cuando ha llamado a la oficina, ha tenido una sensación parecida. Tampoco querían darle ningún detalle de por qué no estaba en su puesto, hasta que por fin la han pasado con la jefa de administración, que un poco sorprendida la ha atendido con fría amabilidad y le ha dado los cuatro datos necesarios: el viernes tuvo que recogerle una ambulancia, está ingresado, no se sabe lo que tiene pero estaba muy pálido y se quejaba de un dolor terrible.

Ahora entiende un poco mejor por qué le dejó ese mensaje inquietante en el contestador el sábado, por qué no le ha localizado en todo el fin de semana.

Al cabo de dos horas Vitalia llama de nuevo al hospital. Ya está en su habitación y está tan zalamero y bromista como siempre.

—Aquí son rápidos, Vitalia —dice Pedro, y suspira—, da gusto estar enfermo así. ¡Te he echado de menos!

Por lo visto todo ha salido mejor de lo esperado, ha informado el médico en cuanto ha salido de la anestesia. La biopsia se ha realizado sin complicaciones pero el diagnóstico es desalentador: su hígado está muy dañado y él se encuentra muy débil. No le ha concretado nada de lo que tiene, no sabe si tiene nombre pero tiene mala pinta, bromea.

La enfermera que pasa las llamadas ya la ha avisado, «está confuso y quizás será difícil conversar con él».

—Vitalia, Vitalia… —repite Pedro, suspirando.

Se limita a repetir su nombre a cada palabra de ella, que atropella las palabras. La cabeza se le va. Le ha prometido que irá a visitarle, se siente obligada a hacerlo, pero al mismo tiempo el estado de Pedro es una carga insoportable, y pensar todo esto la hace sentir aún peor.

—¡Ah, pobres mujeres enamoradas, pobres idiotas! Se destrozan

el corazón, se flagelan con sus porqués, porqués, porqués, se dejan la piel en encontrar un motivo estrambótico que justifique que el novio no llame, desaparezca, las deje plantadas… Ran está casado y trabaja para Solon, ten cuidado con él… Amar a alguien que no te ama no es el verdadero amor, Vitalia.

Pedro, además de dejarle a su amado por los suelos, la quiere avisar de otros muchos peligros, añade que Solon no es de fiar, es cierto que es un hombre extraño, pero cuando Pedro ha afirmado que se cargó a su mujer y a su hija la ha dejado boquiabierta. ¿A qué viene todo esto, qué está pasándole a Pedro para que tenga todas estas ideas extrañas en su cabeza? Está delirando:

—Piensa mucho en ti. Lo demuestra que no se atreva a llamarte, está avergonzado...

Vitalia hace ya un rato que no le escucha. Pedro expone paranoias confabuladoras con tal rapidez que es difícil seguir el hilo de sus palabras y, además, por si ella no le ha entendido a la primera, lo repite todo una y otra vez. Está muy mal, sin duda, y por eso Vitalia toma una decisión que la alivia, porque sentirse útil alivia. Va a tratar de localizar a la hija de Pedro para que visite a su padre, a sabiendas de que lo que en realidad la mueve a buscarla es la posibilidad de traspasarle esta responsabilidad que la supera. Ella no es la hija ni la madre ni la novia de Pedro.

Sobre todo, no es su novia.

Cuelga sin despedirse porque lo que murmura Pedro es ya ininteligible. Da vueltas, nerviosa… cómo lo hará, tiene ya dos investigaciones en marcha, si no se anda con cuidado va a terminar trabajando para toda la ciudad. Pero es una mujer de recursos y, de pronto, le llega la inspiración: va a volver a llamar a su antiguo empleo y va a hablar con la jefa de administración. Sólo ella tiene los datos del antiguo domicilio familiar de Pedro, la dirección donde vivía cuando su mujer aún no le había echado de casa.

Capítulo 30 | La desconfianza

Apartamento de Vitalia, 1993

Solon ha llamado un par de veces mientras ella dormía, sin éxito. Vitalia ha tenido muchas pesadillas en las que aparecen mujeres vestidas con ropajes antiguos, una mujer poderosa con un hombre asustado a su espalda, montado en bicicleta, muchos detalles y emociones que apenas recuerda pero que de algún modo se han quedado incrustadas en sus articulaciones. Le cuesta enderezarse y no tiene ganas de salir de casa ni de hacer nada. Activa el contestador y escucha el mensaje, Solon con su voz profunda y autoritaria confiesa que ha estado meditando sobre lo que sucedió con los dibujos y le ruega, casi exige, que le visite para hablar personalmente. Pero Vitalia no caerá en la trampa, va a evitarlo por todos los medios, le pondrá cualquier excusa porque no está presentable ni tiene esperanzas de estarlo en todo el día. Además, qué se ha creído, para llegar a su casa hay que hacer tres cambios de autobús y… Solon ya no le cae bien pero es su cliente y le pagó por adelantado, quizás debería recapacitar, al fin y al cabo con lo que sucedió es él el que tendría que evitarla a ella y sucede justo al contrario.

Desconfía de él, no puede evitarlo, algo hizo lo que dijo Pedro mientras deliraba al teléfono, quizás debido a la medicación o a su agonía. Antes de dormirse, de madrugada, la noche pasada sintió que recuperaba la lucidez, no tiene sentido que alguien para contratar a un responsable para una exposición monte una investigación, como hizo él, para localizarla, y también le extrañó que Solon no se molestara en hacerle una prueba siquiera para valorar la credibilidad que podía tener ella como responsable de la casa museo, si apenas tiene en su haber la experiencia de cuando realizó sus prácticas universitarias… Visto así, todo este asunto tiene muy mala pinta, y cómo pesa que en un momento de su delirio Pedro le dijera que Solon es un asesino…

—¿Es Walter Solon un asesino?

—Nadie sabe, pero por lo que me han contado… no deberías fiarte de él.

No puede darle mucho crédito a Pedro. Solon… un asesino no, es un anciano que parece amable… pero podría ser un obsesivo

peligroso, algo de eso ha notado en su insistencia más allá de lo razonable por volver a verla, por establecer una cita para comentarle algo. ¿Por qué no se lo cuenta por teléfono?

De momento Solon puede ser un vivo que ha hecho el doble juego de pedirle a ella que investigue mientras trata de arruinar a Ran para cobrar los dibujos. Quizás todo sea un montaje. ¡Clic! ¿Y si todo es, en efecto, un montaje de Solon? Podría ser perfectamente un estafador de guante blanco que hubiera montado con no se sabe qué sofisticados recursos la desaparición de los personajes de los dibujos. Al fin y al cabo, ella era el testigo ideal para una trampa de este tipo, pues es una ingenua aprendiz de correo de arte y le pueden haber dado el cambiazo en cualquier momento, y habría certificado unos dibujos que no son, falsos, quizás con una tinta especial…

Ahora es ella la que está enloqueciendo.

Debería ocuparse más de sí misma, dejar de pensar en Solon, en Ran, en Pedro, en su madre… Sólo le apetece pensar en Leonor, así que vuelve a abrir el sobre con la citación para acudir, en una semana, a la lectura del testamento. Esta notificación es un soplo de aire fresco, la devuelve a su infancia, al bienestar que sintió junto a su bisabuela, tan amorosa siempre. Ella sí la amaba, con generosidad, sin exigirle nada.

Capítulo 31 | El desengaño

Apartamento de Vitalia, 1993

Acaba de ver una rama del árbol que da a la ventana de su cuarto que se ha quebrado con el viento, y cuando ha salido a por tabaco, un poco más tarde, una baldosa de la acera de distinto color a las demás. Cuando está sola se fija en todos las imperfecciones de cuanto la rodea y se da cuenta del tremendo despropósito que la aventura representa, la vida en general. Lo más normal es que las cosas salgan mal, y si salen bien a la primera... luego simplemente se estropean.

Lo sabe pero no hace apenas nada por evitarlo. Todo el tiempo que pase enfrascada en estos pensamientos negativos será tiempo perdido y es consciente de que, pese a la fuerza de la decepción que ha vivido, pese a la evidencia de ese lazo que se ha roto entre ella y Ran, la expresión «morir de amor» que tan a la ligera había interpretado siempre en los libros y las películas tiene algo sólido y real en su centro que la está envolviendo como un sudario, y así se siente, desfallecida, gravísima, casi muerta.

Estuvo toda la noche obsesionada con la maravillosa imagen de ellos dos como una pareja con futuro, una que podría restaurarse. Prácticamente no ha hecho nada más, se ha encerrada en casa y no quiere ver a nadie ni que nadie la vea, sabe demasiado bien que en el mundo sólo se muere de rabia, de tristeza, de violencia. De amor, no.

Pero el amor es mucho más importante de lo que pensaba, ahora que lo ha descubierto lo sabe, nota la diferencia. Ya no es el amor teórico, abstracto, sino encarnado en una persona: él. Y así, unida a la vida y entregada a una insoportable nostalgia es accesible a todo tipo de divagaciones sobre la manifestación sensual del amor que añora, la manifestación erótica que se le revuelve entre las piernas, la reivindicación del cuerpo y del placer que ocupa sus pensamientos y podrían empujarla a cualquier locura.

El deseo de volver a estar con él se ha convertido ya en algo físico, tan doloroso como una enfermedad y lo absurdo de esta situación se hace cada vez más patente, y por eso ha decidido volver a salir a correr, es su terapia, correr con los cascos puestos para que la música y su respiración amortigüen sus disquisiciones. Y

entonces cruza un semáforo de su ruta habitual, la que se conoce palmo a palmo, y ellos aparecen sentados justamente ahí, en un restaurante donde Ran la citó la última vez para hablarle de los dibujos de Solon y sus problemas legales.

Ella es alta y delgada, posee un enorme y misterioso atractivo, parece hindú o pakistaní o… Está guapísima con sus grandes ojos de mirada distraída pintados de negro y el pelo suelto. Además, va envuelta en un abrigo de pieles carísimo y el cuello, levantado con elegancia para protegerse del frío, le enmarca un cutis perfecto.

Y entonces Ran se da la vuelta y la descubre, o ella a él y se avergüenza de estar ahí porque va en chándal y con una coleta despeinada, le corre el sudor por las sienes y seguro que tiene la nariz y las orejas rojas del esfuerzo del jogging porque tiene la piel muy sensible y siempre le pasa.

Ha corrido durante cuatro o cinco manzanas, despavorida, con el corazón a punto del colapso, como si Ran la estuviera persiguiendo.

No ha podido más y ha tenido que sentarse y llorar y darle la razón a Pedro, maldita sea, Pedro lo sabía. Apesadumbrada y perpleja se repite de camino que no quiere volver a ver a Ran jamás, se lo dice por enésima vez y vuelve a empezar, esta será la buena. Hay cosas de las que una preferiría no enterarse, pero precisamente ésas son las que llegan de la manera más intensa y oportuna que se puede imaginar, le ha querido, demasiado, le ha amado con locura y no era posible, en el fondo ella ya lo sabía desde el principio y quiso engañarse, y ahora tendrá que esforzarse mucho para limpiar los posos de cuanto sintió por él.

Capítulo 32 | El detective

Hospital de Vall Hebrón, Barcelona, 1993

Nada más entrar en su habitación, Vitalia ha podido notar en su mirada que está muy ofendido por cómo se ha estado comportando ella, aunque nunca lo reconocería porque es orgulloso. De un vistazo lee que le niega el derecho a mostrar otras simpatías y la quiere sólo para él, la ha acusado por teléfono de estar enamorada de Ran y se ha regodeado en burdas ironías, se siente abandonado por ese otro que tan mal le ha caído desde el principio, aunque no le conozca, aunque no le haya visto siquiera una vez.

A las enfermeras, por lo que le han contado en recepción, las tiene entretenidas. El infeliz, situado junto a la fuente mecánica de agua del pasillo, y con ademanes de mago, ofrecía agua esta mañana, con extrema corrección y cortesía, a todo el que se le acercara, y no contento con este espectáculo al mediodía se ha encerrado en el cuarto de baño de la habitación y ha prendido una gran hoguera en la bañera a la que ha arrojado hojas que arrancaba de sus cuadernos, llenos de notas y garabatos, mientras gritaba que ya no tiene que investigar más, que ya lo sabe todo. Ha atrancado la puerta con la silla de las visitas y les ha costado mucho entrar y calmarlo, temerosos como estaban de que lastimara a su compañero de habitación, menudos nervios han pasado.

Por eso ahora está solo, le han cambiado de cuarto, por eso hace ahora un esfuerzo supremo para mantener los ojos abiertos mientras su cuerpo se tambalea de atrás hacia adelante, o bien de un lado a otro, aunque esté tendido en la cama y no se mueva. Intenta reconocer el lugar donde se encuentra. Mira a su alrededor, extraviado. Necesita calma y paciencia, la quimioterapia le ha dejado en los huesos y su piel muestra un tono amarillento que no presagia nada bueno. Le da dos besos para despertarle, la enfermera le ha contado que se ha estado agitando toda la noche, cerrando y abriendo los párpados como en sueños, rechinando los dientes.

Pedro la mira y se convierte en animal metafísico, diría que se ha incorporado ayudándose con las dos alas en que se han convertido las pronunciadas clavículas, y le sonríe como si acabara de descubrir a una santa asomándose. Se lo confiesa, ha echado

mucho de menos su amor, lo sentía perdido e inalcanzable desde que apareció ese maldito Ran.

—Ahí tiene que haber gato encerrado, me dije. Y, en efecto…

Le deja hablar sin hacerle mucho caso, le entran prontos, se deja ir, es su forma de sobrellevar la convalecencia. Pedro pasa las páginas que quedan de su cuaderno medio destrozado y las letras se le quedan hechas ovillos bajo una lengua que también tiembla.

—Lo he averiguado todo de ese novio tuyo. No es trigo limpio… —y sin acabar la frase, abre mucho la boca como para tomar aire y sus labios se mueven de nuevo, pero en silencio y de sus ojos corren lentas, una tras otra, gruesas lágrimas.

—Menudo recibimiento, Pedro, estás en plena forma… ¿por qué lloras ahora, dime? —le consuela Vitalia, como a un niño.

—No sé... por nada. Tengo miedo.

Su aspecto es lamentable, está desconocido, se le trasparenta el cuero cabelludo en la despoblada y mate melena, las mejillas con clapas de una barba débil, grises, hundidas.

—¿Qué quieres decir con eso de que no sabes? —Vitalia trata de mantener un tono animoso, no quiere que él se de cuenta de la pena que le da verle así— ¿Y se puede saber qué has podido averiguar, si estás en el hospital y apenas te dejan moverte?

Pero en vez de animarse ante el tono de ella, que quita hierro a sus palabras, la mira con fijeza e insiste, le ruega que le escuche, que se acerque, que quiere decirle algo al oído.

—No me lo puedes negar, estoy en vísperas de morir sin trascendencia.

Al escucharle, Vitalia tiene la sensación de haberse sumergido en un mundo paralelo poblado de dementes y las alucinaciones que antes la inquietaban le parecen una minucia al lado de esto.

Sin esperar respuesta alguna por parte de Vitalia, que no se ha movido siquiera, le confiesa que ha estado haciendo llamadas a escondidas, llamadas para averiguar cuanto ha podido de las personas que rodean a Vitalia, de su familia, de su nuevo novio el mentiroso. Y las ha estado haciendo desde mucho antes de caer enfermo.

Toma aire de nuevo y cuenta en desorden, del tirón, que Ran era nieto de los señores de Fígols, llegados del País Vasco y a los que Alfonso XIII hizo condes en el Berguedà en 1908, que destruyeron a principios del siglo pasado un bosque entero para explotar una mina de carbón y construir una colonia industrial con servicios básicos y viviendas para los mineros y sus familiares, que tenían ahí

horno de pan, cantina, escuela e iglesia y para mayor comodidad, llevaron el ferrocarril al pie de las minas. Ahora queda ahí una torre abandonada, pues está maldita y no han podido venderla, llena de voces que se lo han contado todo a Pedro, porque viajó hasta ahí buscando el rastro de Ran, su lado oscuro dice, y ha grabado psicofonías que hablan de leche y de poder y de mujeres que escapan asustadas. Sabe que las hadas castigaron a esta familia ávida de poder con la histórica proclamación del comunismo libertario en el municipio en los años treinta y eso provocó numerosos altercados en los que hubo muertos y misteriosas desapariciones y terminaron arruinándose y el pueblo ha quedado abandonado y los árboles han vuelto a ocuparlo todo, poco a poco, con la larga paciencia de los árboles. Por eso, concluye casi sin aliento, con los ojos desencajados, Ran es peligroso para Vitalia, sólo ama el dinero y tiene el corazón de carbón.

Muy bien. Hadas comunistas, lo que faltaba, y por lo visto muy peligrosas. Sus ocurrencias han fluido durante casi media hora con todo lujo de detalles, le ha descrito las voces, las penas, los miedos —con intermitencias y como aguijoneado por discretos arrebatos— y al final diría que estaba en trance o a punto de desmayarse, susurraba casi, de tan débil como era su voz. Trata de calmarlo.

—Pedro, no te preocupes más por Ran, puedes descansar, tu relato es sorprendente pero respecto a lo que yo sé ya no hay nada nuevo, o casi nada, él me contó que su familia procedía de ahí y también sé, muy a mi pesar, que sí, su corazón es de carbón y está ya con otra. Jugó conmigo, así que por favor no me lo nombres más, intento olvidarle.

Pedro permanece en el silencio y con la boca abierta como un polluelo que espera a su madre para meterse algo en el buche, turbado de vez en cuando por la fatigosa respiración, hasta que le da un susto de muerte y de sus contraídos labios sin previo aviso emerge una carcajada tan fría como el atardecer invernal.

—Me alegra saberlo, me alegra, lo confieso —está eufórico, menudo giro, parece alegrarse del disgusto de Vitalia—, ya te dije que está casado y no me creíste, yo no te engaño… y mira por dónde hablaremos aún un poco más de él, pues quizás lo que no te contó es que está en la ruina, que sus abuelos esclavizaron y maltrataron a sus empleados durante décadas y que por eso la fortuna familiar ha quedado maldita… aléjate de él, aléjate…

—Pedro, no deberías agotar más tus fuerzas con esta historia… ¿puedo rogarte que abandones el tema de Ran ya?

—Aún no te lo he contado todo.

Nota la excitación de Pedro como las chispas eléctricas de un

cortocircuito, así que se sienta a su lado y le mira, muy seria y muy dispuesta a escucharle, no pierde nada en ello. Entonces él vuelve a hablar, más calmado al haber comprendido que ella no va a irse, no enseguida, hay tiempo, y Vitalia mira por la ventana de la habitación mientras le escucha. Está bajando el sol, la luz y el aire han ido cambiando, todo se ha vuelto azul, como las ojeras de Pedro, y medita sobre la vaguedad de la luz a esa hora que puede hacer creíble cualquier leyenda, sobre la irisación sobre el cristal que le devuelve formas de flores o alas de mariposa o sus queridas hadas, que quizás son imaginaciones suyas, quizás ella está peor que todos los demás juntos, y un par de gorriones pían y revolotean en los dos árboles más grandes del jardín y todo está bien así, qué más da distinguir entre lo real y lo del otro lado si al final todo confluye, todo es igualmente incomprensible.

—Ran estuvo hablando con nuestro jefe, tu antiguo jefe, antes de que te despidieran. Y por eso te quedaste sin trabajo, por su intervención.

—¿Cómo lo sabes? —le increpa, visiblemente nerviosa, dirigiéndole una mirada severa porque con esto no se juega.

Pero él habla seguro y tranquilo:

—Me lo ha contado un pajarito —musita, y luego ya no dice más y sus dientes castañetean y vuelve a tener los ojos fijos en el techo, trastornado, la asusta.

Pedro no puede mentir, está desvariando, y Vitalia llama a las enfermeras, que le ruegan que salga.

Capítulo 33 | El ascensor

Hospital de Vall Hebrón, Barcelona, 1993

Ya en el pasillo, repasa mentalmente el camino por donde ha llegado, pero está desorientada y da vueltas en círculo por pasillos geométricos entrelazados que se parecen demasiado entre sí.

—No, la salida está por el otro lado —rectifica una voz masculina, débil, a su espalda, que le resulta demasiado familiar. Helada, da media vuelta de un respingo y se encuentra, de frente, a Pedro.

—¿Qué haces aquí? Pero si las enfermeras… No deberías…

—Ya estoy mucho mejor y he decidido seguirte para cuidar de ti.

—¿Por qué?

—Me gustas, Vitalia.

—Si me conocieras dejaría de gustarte, siempre pasa eso… ¿Y qué haces fuera de la habitación?

—¡Ni que fuera a morirme! —bromea él— apenas tengo cirrosis y algún pequeño tumor, no saben con qué enfrentarse primero, pobres médicos, soy un puzle difícil para ellos. Pero esta mañana ya me aseguraron que me la van a curar muy pronto, este hospital está preparado para sanar cosas mucho peores, dicen.

Mientras le mira, ahí de pie en el pasillo, no puede evitar sentirse un poco culpable por haber jugado con él dejándose amar por él, no es bueno para Pedro haberse confundido tanto con ella. Tiene ganas de hablar, muchas, demasiadas y los cabellos en desorden y la expresión de su rostro, quizás ofendido, es también ferozmente desordenada, salvaje. Está en la planta de enfermedades oncológicas para que le curen, no para que muera, pero desde hace un rato un presentimiento ha inquietado a Vitalia, a pesar de que mientras habla Pedro parece sanísimo, y tal como se comporta, y quizás sea cierto que ella está exagerando.

Sabe que él la ama y ha esperado sus visitas como si fueran el único remedio para recuperarse. En el fondo, se siente honrada, poderosa, le agrada tener a alguien por quien preocuparse, de quien cuidar, a ella no la ha cuidado nunca nadie y es una manera de cuidarse, de tratar de recomponer algo, algo que no tiene remedio

porque ya pasó.

Le ve francamente desmejorado con la piel de la nariz cubierta de pellejos blancos, y habla con una energía febril, con las largas manos convulsionándose y sacudiéndose. Pero quizás está él en lo cierto y no es para tanto. Y no tiene prisa, no parece que tenga otra cosa que hacer que indicarle el camino de salida. Le gustaría saber cómo parar esta extraña dependencia que se le ha venido encima sin saber muy bien cómo.

Le deja que la acompañe hasta el ascensor. «Un enfermo es sólo un niño», piensa, y va a escucharle pero ésta será la última visita, por mucho que le pese saber que así va a condenarle a quedarse completamente solo porque sabe que Pedro no tiene a nadie más que a ella en esos momentos… Y su hija, su única hija, no ha aparecido aún, no que ella sepa, tendrá que llamar de nuevo en cuanto llegue a casa.

Sumida en estos atribulados pensamientos, llegan al ascensor, que en efecto se encuentra en la dirección que señalaba él, se orienta de maravilla a pesar de su lastimoso estado. Vitalia pulsa el timbre y espera un poco incómoda, el ascensor no va precisamente rápido aquí.

Odia los hospitales, hay demasiadas voces negativas que le entran por los oídos como insectos, son voces viejas, quizás voces de gente que ya ha fallecido, apesadumbradas, flotan en el aire enrarecido.

Entonces se fija en lo que lleva Pedro bajo el brazo. Es una carpeta, de la que sobresale una esquina de un mapa.

—¿Ahora te dedicas a la geografía? —le pregunta divertida.

—Ya sabes que a mí me interesa todo —responde Pedro con actitud festiva, pero su mirada y actitudes se muestran desteñidas y blandas.

Pero aún se ríe como de costumbre, como cuando le descubría algún secreto en la oficina. Sabe que adora vanagloriarse de sus variados afanes, se considera humanista y se lo muestra con cariño, es un mapa muy bello y que parece muy antiguo. Es una reproducción, muy fiel al original, señala Pedro ufano, y se acerca más para que ella pueda verlo de cerca.

Sigue pensativa, lo ha reconocido, lo ha visto ya, en algún lugar… En casa de Solon.

—¿Te gustan los mapas?

Al tenerle tan cerca Vitalia puede reconocer en él el olor de los medicamentos pero también un suave fermento almendrado, de almendras amargas diría, los enfermos terminan oliendo de un

modo extraño cuando están muy débiles. Pero ahí está, de pie.

—Es un bonito mapa… —prosigue Pedro, como si hablara solo — ¿no has pensado nunca que los mapas reflejan el temor y la atracción de los territorios incógnitos, y que el más incógnito es a dónde vamos cuando morimos? Por eso nos fascinan tanto los mapas, los mapas del tesoro, los mapas de islas perdidas y costas remotas.

Vitalia no sabe qué decir ante este arrebato poético. Pedro está realmente inspirado hoy, entre la genialidad y la locura.

—Fíjate… —y en su acercamiento Vitalia descubre que también se agazapa el deseo de Pedro de olerla, de poseerla quizás, y nota su excitación que despunta bajo la ínfima bata azul celeste de enfermo que viste.

Se aparta inconscientemente y que se haya apartado ha operado una súbita transformación en él, que vuelve a estar nervioso, colérico, y le grita, sin miedo a que llamen la atención:

—No olvides que lo sé todo de ti. Que he entrevisto, visto, observado, espiado para ti.

Suena a amenaza, pero con la mano derecha señala su corazón.

—Mi mayor placer, incluso de niño, era el hacer algo sin que los demás se diesen cuenta. Por eso, quizás, he amado secretamente a tantas mujeres. Pero a ninguna como a ti, Vitalia.

Vitalia carraspea incómoda, como para disculparse por lo que va a decirle.

—Tengo que irme, Pedro, me siento agotada hoy, han sido muchas emociones y he pasado casi toda la tarde contigo. Necesito descansar, sé que podrás disculparme.

Pero Pedro no se da por vencido y con su mano larguirucha, casi transparente y temblorosa, señala una zona del mapa y sigue hablando, con parsimonia, trata descaradamente de retrasar su marcha cuanto pueda, con desesperación.

Vitalia, que tiene miedo de contrariarle, intenta disimular que está cada vez más impaciente y no se atreve a negarse. Por compasión o por cobardía se fija en la zona señalada pero no es capaz de distinguir a qué se refiere, sólo logra ver un mapa antiguo y un poco arrugado y a un trastornado capaz de utilizar cualquier recurso para alimentar una relación imaginaria con ella.

Pedro se está volviendo completamente loco. Permanece en silencio, atenta, a la espera de la respuesta a la adivinanza que le está planteando.

—Fíjate bien, aquí dice «Hic sunt leones», y ¿qué hay aquí?

Sí, en efecto, en medio de una amplia zona en un lateral del mapa hay un dibujo diminuto, muy naíf y antiguo, rotulado con esa frase latina. No puede evitar pensar en Solon, casi se había olvidado de él y le debe al menos una llamada para despedirse de su encargo, que va a rechazar porque no ha logrado investigar nada, apenas lo ha intentado... En su salón tiene un mapa igual, o al menos parecido... Se lo diría ahora a Pedro, pero desea cortar esta conversación cuanto antes y marcharse.

Callan, él la mira, ambos esperan de nuevo el ascensor. ¿Cómo puede tardar tanto? Carraspea y le sonríe, como una niña aplicada en clase.

—Hay un león.

—En efecto —exclama satisfecho, pues ya puede proseguir con su exposición—. Hic sunt leones se escribía en los mapas romanos y medievales para señalar las tierras inexploradas; o Hic sunt dracones, para los océanos sin límites conocidos…

—Vaya, no lo sabía —responde ella, educada, pero mira de reojo y con impaciencia creciente las luces parpadeantes del ascensor, que no sube. No está nada interesada en esta clase de geografía antigua que le está improvisando su otrora entrañable amigo, pero él no parece darse por aludido y prosigue:

—Fíjese, señorita, en la frase latina «Hic sunt leones», aquí, aquí, no la olvides… como si todos los territorios inexplorados estuviesen infestados de fieras, todo lo desconocido nos asusta… Y mira esta otra.

Señala la esquina superior derecha. Vitalia se acerca para leer Hyper Borei, en voz alta casi como cuando estaba en clase con las monjas, consigue seguirle la corriente y le mantiene tranquilo, concentrado en su exposición.

—En la mitología griega, Hiperbórea era una región situada en las tierras septentrionales aún desconocidas, al norte de Tracia, al sureste de Europa, y significa «más allá del norte», pues se creía que el dios del viento frío que venía del norte habitaba allí, en una isla blanca… De los hiperbóreos se decía que eran inmortales, y su fama era tan grande que un dios poderoso, Apolo, conducía cada diecinueve años su carro hacia esta región para rejuvenecer, pero en general nadie se atrevía a acercarse por temor a los fantasmas que se aparecían...

Vitalia ha vuelto a pulsar el botón del ascensor, y él la ha visto.

—¿Me tienes miedo, Vitalia?

—Lo normal —responde Vitalia, justo en el mismo momento en que se abren las puertas del ascensor. Salvada. No hará falta

confesarle por qué empieza a tenerle miedo de veras.

Sonríe amable para suavizar su huida, por primera vez en años se ha sentido vulnerable por completo en su presencia.

—Huye, ya nos volveremos a encontrar, recuerda que lo sé todo… —masculla como si hablara solo— Sí, lo desconocido asusta, nos cuesta tanto ver lo desconocido y su promesa de infinito… amenaza los caminos trillados y seguros...

Vitalia no se da por aludida, le está empezando a resultar muy pesado y lo único que desea es perderle de vista cuanto antes. Pasa demasiado tiempo solo… Pero él ha dado un paso adelante y está bloqueando la puerta del ascensor. La mira a los ojos.

—Sabemos que somos reales cuando nos damos cuenta de que podemos cambiar sin ser otro. Esto hace que nuestra vida sea nuestra… Y permíteme un consejo: cuídate.

Vaya, ahora va a darle consejos él a ella, menudo intercambio de papeles tan absurdo. Pero hay algo en su mirada que la sigue inquietando.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tu amigo Ran por las noches aún repite tu nombre y yo no podré estar ahí para protegerte de él. Está enamorado de ti, pero no puede ser bueno para una mujer como tu...

—Gracias… —responde con forzada desgana, Pedro se está entrometiendo más de la cuenta en sus asuntos. La puerta ha vuelto a cerrarse pero no se da por vencida, pulsa de nuevo, con insistencia, el botón del ascensor.

Son las diez y media de la noche y el hospital tiene un aspecto lúgubre que con el cariz que está tomando la conversación está inquietándola de veras, para qué negarlo.

—¿Crees en los milagros? ¿Quieres que hablemos un rato en mi habitación de los milagros? Estoy seguro de que te sorprendería, y sería un placer poder conversar esta noche contigo, un rato más, si quieres, de algunos asuntos que creo que pueden ser de tu interés… Estamos conectados.

Vitalia echa un vistazo de arriba abajo a Pedro, que le tiende la mano y le está hablando como si fuera un gurú, un maestro zen. ¿Por qué dice estas cosas tan extrañas? También se fija en las piernas sin fuerza, en sus manos temblorosas acodadas junto a la puerta del ascensor para evitar que ella se vaya, y decide que ya ha tenido suficiente.

—Pedro, vete a tu habitación o las enfermeras van a preocuparse.

—Ya no se preocupan por mí… ¿No te quedas conmigo?

—No… tengo que irme.

El ascensor ha vuelto a abrirse y no lo va a dejar escapar de nuevo. Se mete dentro para cortar por lo sano esta charla demencial y cargante, y Pedro por fin parece haberse resignado y deja que la puerta se cierre, sin despedirse.

Capítulo 34 | Desvanecida

Hospital de Vall Hebrón, 1993

—Volverás a estar del todo bien muy pronto. Tranquila, tranquila, estoy aquí para cuidarte… lo sé todo de ti, mi querida niña —murmura cerca de su rostro una voz que apenas logra atravesar, poco a poco, el sopor que la invade.

Es Pedro, de nuevo él, el que tira de ella hacia la conciencia como si estuviera tirando de un carro pesadísimo. Vitalia le mira incrédula y parpadea varias veces, pregunta dónde está mientras se incorpora, nerviosa porque se ha dado cuenta de que alguien le ha quitado los zapatos y el cinturón.

El vértigo del vacío que han producido los tubos de neón que tiene justo sobre la cara se instala de golpe en su cerebro, le duele la cabeza.

—Estás tumbada en una cama del hospital, no te asustes. Te desmayaste en el jardín, hace unas horas.

Cierto. Lo está recordando, desde una nube de sábanas azules. Al parecer tuvo algo parecido a una bajada de tensión, le vuelve la sensación de malestar y los escalofríos y cómo ha tenido que sujetarse a un árbol cuando estaba tratando de salir de la zona ajardinada de aquel edificio.

¿Qué hace ahí? Tiene que hacer memoria. Había visitado a Pedro para decirle que había localizado a su hija pero al final no se lo dijo porque le vio mal, deliraba, él estuvo hablándole mucho rato luego en el pasillo y junto al ascensor, y al salir en lo que ella creía que era el acceso a la calle de la planta baja se desorientó y se metió en el lío de pasillos, quizás la parte trasera del hospital.

Trataba sin suerte de salir a la calle cuando llegó a una sala de espera enorme y vacía, con las luces apagadas, desde la que se veía al fondo un bonito jardín y pensó que por allí podría llegar a la calle, pero la puerta estaba cerrada.

Y justo cuando estaba dándose la vuelta para rehacer el camino que la había llevado hasta ahí y buscar ayuda oyó pasos. Apagados y lentos, pero unos pasos que se acercaban a donde estaba ella.

Y entonces tuvo el presentimiento de que iba a volver a pasar, como cuando niña en el hospicio, pero se había hecho mayor y

estaba cansada. No tenía ánimo para jugar, y no se equivocó porque entonces se produjo el milagro. Una diminuta hada se posó en el pomo de la puerta del jardín como una bailarina, con la suavidad de un pajarillo.

Luego, como Vitalia se quedó inmóvil de la sorpresa, se subió volando a la altura de sus ojos y Vitalia contuvo la respiración y la dejó hacer, maravillada al notar sobre su rostro la suavidad de sus aleteos, leves como flores que se besan.

Tuvo una sensación dulce, un frío intenso y un calor como de fuego y no podía apartar su mirada de esa criatura delicada y a la vez crujiente como un papiro que brillaba y revoloteaba sin cesar ante ella deslumbrándola, sentía una debilidad sutil, como si le temblaran las rodillas pero que le recorría todo el cuerpo. Y fue entonces cuando tuvo la impresión de que aquella aparición le hablaba, pero no con la boca sino en una suerte de telepatía, y tenía una voz de mujer anciana, centenaria y trémula.

—Vitalia, eres tú el hada de los deseos, te mueves entre dos mundos, el agua y el aire. Tienes nuestra luz desde que naciste y no has probado nunca, hasta ahora, tu poder, pero si quieres ya puedes intentarlo.

Vitalia no da crédito. ¿No será un sueño?, vuelve a preguntarse, pero ya sabe que no. La próxima vez que vea una corriente de aire abriendo o cerrando una puerta, no necesitará descartarlo como que es «tan solo el viento».

La contempló y cerró los ojos para que le golpeara la cara con una ramita. ¿Por qué sabía que iba a hacerlo? No lo sabía, pero daba igual porque sintió paz recibiendo ese golpe que más parecía una caricia o un beso.

En tanto que sus ojos permanecieron cerrados, analizó rápidamente el motivo que se los había hecho cerrar. Era involuntario, pues trató entonces de abrirlos pero no pudo. No en un primer momento, como si le hubieran cosido los párpados.

Cuando por fin lo consiguió, sin poder calcular el tiempo que había transcurrido, miró de nuevo y ahí seguía su hada diminuta, mirándola de frente con la puerta abierta de par en par a su espalda, la sala de espera estaba a oscuras, no tenía ni idea de cuánto tiempo podía haber pasado, era ya de noche. Alargó los brazos hacia la radiante dama para tocarla, con la voluntad de por fin comprobar con sus manos de qué estaba hecha, pero era imposible, como si no estuviera ahí o como si se alejara muy veloz y volviera, como los colibríes, y entonces salió al jardín y trató de seguirla. Pero junto al árbol exhaló un profundo y sonoro suspiro con el que el hada se esfumó y ella había caído al suelo.

Las lágrimas afloran con este recuerdo, y recuerda perfectamente el piar de pájaros y roces de alas que había en el árbol, y la soledad que le había producido presenciar aquello, lo que fuera, algo precioso que se había evaporado ante los ojos, y oye aún, como un eco en su cabeza, la voz.

—¡Ve hacia tu padre, tu madre y tu bisabuelo! —le dijo— Te esperan porque sólo tú puedes cumplir sus deseos.

Esa voz sonó dulce, como la música de una flauta, pero justo a continuación se escuchó un lamento desesperado acompañado de una violenta risa de mujer.

—El agua lo sabe, no podéis caminar más como unas sonámbulas, envueltas en esta endeble y descuidada mentira —dijo la voz, más cerca.

Eso fue lo que más la impresionó.

Agotada, confundida. ¿Qué voces eran esas que estaba escuchando? La puerta del jardín seguía abierta y lo demás era confuso, las luces del hospital, había dejado de llover.

Mira a su alrededor y, en efecto, está en una habitación del hospital. Ignora cómo y cuándo Pedro la habrá encontrado ni cómo habrá podido ayudarla, pero no se atreve a preguntarle. Y entonces Pedro retoma la palabra, le está contando que lo vio todo y es tal como ella lo ha descrito en su mente, dice que la agarró del brazo para que no se fuera ellas.

—¿Ellas?

—Las hadas querían llevarte y quiero hacerlo todo por ti, te quiero y deseo que te quedes, necesito que no te vayas. Tú has hecho tanto por mí —susurra a su lado Pedro, muy cerca, demasiado para que se sienta segura.

Capítulo 35 | Amor mortis

Hospital de Vall Hebrón, 1993

Pedro parece haber entendido que debe comportarse, se ha sentado en la butaca que hay al lado de la cama, le permite recuperar el aliento y le está confesando que después de que ella se fuera con el ascensor la siguió, sigiloso, y la vio perderse de nuevo por los pasillos del hospital. Se había metido en una zona complicada y le apetecía darle una sorpresa, y de paso indicarle el camino de salida, quizás charlar un rato más, pero el sorprendido fue él.

Se toma un descanso para tejer los fragmentos de la historia. Lo vio todo y confiesa que no entendió nada, pero que es comprensible, los pensamientos verdaderamente humanos no se entienden a sí mismos. Exclama también que ha sido la más bella visión que sus ojos han contemplado jamás y que el universo se está transformando para ellos y hace que las cosas imposibles sucedan.

—No me moví, admiré la aparición contigo. Reinaba un loco desorden en mis pensamientos mientras te miraba, oía cómo cantaban las palabras que intercambiabas con ellas dentro de mi cráneo. Eres, realmente, un hada…

Se expresa con ansiedad, con el rostro enrojecido y la boca dando forma a una o dos palabras que no logra vocalizar del todo, voltea los ojos, que se ven temblando, blancos y abiertos. Y Vitalia no puede dejar de pensar que ha dicho «realmente, un hada», menuda paradoja. Y que está trastornado. Lo piensa y no lo dice tampoco.

—Las hadas conocen, bajo tierra o volando en el cielo, más caminos que cualquiera de nuestras filosofías… —prosigue él.

Pedro sigue pronunciando incoherencias durante casi media hora. Según él, el hada ha permanecido un buen rato revoloteando alrededor de la cabeza de Vitalia, que parecía hipnotizada, y desde su rincón pudo ver también cómo el hada huía cuando Vitalia trató de tocarla con una mano. Aspiró con dificultad, se estremeció. Había angustia en sus ojos. Y eso fue todo, porque entonces ambas salieron al jardín y cuando él corrió tras ella para gritarle que tenían que hablar antes de tomar ninguna decisión, antes de hacer

nada… la vio en el suelo, desmayada. Cayó al suelo de frente y su boca probó el sabor de la tierra y las hojas secas.

Él avisó a los enfermeros y en una camilla la han llevado hasta esta habitación, de observación, no le pasa nada, no tiene de qué preocuparse, están esperando que se recupere del desmayo.

—Por eso estás investigando para Solon, él sabe lo de las hadas y quiere atraparlas, vi muchos misterios en su casa, también hablé con él y me he leído tus notas mientras dormías para averiguar hasta qué punto has investigado, eres una ingenua si piensas que Solon te ha dicho alguna vez la verdad.

—Vaya, todo esto no está nada bien —le amonesta, crispada pero con un hilo de voz. No servirá de nada.

—Tendrás que perdonar la curiosidad de este ocioso enfermo, no he podido evitarlo —y sonríe.

Lo primero, una vez tenemos la madeja entre las manos, es tirar del hilo y hay anotaciones muy personales en ese cuaderno, desea con todas sus fuerzas que no se lo haya podido leer entero, pero por cómo la mira deduce que sí lo ha hecho y se siente avergonzada.

—En el fondo, está bien todo lo que ha pasado, ahora lo he comprendido, que viajaras a tu isla, que cambiaras de trabajo, es peor quedarse donde uno no pertenece en absoluto que vagar perdido por un tiempo para poder buscar. Pero te he echado tanto de menos, Vitalia…

Hay un acento plañidero y apremiante en la voz de Pedro. Tiene que pararlo de nuevo, tiene que volver a buscar la salida del hospital, cuanto antes.

—Gracias por tus consejos —le responde omitiendo a propósito el menor comentario sobre las últimas palabras de Pedro, no quiere hablar de asuntos personales con él—. Y ahora, si no te importa, tengo que marcharme.

Se incorpora y toma su bolso y guarda dentro su ultrajado cuaderno, que está al lado de la butaca de Pedro, en el suelo.

—Nunca es un error buscar lo que uno es. Nunca. Yo llevo años haciéndolo —perora aún Pedro, a su espalda, mientras Vitalia abre la puerta de la habitación.

Fuera, un enfermero la recibe con una sonrisa y le ruega que espere un segundo, para darle el alta tienen que tomarle la tensión y confirmarle que está recuperada. Vitalia se sienta en la silla de ruedas que le ha brindado y mira el reloj, son casi las dos de la madrugada, tendrá que tomar un taxi para marcharse a casa.

Sigiloso, Pedro se ha acercado de nuevo, parece más aseado y le sonríe tendiéndole la mano, para despedirse.

—Te adoro.

Vitalia se quedó sin habla, la está mirando con una intensidad inusitada, de nuevo algo en sus ojos la ha desconcertado, un brillo extraño que no sabe a qué atribuir, quizás sea la medicación, parecen sin vida.

De nuevo se niega a darle la mano, no quiere alimentando un segundo más la asfixiante dependencia que Pedro ha desarrollando hacia ella.

—Nada, no importa —han dicho, alejándose.

Y se despide con un gesto, quizá de mala gana, quizá con alivio, pero en cualquier caso con la seguridad de no poder obrar de otro modo. Aún le ve durante medio minuto más, le sigue con la mirada mientras él se pierde por el pasillo con sus pasitos cortos y acolchados con las zapatillas de tela del hospital.

Los reconoce, son los pasitos que escuchó antes, en aquella sala de espera desierta donde apareció el hada, y aunque no le gusta nada siente la intensa corazonada de que Pedro ha estado siguiéndola en muchas otras ocasiones, quizás desde que empezaron a trabajar juntos.

El enfermero es encantador, lleva una barba puntiaguda, muy recia y canosa, impecablemente recortada y todo él huele a limpio. Le ha dado un vaso de zumo de piña y le ruega que se lo tome en su presencia, le agrada que por fin le dé conversación alguien razonable, tranquilo, en calma.

—Su hija ya ha recogido sus pertenencias y se ha encargado de firmar todos los formularios.

—¿Su hija?

—Sonia, la muchacha de dieciocho años... No quisiera ser entrometido contándole todo esto, pensaba que sabía que tiene una hija, yo simplemente lo sé porque se identificó esta tarde con el DNI, yo acababa de entrar en el turno y ha sido una lástima que no pudiera ver a su padre con vida. Por lo visto habían perdido el contacto hace más de diez años, ha tenido que ser un trastorno para ella, como para usted… Disculpe, quizás estoy hablando demasiado, entiendo. Nadie se lo ha dicho.

Vitalia se ha puesto pálida de golpe, toda la sangre se le ha licuado de la impresión. ¿Muerto? ¿Pedro? ¿Su amigo? Tiene que haber algún error.

—Siento tener que ser yo quien se lo comunique, señorita, y así. Falleció a las siete, justo después del ataque crítico que usted presenció. Las enfermeras le rogaron que abandonara la habitación para ayudarle a recuperarse de la crisis y usted se fue, no nos dio tiempo de avisarla de que quizás era mejor que se quedara en el hospital, pensamos que se habría marchado a casa. Lamentablemente ya no se pudo hacer nada por él, encontrará un mensaje en el contestador, la llamé.

—…

—También le comunicaba en el mensaje que Sonia desea darle las gracias personalmente por haberle facilitado abrazar a su padre por última vez. ¿Se encuentra bien? Estos momentos tienen que ser duros para usted, túmbese de nuevo si lo desea.

Apartó las manos, como si se las hubiera quemado, de la puerta del ascensor donde hace un rato estuvo hablando con Pedro. Está escuchando y entendiendo a medias las palabras del enfermero pero el corazón le late terriblemente, produciendo un golpeteo como de multitud de pisadas en su interior, y no se atreve a expresar todo lo que le ha venido a la mente tras esta versión de lo que ha vivido las últimas horas.

No cuadra, algo sucede, algo que se está poniendo fuera de control, estos últimos días han sido extraños. Hace apenas unos minutos estaba conversando con Pedro y resulta que lleva muerto desde las siete de la tarde, murmura para sí, y la piel se le eriza. Es difícil precisar con exactitud en qué punto comienza el miedo, cuándo las causas del temor no son claras. Las impresiones se acumulan en la superficie de la mente pero no puede pensar, está aterrada hasta el tuétano. ¿Qué demonios pasa? ¿Está perdiendo el juicio?

Es todo tan extremadamente inquietante que no ha abierto la boca ni ha querido quedarse un minuto más en el hospital. Por miedo a que la ingresen, pero en la planta de enfermos psiquiátricos.

De camino a casa, en el taxi, Vitalia piensa en Pedro, desconsolada, y es como un sueño dentro de un sueño, como el vaivén de un mar amortiguado, tiene las manos y los pies helados, el corazón helado, los ojos hechos trizas de llorar porque él estaba muerto desde las siete y trató de despedirse de ella varias veces, le ofreció su mano y ella se la negó, y luego esa inquietante situación de la sala de espera. El jardín. El hada…

Capítulo 36 | La hija

Apartamento de Vitalia, 1993

El abismo de las emociones, ésa sí que es la auténtica profundidad, sobre todo, en momentos dolorosos como éste.

—Buenos días, Sonia, soy Vitalia, amiga de tu padre. Sé que querías hablar conmigo.

La muchacha se ha puesto a llorar. Ambas lloran.

—La comodidad y la seguridad de la vida en familia no eran para él. Ha sido bonito despedirme de él, gracias.

No se conocen pero tienen algo en común que les permite callar y dejar rodar el dolor sin preocuparse demasiado de lo que pasará luego. Pedro ha muerto y le incineran mañana por la mañana y Vitalia es cobarde porque se excusa, no acudirá al funeral, no podría soportar verlo de nuevo pero en un ataúd, y la aliviaría admitir que no es exactamente por eso, pues al momento de pronunciar estas palabras sabe perfectamente que ella mismo no las cree. Pero Sonia es amable y no hace preguntas. Menos mal, no podría explicárselo, lo que sucedió en el hospital no se lo podrá explicar nunca a nadie, es otro pasado para el olvido porque olvidar es cómodo.

Pero cuando, más tarde, riega las plantas lo hace también con el sentimiento de culpa que se le escapa a borbotones como el agua por las grietas del defectuoso pitorro de plástico la regadera, y llora y el viento riza los pequeños charcos que ha dejado en las macetas, los hace tiritar como la estremece a ella y no puede dejar de pensar en el paralelismo, atroz, de que Sonia no ha podido ver a su padre durante más de diez años. Vitalia puede imaginar lo que es eso, pues ella no le ha visto nunca, quizás no sea exactamente lo mismo pero le resuena y le entran unas ganas locas de dar el paso.

El gran paso.

Bastaría con que reuniera el valor de preguntárselo a su madre, quizás no sea tan difícil, tendría que reunir el valor para llamarla... Recuerda a su madre en todo tipo de posturas frívolas, con vestidos a la moda y montada en el coche de su marido, el hombre que le ha dado todos los caprichos y una posición social, y se siente un poco como ella al haber rechazado encontrarse con la hija de Pedro. ¿Por

qué querría su madre recordar los sucesos tristes del pasado? ¿Acaso quiere Vitalia? Y no vale que cierre los ojos porque alambres detrás de los párpados parecen tensarse para obligar a ver. Quizás más tarde. Mañana, o pasado. Cuando se pueda, sin hacerse demasiadas ilusiones, es lo más razonable, lo más parecido a la realidad.

Capítulo 37 | Segunda carta

Carta Mallorca-Barcelona, 1993

No ha llamado a Carol, no se ha atrevido, pero ha sucedido. Como si los misteriosos designios de su destino se estuvieran confabulando para desquiciarla del todo, su madre ha tomado la iniciativa y le ha mandado una extensa carta, por el matasellos ve que hace días, pero que llega hoy, oportuna, inquietante, puntual. Vitalia llevaba días sin salir de casa, sin atreverse a pisar la calle, pero los acontecimientos han decidido alcanzarla por su cuenta, ahora entran por el buzón. No importa, ya no se sorprende ni de que la mujer más fría que ha conocido le mande un abultado sobre con olor a jabón de rosas.

«Querida hija:

Cuando nombraste a Violeta me estremecí. Había tratado de olvidar todo eso durante años, pero ya se sabe que cuanto más se intenta ocultar algo tanto más impulso toma y tarde o temprano emerge, así que he entendido que ha llegado el momento de que te lo cuente. Te ofrezco aquí cuanto recuerdo, que es poco, a lo que añadiré lo que me contó tu bisabuela.

Perdóname por no haberlo hecho antes, es posible que no entiendas mis motivos, te ruego que puedas perdonarme algún día.

Tienes derecho a comprenderlo todo, y lo primero que debes saber es que tu abuela Angélica no era hija de la bisabuela Leonor y el bisabuelo Miguel. Ellos no podían tener hijos, lo sabía todo el pueblo. Llevaban ya diez años casados y tenían pocas esperanzas ya de que les sonriera la fortuna de un anhelado pero huidizo embarazo. Por eso Leonor se mostraba siempre triste y con pocas ganas de hablar con sus amigas, rodeadas ya de su prole, y prefería pasear por el bosque y recoger plantas con las que aprendió, poco a poco, a preparar remedies para curar los resfriados de los hijos de los demás, para facilitar el sueño o las digestiones.

El bosque, sin embargo, ya no era gran cosa entonces. Los incendios habían asolado demasiadas veces las montañas que rodeaban el pueblo y había demasiados leñadores cortando árboles, excursionistas buscando setas, el turismo trajo carreteras y

urbanizaciones espantosas con alumbrado eléctrico y contenedores para la basura.

Todas aquellas modernidades habían dejado poco espacio para las plantas silvestres que Leonor recolectaba, y por eso tenía que aventurarse por los rincones más escarpados y de más difícil acceso.

Entonces su padre murió y le dejó en herencia una casita de campo, que no es otra que la que ocupamos desde antes de que nacieras, mientras te esperaba, y hasta que cumpliste seis años.

Esa casita estaba prácticamente incomunicada con el pueblo salvo por un camino angosto y caprichoso que solo Leonor y sus padres conocían. Ahí, con paciencia, Leonor y Miguel tenían trabajo a manos llenas, lo que era perfecto para dejar de pensar en la maternidad tan deseada como imposible. La casa, en cierto modo, se convirtió en su hija y removieron la tierra para hacerla fértil y vaciaron de zarzas y otras malas hierbas que asomaban por el brocal del pozo.

Retiraron los troncos muertos de los árboles requemados y plantaron almendros, higueras y un par de perales. Les gustaba sobremanera, los sábados, salir de Buena mañana, con el sol, a su casita del campo y pasar ahí el día entero… y una noche, cuando ya habían recogido todos los enseres para cerrar la casa hasta la semana siguiente, vieron a una muchacha que recogía fruta de sus árboles y se asomaron para reprenderla, al tiempo sorprendidos de que alguien se hubiera aventurado hasta ahí para tan pobre provecho. Pero cuando salieron fuera no había nadie y empezaba a oscurecer. Esperaron un momento, preguntaron al aire que quién estaba ahí. Silencio. Oyeron un llanto, entonces, que venía de la parte trasera de la casa, de algún lugar indeterminado de la falda de la montaña. Fueron a ver, y encontraron allí sentada entre las crujientes ramas a mi madre, tu abuela, que interrumpió su llanto y entablaron una conversación que cambiaría la vida de Leonor y Miguel para siempre.

Les dijo que se llamaba Angélica. Era una muchachita muy rubia y tenía la piel tan pálida que parecía enferma, así que les pareció inofensiva y le sonrieron. Hablaba muy despacio, y les contó que ahora que ya la habían visto necesitaba su ayuda. Había vivido desde siempre en la montaña oculta a los ojos de la gente, y confesó que llevaba meses robándoles fruta. Lo hacía porque las tierras de los alrededores se habían empobrecido y ya no podía subsistir por su cuenta como había hecho hasta entonces: los incendios habían debilitado bosques y fuentes, la maleza reseca había cegado las grutas frescas de antaño y se había hecho tal tala de árboles, que ya no sabía dónde guarecerse.

Los nuevos habitantes de ciudad —proseguía Angélica— estaban invadiendo con sus casas de veraneo los rincones más bellos. A partir de entonces, todo cambió para tus bisabuelos. Porque ella prosiguió su relato y les confió que era una mujer de agua. Habían oído hablar de ellas muchas veces en su infancia, pero jamás soñaron siquiera con ver a una.

Por su aspecto, no lo parecía ciertamente, adujeron ellos. No llevaba ningún vestido tejido de rayos de luna, ni tampoco ninguna diadema en los cabellos, pero sí dos ojos llenos de bondad, aunque también es sabido que una mujer de agua puede adoptar toda clase de figuras… Lo que importaba, les respondió ella, es que, cuando la ves, se queda contigo porque ya no puede volver sola a su mundo.

Aturdidos y sin palabras, decidieron pasar la noche en la casa para pensar qué iban a hacer. Ella no tenía ni doce años y parecía buena, y tras pasarse la noche en vela, hablando, al amanecer amarillo luminoso que parecía querer quemarlos a todos le dijeron que se la llevarían con ellos y la tratarían como a una hija.

Como puedes imaginar, en el pueblo las habladurías se multiplicaron ante aquella novedad, pero Angélica era siempre tan amable y bondadosa que pronto la gente olvidó que no era la hija de Leonor y Miguel. Trabajaba en la tienda, ayudando a sus padres adoptivos, con esmero y pronto descubrieron que tenía una mente privilegiada: con los codos apoyados en el mostrador, pasaba la mañana dedicada a su juego preferido, que consistía en calcular mentalmente las cuentas de los clientes. Decía la cifra en voz alta a una velocidad pasmosa, y cuando Leonor terminaba la suma sobre el papel y confirmaba que la niña había calculado bien los clientes aplaudían.

Todo estaba bien, pero al cabo de siete años Angélica era tan guapa que empezó a tener pretendientes que la visitaban con cualquier excusa y que la invitaban a bailar, lo que ponía bastante nerviosos a Miguel y a Leonor. Y, en esto, un joven forastero que acababa de llegar al pueblo, Teo, la enamoró, o ella le enamoró primero a él, nadie lo sabe.

Empezaron a coquetear ostentosamente, eran ambos muy jóvenes y muy pronto hablaron de matrimonio. La boda fue bonita, Leonor cosió un vestido de tul que fue muy comentado y Angélica se fue a vivir con su marido a una casa en las afueras del pueblo donde esperaban ser muy felices.

Ignoro si lo fueron, pero al cabo de un año nací yo. Y un día, cuando contaba cuatro años… lo recuerdo perfectamente porque había celebrado mi aniversario en casa de los abuelos el día anterior, mis padres discutieron. Era de noche y hacía mucho calor,

por lo que las ventanas estaban abiertas y lo escuché todo desde mi cuarto.

Mi madre estaba llorando porque había sabido que mi padre andaba con otra».

Vitalia está leyendo y no da crédito, lo que le cuenta su madre viene de tan lejos… ¿por qué no se lo contó antes? Estaba a punto de darle la vuelta a la página para continuar, cuando suena el timbre del teléfono. Es Ran.

Despierta en el sofá, donde se ha quedado dormida en cuanto Ran se ha marchado, y tarda en ubicarse. Se ha hecho de noche. Se pone de pie frente a la ventana y mira el mar de tejados, de color tostado y cubiertos de sombras. Ha despertado porque oyó ruidos, justo desde ésta que da al patio y observa reflejos de luna y las luces domésticas que quedan, y un murmullo… De improviso logra descubrir su origen, como si se hubiera encontrado con una cara que la hubiera estado acechando.

Ve una fuente de agua abajo. ¿Una fuente?

No la recordaba. Enciende la luz y vuelve a mirar. No, no hay ninguna fuente, son imaginaciones suyas.

Comprueba la hora en el reloj del salón, son más de las doce y entra en el lavabo para despejarse con agua fría, y mientras se seca las manos piensa que tendría que cenar algo, pero paralelamente recuerda la carta que tiene sobre su secreter del dormitorio a medio leer, todo al mismo tiempo.

Esa carta que habla de hasta qué punto no podemos controlar quién nos trae al mundo ni sus consecuencias. Ni las circunstancias. Como tampoco decidir a quién vamos a amar.

«¡Maldita sea! ¡Apuesta lo que quieras a que Ran te está engañando, tal como dijo Pedro! ¡Más vale que lo creas!», se repite mientras atraviesa el pasillo a oscuras y vuelve a escuchar, con claridad, el sonido inconfundible de la fuente. El corazón le pesa y le escuece, siente que su rostro se inunda, pero las lágrimas tardan y no llegan. Recuerda de nuevo la carta porque le gustaría poder hablar con su madre sobre todo esto. Quizás lo hará en cuanto termine de leerla.

«Teo era un hombre contundente tanto de palabra como de obra, apuesto y simpático que la enamoró con cuatro piropos y que después del matrimonio siguió enamorando a cuantas incautas se ponían a su alcance. Era su defecto, nadie había avisado a Angélica antes de casarse y ahora sufría las consecuencias.

Yo ya me había dado cuenta, poco antes, de que algo había agriado el carácter de mi madre hasta un punto insufrible, pues me reñía por todo sin razón, la mayoría de las veces, con unos arranques de furia que me hacían llorar.

Esa noche, como te decía, estuvieron discutiendo y al día siguiente visitamos a los abuelos y Angélica se lo contó todo a su madre adoptiva. Hablaban delante de mí, que jugaba con los gatos, pensando que no las escuchaba, pero oí que la abuela Leonor dijo se temía que cualquier día el corazón de su hija estallara de tan cargado de reproches contra su marido, al que Angélica tanto amaba, y que debía calmarse. «Debes tener paciencia, los hombres son así, ya se le pasará», le dijo también.

Ante estas palabras Angélica reaccionó furiosa y no volvimos en varios días a casa de la abuela. Además, una noche salió de casa un poco tarde y me miró de una manera distinta, tan distinta que yo me di cuenta de que algo sucedía. En nuestra casa las cosas iban mal porque mi madre dejó de limpiar y estaba todo desordenado y triste.

Pero un día mi padre, al que le gustaba mucho salir a cazar perdices con sus amigos, tuvo un accidente. Nunca se supo qué había pasado, sólo que llegó en brazos de un compañero que, al ver que no regresaba, se acercó a la zona para ver qué pasaba y descubrió el motivo de la tardanza. Le había encontrado malherido en el bosque y con la cara ensangrentada: un disparo le había desfigurado por completo y se estaba desangrando.

Mi madre estaba muy serena y sólo le pidió al amigo cazador que le entrara a su marido en casa. Me abrazó fuerte para que no mirara, y yo traté de zafarme como con vergüenza, y después me sonrió para que me asustara menos.

Pero lo vi todo. Lo pusieron en la cama de matrimonio. Carol no decía nada, sólo le miraba, así que el amigo, suponiendo que estaba demasiado afectada para reaccionar, se encargó de todo: llamó al médico, me consoló porque yo me había puesto a llorar y fue a avisar a los abuelos.

Cuando todos llegaron y vieron a mi pobre padre, con las terribles heridas que tenía en la cara, bajaron la cabeza negando en silencio, chasqueando la lengua y suspirando muy hondo. Supe que moriría por las caras que ponían, y porque la cama se empapó como una esponja de aquella sangre que manaba de la cabeza de mi padre como un discreto torrente.

El médico informó de que había llamado a una ambulancia, que

no tardaría en llegar, porque tenía parte del cráneo levantado y había que operar con urgencia. Mientras, Angélica y Leonor, una a cada lado de la cama, se afanaban en enjugar su frente con un trapo húmedo, y alguien propuso sacarme fuera de la habitación para que no lo viera. Pero me negué, me daba más miedo quedarme fuera escuchando los gemidos de mi padre con la mejilla hecha jirones hasta la sien, con la nariz deformada por los perdigones, con el ojo reventado.

Fue entonces cuando, no se sabe con qué fuerzas, y quizás tampoco lo sabía él, se incorporó un poco y habló. Yo lloraba asustada pero en ese momento paré mi llanto en seco y contuve la respiración para escucharle. Nadie daba crédito. Le rogó a mi madre, mirándola a los ojos y con un hilo de voz, que avisara a una mujer, a una en concreto.

Ninguno de los presentes lo ignoraba, era una de sus amantes, quizás su preferida, y él, que sabía que iba a morir, deseaba despedirse de ella.

Vi cómo Carol apretaba los puños, con fuerza, hasta casi clavarse las uñas. Se hizo un repentino silencio entre mi padre moribundo, las dos mujeres, el médico y yo, y miré a mi madre como si esperara una orden de su parte pero ella no dijo nada con los ojos azules abiertos de par en par. Estaba ya dispuesta a salir de la casa para buscar a aquella mujer que mi maltrecho padre tanto reclamaba, pero Angélica, sin pestañear siquiera, me paró sujetándome el hombro y se volvió de espaldas a los tres para salir de la habitación.

Mi padre se echó a llorar con la cabeza ladeada sobre la almohada sanguinolenta, y lo hizo con un sonido grave y gutural que sobrecogía. Lloró tanto y de tal modo que Leonor y yo nos estremecimos, aún más cuando nos asomamos y descubrimos a Angélica sentada en la mecedora donde solía coser por las tardes. No dijo nada, mamá era muy callada y, sobre todo, no le gustaba hablar de sí misma, y nadie se atrevió a preguntarle nada.

Yo me limité a mirarla con desconcierto, pues con la mirada perdida estaba cosiendo un paño de los encargos de la tienda, y así prosiguió un buen rato y ya no volvió a entrar hasta que llegó la ambulancia, demasiado tarde, porque cuando iban a subirle a la camilla el médico confirmó a la muerte. Recuerdo que su cara estaba muy crispada y se había quedado blanco como una azucena. Finalmente, la sábana del hospital sobre la cara inerte.

Ese mismo día nos instalamos a casa de los abuelos para velar al muerto y para que Leonor pudiera cuidar de mí, pues notaba a mi madre desorientada e inestable, y le dieron a mi padre cristiana

sepultura, dos días después.

Nunca fue realmente mala conmigo. Ni con nadie. Pero Angélica cada vez estaba más deprimida, más apagada y a ojos vista se le formaron unas ojeras casi azules, pero se enojaba cuando se le preguntaba si le pasaba algo y solo negaba con la cabeza refunfuñando y afirmando que todos los hombres eran iguales.

Durante el funeral el cura dijo que se le perdonaban al fallecido todos los pecados y los hermanos del finado leyeron unos versos en su honor alabando sus cualidades, quizás por eso mi madre no fue a la ceremonia y se quedó en casa, por más que Leonor le rogó que fuera, ya que era previsible que el funeral fuera muy concurrido y todos se fijarían en que ella faltaba.

Escuché cómo discutían en voz baja antes de salir, lista con mi ropa de domingo aunque era miércoles, y mi madre aclaró con sumo cuidado que ni ella ni su hija temían a las campanas de la iglesia, pero que no pensaba ir de ningún modo.

La abuela Leonor y yo nos adelantamos a la iglesia porque se hacía tarde, y el abuelo Miguel se quedó atrás para convencerla y por lo visto discutió también con su testaruda hija, nunca he sabido qué pasó. Lo único que sé es que cuando la abuela Leonor y yo regresamos, extrañadas porque ninguno de los dos había acudido al funeral, había un hombre colgado de una cuerda entrando en el pozo, mientras otro aguantaba desde fuera el otro cabo. Fuera, en el suelo, había una zapatilla de Carol junto al pretil que me produjo una gran impresión, pues ahí tirada y desparejada, de color rojo, parecía el pétalo mustio de una flor.

El abuelo Miguel lloraba y rogaba que la sacaran con vida, pues no había podido frenarla cuando se dirigió al pozo para tirarse, pero no sólo no la sacaron con vida, sino que dijeron que ahí dentro no había ningún cuerpo y esto fue apenas la aceptación de lo que desde mucho antes se veía venir: Carol había escapado de un mundo al que nunca había llegado a pertenecer del todo, pues a la vista estaba que nadie la había entendido nunca, ni siquiera Leonor y Miguel.

Este hecho conmocionó al pueblo, que de inmediato fabuló todo tipo de historias, y los rumores sobre lo ocurrido se extendieron como la pólvora, era algo que no necesitaba explicación por saberse o por haber dejado de saberse.

—«No estaba en sus cabales».

Hablaban de ella con la reverencia debida a quien no había sido velado ni enterrado. Días más tarde, solicitaron Leonor y Miguel

que se plantara un hermoso rosal junto a la tumba de Teo en recuerdo de la infeliz desaparecida, a falta de su cuerpo, con la esperanza de que así a mí por lo menos me quedara un bonito recuerdo de mis padres para cuando fuera mayor, aunque después de todo lo que había visto de poco hubiera servido el rosal. La naturaleza es sabia y en unos meses se secó hasta las raíces.

Medio cerraron la tienda al público y sólo atendían encargos de costura el jueves por la tarde, ella, y de papeles administrativos todos los días, él, pues no tenían ánimo para volver a la vida de antes después de lo sucedido.

Siento mucho, Vitalia, no haberte contado nunca nada de todo esto. He estado muchos años dudando sobre si hacerlo o no, pero cuando el otro día me llamaste me di cuenta de que los secretos entre madres e hijas no pueden traer nada bueno y he decidido contarte los míos. Espero que así puedas comprender muchas cosas sobre mi carácter, y sobre el tuyo, que quizás si hubiera tenido el valor de hablar contigo antes no te hubieran atormentado como lo han hecho.

En fin, te cuento lo que sé y lo que viví sin juzgar nada ni a nadie y lamento que no quieras hablar conmigo ya, pero sin duda me lo merezco y hay cosas a las que está bien no darles excesivas vueltas, cosas a las que el silencio les va bien.

Te quiero mucho, hija, y aunque no haya sabido demostrártelo, en tantos años, no he dejado de pensar en ti».

En la carta resucitan miedos antiguos y las impresiones acumuladas se convierten en una emoción definitiva: piensa en su madre como si lo hiciera por primera vez. La descubre de un modo nuevo, es una persona concreta, hija de unos padres determinados, descendiente de una genealogía determinada y responsable de que Vitalia esté en el mundo.

Pero aún hay flecos sueltos, queda algo suspendido, y por más que relee, una y otra vez, los párrafos, no encuentra ese dato que ha echado de menos, y que le parece el más importante de todos: ¿Quién fue su padre? Al final de la carta hay una frase borrada... que trata de descifrar en vano con la esperanza de que en tan poco espacio pueda estar esta respuesta, pero no.

Vitalia querría saber hasta qué punto su madre lo sigue ocultando porque ha sufrido, o quizás por orgullo, por venganza... Ahora que tiene toda esta información, ve a su madre no muy distinta a los demás en esta familia reservada y llena de secretos que acaba de descubrir. Y una frase entera tachada con tanto

esmero que no queda una sola palabra legible.

La observa largo tiempo, las frases tachadas en una carta son siempre fascinantes. El resto de la carta no le habla de su padre, quizás eso es lo que tachó, debería llamarla y preguntarle directamente, explicarle que le gustaría tanto saber quién fue su padre… Y tampoco puede dejar de pensar en todo lo demás que le cuenta su madre, también para hablar de todo eso le gustaría llamarla y darle las gracias por haberle escrito, y que ha entendido que su madre ha sufrido mucho y que Vitalia no es la única que sufre.

Pero no llama, no aún. La lectura le ha producido una extraña sensación, como si algo que había dormido durante años agazapado en un rincón se desenrollara sobre ella.

Con esta carta, con estas confesiones, Carol le ha regalado una parte muy importante del tesoro de su pasado, pero Vitalia no ve un anillo o un broche, esa joya es una caja en la que están encerrados demasiados disgustos, su fondo es profundo y si entras no se ve la salida… Todo esto le viene a la mente en forma de vahos cuando en la soledad del dormitorio, tan solitario y oscuro, trata inútilmente de conciliar el sueño.

Porque ahora sabe que no está sola para buscar la salida. El dilema, a partir de aquí, consistirá en valorar si merece la pena salir hacia alguna parte o dejarlo todo como está. El resto del día y todo el día siguiente jugueteará con decenas de hipótesis, pero de momento sólo suspira y mira por la ventana, se mantiene inmóvil e indolente mientras se despliega en su imaginación un extenso laberinto de sufrimientos ajenos, y de algún modo también propios por el vínculo de sangre, engarzados.

Capítulo 38 | Exposición de razones

Conversación telefónica, Barcelona, 1993

—Necesito decirte que pienso en ti constantemente.

—No estoy para bromas, Ran. La última vez que oí tu voz… me dijiste que tenías prisa por irte.

—Metí la pata, estaba nervioso, pero no he dejado de pensar en ti —insiste.

—Estoy cansada de estas mentiras románticas que imitas de fotocopias cada vez de peor calidad, las copias de copias sucesivas que es imposible que lleven a nada verdadero. Tú no me quieres. Lo comprendí el otro día, para mi sorpresa, y eso que era previsible, pero caí en la trampa. No me volverá a pasar.

—No exageres, decirte que te quiero no es ningún delito, no es para tanto, Vitalia…

No está exagerando, está cansada de esta noria que gira y gira y no va a ningún lado. Por eso se lo ha dicho todo de golpe sin pensar, siente la ira bullir en ella de nuevo, está indignada. ¿Por qué tiene que llamarla ahora, y de este modo, cuando ya casi había conseguido olvidarle? Pero no le ha colgado el teléfono al ver que es él porque el verdadero orgullo, el grande, consiste en no tener orgullo.

—Vitalia, sé que te debo una explicación, comprendo que estés enfadada.

Ella casi grita, hecha una furia. Está enfadada consigo misma, lo más estúpido, lo más inconcebible es que no se haya dado cuenta ni por asomo de que Ran no está tan enamorado como ella. ¡Qué ceguera!

—No te permito que juegues más conmigo. Ya no necesito tus explicaciones, he intentado a cerrar lo nuestro definitivamente. No quiero tener nada que ver contigo.

—Vitalia, te debo una explicación sobre la mujer con la que me viste el otro día… Yo...

Se siente tentada a colgar el teléfono, pero decide escucharle, darle una oportunidad, no puede evitarlo, este hombre le gusta

demasiado.

—Te escucho.

—Es mi esposa, Flavia.

—¿Tu esposa?

—Sí, estoy casado.

Verle con otra ya la había alterado, pero saber que encima está casado… Y no puede evitar un recuerdo que le rompe el corazón, pues Pedro ya se lo había dicho, precisamente eso, y ella pensó que deliraba. Vitalia no puede con la pena que siente, ha sido de nuevo ocultada, ha estado de nuevo en el segundo plano de los perdedores como su madre fingió no tener ninguna hija para conseguir un marido y una buena posición social, ha sido la otra de la otra.

Pero ahora que Ran ha destapado la caja de los truenos, Vitalia quiere datos, quizás para disponer de material cuando se suene los mocos en casa, o para encontrar por dónde des idealizarle del todo de una vez por todas.

—¿Quién es ella? —pregunta con perentoriedad, le gustaría cambiar de conversación pero no puede.

—Es hija de un barítono célebre y con mucho dinero, cuya fortuna, aunque no su talento, ha heredado ella. Cuando la conocí era ya viuda de un aristócrata francés y dueña de todo lo que quedaba de la extensa fortuna, fruto de las ganancias paternas, que había constituido su dote.

Mientras él prosigue con más detalles, Vitalia trata de poner todos esos datos en orden en su cabeza, a toda velocidad, no da crédito: Ran está casado con una mujer que es la depositaria de una herencia que le ha permitido montar la agencia. Durante años han sido una pareja distante, pero en un momento dado ella quiso reconquistarle montando el negocio que más ilusión podía hacerle a él, fundó la agencia y se la encomendó. Con una única condición: ella tiene que tomar todas las decisiones, de acuerdo con él, pues es su manera de mantenerle a su lado, de esclavizarle.

Ran se ha explayado, Vitalia nota que él tenía ganas de contárselo para desahogarse. Pero…

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—Ella no me importa, hacemos vidas separadas desde hace años, no vi por qué tenía que hablarte de ella.

—¿Sabes tú lo que es... y descubrir de pronto, por casualidad...? ¿Qué hacías con ella el otro día?

—…

—¿Y por qué no te has separado?

—No puedo separarme, sería catastrófico para nuestros negocios en común, la agencia, las subastas de arte… Ella no dudaría en hundirlo todo.

—Y por eso estabas con ella el otro día, en un restaurante, por interés, para hablar. Como ahora conmigo, no me digas que no hay nada, no te creo. ¿Qué quieres obtener de mí?

Ran se muestra anormalmente locuaz, habla de un modo extraño, lleno de metáforas, como escudándose en artificios.

—Lo siento, Vitalia, no quería hacerte daño, por eso me alejé de ti… Soy un mal país. No tengo capital. Soy una mala inversión. No tengo capital. Me falta un centro de gravedad. Me falta un punto de apoyo…

—Déjate de metáforas bonitas… ¿Por qué sigues con ella? ¿Y por qué acudes a mí ahora, a qué viene darme explicaciones?—insiste Vitalia.

—Quiero dejarla, quiero estar contigo, pero antes tenía que aclarar asuntos de negocios con ella, le cuesta afrontarlo porque ella sí tenía esperanzas de que algún día... En fin, puedes imaginarlo. Cuando nos viste estaba tratando de calmarla, dice que quiere tirar la toalla sobre un asunto de vital importancia para la empresa, y sé que lo hará para vengarse y trataba de evitarlo.

—Os vi muy bien juntos, no parecía que estuvierais discutiendo —insiste Vitalia, desconfiada.

—Ella es desbordante, excéntrica, muy absorbente —balbucea él, y muda el tono de su voz súbitamente— y me veo obligado a tratarla como a una niña para evitar males mayores. Estaba… tratando de calmarla.

—¿Le tienes miedo? —interrumpe Vitalia, ya un poco respuesta, habla despacio para dominar su mal.

Esa pregunta opera en Ran un nuevo cataclismo e inicia una sarta de explicaciones inconexas, todo termina siempre en sus negocios, en la agencia. Vitalia no puede seguir escuchándole, no quiere formar parte de ese juego perverso que tienen activado, a su costa porque es ella la parte más frágil, ha entrado en este terreno de arenas movedizas sin estar avisada, sin querer, pero hasta el fondo.

—Da igual, Ran, no tienes por qué darme más explicaciones… Entiendo que tienes que aclarar todo eso con ella, no es asunto mío.

Está desanimada y ya no trata de disimularlo. Su cabeza da vueltas a todo lo que él dice pero ella no está en su discurso, de Ran

emergen todas las contradicciones posibles. «Tengo que dejarle. Porque tal como es no vamos a tener futuro ni ahora ni nunca. Ni presente. Ni un beso, ni una caricia más. ¡Se acabó! Ni una sonrisa, ni un susurro…»

—Me he recriminado muchas veces no haberte contado la verdad de buen principio. Mantenía a la espera del momento adecuado, interiormente, muchas posibles maneras de contártelo. Estaba…

—¿Avergonzado?

A pesar de lo que significa para Vitalia la confesión de Ran, hay aún algo muy intenso que le dice que por mucho que hablen sobre todo ese asunto no se aclara nada entre ellos ni para bien ni para mal. Si le ama no debería importarle lo que él tenga con su esposa, no es asunto suyo, pero le importa y cuanto más le escucha peor se siente.

La tentativa de diálogo ha sido un nuevo error, les está metiendo cada vez más adentro de este maldito caos, sobre todo, cuando Ran se empeña en continuar dando explicaciones, en tartamudear imprecisamente, y a partir de ese tartamudeo Vitalia nota cómo se forma en su mente la imagen de la relación que Ran mantiene con Flavia: a él le gusta que ella le siga dominando, estaría ciega si no lo viera. Y lo que ve no le gusta, una sensación que empeora a medida que Ran habla: Flavia y él se conocieron en un viaje a Ginebra, en un hotel, y el azar de que él le cayera bien la movió a ofrecerle, con imperiosa y sospechosa generosidad, no solo una relación, sino que se casaran y él se encargara de sus negocios.

Hay quien vende el alma al diablo, y quien se la vende a una esposa manipuladora. Porque bien sabía Flavia que aquello que le ofrecía suponía unas condiciones que no pudieron menos que deslumbrar a Ran, galerista aún sin clientela ni contactos y cuyos recursos se habían consumido en su vida de bohemio.

Como él mismo reconoce, en su confesión telefónica, su mujer, a la que él no amaba, le ofrecía sacarle de la miseria, y él, para su vergüenza, aceptó, aunque ya poco después del matrimonio se dio cuenta de que había caído en una trampa. Pero era ya demasiado tarde.

Ella empezó a exigirle atención constante como parte del trato, y no le dejaba hacer apenas nada por sí mismo. De puertas afuera él es el director de la agencia, pero la que mueve los hilos es ella, y no sólo de la agencia, sino de la vida de Ran.

—Ella disfruta castigándome…

—Y tú disfrutas siendo castigado. Por eso no la has dejado, y por

eso esgrimes todas esas razones profesionales, los negocios en común, todo eso que me cuentas.

Afectado por lo que acaba de decirle, Ran confiesa, en desorden, que lleva meses pensando en separarse y ha fantaseado con la posibilidad de un divorcio ventajoso que le permita mantener su parte en las acciones de la empresa, su única fuente de ingresos actualmente, para así poder rehacer su vida.

—Vitalia, pase lo que pase voy a separarme. Deseo con todas mis fuerzas una relación contigo, si tú quieres, libre de mi patético pasado. Empezar de nuevo, amarte sin mentiras.

Le escucha, lo que Ran dice es imposible que no le agrade. En un instante había caído en el desánimo —él, casado y atrapado por una mujer rica— y ahora de pronto se siente elevada a los cielos de una esperanza, que él ha dibujado, de poder estar juntos sin la carga de sus mentiras, abandonándolo todo por ella.

—¿Por qué estás tan callada?

—Pienso en lo que tengo que decirte.

—Dilo.

Silencio. Muchos le han dicho que es demasiado amable para su propio bien, y recordarlo le refresca la convicción de que tiene todo el derecho del mundo de ser de otro modo. Necesita pensar.

—Ran, déjame solucionar mis asuntos. Soluciona tú los tuyos y ya hablaremos, quizás, más adelante...

Como si se hubiera roto el hechizo, por primera vez en su vida Vitalia ha tomado las riendas de lo que desea hacer, de lo que le conviene, ella tan voluble como las mariposas iba a decirle que sí unos segundos antes, estaba ya pensando en volver a verle como si nada después de las explicaciones sobre su desafortunado matrimonio, deseaba creer en sus nuevas y buenas intenciones con ella… Pero ahora, bien pensado, se ha dado cuenta de que lo que propone Ran es excesivo.

—¿No aceptas que esté arrepentido? ¿No vas a darme una oportunidad?

—Muy bien, me alegra que te arrepientas de algo —murmura—. Una oportunidad… Si te la diera sería por mero sentimentalismo, por debilidad, estaría haciendo algo que en realidad no quiero hacer.

—Sí —responde Ran, con una voz inexpresiva que delata su desencanto—, supongo que tienes razón.

Cuelgan. Aunque a él le haya sentado mal su respuesta, ya está

hecho. No le pide nada del otro mundo. Tiempo. Margen para aclararse. Ambos. Con lo enamorada que estaba, pero… Era quizá lo único en que no había pensado Ran, que ella pudiera desenamorarse, pero así es, y la prioridad ahora es resolver su vida, Ran sería una carga y no una ayuda, y si no lo entiende... Ha tomado la decisión correcta, a veces es bueno dejar pasar el tiempo antes de tomar decisiones. Todo el tiempo del mundo.

Capítulo 39 | El padre

Casa de Leonor y Miguel, Algaida, 1993

—¡Te veo tan fresca a pesar del calor!

—¿Sí? No me siento nada fresca. Tendríamos que ir pensando en qué vamos a hacer con los recuerdos de los abuelos.

Pero Carol no se mueve, ha lanzado al aire una voluntad que es evidente que no siente, no parece tener la menor intención de hacer nada con los recuerdos de Leonor. Se limita a repetir que la vieja casona le trae recuerdos y, aunque no cuenta de momento cuales son, pero en sus ojos hay un fulgor soterrado que permite intuir que no son buenos.

Incómoda ante el mutismo de su madre, que de momento no sabe interpretar, Vitalia agacha la cabeza y se deja hipnotizar por el giro de la cucharilla con la que Carol disuelve unos azucarillos imaginarios, pues desde siempre lo ha tomado sin. Piensa también qué más podría decir para romper el hielo, para hablar de veras.

Se concentra en el hermoso florero de porcelana azul que su madre ha llenado por la mañana con azucenas y lirios, claveles y campanillas blancas del jardín para recordar los ramos que hacía Leonor. Carol es toda una dama. Fría pero elegante.

Citarse en la casa de Leonor ha sido una prueba de fuego, todavía no se cree que su madre haya aceptado. Ahí están todas las sombras de Carol, y algunas que ha heredado Vitalia. La lectura del testamento será en un par de días, pero Vitalia ha decidido viajar antes precisamente para propiciar esta situación, las dos juntas durante horas, quería ver a su madre con calma, sin prisas. Desea dedicarle tiempo y que su madre se lo dedique a ella, por fin. No se lo ha dedicado nunca desde que la dejó en el colegio de las monjas.

Vitalia se felicita interiormente por haber tomado esta decisión, podría haber delegado en su madre la lectura del testamento, no era obligatorio. Pero a veces son los hijos los que tienen que cambiar sutilmente las cosas para ayudar a los padres, un hijo tiene la responsabilidad de al menos intentarlo una vez en la vida, y ésta es la suya.

Van a pasar el día entero juntas y la mañana del día siguiente, que es cuando se leerá el testamento. Es el momento. Le hará la

pregunta. Vitalia nunca se ha armado de valor para hacerla, pero hoy está dispuesta, ahora o nunca.

—Hija, siento que en Mallorca he estado siempre en una jaula por culpa de mis malas decisiones. Me enorgullece que supieras irte lejos. Hiciste bien.

Su madre lo intuye, está muy locuaz, se esfuerza por no permanecer en silencio demasiado tiempo. Quizás la incomodará, pues por algo será que su madre nunca ha pronunciado una palabra sobre él, pero qué sentido tiene seguir esperando.

—No sé si hice bien, mamá. Mi jaula es más grande, pero sigo dentro —responde, pesarosa y aturdida por el runrún de sus pensamientos.

Es cierto que nota a su madre cambiada, o quizás es ella la que ha cambiado, no sabría definirlo pero desde el primer momento, a pesar de su desencuentro, de tantos años, hoy siente una cercanía que lo podría superar todo, han vuelto a comportarse como una madre y una hija y el cariño filial es un poder que nunca se pierde y sólo puede desviarse o extraviarse, de eso no le quedaba la menor duda, pero sigue ahí.

En el fondo, se parecen mucho más de lo que ninguna de las dos reconocería jamás, viéndolas juntas la primera impresión es que la naturaleza ha trabajado sobre un cuadro básico de ingredientes y se parecen como dos gotas de agua. Apenas se diferencian un poco en el color de los ojos, o quizás sea la actitud… Sea lo que sea, cuando los ve de cerca se amedrenta. Los ojos de Carol tiene una nota de desafío, de insolencia, que intimida, pero Vitalia ha hecho un viaje largo para hablar con ella y no va a echarse atrás a la primera. Mantiene la mirada, tiene que haber algo más que arrogancia, es su madre.

El desván es enorme y está dividido en dos salas paralelas, separadas por una pared. Una mitad era para los trastos de la casa, la otra para los pedidos de la tienda y está llena de cajas de cremalleras y botones, bolsas colgadas de enormes clavos oxidados y perchas con camisas y vestidos, polvorientos paraguas ordenados por colores sobre una balda, pliegos de facturas y albaranes en carpetas de gomas, muestrarios de telas, la máquina de forrar botones y toda su artillería de diversos diámetros, las anillas y las hombreras, el gorila del expositor de la marca de zapatos que estaba de moda cuando iba a primaria. En un rincón, también la amplia mesa de despacho donde a menudo se sentaba el bisabuelo para revisar los pedidos y las cuentas. El desván de los objetos perdidos donde almacenada una parte fundamental de la vida de Carol. Hasta que se vio embarazada y se mudó para que nadie la

descubriera. ¿Quién la embarazó? ¿Cómo era? ¿Y por qué no se quedó con ella? La felicidad de la ignorancia es preferible a casi todo, sí, excepto a la felicidad de la sabiduría.

Carol no sabe qué hacer con las pertenecías de sus abuelos y mira a Vitalia con la fragilidad de por una vez en su vida no saber qué decir, ni qué hacer, para ocultar sus emociones.

Habla con Vitalia de la carta que le mandó, de cuántas veces soñó desde el fatal accidente de Teo y el nunca aclarado suicidio de Angélica, su madre muerta que la llamaba desde el pozo y su padre sangrando para siempre sobre los colchones de la casa. Temía que le sucediera lo mismo: amar con locura a un hombre y desear desaparecer del mundo por culpa de ese amor inconmensurable.

Pero los sueños de Carol fueron interrumpidos una noche. Con extremo sigilo se abrió la puerta del cuarto y, a oscuras, alguien avanzó hasta la cama de la muchacha. Carol sentía cerca de ella una respiración anhelosa, el batir rápido de un pulso. Se persignó, pensando en las ánimas del pozo, en los demonios que había aprendido antes de su primera comunión. Apenas tenía quince años pero una mano cayó brutalmente sobre su cuerpo y ya no la dejó gritar, su aliento fue sofocado por otra boca que tapaba su boca. Ella y su adversario forcejeaban mientras sus abuelos dormían en el cuarto del fondo y no la dejó pedir ayuda porque era la suya una mano fría y pesada, de la cual parecían emanar el sueño y la tristeza más infinitos.

Las imágenes que acaba de expresar tiene tanta fuerza que vuelven, las terribles, las remotas palabras que Carol se ha callado tantos años, y son sombras imposibles de decir del todo, imposibles de pensar. Carol recuerda que con aquel hombre encima que le arrancaba la ropa vio a su madre en sueños, que cerraba los ojos por fin, y no quiso defenderse más. Cerró ella también los ojos, con el aroma de los lirios del jardín repentinamente flotando en todas partes, y se sometió y supo que sin proponérselo había conseguido la libertad: ya no iba a enamorarse nunca, ya no iba a caer en las garras de ese sentimiento que había destruido a sus antepasadas.

Que aquel desconocido la violara a oscuras la salvaba de su destino del modo más brutal, pues estaba convencida de que si se enamoraba estaría perdida, como le sucedió a su madre. Se ha pasado la vida con el corazón frío, y se alegra, incomprensiblemente, pues le produce más pavor lo otro, lo que temía.

—Las mujeres de agua tienen el don de seducir al hombre que se propongan sin dificultad alguna, pero si son ellas las que se

enamoran están perdidas.

Vitalia escucha y vuelve ansiosamente la cabeza hacia la oscura ventana y lo entiende, pero le pesa. Gracias a la brutalidad de aquella violación, y gracias a no saber quién había sido, obtuvo un remedio definitivo: la incapacidad de amar a ningún hombre. Pero eso también le fue helando el corazón y la convirtió en una mujer fría y calculadora. La historia que acaba de desvelar Carol abre los ojos de Vitalia por un instante, pero como al pasado sólo puede retenérsele en cuanto imagen que relampaguea, para nunca más ser vista, en el instante, unos segundos después Vitalia de nuevo ya no entiende nada, sentido y sin—sentido son como mantequilla derritiéndose y haciéndose líquidos entre sus oídos, y aunque sitúa muchas cosas, aunque puede acercarse a comprender por qué su madre no le habló nunca de su padre, por qué fue siempre tan distante y fría con ella… Sabe que no lo entiende de veras, apenas se acerca y sólo Carol sabe. Vitalia no, apenas intuye el peso de la moneda que da vueltas en el aire y, sin embargo, permanece todavía suspendida.

—Mamá, ¿por qué no me has querido? Yo no…

—¿Me creerías si dijera que lo he sabido todo de ti durante todos estos años, hija?

Capítulo 40 | La liberadora de bonsáis

Fornalutx, Mallorca, 1993

Vitalia ha hecho memoria del día que entregó los dibujos en el museo, de todo lo que pasó, cientos de veces. Y tras analizar quién estaba ahí… Ha recordado la visita de Violeta y entonces un ¡clic! ha sonado en el cerebro de Vitalia, como si un hada hubiera golpeado una copa de cristal dentro de su cabeza.

Inhala profundamente, en un impulso ha decidido ir a preguntarle directamente a Violeta si fue ella... Está prácticamente segura. Ha ido a visitarla para aclarar este asunto, a su casita blanca con cortinas estampadas y una jardinera con camelias en la ventana, un poco de aire las remueve como si respiraran. Se siente bien con la compañía de su madre para esta visita, Carol está apoyándola en esta aventura estrambótica como si fuera lo correcto, pero todo ha venido así por azar, porque se da la circunstancia de que no puede dejarla sola en la casa de Leonor, su antigua casa, después de lo que le ha contado, hay demasiados fantasmas del pasado que atenazan a Carol entre esas aparentemente inofensivas paredes.

De camino, le cuenta que Violeta fue la única visita que recibió a la casa museo y no estaba prevista, por eso los agentes han pensado en ella a la hora de buscar sospechosos, pero la ancianita negó que tuviera nada que ver con la desaparición de los dibujos. Nadie dudó de ella, pero ahora Vitalia sí duda y madre e hija convienen que puede que hayan dado con el cierre del misterio. Así que, en cuanto la tienen enfrente, Vitalia no se anda con rodeos. Está sentada en el porche con una taza desportillada con alguna infusión que humea. Les estaba ya ofreciendo una también a ellas pero Vitalia le ha preguntado. Es su principal sospechosa y, como era de esperar, confiesa.

Pero lo hace de un modo extraño, confundida, desmemoriada, como si de pronto tuviera veinte años más o hubiera perdido la razón por completo, apenas se entiende lo que musita.

—Es curioso —murmura—, ahora que lo dices… cuando los agentes me preguntaron les dije que no sabía nada de todo aquello, no sé porqué, y ahora sí recuerdo algo, déjame pensar…

Es comprensible que se encuentre confusa, hace unas semanas tuvo una subida de azúcar y tuvieron que recogerla del suelo tras el desvanecimiento. Les cuenta que ahora tiene que inyectarse insulina por la mañana y por la tarde y anotarlo en un cuaderno para que su médico vaya valorando su evolución. La doctora también le indicó que debe caminar a diario, y ya casi es la hora, el sol ha bajado y parece contenta con su compañía.

—No es que los movimientos me resulten fáciles, hoy, pero me vendrá muy bien dar un paseo.

Media hora más tarde están caminando por una zona recóndita de la isla, entre campos refulgentes salpicados de amapolas. No se ve ningún letrero, ninguna indicación, sólo la autopista bordeada por un contundente guarda raíl metálico y tras él, el chaparral de jaras, lentiscos y romeros a ambos lados, que es por donde caminan ellas.

Si Violeta no estuviera tan débil y tan mayor, Vitalia estaría asustada, pues ahora que la han descubierto es inquietante que vayan con ella campo a través. Pero bien mirado… no parece peligrosa, salvo para sí misma, pues camina cabizbaja y a gran velocidad sin mirar por dónde va, como embrujada, poseída, como si fueran otros ojos los que mirasen por ella, se ha aventurado con los ojos cerrados por rocas y desniveles de un torrente seco sin que parezca temer peligro alguno y la siguen como pueden, en silencio, al fin y al cabo… son dos contra una, si las cosas se pusieran complicadas, algo que Vitalia ya no descarta por el giro extraño que ha tomado todo.

Caminan hasta que Violeta indica que ahora el sendero que deben tomar se estira a la derecha, entre árboles oscuros, y cuando miran en esa dirección ven que aquí y allá levantan la cabeza, altivas y orgullosas las largas inflorescencias rosadas de las orquídeas y amapolas de prado. Van a caminar en la sombra por fin, el sol ya no pesa porque aletea por entre las ramas de los árboles más altos como una multitud de mariposas plateadas. Y, de improviso, se abre un claro y frente a ellas se presenta una docena de bonsáis con ramas larguísimas que crecen hacia el cielo gris perla uniforme e inmóvil, rozagantes. Sus hojas también brillan henchidas de vida, las ramas son suavemente movidas por pájaros diminutos que huyen de ellas en cuanto se acercan, parecen minúsculos colibríes tornasolados, pero han desaparecido en un suspiro y no ha dado tiempo de identificarlos.

«¡He aquí el famoso jardín de bonsáis! Qué bosquecillo tan encantador» piensa Vitalia, y siente en la luminosidad difusa,

pálida, casi sin sombras de este claro una oscuridad más espesa que la de la noche. Carol, pensativa, mira a su alrededor con ojos que solamente simulan fijarse en lo que las rodea y le pregunta a Vitalia, sin palabras, con un gesto, si sabe qué hacen ahí.

Van a ver qué les quiere mostrar Violeta, nada más.

Aún aguardan un rato, de pie las tres como una trinidad que espera que Violeta cuente, sumidas a ratos en pensamientos que les llenan el espíritu de alegría, pues según susurra ésa es la manera que tienen las hadas de dar las gracias, insuflando belleza y buenos sentimientos a su alrededor, en colaboración con la naturaleza. No cabe duda de que es un remanso de paz y bienestar, se respira la vida fragante de las plantas y los árboles junto con el aroma a tierra buena, el canto de las aves es delicioso, como el revoloteo frenético de las abejas y abejorros de flor en flor en busca del preciado néctar.

En ese entorno, Violeta parece una mujer madura tranquila y razonable. Ahora habla más despacio y les cuenta que lo único que hizo la noche que fue hasta allí con los dibujos, que metió en su destartalada furgoneta… fue atender a lo que ellas le habían indicado.

—¿Ellas?

—Debemos ayudar a la gente a sentir y apreciar esa dimensión...

Violeta parece hablar sola, refunfuña que apenas recuerda el círculo del hechizo, ellas son las mujeres de agua y tienen vidas mucho más largas que las humanas, pero son también mortales: en determinado momento, sin enfermar ni sufrir, se enrarecen y se esfuman... Angélica lo era y quiso proteger a su hija de la maldición de los duendes, pues Teo los había molestado.

—¿Molestado?

—Es muy peligroso mirar a un duende a los ojos.

Vitalia y Carol no entienden nada de lo que Violeta relata, es como si desvariara.

—Es durante los días anteriores a la luna nueva cuando salen, no con luna llena, como la mayoría de la gente imagina.

Permanecen a su lado en silencio, largas pausas salpicadas de breves preguntas que no responde mientras tratan de digerir la información que expulsa desordenadamente. Dice que el padre de Solon trató de apartar a los duendes del mundo de los hombres congelándoles en los dibujos. Que lo hizo porque conocía su crueldad, pero que no pudo congelarlos del todo y sólo logró

dejarlos acurrucados, y no a todos, y como estaban siempre a punto de despertar estaban incordiando mucho.

—Por culpa de Solon, que los invocó con malas artes.

Por lo visto, cuenta Violeta, con razón o sin ella, desde el conocimiento, la perplejidad, la retórica o la pura confusión, Walter Solon estaba poniendo en peligro a Carol y Vitalia sin saberlo. Porque algunos de los duendes que Solon había tratado de atrapar no habían olvidado nunca cuánto deseaban vengarse de él y de los suyos, y aunque ellas habían sido muy discretas en sus vidas y habían pasado casi inadvertidas durante años… Solon las había acercado a los dibujos, lo suficiente como para que las recordaran. Porque es egoísta, porque sólo piensa en él… Repite Violeta la última frase como si conociera a Walter Solon, algo que Vitalia no descarta porque esta mujer es una caja de sorpresas.

Violeta suspira profundamente y añade que por suerte ahí estaba ella para restablecer el orden y aplacarlos, así que hizo lo que las hadas le habían pedido y cuando quiso darse cuenta los dibujos ya estaban tal como Vitalia los vio, alarmada por teléfono por los responsables de seguridad, la mañana que acudió a Mallorca a toda prisa.

Recuerda que cuando el día de su encuentro en la casa museo pasó ante los dibujos sintió que unas voces le hablaban y se asustó un poco.

Vitalia lo recuerda perfectamente, aquel día Violeta parecía hablar sola mientras miraba los dibujos.

La desaparición de los personajes de los dibujos sucedió más o menos así: Violeta, después de llevarlos al bosque y de los extraños sucesos que ha empezado a relatar en absoluto desorden, los devolvió a su lugar en la casa museo. La puerta seguía abierta y colocó cada marco sobre su número, en la pared, sin reparar en el cambio que se había operado hasta que hubo terminado. Se dio cuenta, sí, de que ante ella había ahora una extensión de ramitas, arbolitos y flores enmarcados y sin un solo personaje, paisajes vacíos dibujados con detalles delicados pero ni una sombra de las hadas y duendes que contenían unas horas antes. Dice que se preocupó mucho y entonces es cuando sufrió el desmayo, de los nervios, y que está muy arrepentida porque lamenta haber perjudicado a Vitalia con su inconsciente acción.

No sabe qué le pudo pasar, cómo se transfiguró de este modo su voluntad para convertirla en ladrona de cuadros, en aventurera, era como si la estuvieran utilizando. Se esfuerza por convencerlas de

que cumplía órdenes y no tenía elección, y le ruega que la perdone, pero Vitalia de momento no sabe qué tendría que perdonarle exactamente y deja que Violeta siga hablando.

No parece una criminal ni una ladrona, a la vista de su amabilidad y el esmero que pone en dar explicaciones sería inimaginable que en ella haya habido ninguna mala intención, por descontado, incluso da la sensación de todo lo contrario, y este sentimiento lo favorece la quietud de este rincón del bosque, de lo más singular, es como si todo se hubiera puesto de acuerdo para escuchar la conversación que mantienen.

Trata de tomársela en serio porque lo que le cuenta Violeta no le parece tan descabellado, al fin y al cabo ella lleva toda la vida escuchando voces y viendo cosas que los demás no creerían. Íntimamente, hace recuento de la última vez que uno de esos seres le habló… y se da cuenta de que hace ya varias semanas que no le sucede, hay silencio, mucho silencio, nada que temer.

¡Ah! Qué extraño y rico el mundo sin preguntas y sin lógica, sin medidas ni instrumentos. Ha atendido a cada palabra de Violeta aunque de vez en cuando perdía el hilo y su atención, juguetona, se posaba en los recuerdos y en los diminutos y algodonosos helechos que se curvan en algunos rincones húmedos de este claro, y es dulce y rico el olor a tierra y a follaje y no intentar analizar nada y dejar que lo que cuenta Violeta sea eso, nada más: su cuento.

Carol ha dicho que hace más fresco aquí pero no hay prisa ni incomodidad alguna, respiran hondo y escuchan para que Violeta prosiga sin una brizna de desconfianza sobre lo que cuenta. Ella asiente, con los ojos entornados y la frente completamente lisa, como si fuera una niña asustada, muy tímida, y les agradece su paciencia, pues todavía queda mucho que contar. Ahora se dirige a Carol.

—Hablé con Teo, tu padre, muchas veces en el bosque, pero quiero aclarar que nunca tuve nada con él excepto esas conversaciones. Lo recuerdo como si fuera ayer. 1951. Él me tomaba por loca, como casi todos en el pueblo, por eso me gustaba vivir aislada y sólo me relacionaba con el bosque. Me cayó bien, tenía una mirada inteligente y curiosa, y para protegerle le conté que las hadas estaban disgustadas con los cazadores y le rogué que tuviera cuidado.

—…

Esta ancianita tierna y dulce no parece capaz de mentir, pero Carol, de momento, no se fía.

—No comprendo como Angélica, tu madre, pudo pensar que... En fin, aquel día Teo salió a cazar como de costumbre pero, por más que caminó, no encontró un solo animal a tiro. Cansado bajo el sol del mediodía —prosigue—, se propuso buscar a las hadas y las estuvo incluso llamando a gritos durante horas, pues suponía que eran ellas las que le espantaban los animales y las consideraba sus enemigas. Y las encontró, vaya si lo hizo. Fue cuando paró para aplacar su sed y la de su perro tras la caminata en una fuente que formaba un salto de varios metros y que se perdía monte abajo. Estaba ahí de pie y cuando miró hacia el fondo vio un hada que luchaba tratando de subir hacia él, pero las paredes de piedra eran muy lisas y volvía a caer una y otra vez, como si estuviera enferma o herida. Incomprensiblemente, la insultó, la amenazó y finalmente trató de dispararle… Entonces el duende se asomó y le miró.

En este punto Violeta calla y coincide su pausa con que se ha ocultado el sol tras una nube, haciendo que el bosque adquiera un aspecto menos acogedor, las tres sienten un escalofrío. Violeta se disculpa por haberlas asustado e insiste en que todo lo que sabe sobre todo aquello se lo han contado las hadas, que además le han revelado uno de sus secretos: cuando las ves es porque se han debilitado, pues su naturaleza sana les permite estar a la vez en todas partes y verlas significa que se han materializado, que están más cerca de nosotros de la cuenta.

—El hada que vio Teo estaba alterada porque había adquirido sentimientos humanos que no la dejaban ya volar y expandirse, que la tenían atrapada en esa fuente.

Ella trató de comunicarse con Teo para prevenirle para que no se acercara, pero su lenguaje es un silbido fino y no la oyó, así que tuvo que salir en su defensa uno de los duendes, mucho más poderosos y que velan por ellas, pues saben que las hadas tienen momentos de exaltación y de desasosiego, lo que puede llevarlas a la melancolía, debido quizá precisamente a su naturaleza sutil e incierta, pletórica de actividad y posibilidades, danzando simultáneamente en todas las posibilidades y posiciones.

Carol ha carraspeado y ha interrumpido, está incómoda… Ha pensado en su madre, en Angélica, por segunda vez en muchos, muchísimos años, y como para apartar ese recuerdo de su mente susurra que deberían haber cogido alguna chaqueta más gruesa, tiene escalofríos y no parece ya interesada en lo que cuenta Violeta, mientras Vitalia sí quiere que prosiga, está mirándola con una mezcla entre curiosidad y agradecimiento por contarles todo esto

tan extraño sobre su abuelo Teo.

—Carol, no quisiera que te sientas molesta por lo que cuento. Tu madre era muy buena —, susurra abrazándola, y ahora la que parece una niña es Carol— pero estaba demasiado asustada como para darse cuenta de que todo aquello que decía la gente en el pueblo sobre su marido podía responder a un desafortunado malentendido. Con cuánta facilidad pueden sufrir engaño la mente y el corazón… Y Teo se buscó su perdición, no quiso escucharme tampoco cuando le señalé los peligros dándole todo tipo de detalles, y créeme que lo comprendo, afirmar que las hadas existen implica el doble peligro de parecerle una afirmación demasiado alta al sabio y demasiado baja al hombre sencillo que pretende que en el mundo todo esté sincronizado y coherente.

Por lo que fuera, Teo no sólo no la creyó sino que, lo que es aún peor, decidió desafiarlas, casi como si se tratara de un reto.

—Me arrepiento tanto de no haberle sabido parar, pero no tenía manera de hacerlo, él era un hombre y yo casi una niña…

El resto de la historia de Teo ya lo conocen bastante bien Carol y Vitalia. Los malentendidos con Angélica, los efectos paranormales e inquietantes en sus vidas que parecen haber heredado Vitalia y Carol… en fin, una historia que parece un cuento de hadas pero que están empezando a no tener más remedio que adoptar, pues es la que mejor se acerca a una explicación para todo lo que han vivido.

—Angélica enloqueció creyéndose los rumores de que Teo tenía una amante, se comentaba en el pueblo que le habían visto conversar conmigo en el bosque. Pero nunca le preguntó directamente a él, guardaba su dolor en secreto y ése fue su error…

La nube se ha apartado de delante del sol, y la luz salpica rincones insospechados para abrir ante ellas el espectáculo de cientos de diminutas flores blancas y azules al pie de los arbolitos. Brillan como escarcha. También observan que la hierba es más suave en el centro del círculo que dibujan los bonsáis, es como si a medida que Violeta avanza en el relato su vista se estuviera aclarando, afinándose para percibir mejor detalles antes ignorados. De algún modo, en el corazón de Vitalia está sucediendo algo parecido.

Carol, con la mandíbula apretada como si reviviera la angustia ante la fatigosa agonía de su padre, recuerda cuando Teo pronunció el nombre de Violeta en el lecho de muerte, y cómo por eso Angélica creyó enloquecer, se sumió en la desesperación, tanto que

se apartó de todos, también de su amada hija, y planificó tirarse al pozo.

—Como ya había hecho tu verdadera abuela, Carol, tantos años antes, y como han venido haciendo tantas mujeres de agua anteriores.

Y como podrían también haber hecho Carol y Vitalia si no hubieran ido con cuidado.

Como una revelación, Vitalia sospecha que Carol sabía todo esto, y precisamente por eso se había vuelto tan fría y falta de sentimientos, pues temía repetir lo que había hecho Angélica. Enloquecer de amor. Y como si Violeta le estuviera leyendo el pensamiento, añade que ésa es la maldición de las mujeres de agua, amar y sentirlo todo hasta la locura, hasta perderse en el desasosiego de las poderosas corrientes encontradas que las habitan, y que al tiempo que les dan la gloria de una existencia misteriosa entre la tierra y las aguas subterráneas, también las condenan a no poder controlar sus emociones, hasta el punto de desesperarlas en cuanto temen cualquier fluctuación irreparable.

Pero habla como si diera por sentado que Carol y Vitalia son mujeres de agua, con eso no contaban y están muy serias, sin saber si deberían marcharse o seguir escuchando.

—Las hadas me confesaron cuanto no se puede saber de tan incógnito y me convencieron de que lo sois.

—¿Qué somos?

—Encantadas, mujeres emparentadas con las hadas, de naturaleza cambiante, dinámica, corriente. Por eso hay no pocas aguas oscuras en vuestro destino y no podréis descansar si Solon no limpia las que removió. En vez de hacerlo, sigue invocando los dolores antiguos sin restañar ninguna culpa. Tened cuidado, todo lo que tenga que ver con su historia os afecta, como su colección. Quería llevar a las hadas, en contra de sus deseos, de vuelta a la casa del pozo donde empezó todo. Eso es un error fatal, había que impedírselo.

Cuántos disparates. ¿Carol y Vitalia son encantadas? ¿Por qué? ¿Y la casa del pozo donde empezó qué? No entienden ya apenas lo que cuenta y hacen pequeñas suposiciones mentales sobre la salud mental de Violeta, sus palabras tocan muchas fibras íntimas y parece muy bien informada… pero no hay que olvidar que no son más que eso, palabras. Pero lo que es cierto, se dice Vitalia, es que

no comprende qué papel juega Solon en todo esto, de hecho todo se ha precipitado desde que entró en su vida, con el añadido del misterioso colofón para su colección de dibujos, y sea lo que sea lo que ha propiciado… no ha sucedido gratuitamente.

Vitalia baraja varias hipótesis, y la más amable de ellas consiste en que Solon ha sido el artífice involuntario de la unión de muchas piezas inconexas del puzle, que estaba ahí, y que por su curiosidad respecto a todos los temas paranormales que llevaba años estudiando se sintió impelido a buscar a Vitalia, quizás sin siquiera sospechar por qué lo hacía.

Sea lo que sea lo que ha generado los pasos para llegar hasta esta conversación en el bosquecillo de bonsáis, ya sean esos dibujos borrados por alguna misteriosa razón o un montaje perverso que a Vitalia se le escapa, o esas mujeres suicidas de su familia lanzándose a los pozos… Todo parece confluir en lo que de verdad importa, y es que Vitalia ha establecido una posible explicación para las dificultades para amar de Carol y las suyas propias, que tanto se parecen a los miedos de Angélica… Todo esto ahora ante sus ojos con claridad, con que apenas se esfuercen un poco en no intentar racionalizarlo. Y a su paso genera en ella unas ganas irrefrenables de abrazar a su madre.

—Mamá, lo que mejor he entendido es que no somos culpables de nada de todo esto.

Le ha salido del alma, ambas simulan no haber notado el temblor de su voz y su madre no sabe qué decir. Es entonces cuando Violeta vuelve a hablar:

—Vosotras no habéis decidido apenas nada de lo que habéis vivido. Las hadas movieron los hilos, como de costumbre, y es por eso que tenemos tendencia a adoptar ciertas actitudes, a tomar ciertas decisiones, que no nos explicamos muy bien, pero que, sin saber por qué, nos vemos impelidos, de una forma irrenunciable, a adoptar y tomar.

Estas palabras son a la vez un alivio y unas manos que las zarandean para sacarlas de su mutismo. Pero Carol sigue bloqueada y se limita a secarse minúsculas gotas de sudor de la frente y la nariz con un pañuelo. Vitalia, por su lado, respeta su miedo a sacar algo en claro de la información electrizante que maneja Violeta... Sean fantasías de una anciana que está perdiendo la cabeza o sean la crónica de lo que pasó, de algo sirve que estén ahí escuchando y se alegra. Algo ha cambiado entre ellas, aún no sabe exactamente qué… Existan o no las oscuras fuerzas del bosque, de algún modo está agradecida porque habrán resultado benefactoras si ayudan a

restaurar emociones en esta familia.

Quizás esas oscuras fuerzas del bosque de las que les habla Violeta no sean otra cosa que el modo que tiene ella de denominar tantos malentendidos y silencios acumulados, tantos resquemores y desconfianzas que su sensibilidad le ha permitido captar a lo largo de los años y por lo que conoce de esta familia de mujeres trastornadas. Y es como si también la misteriosa desaparición de los dibujos fuera una metáfora de todo lo que estaba congelado a la espera que ellas dos decidieran afrontarlo, un mero instrumento más para abrir la caja tan bien sellada de los truenos de su pasado.

Sumergida en estas cábalas, Vitalia mira a su madre por fin con amor y le gustaría compartir mucho más tiempo con ella ahora que la ha recuperado, y se lo debe a Violeta, a que apareciera en sus vidas, y también a Ran y Solon, indirectamente, por propiciarlo.

Pero Carol sigue muy rígida y no da muestras de sentir nada parecido, así que Vitalia se mantiene a la espera mientras siente sobre los párpados todo el peso de una enorme lástima por haberla odiado durante tantos años y le entran unas irresistibles ganas de tumbarse y dormir para descansar de tantas emociones. Pero no es el momento, se da la vuelta y se dirige ahora a Violeta, agradecida porque los dibujos le hablaran, como les ha estado contando, y Violeta emocionada sigue parlamentando como si aún considerara que puede hacer más por ellas y enhebra nuevos detalles sobre lo que querían las hadas, a cuál más fantasiosa e improbable, tan relajada que expresa lo que le viene a la mente sin freno alguno, y de nuevo resume precisamente lo que Vitalia estaba pensando: las hadas que se habían dormido en los dibujos solicitaron su ayuda para despertar en el bosque.

Cuando añade que no lo hacen frecuentemente, parece en trance, susurra que podrían haber dormido por años y años y años hasta el fin de los tiempos, pero llegó el momento propicio.

—¿Y para qué dormían? —pregunta Vitalia, un poco avergonzada por delatar así que cree en todo lo rocambolesco que explica Violeta.

—Dormían en los dibujos y quisieron salir para encontraros a ti, Vitalia, y a ti, Carol, para ayudaros. El padre de Walter Solon, un hombre excepcional que había estado en contacto muy cercano con los misterios de las hadas, se pasó la vida dibujando esas camitas en que se convertía cada dibujo en cuanto le terminaba de completar el fondo, elaboradísimo, como si fueran eficaces sortilegios para cazar hadas. Así, ofrecía a las hadas y los duendes con alguna angustia que curar un espacio a medio camino de su mundo y del

nuestro y a donde podían retirarse por un tiempo indeterminado para protegerse de sus contradicciones. Las contradicciones son su punto débil, amar y temer son emociones humanas que las superan, pero como las hadas no quieren hacerles daño a los humanos… Ellas aceptaron ese trato porque a veces se enfadan y no pueden controlarse, temen dejarse llevar por sus impulsos, elementales como ellas, y por eso aceptaron dormir durante años en los dibujos de Jonás Solon con la intención de incubar el perdón para lo que habían hecho sus hermanas, las mujeres de agua...

Esto parece ser todo y no es poco complicado, ni mucho menos, incluso Violeta parece no entender lo que dice porque mira al suelo con una expresión en perfecto equilibrio entre las dudas razonables y el entusiasmo, y Vitalia mira sus hombros estrechos y sus brazos enjutos, Carol también la mira y deja escapar un suspiro. Se han dado cuenta de hasta qué punto se sienten agotadas, atónitas y con curiosidad y con escalofríos, como si estuvieran lloviéndoles por encima de los hombros las fascinantes historias encadenadas que ha compartido con ellas Violeta, una lluvia fresca y danzarina de misterios que de momento no alcanzan a comprender pero maravillan y no merece la pena discutir con Violeta… Al fin y al cabo, se dice Vitalia, lo que ha dicho no parece tan descabellado, atrapar seres feéricos de otras dimensiones es algo que quizás un día pueda demostrar la ciencia, como ya ha demostrado el arte o la poesía cada vez que los mejores dibujantes y pintores y poetas apresan la belleza sutil de un modo parecido al que ha descrito Violeta, si no es el mismo, para que podamos verla sin deslumbrarnos, a nuestro alcance para hacerla dócil y comprensible a los ojos humanos… Piensa de memoria en las mejores obras de arte de todos los tiempos y en su fuero interno acepta que hay siempre en ellas una luz que palpita acurrucada en el fondo, que nadie sabría explicar racionalmente y que no parece tener prisa por despertar pero que está palpitando por escapar de nuevo, y qué bien ha explicado todo eso tan incomprensible Violeta, qué bien sientan sus palabras sin que nada se comprenda de veras.

Por qué no creerla, al fin y al cabo sólo dice que hadas y duendes han dormido en su retiro dentro de dibujos de hadas y duendes gracias a la maestría de Jonás Solon, quien sabe si todos los dibujos de estos seres que hay sobre la tierra y de todas las épocas no participan del mismo misterio… Y ahí se quedan hasta el día en que deciden despertar porque desenredan los dolores que las mantenían en tierra de nadie y pueden volver a ser libres para corretear por el bosque.

Violeta les cuenta también que las hadas acudieron a ella como última opción, pues antes han tratado de hablarles a Carol y a Vitalia en visiones y sueños. En vano, pues al principio… o no podían entenderlas o no las escuchaban.

—¿Os han estado visitando en sueños y visiones, verdad?

—Sí, —asiente Vitalia, Carol mira para otro lado.

—Hacen estas cosas, pero lo último que pretenden es asustar a nadie, —afirma Violeta—. Buscan que haya siempre alegría en el mundo porque de eso se alimentan pero, atrapadas sobre el papel, poco podían hacer, así que me hablaron de perdón y de lazos de familia, de secretos sumergidos y de mujeres de agua, me revelaron cuanto no estaba claro sobre Angélica y su origen misterioso… y se salieron con la suya, pues acepté ayudarlas.

Y añade que no deberían haberlas temido nunca, que son bondadosas, insiste, aunque a veces hagan cosas que lastiman y asustan a quienes no están preparados para comprenderlas.

—Vosotras teníais que acercaros, teníais que abrir la corriente de los misterios del pasado para que ellas pudieran desentumecer sus brazos y sus piernas y ponerlo todo en orden de nuevo.

—¿Y qué más sabes, Violeta, de lo que le pasó a mi padre? —pregunta Carol de improviso, por fin se ha animado a hablar.

Sabe muchas cosas, en parte lo vio con sus propios ojos, y Carol la escucha con el rostro por fin relajado porque siente que un calor extraño le entra por las manos y le recorre el cuerpo, tiene ganas de llorar, de gritar incluso. Y Violeta habla.

—Aquella tarde Teo fue a por ellas, como os contaba antes, y cuando creyó disparar a uno de esos diminutos seres… el bosque entero se confabuló contra él como un avispero alborotado por fieras que no se ven y el cartucho dio un giro en el aire, se volvió hacia su rostro y estalló, destrozándole la mandíbula y saltándole lastimosamente un ojo.

Cuenta todo esto y un sonido como un largo suspiro emerge claramente en el silencio que las rodea, parece como si el eco de aquel disparo se acabara de desenredar de las copas de los árboles gracias a las ráfagas de la brisa que se ha levantado. Se les vienen encima los recuerdos de esos fantasmales ramajes del árbol oscuro y tienen que concentrarse para seguir escuchando:

—Las hadas se arrepintieron mucho de no haber sido prudentes y haberse mostrado, temían tanto ser atrapadas por Teo… Pero él

encontró a la única que había débil e indefensa, en aquella fuente. Y no hubieran hecho nada si él simplemente la hubiera visto y la hubiera dejado en paz, se hubieran resignado a mudarse. Pero los duendes no son tan bondadosos como las hadas ni tienen mesura para su crueldad y decidieron castigarle por su arrogancia. Viven bajo tierra, en montículos perforados de galerías y grietas, no temen a nada ni a nadie y son vengativos y traicioneros.

Carol revisita en su cabeza el recuerdo del rostro agónico de su padre, el de su madre crispado en la mecedora mientras cosía con desequilibrado frenesí para no actuar ni hablar con nadie del irracional disgusto que se había apoderado de ella ante la imagen del amor de su marido con Violeta, la supuesta amante, su rival.

Sí, entre Teo, Angélica, las hadas y los duendes montaron un buen estropicio, se dice, pues a raíz de todo aquello ella se volvió por completo desconfiada respecto a las visiones e incluso temió volverse loca.

—Gracias por escucharme… —rezonga Violeta, enternecida— casi nadie cree en las hadas ya, ni en las ninfas, los sátiros, los demonios, los ángeles, y es razonable que les preocupe que les perdamos el respeto. De todos estos seres de luz ya apenas quedan libres unos pocos en los que la gente sí cree y a los que seguimos adorando, cuyos designios nos resultan indudables y por eso los respetamos: el amor y las musas.

Vitalia se estremece al escuchar esto, es precisamente el argumento que utilizó para intentar que Ran comprendiera lo que ella percibía tan claro, inútilmente.

Después Violeta cuenta más detalles de cómo ella entró de noche en la casa museo, sin ninguna dificultad, pues según ella una fuerza misteriosa se encargó de que la puerta estuviera abierta y las alarmas no sonaran, las cámaras no registraron un solo movimiento como bien saben Vitalia y los agentes que han estado investigando. Cargó los dibujos en su coche y los trasladó para ordenarlos en círculo en el claro del bosque, donde están ahora, alrededor de los bonsáis.

No hay apenas más que contar. Caso resuelto.

—¿Y ahora qué se supone qué debemos hacer, Violeta? —interroga Vitalia, con la aquiescencia de su madre, que debía de estar pensando lo mismo porque ha asentido.

—Las hadas ya están libres y no tenéis que hacer nada, todo

terminará de ponerse en orden muy pronto.

Han caminado de regreso por otro camino que parece más corto y Violeta se ha despedido con un abrazo que huele a hierba recién cortada. Les ha ofrecido unos botes de miel que ella misma recolecta pero no han querido entrar en su casa para recogerlos, como proponía, porque temen que Violeta siga hablando. Tienen ganas de estar solas, en eso se parecen también, y Vitalia, mientras camina con su madre de vuelta al coche, rememora lo poco que ha conseguido retener para ensayar lo que le contará a Solon, al que debe una explicación: como los bonsáis, los personajes de los dibujos fueron liberados por Violeta, y se entienda o no cuanto hizo y los argumentos que les ha dado… La crean o no, hecho está, y no puede buscarse más que buena fe en esta ancianita entrañable. Sólo hay un pequeño problema: cuanto les ha dicho es del todo indemostrable.

Seguramente Solon no la creerá, pero qué importa, al fin y al cabo, pues Vitalia ha deducido que no es posible nada en el mundo, ni fuera de él, que pueda considerarse sin restricción como real o irreal. Excepto la buena voluntad, que siempre estará por encima de todo lo demás, y visto así cuanto les ha contado Violeta y cuanto intentó hacer Vitalia… Sea lo que sea lo que pasó con los dibujos, y las hadas y los duendes… Lo que de veras importa es que ella y su madre han hablado de Teo y no les desagrada dotar de estos nuevos colores, iridiscentes y demasiado fantasiosos quizás, lo que en la familia había quedado como un nudo de pesadillas. Se non è vero, è ben trovato.

Con su madre sentada en el asiento del copiloto y a punto de abandonar Fornalutx y alrededores tras una jornada tan intensa, Vitalia no puede evitar buscar mentalmente un final feliz. “Todo está bien como está” es lo primero que se le ocurre y que es cierto que ella y su madre necesitaban reconciliarse para que sus vidas recuperaran equilibrio, en vez de seguir enredándose en las pesadillas y malentendidos de sus dos vidas sumidas en la melancolía, en los odios y el mutismo.

Violeta las ha ayudado a acercarse a sus secretos hablándoles de los suyos, de todo lo que ella dice que pasó tal y como se lo mostraron las hadas, y poco importa si es un cuento o la crónica de sucesos reales pero incomprensibles… Si no hay explicación racional… si es un interesado juego de sensaciones e intuiciones... Sea lo que sea, Vitalia concluye para sí que lo que sí hay es la belleza de las imágenes que les ha ofrecido, y que las hadas y los

duendes se duerman para no hacer daño cuando se ven incapaces de comprender, que es lo que les ha venido a decir Violeta que pasó, no debería extrañarle lo más mínimo, pues así es como ellas dos, Carol y Vitalia, han permanecido durante décadas, protegidas en sus respectivos silencios de cuanto no podían comprender ni compartir con nadie, víctimas del más inefable y universal de los estancamientos humanos o divinos: el miedo.

Capítulo 41 | Reunión

Residencia de Walter Solon, 1993

—¿Sabe ya qué sucedió con los dibujos?

—Eso sería mucho decir. He averiguado un hecho importante durante mi estancia en Mallorca, eso es todo lo que le puedo decir de momento, conversemos.

—...

—Es, se lo aseguro, crucial para su caso —insiste Vitalia—. Necesito que hablemos, cuanto antes.

Cuando le abre la puerta de su despacho, Solon es un ancianito de nuevo, parece consumido. Flaco, abatido, sin colores no se corresponde en absoluto a cómo le recordaba de su anterior visita. Ahora es un ancianito diminuto y completamente encorvado, de aspecto tosco que se mantiene en pie gracias a un andador metálico.

Una de sus manos, de dedos extremadamente largos y muy pálida, señala la butaca para que tome asiento y le sonríe. También se sienta él, avanza para sorpresa de Vitalia montado en un inestable andador sin hacer ruido alguno, durante las semanas que ella ha tardado en volver a visitarle su salud ha empeorado. «Todo va más despacio a medida que te haces mayor», se dice ella mientras mira cómo el anciano vuelve a bajar el brazo, a cámara lenta.

Sabiduría o cordura, quién las podría distinguir. Se ha armado de valor y ha acudido para decirle, personalmente, que ya puede dar el caso de los dibujos por cerrado, y que sea lo que sea lo que ha sucedido, por las pistas con que cuenta lo que le puede asegurar es que difícilmente tendrá remedio, que no los recuperará.

Solon la escucha atento y sin confesárselo ratifica a medida que la escucha lo que en parte ya sospechaba. Ha tratado con tanta insistencia de hablar con Vitalia, en vano, que tenerla enfrente contándole todo eso le parece un regalo.

Le confiesa, con los ojos chispeantes, que está contento de que Vitalia haya resuelto el caso, que para él es muy emocionante y comprensible cuanto le ha contado que le dijo Violeta y que estos nuevos datos despejan numerosas viejas incógnitas. Lo que no le dice es que se siente triste porque se ha dado cuenta de que con esta

precipitada conclusión del misterio que tenían pendiente ha llegado también el momento de cerrar su trato, de dejar de verse.

Vitalia es transparente. Aunque los honorarios que le ofreció son muy elevados, ella le ha manifestado que no se siente capaz de continuar trabajando para él, que ha recibido este anuncio como un jarro de agua fría. Pero ella prosigue: hay demasiadas novedades en su vida y le han torcido el ánimo, ahora tiene que pensar y confiesa también que se siente bien despidiéndose de Solon con el caso resuelto y su integridad profesional a salvo.

Solon se limita a escucharla y a la vista de lo importante que ha sido reconciliarse con su madre ella le da las gracias encarecidamente por todo lo que él ha hecho por ayudarlas, sin saberlo, metiéndola en esta aventura enigmática. Ahora ya sólo falta que Solon tenga a bien comunicarle las pesquisas a Ran, al que ya entiende que no hay que reclamar nada pues la responsable fue Violeta, una pobre mujer que ha perdido la cabeza y que está a su disposición para declarar ante quien se requiera, pero que difícilmente podrá aportar más que lo que acaba de contarle a Solon y, sea o no cierto, no habrá modo de recuperar los dibujos.

—Hablaré con Ran, descuide, le pediré disculpas debidamente por haberle atosigado con algo que no le correspondía, y voy a hablar con los abogados para que retiren la demanda económica contra su empresa de inmediato. Se enterará de que todo se ha resuelto satisfactoriamente gracias a usted, Vitalia, no lo dude.

Vitalia siente que todo está poniéndose en orden de un modo sutil y profundo. Retirará la demanda, eso está bien, y ella no tendrá que verle siquiera. Es un alivio. Porque aún le importa. Pero… ¿por qué le importa Ran? Hay apego, hay contradicciones aún en su cabeza, pero eso no es asunto de Solon, que ajeno a estos pensamientos prosigue:

—Vitalia, usted me da las gracias y eso me honra pero no me corresponde, si no le importa ahora le hablaré de cuanto ha hecho usted por mí gracias a este embarazoso caso y me comprenderá.

—Es usted muy amable, pero…

Iba a excusarse para marcharse a casa, pero el rimbombar de un trueno, tan encima de su cabeza que parece que va a echar abajo la casa, no la deja continuar.

No sabe qué hace aún aquí ni qué es lo que la animó a aceptar la extraña e incoherente oferta de Solon para tomar como propio el traslado de los dibujos, y al fin y al cabo las circunstancias han demostrado que así tenía que ser, no cabe duda. Solon, impávido, respeta la pausa por si ella quiere volver a hablar, pero Vitalia no

puede, así que ambos observan durante unos segundos los movimientos eléctricos que desfilan fuera de la ventana y justo después empieza a caer agua del cielo a borbotones y cae con tanta fuerza que parece un león iracundo que se paseara sobre los tejados. No. Definitivamente no hay intención por parte de Vitalia de retomar su discurso, así que toma la palabra él, satisfecho.

—Menuda tormenta se está fraguando en el cielo. Si no le importa… le rogaría que no demos esta entrevista por cerrada, señorita, usted no puede salir ahora con la que está cayendo y yo, si me permite, tengo aún algo de crucial importancia que contarle. ¿Quizás le apetece quedarse un rato, esperar que la tormenta amaine?

—¿Más misterios, dice? —replica Vitalia, divertida— ¿No le ha parecido suficiente que resolviéramos el de sus dibujos desaparecidos?

Solon se ríe, pero parece abstraído. Está melancólico, está recordando el principio de todo. Le anuncia que va a empezar por Ran, y le confiesa que fue muy feliz cuando él le confirmó que la había localizado y que la hija de Carol y nieta de Leonor aceptaría visitarle, con el anzuelo del trabajo.

Lamenta haber utilizado esa estratagema tan burda, lo hizo porque temía ser rechazado como un loco, pero necesitaba verla, confirmar que era ella, y decidió arriesgarse. Le confirma que dedujo, nada más ver las fotografías, que en efecto era la mujer que estaba buscando. Porque se parecía muchísimo a su querida Angélica.

Pero necesitaba que aquella muchacha confiara mínimamente en él para contarle lo que le quería contar, y si esa confianza se establecía luego todo podría continuar, aparentemente, de un modo muy sencillo. Pero se complicó, vaya si se complicó. Ran tenía que seguirla durante unos días y buscar la manera de encontrarse casualmente con ella y ofrecerle el puesto de trabajo para asegurarse que lo aceptaba y que sería posible la ansiada cita con Solon. La siguió hasta Mallorca y luego...

—Pero no, usted ya sabe todo esto... Además, éste no es exactamente el misterio que iba a contarle.

Capítulo 42 | El nuevo misterio

Barcelona, 1993

—Lo que queda por desvelar —amplifica Solon, voz cascada y senil— ha ocupado la mayor y más penosa parte de mi vida. Ahora, tantos años después, me gustaría darle a conocer, si usted me lo permite, los detalles de otro caso inconcebible, y poder contárselo me será de gran alivio.

—Oh, menuda responsabilidad… quizás no debería…

—No se sienta intimidada, los ancianos solemos decir las cosas sin miedo porque ya tenemos muy poco que perder, yo he tardado quizás demasiado en darme cuenta de eso. No le he anunciado aún hasta qué punto le concierne este misterio que voy a entregarle, de hecho soy yo el que siente pudor y vergüenza. Lo sé todo sobre su abuela Angélica, sé demasiado y muy poco, pero sé más que usted, desafortunadamente para mí. La conocí mejor que nadie en este mundo y es lastimoso saber por qué, se lo aseguro.

Es para Vitalia una gran emoción, pero negativa. ¿Qué pretende este hombre entrometiéndose, de pronto, en su biografía?

No parece que lo haga para incomodarla, pero así, sin previo aviso… ¿Por qué no escucharle? Averiguar qué sabe de su bisabuela. ¿Podría ser ésta la verdad inesperada que ha anhelado durante meses, a medida que ha ido atando cabos sobre sus antepasados?

Después de la carta de su madre está ya curada de espantos, y como siempre ha confiado en intuiciones y casualidades... Algo le dice que no puede desperdiciar una ocasión así. Solon acaba de nombrar a Angélica y, atrás ya su incomodidad inicial, se atreve y pregunta:

—¿Qué sabe sobre ella?

Es una pregunta elemental y, al pronunciarla, siente que está ayudándole a abrir una pesada puerta. Solon la entreabre y prosigue, despacio, pues cualquier fruta deliciosa tiene en su núcleo un hueso duro que nos impide morderla a placer y por eso desde niños aprendemos a ir mordisqueando cuando tenemos algo importante entre manos.

En cuanto Solon prosiga, ya nada volverá a ser igual.

Capítulo 43 | Mujeres de agua

Barcelona, 1993

Calcula que le ha escuchado durante casi una hora y ya no duda de que él sí cree en la evidencia hoy borrosa de ese reino. Es más, posee teorías perfectamente formadas y argumentadas al respecto: no tienen nada que ver con el cristianismo ni tampoco con el diablo, ni con ninguna otra religión conocida, vienen de mucho antes de Adán y Eva, antes de la caída, del limbo neutral ajeno a todo juicio.

—... Pecan, pero sus pecados son leves, casi infantiles, y su único defecto es su melancolía.

—¿Es acaso la melancolía un pecado?

—Es mucho más que eso, Vitalia... La melancolía es el más peligroso de los estados… Hay momentos en la vida que llenan de dolor, otros de dulzura y demasiados de arrepentimiento y abandono —responde Solon, con amargura—. No se olvidan, y cuanto más tratas de ignorarlos, tanto mayor es la inercia con que te arrastran.

Y así Solon prosigue con unas historias fantásticas que él sigue afirmando que la atañen, entremezcladas con sus peripecias personales. Lo dirá todo para que le comprenda, afirma él una y otra vez, para que pueda hacerse una idea de lo que vagamente le trató de contar cuando la conoció, sin atreverse. Ha llegado el momento...

—Disculpe, Solon... Hadas y humanos. Hadas que se convierten en encantadas porque aman a humanos y se mezclan con ellos... No logro seguirle, por mucho que me atraigan sus argumentos.

—Son como ángeles y se mezclan como la luz con los objetos que nos rodean, aprovechando las rendijas.

—¿Ángeles?

—Sí, ángeles en parte... pero los ángeles no tienen deseos, y los seres del otro lado de los que le hablo, sí. Seres que han acompañado a la humanidad desde el principio y en los se han querido ver todo tipo de símbolos y metáforas.

Seres del otro lado… Vitalia los ha visto y es bello e inquietante escuchar cómo alguien habla de ellos con tanta familiaridad, sobre todo cuanto Solon musita, abstraído. En pleno delirio, quizás, como ella con sus hadas.

Le escucha, fascinada y fuera del tiempo y de la realidad, abstraída como él, que mira fijamente hacia el fondo de la estancia, temerosa de haber enloquecido y que toda esta conversación no sea más que una alucinación fruto del cansancio acumulado. Leva días sin dormir apenas y mientras trata de calcularlos se siente paralizada para hacer nada excepto continuar escuchándole, y también confortada gracias a esta sensación de aturdimiento compartido, como cuando de niña escuchó los cuentos de su madre y de su abuela al calor de la chimenea hasta que se le cerraban los ojos.

Pero su madre y su abuela eran de su confianza y no tenía nada que temer. Solon es en cambio un desconocido, y lo que sucedió con Pedro, y lo que él le dijo sobre sus sospechas sobre el anciano coleccionista… Como si le leyera el pensamiento, Solon responde a las preguntas que Vitalia se hace, sin atreverse a pronunciarlas.

—A menudo encontramos cosas que parecen ilógicas pero que en verdad son coherentes y sabrá que no deliro si le cuento que estas cuestiones, querida Vitalia, por sorprendentes que puedan parecerle, ya las plantearon en el pasado grandes eruditos muy considerados a lo largo de los siglos. Ellos y no yo constataron el deseo de unión que parte del ser sobrenatural de convertirse en humano porque desea como nosotros precisamente lo que no tiene. Y en cuanto lo logra se da cuenta de su error, porque se rompe el hechizo de su deseo y pasa a disfrutar y padecer su alma humana, con todas las preocupaciones y límites que ello conlleva, y lo que le parecía lo más deseable le empieza a entristecer como una mordedura venenosa y lo vuelve progresivamente melancólico e intratable… Hasta ser, casi, como los humanos.

—¿Y por qué querrían hacer tal cosa? ¿Con qué fin un ser intangible e invisible podría desear unirse con un humano?

—Los sabios del pasado partían de la base teológica de que los ángeles eran sustancias espirituales, y por tanto tenían la facultad de adoptar todas las formas, también las corpóreas, a voluntad. San Agustín afirmaba que sólo actuaban así los ángeles caídos, que han estado uniéndose con los humanos desde el principio de los tiempos, mientras que los fieles a Dios no, por poseer vibraciones demasiado elevadas como para cometer este error.

—¿Qué error?

—El deseo. Un absurdo sin freno que, visto de cerca, no es otra

cosa que lo que llamamos normalidad. Así, los seres con naturaleza predominante en materia son los únicos que pueden experimentar deseo, y la materia es obra del diablo, decían todos estos entendidos, y así entendían las relaciones de silvanos, dusios y faunos con mujeres, caracterizándolos como seres imperfectos como nosotros y no como elementales. El Papa Benedicto XIV y otras autoridades admitían la cópula entre humanos y seres feéricos mientras otros autores como Guillermo de Auvergue, obispo de París del siglo XIII, juzgaban que no, que era imposible… Yo averigüé que sí, y cuánto me arrepiento.

—¿Vitalia?

Ya sea por el calor de la habitación, o por la grave voz del anciano, se ha adormecido. Tantos datos y tan extravagantes la han transportado y ha caído en un sopor muy dulce del que la saca ahora él, le ha agarrado la mano con fuerza.

Pero en cuanto abre los ojos, del todo, le mira sorprendida y se incorpora en su butaca, de un respingo. Porque Solon parece no haberse movido de su sillón, permanece a tres metros de ella justo donde estaba como antes de dormirse, y es materialmente imposible que haya recorrido ese camino de vuelta en un parpadeo. Le tocó la mano, se la estaba apretando hace un segundo… Una experiencia fantasmagórica, espantosa, profundamente enigmática.

Algo vuelve a no estar bien en la cabeza de Vitalia.

Ha sentido que se encontraba ante una fotografía mal tomada. Todo está borroso, las baldosas de color de musgo, los olores, los ronroneos del gato. Le duelen la cabeza y el estómago y trata de recordar qué hace ahí, mira el reloj para ver qué hora es pero las manecillas parecen haber desaparecido de la esfera. Se estremece. Este tipo de percepciones no le agradan, el corazón le palpita soliviantado, y presa de la misma inquietud, el gato se ha levantado de un salto del lugar donde estaba acurrucado, junto a la ventana, y los mira desconfiado desde un rincón, con los ojos encendidos por el reflejo de la chimenea, con ese destello de inteligencia que tienen los gatos en la mirada.

Hay algo demoníaco en esta habitación y no es sólo este gato resabiado, algo que eriza la piel de la nuca de Vitalia, que la hace sudar gotas frías, como si tuviera una repentina fiebre. Se mantiene inmóvil, espera paciente a que Solon se manifieste de nuevo, cuenta los segundos conteniendo la respiración hasta que no puede más y suspira. Por un lado, le agradaría seguir escuchándole porque eso sería lo más tranquilizador que podría suceder en estas circunstancias, poder seguir escuchando sus cuentos sin pensar, sin

tener que moverse. Un relato que aún no sabe por qué tiene que escuchar, por qué ella... Pero cae en la cuenta de que el nombre de su bisabuela emergió en la boca de Solon con una oportunidad e intencionalidad inquietantes y por eso está ahí. Por suerte, antes de que ella tome ninguna iniciativa Solon vuelve a tomar la palabra y su voz disipa el miedo.

—Ha descansado un buen rato. Por lo que veo, le hacía buena falta.

—Supongo que sí —responde, aún aturdida.

Adelantando el rostro y parpadeando como suelen hacerlo las personas muy cortas de vista, con una entonación extraña y con los ojos fijos en ella detrás de los lentes, le pide permiso, amable, cordial. Rara vez el villano de un cuento de hadas ha sido a una figura más digna de ternura.

—¿De qué tiene miedo, Vitalia?

—No sé a qué no le temo.

—Entonces... ¿le parece bien que prosiga? Quizás lo que le voy a terminar de contar podría disipar algunos de esos temores.

—Le escucho.

Bien pensado, no tiene ya prisa hoy ni nada mejor que hacer que dejarse mecer por las palabras de este anciano inofensivo y amable que le ofrece compañía y bellos relatos en esta fría noche de final del invierno, pero además cruza por su mente la posibilidad de que la haya drogado con algo que pudo poner antes en su bebida, aunque la sospecha se disuelve cuando vuelve a mirarle a los ojos y una familiaridad que no sabría explicar hace que la avergüencen los absurdos miedos que han hecho palpitar la desconfianza más irracional en su pecho y en sus sienes.

No debe darle más vueltas: se ha quedado dormida y al despertar ha sido presa fácil para alucinaciones absurdas. Este hombre no le desea ningún mal. Resulta de lo más entrañable, ahí sentado frente a ella, diminuto y decrépito, con la espalda combada hacia delante. Solon no es más que un soñador que disfraza de historia o disquisiciones filosóficas sus investigaciones sobre leyendas folclóricas. Retoma el hilo y eso es, Solon es un contador de cuentos sobre criaturas emparentadas con los seres humanos de las formas más misteriosas e incomprensibles.

—Toda mi vida pensé que estos secretos me los llevaría, como dicen, a la tumba. ¡Ah!, Vitalia, será necesario contárselo todo sin guardarme nada… Le debo tantas disculpas… —y vuelve a sonreír como en su primer encuentro, hace meses, con aire apesadumbrado y tímido, como si en efecto necesitara pedirle perdón por algo que

ella desconoce por completo.

—Cuente, por favor.

—Sólo le haré un ruego. No me haga ninguna pregunta…

Aquí Solon se detiene en una pausa fatigada, como si le costara terminar la frase.

—… hasta que yo se lo haya contado todo. Me acuerdo como si fuera hoy… —suspira sin esperar ninguna respuesta por parte de Vitalia, y prosigue con voz de ensueño, como si estuviera dibujando con parsimonia todos los detalles de los seres y paisajes a medida que los evoca.

En cuanto Vitalia asiente, muda, él se recuesta y vuelve a hablar con la voz más dulce que le ha escuchado en toda la noche, y despierta en ella de nuevo una curiosidad llevada hasta la manía, hasta el vicio. Las frases llegan con lentitud deliciosa, como si hubieran emprendido el viaje hace mucho tiempo hasta donde están ahora ellos.

—Es la historia de un hombre que sobrepasó los límites seguros de la decente sociedad de todos los días, y pagó un precio muy caro por ello.

Tras esta lacónica afirmación, Solon desmenuza paisajes y una época remota con suma precisión, una introducción para situar al protagonista en las islas baleares, el destino que más le interesó, dice, predilección que en un principio atribuyó a su maravilloso paisaje pero más tarde también a los secretos que empezó a descubrir, que no ha compartido aún con nadie y que va a relatarle precisamente a ella.

Así, por ejemplo, supo que en la profundidad de algunas cavernas de la isla habitan mujeres de agua, y no soportan que nadie se jacte de haberlas visto porque entonces se ven obligadas a quedarse con quien las ve. En otro tiempo poblaron los bosques y las inmediaciones de fuentes y torrentes, pero los hombres se empeñaron en construir por todas partes y llenarlo todo de carreteras y cemento, habitándolo todo, empujándolas hacia grutas cada vez más profundas.

Hasta hoy, cuando ya les quedan apenas unos cuantos refugios.

Y con ellas se llevaron también sus dones, que no son pocos, pero se han vuelto serias y severas y conviene que nadie sepa dónde están, le han contado los ancianos conocedores de estas damas que consultó en su momento, pues ya no confían en los hombres ni en el

arrebato de amor que las obligaría a quedarse con cualquiera que las vea. Son muy enamoradizas, pero también es cierto que si por cualquier motivo sufren un desengaño son los seres más sentidos de la faz de la tierra. Y son peligrosas, son médiums, híbridos, personajes a medio camino entre los dioses y los hombres, como los héroes o los monstruos, son mortales pero pueden permanecer largo tiempo en una juventud contemplativa, su función es poseer mortales, pues carecen de forma, son blandas, y versátiles como una corriente de agua.

A veces, en la quietud de la noche, cuando sienten añoranza, salen a cantar muy bajito para que sus voces se confundan con el movimiento de las hojas de los árboles y lloran por todos sus amores perdidos, a los que jamás logran olvidar. Los sabios campesinos tienen leyendas que les disuaden de acercarse a esos lugares y cierran con puertas de madera los brocales de los pozos de aguas subterráneas. Solon está profundamente versado en todo lo concerniente a esas mujeres y se había propuesto por aquella época encontrar a alguna. A ello había dedicado su juventud y gracias a la fortuna de su familia viajó a muchos países, guiándose con mapas misteriosos en los que aparecían señales de su presencia.

Estas hadas tienen el mismo poder que el agua: cuando es buena, cura, es vital y renovadora. Pero cuando se enojan, cuando las envuelve la ira, penetran como una rabiosa capacidad destructiva, con la misma fuerza aniquiladora que tiene el agua cuando se desmanda, que arrasa con todo lo que tiene delante, que oxida y daña.

Un día, en Mallorca, hizo a solas una excursión que cambiaría su vida por completo. Fue el principio de muchas cosas extrañas y de una vida tan aventurada que Solon se pregunta si no fue todo un sueño.

—Supe de un misterio que esperaba ser abierto como una sandía. Pero para abrirlo hay que encontrarlo, y para encontrarlo... hay que buscarlo. Ése era el desafío. Y la penosa prueba.

Ahora, y lejos de lo que era cuando todavía investigaba sólo en los libros aquellos misterios, Solon sabe algo que necesita compartir. Sabe mucho, dice, y vio demasiado. Afirma que vivió algo que, definitivamente, pueda hacer de él algo más que una figura que pasó por el mundo, sin más, pero no se siente orgulloso de ello, ni mucho menos. Un estanque que se llena de flujos y ondas, que transforma las leyendas populares en recuerdo vivo, y que ahora necesita además convertir en perdón de sus culpas por haberlo descubierto y malgastado tanto lo que le pasó, sin ser

consciente del valor que tenía.

El destino, concluye con un suspiro, le llevó a donde esas historias dormían un sueño que podía haber sido eterno. Y para su desgracia, las sacó de la oscuridad.

Capítulo 44 | Confesión

Residencia de Walter Solon, Barcelona, 1993

Tras una pausa para encender un cigarro que le provoca un ligero espasmo de tos, Solon se dirige de nuevo a Vitalia. Su ruego de que no se vaya aún cae suavemente sobre ella, como caería un árbol, inmovilizándola.

—¿Puedo obsequiarla con otra copa de vino?

Vitalia acepta, de buen grado. Sólo el reflejo de la luna hace brillar el vidrio de una de las ventanas y tras el puntual servicio, la asistenta se retira de nuevo en completo silencio, momento que él aprovecha para continuar con su historia un poco rojo, la voz sorda, hablando casi consigo mismo, perdido en sus recuerdos, avanzando suavemente a través de las cosas antiguas y los viejos sucesos.

—A quien no haya vivido con el corazón el poder inspirador e inquietante del agua, ni de niño, no tiene sentido que le cuente nada de todo esto: de todas formas no lo entendería. Y a quien lo ha vivido, quizás no hace falta que le recuerde lo que se siente. Pero si esto que voy a contarle ahora logra que sus ojos se humedezcan de compasión, un sólo instante, mi esfuerzo no habrá sido en vano.

Vitalia no sabe qué decir, sólo asiente con un leve gesto, invitándole a continuar y Solon, tras una mano larga, descuidada, que sostiene un cigarro cuya ceniza amenaza con desprenderse, le cuenta a partir de aquí que aquel aventurero temerario que fue de joven era además un inspirado y, como a veces le decían sus amigos burgueses de Barcelona, un iluminado ingenuo que quería visitar las baleares para verificar si las islas tenían, en efecto, tanto de paraíso como le habían contado y había leído.

Hizo las maletas y se marchó, decidido, a por ese anhelado rumbo.

La primera de sus etapas en aquel nuevo viaje fue una excursión a Mallorca para caminar e inspirarse entre olivos milenarios —de troncos retorcidos, de formas caprichosas— y huertos de naranjos y limoneros, un viaje que había planificado con todo detalle desde su casa, con la ayuda de imaginación y los libros.

Pero sus planes se vieron truncados porque nada más llegar se

desató una tormenta eléctrica con la que no había contado y que le asustó sobremanera. De pronto parecía de noche por un camino de cabras que discurre junto a un torrente, y no tenía donde resguardarse, lo que era muy peligroso porque no había ningún campanario ni pararrayos visible en kilómetros a la redonda.

Sin dudarlo, buscó refugio en una casa que vio en la falda de un pequeño monte cercano, y que parecía abandonada, aunque en cuanto se acercó descubrió que vivía ahí una mujer rubia, angelical y tímida que se presentó como Catalina y que no sólo le acogió sino que le preparó una cena deliciosa, pescado escalfado con bergamota, que regaron con buen vino mientras él trataba de fascinarla con su erudición, contándole por ejemplo que su nombre provenía de la diosa pagana Hécate, que luego los griegos adoptaron como gran diosa de las hadas, a lo que ella coqueta respondió que sí, que aceptaba con agrado el puesto, y hacía pequeños y graciosos gestos con sus manos de lirio, tan blanca, así como quien deja caer las mejores intenciones, despreocupadamente.

Podía, sin duda, ser lo que se propusiera, pues llevaba un vestido blanco de muselina que daba especial realce a su belleza y edad, tan ágil y fresca que ciertamente parecía una diosa, por cierto... nada temerosa de su presencia y de una educación exquisita y era el vivo retrato de la mujer a la que había amado y buscado desde siempre, sin saberlo, y no podía dejar de mirarla. Hasta el punto de olvidar prudencia alguna, no se le ocurrió preguntarle ni por qué vivía ahí sola o qué había sucedido con su familia, no pensaba en otra cosa que en la fortuna del agua que había decidido caer del cielo y había sido el vínculo entre ellos, que hasta ese entonces no se conocían.

Charlaron durante horas de muchos otros temas, y él aprovechó para poner sobre la mesa su erudición, de tan turbado como se encontraba, y ella asentía todo el tiempo, y cuando ella fue a por un cubo de agua para lavarse sus pies de gacela él le contó que pozo en hebreo es palabra femenina y va ligada al tema de la fecundidad de la tierra y ella lo dejó en el suelo y se sonrojó. Parecía la encarnación de la inocencia y del amor que había anhelado desde que tenía uso de razón.

A partir de aquí, y aunque la tormenta amainó, él ya no podía disimular que no tenía ganas de irse, pues ella le gustaba sobremanera, y como ella quería lo mismo no hizo falta mediar una sola palabra para ponerse de acuerdo: del modo más natural, tomaron la decisión y Solon, creyéndose superior en todo momento, no deseó ver nada sobrenatural en ello, sino una feliz posibilidad más de lo normal y corriente. Pasó la noche allí, respetándola por

decoro, pero por la mañana ella le despertó a besos y le dio de beber el torrente de sus delicias en un juego lascivo y ligero, como en los sueños, sin exceso de pasión ni drama alguno.

Era una salvaje por nacimiento, así que no se tomó la molestia de esconder sus sentimientos, lo que a Solon le resultó adorable. Una mañana tras otra se despertaron, abrazados el uno al otro, enredados el uno en el otro después de, pasar la noche juntos, y una de ellas, extasiado, oyó que dijo, entre conquistadora y arrebolada, que se tenía que quedar con ella para siempre, y no pudo menos que asentir eufórico. No hubo sensación de tensión ni incomodidad alguna en nada de todo aquello, y no le preocupaba siquiera el pecado que representaba haber tenido a aquella muchacha entre sus brazos. Las mentes laicistas, dominantes en la burguesía y la aristocracia de corte liberal de su entorno, habían hecho mella en él y daba prioridad absoluta a las pasiones por encima de la culpa religiosa a la que eran tan adeptos sus familiares.

Ella le trataba con una dulzura que le tenía embelesado, a veces le hacía sentarse sobre el banco de la ventana y le explicaba proyectos de costura o de bordado y no exigía nada y era tan sencilla en sus gustos que sabía que podría confiar en ella como no había confiado nunca en otra mujer. En Barcelona, las jóvenes casaderas de buena familia le perseguían sabedoras de su fortuna, pero solo Catalina le había mostrado un sentimiento más allá de los oropeles y de los halagos.

Y además le sorprendió que ella precisamente no quería casarse, de lo que le costó sobremanera convencerla, pues no quería que nadie pudiera lastimarla con una mala palabra por su irregular ayuntamiento. Experimentó un extraño anhelo de defenderla, quién sabe de qué o de quién.

Juró que la amaba más que a nadie en el mundo. Lo que era cierto, y en pocos días arregló el oficio de un matrimonio por la iglesia que a ella le hizo ilusión pues se preparó una corona de flores que hacía palidecer el mismo sol de tan resplandeciente y llevó un ramo de albahaca, fragante, que luego guardó en el cabezal de la cama conyugal. También colocó ahí a modo de recordatorio una ramita de manzano. Quería que él no olvidara nunca que quizás un día ella cambiaría de idea y desearía regresar a su jardín, y Solon se lo tomaba como un juego e incluso bromeó diciéndole que comprara dos billetes de ida porque iba a acompañarla.

—Conquistándote a ti, Catalina, ya no necesito más. Nadie sería capaz de besarme, atraerme y satisfacerme como tú.

—Lo sé. Por esto te ayudaré a descubrir todos los misterios que

anhelas.

Recordaba perfectamente las palabras que siguieron, como si recitara un luminoso salmo: «El acceso está defendido por una montaña yerma porque sopla sobre ella el viento del Norte que todo lo seca, y en sus grutas vive feliz una población que de las flores, las fuentes y los árboles reciben el alimento, y una serpiente que guarda el jardín vigila día y noche para custodiar un árbol que produce manzanas de oro…».

Halló el sentido que puede convertirse en una pasión. También vio el mágico cabrilleo de plata en los ojos de Catalina. Ya hacía días que había intuido que ella era una mujer de agua, pero no le dio mayor importancia. Sus vidas estaban ya entrelazadas de tal forma que sería imposible separarlas, un milagro tan prodigioso como separar las aguas del mar.

—Hablo de amar para siempre, Vitalia.

En esos momentos tuvo la sensación de que no existía nada en el mundo más que eso, ese instante en el que todo coincidía en el cuerpo de su amada, toda la existencia se convertía en unos ojos que lo captaban todo, una sensibilidad que todo lo aprehendía, dos cuerpos que lo disfrutaban todo como uno solo. Y era tan grande su dicha que la gente del pueblo, cuando tuvieron noticia de los preparativos de vida en común, murmuró que ni a ella ni a sus padres les conocían ni habían visto antes por el pueblo y que él era un forastero rico que no comprendían qué podía querer instalándose a vivir en aquella casucha destartalada i sencilla donde la vida sería frugal, al borde de lo mínimo necesario: se sacaba el agua del pozo a mano, se cocinaba a las brasas, la electricidad provenía de una turbina local que se encendía al oscurecer y funcionaba hasta las once y media, hora a la que parpadeaba tres veces, diez minutos después de lo cual prendían las velas y pasaban horas bailando y hablando misterios.

Cuando, en los preparativos para la boda, se le ocurrió preguntarle por su familia ella se limitó a responderle que no tenía a nadie y con un beso le impidió seguir preguntando. Uno jugoso y aromoso que hacía a la lengua buscar ávidamente los labios de nuevo y entonces Walter cerró definitivamente los ojos al encantamiento y se dio cuenta de que había caído en una trampa deliciosa, pues supo que todo aquel misterio que la rodeaba sólo podía obedecer a una razón: había encontrado a la mujer de su vida, pero era también a una indudable i verdadera mujer de agua.

Habitaron aquella casa durante años y no se preocupó más ni por las habladurías ni por la naturaleza del origen de su esposa,

pues eran felices. Pero cuando una mujer te conquista poderosamente todo cambia, la forma de concebir la libertad claudica y entonces cualquier sitio es bueno para vivir, hasta que deja de serlo.

Amueblaron y acomodaron su humilde hogar con telas y mobiliario que él se hizo traer de Barcelona, junto con sus libros y mapas, y eran felices comiendo guisos con lo que producía el huerto que ella cuidaba y de las compras que hacía él en un pueblo cercano, donde curioseaba además entre las caprichosas mercancías que se alineaban en las estanterías del estanco para elegir algún capricho para ella, que siempre se los agradecía efusiva, como una gatita cariñosa.

Ella y los dibujos que hacía de seres maravillosos —algunos de los que Vitalia llevó, precisamente, a Mallorca, a la casa museo de las hadas, que no es otra que la que habitaban entonces, restaurada y acondicionada— era el centro del mundo, salvo cuando Solon estaba atareado en describir los fascinantes hallazgos sobre leyendas populares hablando con los lugareños. Los apuntes eran ciertamente fértiles, incluso audaces en ocasiones.

Y a veces trataba de documentarse también con ella, que aunque parca en palabras, iba descubriendo su naturaleza como sin querer, o queriendo. Todo lo contrastaba con sus libros maravillado y enfrascado como estaba en sus estudios y en su nueva vida. Si comentaba con ella cualquier asunto de su trabajo, siempre lograba sacarle una sonrisa con sus ocurrencias, como el día que remedó al párroco aquello de «polvo eres, y en polvo te convertirás» y ella dijo «agua somos, y al agua volveremos». No le faltaba razón, añadió Solon, pues la Biblia se abre y se cierra sobre un fondo de visiones en donde el agua es el elemento dominante, como si quisiera decirnos que toda la historia de la tierra, desde su comienzo hasta el final, está regida por ella, y de hecho el polvo de la tierra con la cual fue amasado el hombre fue rociado con agua para que el creador pudiera darle forma humana… Podían pasar el día entero en juegos y conversaciones, pues ella era, a un tiempo, una consejera exigente y una colaboradora estimulante y esclarecedora, que carecía de dudas por completo. Además estaba locamente enamorado de ella.

Fascinante, embriagadora, capaz de doblegar su voluntad con un solo pestañeo de sus hechiceros ojos, y a él lo que más le gustaba era hacerla feliz y no contrariarla nunca, pues en ese detalle sabía que estaba el secreto de toda la felicidad y la alegría que se puede experimentar en el paraíso, expresada para ellos dos, tan bien avenidos.

Pasaron los meses y del agua surgió la vida, al cabo de un año, porque tuvieron una hija, Angélica, un milagro de belleza, vivo retrato de su madre, y los siguientes años los dedicaron a amarse los tres como una familia ejemplar, llevaban a la pequeña a pasear o a visitar las aguas transparentes de Sa Cala y empezó a ir, a los cinco años, a la escuela del pueblo porque él quería por encima de todas las cosas que su hija fuera una mujer instruida, quizás algún día poeta o periodista, como ya había algunas en la cosmopolita Barcelona de entonces, y por qué no reconocerlo, como una prolongación de los sueños de su padre. Y todo parecía estar bien así, pero él poco a poco empezó a incomodarla con demasiadas preguntas para comprender sus secretos, para penetrar en cuanto ella era y evocaba, a lo que ella le respondía:

—No son asuntos que puedan comprender los hombres.

Pero no era cierto. Nada se pierde ni nada está tan escondido como para que no pueda encontrarse. A veces nos sentimos como si tirásemos una botella a un mar vacío, pero siempre hay alguien que encuentra esa botella. Solon la encontró una vez que quiso besarla, y la sintió contraerse poco a poco.

Inquieto y perturbado, notó que había empezado imperceptiblemente a alejarse de ella justo cuando empezaba a comprender su secreto, pues había observado con dolor que su personalidad toda se componía de una sutil masa de opuestos, de contrarios, que amenazaba sus nervios y hacía peligrar su libertad de movimientos y su espontaneidad.

Pero comprender eso era solo el principio del misterio que iba a dilucidar más adelante, muy a su pesar, pues en pocas semanas los acontecimientos dieron varios giros salvajes.

La primera semana notó, pero sin darle mucha importancia, que en él germinaba algún tipo de neurosis sin nombre pero palpable, pues como si estuviera embrujado empezó a gustarle sobremanera hacerla rabiar con preguntas que ella se negaría a responder por una extraña excentricidad que había desarrollado, a su vez, y que él trataba de sacar a la luz a todas horas y sin motivo, como un niño fastidioso y desmesurado que juega con los límites hasta que la cuerda se rompe.

Supo que necesitaba su locura, su ánimo, sus arrebatos de ira y que, en definitiva, lo tenía embelesado, pero también que era como si se hubiera sumergido en uno de sus trances y no quisiera regresar. Y de pronto ambos parecían desdichados desde el principio de los tiempos, perdidos.

Y así continuaron un tiempo impreciso hasta que, en un momento dado, ella abrió los ojos del todo, por primera vez, y fijó la mirada en él, y en ellos habitaba aún toda la sabiduría y la travesura del mundo, pero la guerra había estallado y fue un largo escalofrío. Vio sus defectos, que eran casi idénticos a los suyos: lascivo, engañoso, egocéntrico y sediento de aventuras.

La ruptura en ciernes ya era manifiesta. Le dejaba solo, le lavaba la ropa como por favor, se ausentaba durante casi toda la jornada sin siquiera avisarle. Él, cuando volvía a tenerla cerca, le reprochaba sus malos modos y las inseguridades flotaban a su alrededor como una asfixiante funda de celofán. Catalina, ante aquellos ataques, con frecuencia se sumía en el silencio, deslizándose con más ahínco rumbo a cualquier trance.

Él por un lado se sentía angustiado por la pérdida de su libertad, con la que justificaba sus chanzas, pero por otro sentía una enorme atracción por aquella extraña mujer pozo, canal, cisterna, aljibe que tanto embellecía enojándose, como una airada Atenea, y que cuando le enardecía hacía que le pareciera imposible vivir sin ella, como si tuviera sus ojos metidos hasta las entrañas.

Esa mujer que le atrapaba y que a veces era rocío, escarcha, nieve, granizo, que quería retirarle la libertad de un manotazo, al mismo tiempo le inspiraba ternura y piedad, y al rato rabia y desprecio. Abría y cerraba las manos, en el vano de la puerta, y después volvía como avergonzada, mirando de reojo. Walter no meditó las consecuencias de este vaivén espantoso de su relación, unas veces como fuente de vida o de purificación, y otras como la peor de sus pesadillas. Como el día que le sorprendió mirando cartas de navegación y, muy seria, con los ojos helados, le dijo:

—Nunca deberás engañarme otra vez. Si lo haces, sufrirás las consecuencias.

Se había equivocado casándose con ella, pero... en fin, hay dolores que son inevitables, la amaba y la deseaba pero, sobre todo, la temía. Y tanto la atosigó para espantar el miedo que le tenía, con discusiones absurdas y salidas de tono, que ella mudó de carácter y tenía arrebatos de alegría y de dolor que le asustaban cada vez más, para luego vagar por el huerto con la mirada perdida, llevando sus pensamientos consigo a buen recaudo, y ya ni hablaba. Se limitaba a bufar a ratos, dejando tras de sí una maleza de temores.

Así que la atracción viró a una incómoda repulsión también para él, pues Catalina ya no parecía amarle en absoluto y él tenía también la mirada puesta en otro lado a diario: en lo vasto del mundo que le quedaba por descubrir. Tenía que ponerle remedio a aquella situación incontrolable, no podía pensar en otra cosa ante el

mar de dudas que ella le ocasionaba con su actitud, incapaz de darse cuenta de que él también había cambiado, y en un momento de lucidez declaró que lo que él que quería, enfáticamente, era ser dueño de su tiempo, escribir, porque cuando escribía se desprendía, se componía, se reordenaba. Pero no podía escribir con ella así, y por tanto distanciarse un tiempo sería la mejor fórmula para calmar la tensión que crecía entre ambos, antes de que se enemistaran del todo.

Durante el último periodo de su vida juntos, de un modo fragmentario, planeó hacer, a solas, un viaje por el mediterráneo de unas semanas, lo justo para que a su regreso pudieran reencontrase y mirarse con nuevos ojos, pues además la niña ya tenía para entonces seis años y bien podía él ausentarse. En fin. Cualquier excusa le servía para justificar sus ansias de libertad, pues se sentía asfixiado.

En aquella casa había empezado a sentirse en el extremo contrario de donde deseaba estar, lejos de sus quehaceres, lejos de su rutina y, ante todo, lejos de su principal objetivo en la vida: viajar en busca de misterios, pues por algún defecto de su carácter sentía que no le bastaba el misterio que estaba viviendo. Le costaba conciliar el sueño y ya no funcionaba el dormisson que tenía bajo la almohada, esa cápsula reseca de ninfas de mantis religiosa en la que los lugareños confiaban como si de un opiáceo se tratara para aliviar el insomnio tras tantas horas de indisposición y vigilia.

Supo que necesitaba darle un giro a la situación, propiciar un cambio, una vida imprevista, días ociosos en algún aire lejano que permitiera respirar. ¿Qué hombre podría vivir sin dormir y sin la esperanza de sus pasiones? Entonces le dio por pensar que ambos estaban cautivos, porque Catalina tampoco parecía dormir ni descansar y estaba cada día más ojerosa y pálida. Así es como una obsesión puede arruinar una relación, una vida, y él desconfiaba y ella parecía haberse vuelto completamente loca. Por eso cuando él le dijo que quería viajar, aunque sólo fuera unas semanas, ella replicó que era imposible, que tenían un acuerdo.

A partir de ese momento los días empezaron a pasar aún con mayor lentitud y trufados de miradas torcidas, incluso Catalina le amenazó con dejarle antes de que él la abandonara a ella y se mostró durante días extraña y susceptible.

No le miraba ya con amor, y lo peor es que tampoco miraba a Angélica como a una hija, por lo que de nuevo Solon discutió con ella y trató de hacerla entrar en razón, despertarla de su indiferencia, en vano pues seguía irrazonablemente perturbada, y

entonces él tuvo que tomar la decisión, la peor de su vida, para tratar de mantener la cordura y quizás también porque por alguna extraña razón leía en sus ojos lo que podía suceder y vivía asustado. Actuó como el animal asustado que en pleno incendio salta sobre las llamas, y por la noche abrigó a la niña y salió sigiloso de la casa. A su juicio, lo hizo para protegerla, pues temía que Catalina, como se contaba que hacían las mujeres de agua, podía llevarse a la niña con ella al fondo del pozo en un arrebato de odio contra él por haber dejado de amarla.

—Es imposible relatar todo lo que pasó por mi mente durante esa noche –se lamenta Solon y sigue hablando, monótono, tratando de no emocionarse. Estaban en un carro de camino al puerto para tomar un barco a primerísima hora, al día siguiente, cuando oyeron, en la oscuridad, un grito espantoso que le heló hasta la médula de los huesos. Luego se produjo un silencio tan profundo como si hubieran cesado todos los ruidos de la tierra y la niña empezó a temblar despavorida y se arrojó del carro en marcha. Aquello fue el mazazo de la certeza, para Solon, de que hay cosas que siempre escapan a nuestro control.

Movió la cabeza como quien se entrega a lo inevitable y frenó a los inquietos caballos en seco para escuchar, temblando él también pero, a la vez, paralizado ante la necesidad urgente de volver atrás a por la niña sin más luz que la de la luna creciente, que apenas iluminaba las piedras más blancas del camino. También tenía miedo de Catalina y por eso dejó caer las riendas sobre el cuello del caballo.

Oyó los pasos de la niña en el silencio de la noche, a un lado del camino y no muy lejos, y su respiración entrecortada, pero se iban lejos, cada vez más lejos, y la llamó. Angélica no respondía, incluso parecía que estaba apresurando su paso. Entonces trató de seguirla con el carro pero era una tarea compleja averiguar dónde estaba y temía atropellarla si iba demasiado rápido. Como los cascos de los caballos y el carro hacían demasiado ruido y le impedían localizarla, iba parando, angustiado porque no contaba con ninguna luz para guiarse y la niña seguía sin responder. Esperó unos minutos, tratando de oír. No se oía nada: la noche era de un silencio perfecto. Escuchó de nuevo: perfectamente muda.

Fue así, arrancando y parando, llamándola como si estuviera ido sin obtener una sola respuesta, de regreso a la casa, que se sintió a punto de enloquecer él también, y más aún ante la perspectiva de tener que volver a aquella casa que se había convertido en su mente en la casa de sus peores pesadillas. Se temía que la niña hubiera

regresado con su madre, así que dejó el carro fuera y entró. Pero no sirvió de nada.

En el trayecto tuvo pensamientos absurdos. Se sentía excitado, irritado y solitario. Acudía con la fiebre de la culpable esperanza, con el vértigo de una ilusión vana. Había pasado casi una hora de su marcha cuando volvió a entrar en la casa y estaba vacía, ni Angélica ni su madre estaban ahí. Ambas habían desaparecido.

Algo horrible había sucedido y la imagen de lo que pudo ser viene a Solon por las noches una y otra vez, y le hace compañía hasta la mañana de los días largos de cada semana, en las semanas largas de cada mes, en los meses inmensamente largos. Recuerda que sintió que sus fibras más íntimas se estremecían y corrió al pozo, que él mismo había mandado a cerrar a unos canteros antes de irse con una piedra que apenas dejaba espacio para el cubo, y confirmó sus más amargas sospechas: el brocal estaba abierto de par en par, la piedra que tapaba la boca del pozo yacía en el suelo, lo que resultaba de todo modo incomprensible porque para ponerla habían tenido que realizar un esfuerzo descomunal para moverla, y entre varios hombres.

No se atrevió a asomarse, temiendo que su mujer le arrastrara dentro, y vivió muchos años con un múltiple y desasosegante sentimiento de culpa por haberla perdido a ella, o empujado a perderse, y por la pérdida de su hija.

Sin embargo, antes del amanecer era dueño todavía de cierto equilibrio mental. Pero la luz del día llegó sin novedades y a lo largo de toda la mañana organizó a unos cuantos hombres del pueblo para que drenaran el pozo, con la angustia de encontrarlas pero también con la necesidad de ver con sus propios ojos qué había sucedido.

La humilde casita rebosaba de curiosos, los había sentados hasta en la cocina y muchos mozos, por turnos, sacaron agua durante horas para comprobar que no había ninguna muerta, ni mucho menos. Pero aún así, retiraron también el lodo sedimentado del fondo, hasta que le pudieron dar la respuesta que él, dentro de sí, ya esperaba: no había ni rastro de la madre ni de la hija. Entonces empezaron a murmurar y las mujeres que buscaban entre los arbustos dejaron de buscar porque el día era frío y triste y ansiaban, dijeron, regresar a sus casas a calentarse.

Entonces llegó el relevo y también las autoridades tomaron cartas en el asunto y fue conducido a las oficinas de la autoridad policial, donde fue interrogado. Tras una pormenorizada declaración anotaron diversas conclusiones: no se había encontrado

ningún cadáver en el pozo después de drenarlo, tal como solicitó Solon, no una sino varias veces. Tampoco en la casa había signos de ninguna violencia, salvo la tapa del pozo que nadie se creía que hubiera podido abrir una mujer sola, pero en los alrededores no aparecieron ni los cadáveres ni ellas dos con vida. Por lo tanto, deducían que ambas se habrían marchado y él habría imaginado el suicidio que no dejaba de afirmar fruto del nerviosismo o la vergüenza por el abandono. Prácticamente nadie estaba de su lado y un sentimiento de dolor mezclado con rabia se apoderó inmediatamente de Solon, pero tras unas cuantas conversaciones pareció que le habían convencido, o simplemente cejó en su empeño por seguir buscándolas con su ayuda.

—A veces la veo por el fondo y…

—¿Por el fondo de qué? –pregunta Vitalia, con extrañeza.

—Del espejo.

Vitalia se vuelve a sobresaltar porque de nuevo entiende en las palabras de Walter Solon que en el silencio también se entienden, que hablan idéntico idioma y han tenido visiones parecidas, él con sus ojos de azul-humo y ella con los suyos dorados, con los que Vitalia también ha visto rostros de mujeres en los espejos, mujeres que salen del azogue como de una cueva y que además se parecen mucho a ella, rostros a través de los que se ven bosques, profecías, fuentes que no paran jamás de fluir, como un llanto eterno.

Solon se ha dado cuenta de la mirada de Vitalia y por eso prosigue e insiste en que no le bastaron nunca las explicaciones de los agentes que acudieron al pozo ni las de los lugareños que le trataban de desanimar para que no buscara más ni a su mujer ni a su hija porque seguramente regresarían por su propio pie o escribirían desde donde se encontraran para explicarle por qué no querían regresar, y es comprensible que lo imaginaran todo así, tan sencillo, no sabiendo lo que sabía él de Catalina y que no podía contarle a nadie si no quería que le encerraran en el manicomio.

Para conversar sobre aquel tema debidamente se hubiera necesitado ser poeta y místico, tener una sensibilidad atenta hacia los misterios de la naturaleza, al lenguaje de los símbolos, a los mensajes destructivos y contradictorios del amor, pero no tenía ninguna de esas virtudes, apenas tenía la culpa, que le atravesaba el vientre, las costillas, la garganta y le impedía expresarse. No había estado a la altura del amor de aquella mujer de agua y además, al tratar de salvar a su hija, la había perdido para siempre.

No podía dejar de pensar en el fino rostro amable de la pequeña, sus cabellos claros de bucles infantiles, sus pálidos ojos azules, y cómo se habían transformado con el grito de su madre, cómo le había mirado ella justo antes de saltar del carro, cómo se había negado a responderle.

A pesar del veredicto de las autoridades, con dinero pudo convencer a algunos hombres y organizó batidas en su busca que duraron semanas, hasta que los lugareños —que tenían retratos de la niña en sus casas y ya no hablaban de otra cosa— le aseguraron que era imposible que una niña de su edad y una mujer joven estuvieran aún merodeando por la zona sin que nadie la hubiera visto, y que quizás se habían marchado en barco o quizás… Solon no quiere abusar de la paciencia de Vitalia contándole los pormenores de aquella búsqueda; fue cara y desesperada y las suposiciones en su contra estaban perfectamente argumentadas, pero él no desistió hasta un año después.

Con los nervios rotos y el corazón encogido, muy a su pesar, regresó a la casa familiar en Barcelona y se dedicó en cuerpo y alma a redactar y completar los ensayos sobre sus viajes que había iniciado años atrás para ocupar su mente en otros asuntos, o enloquecería.

Durante los dos primeros meses del invierno en la ciudad trató de recuperarse pero entonces empezaron las visiones, la sensación de vértigo, como precipitarse de un mundo a otro. Por las noches no podía ni cerrar los ojos porque en cuanto los cerraba veía la carita de su hija, que le sonreía, y esa sonrisa le dolía en el alma porque era peor que todos los reproches. Luego siguieron pasando los días. Al comienzo cada día parecía un año y empezó también a oír voces.

Al principio era apenas un rumor apagado, pero poco a poco empezó a oír con diáfana claridad a su mujer, que le repetía, incansable:

—No es asunto que puedan comprender los hombres.

Cuando decía eso, no parecía estar ahí. ¿Estaba teniendo alucinaciones, o el viento le traía la voz de alguien que hablaba a lo lejos? Esto le sucedía cuando se encontraba en compañía de otras personas, pues cuando permanecía solo en casa era prácticamente imperceptible. Era como si Catalina, desde donde estuviera, estuviera tratando de mantenerle solo a toda costa. Y lo logró, era tal la ansiedad que le provocaba todo aquello que nunca pudo rehacer su vida y a medida que fueron pasando los años la organizó para poder permanecer encerrado en su casa, con el único alivio de escribir y escribir sin parar una síntesis de sólida base argumental de todas las preocupaciones fundamentales de su vida, tan

malhadada, pero sin la posibilidad ya de ilusionarse por nada, ni viajar o descubrir nuevos secretos en el ancho mundo que le aliviaran.

Perdió el gusto por todo y creyó enloquecer, pero un día recuperó algo perversamente parecido a la esperanza, muchos años más tarde, casi cuarenta, de un modo extraño y casual.

Un lugareño que tenía buen recuerdo del señor que le había dado trabajo, siendo niño, durante meses en las batidas para buscar a su mujer y a la niña, le mandó una misteriosa carta: afirmaba haber visto a una pequeña idéntica a la que aparecía en los retratos. La había visto mientras estaba buscando el rastro de uno de sus perros, que se había extraviado durante la caza.

Según él, la niña merodeaba por un camino junto a una montaña, no tendría más de siete años y era idéntica a la de la foto…

Solon le llamó de inmediato y quedó impresionado con la descripción de su pequeña, y decidió viajar de inmediato para ver aquel milagro con sus propios ojos, no en vano llevaba todos aquellos años con una fe inquebrantable describiendo milagros aún más increíbles en sus libros. Era de todo modo imposible que aquella niña fuera la suya porque habían pasado tantos años que tendría que tener ya… confirmó fechas y vio que habían pasado 36 años, con lo cual su hija, de estar viva, tendría que tener más de cuarenta.

Viajó. Pero cuando llegó a la casa cerca de la que la había visto, guiado por el cazador con el sombrero medio terciado cubriéndole la cara, la encontraron en ruinas y ahí no vivía nadie. El terreno que la rodeaba estaba cerrado por una ligera empalizada de ramas secas y parecía abandonado.

Era aquella una zona de páramos ondulantes, solitarios y grises, y a lo lejos con un campanario aquí y allá para marcar el emplazamiento de algún que otro pueblo. Y estaba, además, a muchos quilómetros de donde había sucedido todo como para que fuera una aparición. Solon planteo la posibilidad de que se tratara de una alucinación, y agradeciéndole el esfuerzo al cazador se dispuso a marcharse, porque la casa de piedra de la que le había hablado tenía el techo hundido, en medio de un terreno con árboles viejos y enmarañados con infinidad de malas hierbas crecidas alrededor.

Pero el cazador, con el orgullo herido, y quizás para evitar que pensara que le había engañado, le entretuvo aún y le pidió que se fijara en el huerto donde quedaban coles y lechugas bajo las crecidas hierbas silvestres, en los árboles de los que se tenía que

haber recogido la fruta porque no mostraban el abandono de las piezas podridas a sus pies, y le invitó a entrar en la casa para cerciorarse.

En efecto, en cuanto desatrancaron la puerta y retiran las piedras que habían caído con el desplome del tejado, le tuvo que dar la razón: ahí había vivido alguien pocos meses antes.

Por lo tanto…

Ve su cabello gris, su espeso bigote gris, y todo lo que viene de él parece difuso y gris porque Vitalia no da crédito a lo que acaba de deducir. Es como cuando una gota de sudor resbala desde la oreja, o la humedad en las axilas se licúa en una gota pringosa, y de pronto provocan unas cosquillas desproporcionadas, insoportables.

—Ésa era mi casa, la que habitamos mi madre y yo durante seis años, sin duda, ¡es increíble!

No ha podido reprimir su exclamación, espontánea y visceral, al comprender hasta qué punto se han ido hilvanando todos esos asuntos, incluyéndola a ella y sus recuerdos más preciados de Mallorca. Un pequeño espacio de la vida pasada, uno de esos insignificantes y deliciosos que forman el fondo mismo, la trama de la existencia... y de pronto todo parece mostrarse a través de un lente cóncavo que la incluye en el centro.

Solon la mira, esboza una sonrisa que le cuesta trabajo, tiene los ojos en lágrimas. Y sigue hablando, quizás porque no sabe qué responder, y le cuenta que tras comprobar que aquella casa había estado habitada poco antes de su llegada albergó la esperanza de estar a tiempo de dar con la niña.

El cazador le confesó que sospechaba que la niña era familia de un amigo suyo, cazador también, que había muerto en extrañas circunstancias. Era el yerno de Leonor, una anciana viuda. La locura y el miedo a la locura merodearon entonces, en su cabeza, más punzantes que nunca, de la emoción que sintió al pensar que su hija podía seguir viva.

Por eso se acercaron y preguntaron en el pueblo por la hija de Leonor, pero nadie parecía saber nada ni pudo responder con exactitud sobre ella ni aquella casa, pues se encontraba según todos en una zona poco frecuentada y abandonada y les parecía imposible que alguien hubiera podido vivir ahí sin que ellos se enteraran. Además, Carol hacía años que se había ido a trabajar fuera del pueblo y Leonor parecía desaparecida también, pues no la encontraron en su casa en toda la tarde. Así que Solon apenas obtuvo informaciones contradictorias, hasta el punto de que habría

ya abandonado toda esperanza de lograr poner alguna luz sobre aquel nuevo misterio que le refrescaba tan cruelmente la memoria de cuarenta años atrás si no fuera porque entonces, obra de los ángeles o del demonio, la casualidad le puso sobre una nueva pista poco clara y que alimentaba más dudas.

Una mujer del pueblo le contó la trágica desaparición de Angélica, tras la muerte de su marido, y que en efecto Carol se había ido a trabajar con unos señores a Palma y no la habían visto más. Todo cuadraba, endiabladamente. Cuando por fin apareció Leonor en el portal de su casa era una tumba, probablemente por la desconfianza que le producía que un desconocido quisiera saber de su hija y de su nieta, y se negó a colaborar.

Lo único que pudo observar en ese rostro hermético fue que el nombre de Angélica y su foto, la foto de su querida hija y que aquella mujer sin duda había cuidado, no le resultaban indiferentes. Por eso le contó sin miedo a pasar por loco la historia de cómo había conocido a la madre de Angélica y, entre lágrimas, cómo la había perdido, además de perder a la niña… Pensó que ella le entendería, pero Leonor no se apiadó, se mantuvo circunspecta y, mirándole con expresión desconfiada, como si representara un peligro para Carol o pretendiera arrancarle temibles secretos mediante engaños, volvió a lo mismo.

—No sé nada, señor.

El cazador que le había acompañado le sugirió que tuviera cuidado, que ya su amigo, el padre de Carol, había sufrido por culpa de aquellos misterios, y Solon no supo cómo interpretar aquella respuesta tan evidentemente falsa de Leonor, y se marchó descorazonado a Barcelona al día siguiente.

Solon escuchó, tiritando de fiebre y con la muerte en el cuerpo de la impresión, cómo Teo había decidido adentrarse en el bosque por una zona poco frecuentada para la caza, y que el bosque estaba extrañamente silencioso, así que los dos hombres que le acompañaban protestaron y decidieron marcharse porque no esperaban encontrar caza alguna. Le dejaron solo, y cuando él fue a ver qué pasaba que no regresaba encontró a su amigo con el rostro desfigurado.

Algo extraño ocurrió. El cazador dijo que Teo había estado cerca de la fuente. Aquella maldición. Se decía que había fantasmas, y Teo le había contado que el sonido del disparo quedó amortiguado hasta el punto de no oírse y la bala pareció desplazarse a cámara lenta… hasta que volvió hacia atrás y estalló en su cara.

Llevó a Teo a su casa, con su mujer y su hija y llamaron al médico, pero ya no había mucho que hacer y falleció a las pocas

horas.

Tras escuchar este relato, a Solon le dio mucha rabia no haber podido averiguar nada más. Había perdido la pista de nuevo, aquella visita a la isla había sido un despropósito y aumentó en él la sospecha que la salud quizás no le daría para continuar investigando mucho más. Así que Solon, a todo esto, una noche entera se pasó asistiendo a pesadillas que pocos resistirían, por valientes que fueran, en las que su mujer, Catalina, le preguntaba una y otra vez por la niña. Además, alrededor de la boca inquisitiva de su mujer, que parecía flotar en el agua, aparecían duendes horrendos que le hacían muecas y saltaban sobre su pecho como si trataran de atravesárselo, y de hecho notó miles de diminutas y lacerantes punzadas sin poder siquiera mover los brazos para aliviarse el dolor o protegerse.

Amaneció con el rostro azulado, con una sensación de asfixia y un nudo en la garganta, la convicción de que debería responderle algo a Catalina, despierto o en sueños, pero no le daban las cuerdas vocales para decir nada ni la cabeza para meditar respuesta alguna. Su aliento se propagaba en nubes de vapor y los brazos de los duendes se agitaban aunque estuviera ya despierto, daban vueltas a su alrededor mirara hacia donde mirara, como si quisieran agarrarlo y hundirlo en las profundidades.

Muchas noches, sollozando y jadeando, permaneció tendido en la oscuridad mientras el corazón le latía en el pecho como un tambor en su cuerpo paralizado por la angustia.

Ha sido difícil, no ha podido hablar con claridad de todo esto con nadie, durante años. Y la mirada de Catalina ha seguido persiguiéndole en sueños, reprendiéndole así por lo que hizo sin que él haya podido llegar a comprender nunca qué fue, ni pedirle perdón ni hablar con ella, porque en cuanto lo intenta su imagen se desvanece.

Está agotado, consumido. Ha vivido así treinta y cuarenta y casi cincuenta años más entre el terror del desatino y la persecución de lo irracional, y todas las noches las ha pasado, como si de una maldición se tratara, sobrecogido en esos sueños tristísimos en los que su mujer se le aparece y le insiste en que tiene que buscar a la niña, que está viva, que tiene que pedirle perdón y reparar su culpa por lo que osó hacer.

La acompañan en esas visiones todo tipo de seres que no parecen por su aspecto y naturaleza de este mundo y que también le atosigan hasta la angustia: siente en su rostro su aliento caliente como si una alimaña rondase tímida pero insistentemente por la

habitación, y sin falta, todos le preguntan entre susurros y siseos, una y otra vez, por qué actuó como lo hizo.

—Desde entonces avanzo a tientas, a sabiendas de que no puede existir ningún vocabulario que traduzca a palabras el peso de las oscuras consecuencias que se ciernen sobre las cosas que he vivido.

A veces, tiene la impresión de que persigue a una liebre rubia que siempre burlona llega antes que él a un arroyo y salta dentro, sin que pueda atraparla. Y no puede responderles porque se queda, en esos sueños, siempre paralizado y sin voz.

Quisiera que Vitalia comprendiera este aletear de presentimientos y dudas porque esto no es todo, lo peor vendría poco después de regresar a Barcelona. Al principio casi no se dio cuenta, pero desde entonces no han dejado de sucederle, un solo día, dos extraños fenómenos: cuando está por dormirse tiene esos presentimientos que no sabe si vienen del alma o del agua.

Es cuanto menos, extraño. En su casa de Barcelona, que Vitalia ha visitado en varias ocasiones, en la propiedad orgullo de su familia desde seis generaciones atrás, si alguien abre un grifo, o se sirve un vaso de agua, o si de viaje se acerca a una fuente o a un río… siente con escalofrío que Catalina se comunica con él para reprenderle, es como si hubiera dejado un aviso para él en el agua y por eso el agua insiste en mirar cuanto hace esté donde esté y no le deja vivir. Las cuevas, los arroyos, los pozos y manantiales son puertas naturales a las profundidades de la tierra y a todos sus misterios, como los conductos de agua de las casas en las ciudades, y por ahí le murmura reproches con toses, gemidos y gritos roncos parecidos a las quejas de los animales heridos, y no hay modo de escapar de esa reprobación constante, pues lo mismo sucede esté donde esté: es propenso de continuo a una severa oscilación entre el sueño y la pesadilla, entre el deseo y la repugnancia, y cuya causa es el enamoramiento que aún siente por Catalina y el remordimiento por lo que le hizo a Angélica, y se avergonzaba de su debilidad.

En los primeros tiempos trató, para serenarse y ver si su estado nervioso le estaba traicionando con falsas percepciones de la realidad, de ocuparse en el estudio de esos rumores, pero pronto temió enloquecer porque no paraban, semana tras semana, año tras año. Sabe que es Catalina, que está muy enfadada por lo que hizo, y que va a por él. ¿Qué vendrá después? ¿Qué nueva tortura le espera como merecido castigo?

Vitalia le observa, triste, con una piedad que es incapaz de comunicarle, de hecho hace todo lo contrario. La encripta en una sonrisa angelical, atolondrada, perdida en la profundidad de sus

pensamientos, pero Solon parece estar esperando precisamente eso, le sirve, porque por fin llora de veras y saca la angustia de su pecho, a raudales, mientras con un hilo de voz le da las gracias una y cien veces por haberle perdonado. la ha llamado Catalina, sin darse cuenta, y ha tratado de besarle la mano mientras Vitalia huía hacia la puerta. Horrorizada.

Capítulo 45 | Espíritus del aire y espíritus del agua

Biniaraix, Mallorca, 1993

—No se vaya, Vitalia, por favor. Disculpe mi repentina falta de cordura, no quería asustarla... Olvide lo que tenga que olvidar y escuche.

Encogidos los hombros y juntas las cejas, es un hombre roto por los cuatro costados y eso ha frenado a Vitalia, que se compadece de nuevo, pues a sus ruegos añade que también ha observado que le tiemblan las manos como si de pronto hubiera envejecido veinte años más. Escucha lo que queda de su relato, aún, la exploración metafísica de la ilusión, el malabarismo con lo ilimitado.

Por ejemplo, que un golpe en la puerta de su dormitorio le despierta cada noche, desde hace demasiadas ya como para poder llevar la cuenta. Y cuánto le agradece que le escuche:

—Una vez más, Vitalia, gracias por la magnitud y la cordialidad de su confianza. Porque se me perdió un paraíso, tengo la maravillosa posibilidad de inventar otro, y me gustaría compartirlo con usted.

Sus ojos parecen más velados que antes, como si una fina capa de cebolla los cubriera. Suspira y añade:

—Queda ya tan poco para terminar de dibujarle mi culpa...

¿Qué culpa? se pregunta Vitalia, un poco nerviosa. Y él responde que una culpa como la que él carga, y que se insinúa en los meandros más secretos del espíritu sin que nadie lo sepa, es una maldición. Una que obliga y arrastra, como un vicio penoso del que no parece posible librarse por medios humanos, más allá de la muerte como un manantial, apresurada, como manantial apresurado. Hablando así, Solon parece un místico o un filósofo.

Vitalia no se sorprende: su existencia es ya tan frágil, por su avanzada edad, que ha quedado consumida en oráculo o mensaje y por eso no frena un instante su parloteo como si no fuera a llegar a tiempo para decirlo todo, aunque el tic tac de su mal avanza inexorable. Según él, todo empezó cuando jugó más de la cuenta con lo que sabía y por eso ha despertado la ira de los duendes.

Los duendes. De nuevo. Vitalia, gracias al relato de Violeta, ya sabe cosas, sabe quién es quién en este mundo mágico del que habla ahora también Solon con soltura. Pero su naturalidad no la tranquiliza, al contrario. Sobre todo cuando él le confiesa que de ahí, de todo eso que se ha estado precipitando, surgió el empeño y la urgencia de Solon por localizar a Vitalia y ganarse luego su confianza para poder contarle toda su historia sin que ella le tomara por loco.

En eso están ahora, en desbrozar una historia tan insignificante y llena de magia como el movimiento de las pequeñas flores al abrirse por la mañana. Se le nota que apenas sabe por dónde proseguir y da vueltas en espiral sobre los mismos temas, está agotado, una y otra vez se va por las ramas y pierde el hilo, detalla algunas visiones, algunos sucesos inquietantes que preferiría haber olvidado ya, pero no puede.

Habla de la primera vez se levantó sin dar crédito a sus oídos. Pero el golpe se repitió.

No cabía duda, habían golpeado muy cerca, en su propio cuarto, y se había oído algo así como la voz de mujer. Una que se parece mucho a la de Catalina. Pero, cuando abre, no hay nadie, sólo ondas, reflejos de agua poblados y algo peor: una imagen de un pozo que se llena de pronto de recuerdos terribles, una voz profunda desde el fondo del pozo, susurros que le ordenan buscar, incesantemente. "Acuérdate mucho de mí", le increpa. Noche y día.

—Como comprenderá, así no se puede vivir. Ni siquiera morir, en paz.

Solon no oculta la tristeza y sus ojos se han enturbiado. En el agua, al igual que en el aire, hay espíritus.

Saca un pañuelo grande y arrugado del bolsillo y se seca los ojos, luego suspira profundamente y prosigue con el relato. Así, con las voces del agua y las llamadas nocturnas a la puerta, ha pasado semanas, meses, años de una vida extraña, ruidosa, llena de pensamientos oscuros y temores, que no sólo no han cesado nunca sino que han ido en aumento.

Por eso decidió dedicar hasta el ultimo de sus días a esa tarea, la búsqueda de su hija Angélica, alguna noticia de ella, alguna forma de comunicación para rogarle que le perdone, pues teme que si no lo hace así ni cuando muera cesarán las pesadillas.

Es entonces cuando solicitó la ayuda de Ran, pues pensó que una descendiente de la mujer de la que había recibido tan inseguras y poco claras pistas podría llevarle su arrepentimiento a Catalina para

pedirle perdón.

¿Pero… cómo buscar a la niña?

Así es como se ha convertido en el mejor investigador que se haya conocido jamás y averiguó que su biznieta podía estar en Barcelona, ahora que se encuentra casi al final de sus días, y querría conocer también a Carol, su nieta, antes de morir, para ofrecerles un poco del cuidado y la protección de los que por su mala cabeza había privado a su hija.

Lo dice y se encoge de hombros.

Pero Vitalia no sabe nada de sus antepasadas si no fuera por lo que le ha contado Carol por carta y apenas ha conocido a su madre, así que la reposición que desea hacer Solon es posible a medias, salvo el regalo que le ha ofrecido a ella con el relato que completa de dónde viene.

—Le repito que esto está probado, nadie le dirá lo contrario.

La voz de Solon se ha arrastrado a lo largo de las horas que llevan juntos encerrados en ese caserón lúgubre que parece ajeno a lo que sucede fuera, es una burbuja, es una cueva. Lo que susurra Solon hace pensar en la huella en el suelo de un animal herido en inútil retirada.

Vitalia mira alrededor buscando el reloj, le gustaría retomar el control del tiempo y de su voluntad, sin darse cuenta ha consumido todos sus cigarrillos y a cambio ha acumulado infinitas dudas escuchando todo eso que no podría siquiera haber imaginado cuando entró, ¿hace cuántas horas? Se siente en pleno trastorno por las evidentes inverosimilitudes de cuanto ha escuchado, pero, conquistada por completo por la mirada fija de Solon, la franqueza de su voz, diría que quizás…; no obstante, no debe precipitarse… duda y a la vez todo parece cuadrar perfectamente con lo que le contó su madre.

Es una suerte para Solon que su madre le hablara de algo tan parecido, que coincidan tantos puntos de los dos relatos más extraños que ha escuchado en toda su vida. Si Vitalia no hubiera recibido, días antes, la carta de Carol y más tarde sus confesiones, si no hubiera atendido al relato de la liberadora de bonsáis… hubiera tenido por loco a Solon, pero la emoción que siente ahora al ver que todo concuerda la hace estremecer. ¿Está loca, pues? ¿Está rodeada de locos o es ella la que inventa todas estas historias? ¡Qué historias trágicas y enternecedoras, todas las pasiones humanas removidas, exasperadas hasta la demencia!

No sabe qué hacer, qué pensar.

De nuevo sonríe y ahora sí, ahora acepta el regalo, con su caja y

su lazo, es excesivo y emocionante de tan hermoso, siente que se asfixia un poquito por la emoción y por el horror sin que sepa aún explicarse por qué… Ríe a carcajadas y abraza a Solon porque ha comprendido lo que faltaba. De tan confusas como son sus emociones no puede hablar, pero diría si pudiera que el orgullo tiene sentido, como el enternecimiento vago y feliz. Ha comprendido.

Capítulo 46 | El funeral

Tanatorio de Barcelona, 1993

Todo seguirá girando, pase lo que pase, como los engranajes de un reloj, Vitalia ya no va a resistirse. Si llueve, te empapas, pero luego sale el sol. Siempre termina saliendo y nadie sabe el camino que ha de seguir otra persona porque el camino de cada uno no lo ha recorrido nadie antes.

—La vida es una secuencia de lecciones, y las más instructivas son las últimas —recuerda que dijo Solon. —Al fin y al cabo, yo sólo he querido aconsejarle con el relato de mis experiencias que se desenvuelva y se forme al impulso de su propio desarrollo, y por encima de todo que tome su pasado con toda la información que precisa para poder juzgarlo...

La noticia de la muerte de Walter Solon, el aventurero inmóvil, ha llegado a Vitalia por medio de una esquela en el periódico que publica un erudito profesor de filosofía. Uno que confiesa haberle admirado mucho, uno que se leyó todos sus libros y que asistió a sus conferencias de juventud para recaudar fondos para sus aventuras. Vitalia no da crédito. Qué repentino. Se le ha vuelto de plomo el corazón de la impresión y recuerda con un escalofrío las últimas palabras que intercambió con el fallecido:

—Las cosas se me caen del recuerdo Vitalia, pero me falta que se caiga la más pesada… ¿podría perdonarme? ¿Podría entenderme? Necesito tanto que lo haga, en su nombre y en nombre de su madre, su abuela y su bisabuela.

Su voz se había tornado suave y profunda, hasta ser como un murmullo de aguas subterráneas, a medida que avanzaba en la larga confesión de cuanto había vivido y sufrido tras el suceso del pozo, cuando perdió a su pequeña, cuando su mujer... Vitalia, al oír las preguntas y la petición de Solon, lo vio claro y de tan claro dejó de ver y se sumió en el misterio, de cabeza, precisamente la sensación que tuvo fue la de tirarse de cabeza en una piscina de luz.

Ahí, en esas aguas, se hizo el silencio más dichoso que había disfrutado jamás, era la paz absoluta y comprendió. Que Solon necesitaba hablar con ella, explicarle todos los detalles, porque quería hacerse entender por el misterio, y no únicamente para relatarle su historia.

Viene aquí un hechizo, algo impalpable, aéreo, transparente: al contarle sus misterios… también la transformó. Sutilmente, pero el misterio nunca pasa de largo y siempre deja un poso, y a veces tiene oídos y ojos y manos y una chistera de la que puede salir cualquier cosa. Y una boca con la que pronuncia lo que no nos atrevemos a pronunciar nosotros, tan humanos y cobardes. El misterio lo perdona y engulle todo, el misterio borra todo el dolor, tarde o temprano, queramos o no.

De lo que más se arrepentía era de que toda su pesadilla se inició cuando trató de huir de Catalina por verse incapaz de comprenderla. Ahí estaba la clave. En lograr que ella le comprendiera a él para quedarse en paz, para que la maldición que según él pesaba sobre su vida quedara resuelta con este simbólico perdón de la biznieta que encarnaba todos los perdones de las imágenes que pueblan sus sueños. Y de todo cuanto vive en el recuerdo. Por eso se lo dijo. Con íntima, callada y humilde sinceridad:

—Lo comprendo todo, y está perdonado.

Parecía una sacerdotisa que ayudaba a ese anciano en su esfuerzo final para acabar de contar la historia y sacársela de la cabeza de modo que él mismo pudiera sentirse en paz. Una sacerdotisa. Sobre todo, porque no movió los labios para decirlo. Sólo le miró.

—Gracias, Vitalia, no sabes lo feliz que me haces —suspiró el con todo el aire que guardaba en el pecho, con una mezcla de pena y alegría en el rostro, con los ojos empañados por el abrazo de los ojos de su biznieta, que tanto se parecían a los de Catalina y Angélica. Gracias, gracias, no paraba de repetirlo con una sonrisa, y ella le correspondió con el afecto de quien ya no necesita seguir haciendo frente al miedo ante un desconocido que de pronto se había revelado tan cercano. Se sintieron unidos por algo más viejo que ella, más viejo que él, más viejo que el mundo entero.

Ahora Vitalia recuerda, sobrecogida, que le dejó en su casa luego y no esperaba ni mucho menos que falleciera a los pocos días. Saca cuentas, apenas ha pasado una semana. Debería haberle llamado, haberle visitado… Pero no pudo, tenía que convencer a su madre para que ella también escuchara todo aquello y no se atrevió a decírselo, quiso esperar unos días para serenarse, para meditar, para recuperar la cordura… Demasiado tarde.

Haberle perdonado y haber estrechado su mano ensarmentada en la puerta con la promesa de volver a visitarle no era todo. Ha quedado algo muy importante pendiente. Y a sus remordimientos se une la carta de agradecimiento que ahora recoge del buzón, que le

ha llegado justo el día de su muerte pero que él envió justo el día después de su reunión.

Es una carta que estremece: la paz que le había regalado Vitalia le permitiría morir en paz, escribía Solon, y sin duda así ha sido.

Le gustaría llorar por esta pérdida pero sigue dudando de si realmente era su bisabuelo, fue amable y accedió a darle el teléfono de Carol, quizás su nieta, pero no hizo nada más y ahora... Es demasiado tarde.

En el mismo periódico donde ha encontrado la esquela también hay un obituario muy completo donde se glosa que Solon fue en uno de los hermetistas más extraordinarios de su generación y que además destacó por su capacidad para divulgar grandes misterios folclóricos, aunque hay controvertidas hipótesis sobre la veracidad de los hechos relatados en sus libros. El funeral será esta tarde, y entre sollozos ahora sí, ha informado de todo a Carol.

Vitalia está desorientada. Ha arrugado el periódico en su bolso y aún lee, de camino al tanatorio, que Solon, para expresar ciertas realidades, llegó incluso a inventar palabras nuevas cuyo contenido resulta a menudo difícil precisar y le ha hecho pasar por el ámbito académico con muchos reparos, pues su cerebro y su intuición eran cosa fuera de lo corriente y costó siempre rebatirle cuando detallaba con todo lujo de detalles la naturaleza, fisionomía y costumbres del pueblo subterráneo y misterioso de las mujeres de agua, al tiempo que hacía una defensa a ultranza de la llamada “segunda visión” o capacidad de percibir a estos seres que tienen algunas personas, entre las que se contaba, según él.

El obituario destaca, finalmente, que su obra ha sido escasa porque en un momento temprano de su carrera prácticamente se retiró, según él mismo declaró en su entorno, por motivos personales, y no se había sabido apenas más de él.

Al funeral ha acudido poca gente, un puñado de extraños al fin y al cabo, como Vitalia y Carol. Por eso las ha localizado enseguida, y saludado pomposamente, el autor del obituario, un entrañable caballero con un abrigo de terciopelo y de modales antiguos y aristócratas. Apoya las manos en un enorme bastón tallado y lleva una corbata con unicornios.

Se ha presentado con la simpatía que otorga saber que todos están reunidos por el mismo motivo, y tras exclamar ¡qué solos se quedan los muertos! Ha mirado un rato hacia el horizonte. Suficiente para llamar la atención de la escasa concurrencia en el

funeral.

Es cierto, apenas hay cinco personas más y todos están escudriñándose entre sí. Por eso es fácil confraternizar, la complicidad que otorga compartir este momento luctuoso no da para más. Ha compartido con todos su relación con el fallecido y ha invitado a los demás presentes a hacer lo mismo con un ademán cordial, como el crupier que reparte una mano, y la criada ha revelado que Solon estaba dando un paseo nocturno, acuciado quizá por el insomnio, cuando fue víctima de una apoplejía y murió en el acto.

—Un gran hombre. Si no fuera por él, muchas y muy bellas historias estarían sepultadas para siempre. Aseguró la supervivencia de un pasado más puro, un antídoto a la urbanización y enajenación modernas...

También han comentado la belleza del obituario con ternura y el caballero, afable ha regalado un dato más que confiesa que no se atrevió a publicar, aunque se lo solicitó el periódico, y que da mucho que pensar. Solon era un psicopompo.

—¿Y qué significa eso? —pregunta Vitalia, que a juzgar por el silencio de los demás es la única que ignora esta palabra.

—Psicopompo es, desde tiempos inmemoriales, como se denomina al mediador entre lo sagrado y lo profano. Solon lo era, se les puede distinguir porque siempre tienen una doble arruga en el entrecejo. Era un mensajero entre los dioses y los hombres, dotado de prestaciones que hacían que sus pensamientos o ideas contuvieran un germen de los secretos de la inmortalidad. ¿Ha leído alguno de sus libros, señorita?

—No he tenido aún el gusto, pero doy fe de que Solon era cuanto acaba usted de describir —reconoce Vitalia, mirándole a los ojos.

—Sin duda él también creía en las hadas —añade, mirándola a los ojos— y probablemente las vio, aunque se limitara a transmitir testimonios ajenos, dibujos y citas de libros… Pero hay una máxima que le gustaba repetir y que lo resume todo: si crees en ellas, tarde o temprano te alcanzarán.

—Bella convicción, sin duda.

—He aquí otro de los motivos por los que sigo guardando a este amable sabio una profunda veneración y una gratitud que perdurará por muchos años.

Vitalia asiente y se sonríen con complicidad. Con tan escueto intercambio de impresiones se han reconocido por encima de cuanto no puede comprenderse ni explicarse fácilmente, se alegran

de haber conocido y admirado a este hombre de la especie visionaria, más consciente de que hay otro mundo que otros, el mundo de la distorsión y de la forma rara. El erudito rememora la amistad que compartieron, se le nota apenado.

—Era un paseante, visitante de las bibliotecas, siempre abrigado, con el pelo en una nube, ojos miopes de lector sin pausa, despistado y muy amable. Y no le quepa duda, Solon fue un mediador entre lo humano y lo imposible, lo incognoscible o lo desconocido. Nos encontrábamos, generalmente, en las librerías o en sus inmediaciones, pero las librerías fueron cerrando y los encuentros habían raleado hasta casi desaparecer por completo. Para mi fortuna, me entregó en no pocas ocasiones algunos manuscritos con sus investigaciones, literatura fantástica que me he esforzado por devolver a la vida desde el polvo de las estanterías de su archivo personal. Es cuestión de tiempo hasta que gente de todo el mundo pueda disfrutas de estos relatos, que serán muy valorados pues no hay en toda Europa quien haya sido tan cuidadoso y sensible para escuchar y recopilar, obligado a ejercitar su espíritu en todas las direcciones, aunque no fuese más que para escapar a la asfixia de la desaparición de su joven esposa.

—Algo me contó al respecto...

—Y disculpe mi curiosidad: ¿cuál era su relación con él, señorita…?

Vitalia sonríe pensativa, se avanza sin duda a la sorpresa que va a causarle su respuesta.

—Me llamo Vitalia y era mi bisabuelo. Es una larga historia.

El desconocido la ha mirado con otra sonrisa aún más sutil y musita que nunca le había hablado de familia alguna, y mucho menos una biznieta tan bella, quizás fruto de su carácter despistado, infiere curioso.

—Pero no debería sorprenderme nada ya respecto a Solon y sus misterios— sonríe divertido—, el que vuela y recorre mundos extraños suele andar desmemoriado —añade—. Es un verdadero honor conocerla.

A estas palabras sigue una rotunda carga de silencio de la que nadie parece dispuesto a ocuparse y apenas lo intenta, sin éxito alguno, la ráfaga de viento que hace tiritar la puerta del tanatorio, entreabierta.

Vitalia siente un escalofrío, de nuevo. ¿Acaso ha sonreído como Solon, al mirarla a los ojos? No tiene ganas de pensar. Se despide educada, lo más rápido que puede, y corre a reunirse con su

madre... pero de camino descubre a Ran en una esquina, tímido, encogido.

Ran. Ahora. ¿Habrá acudido también a despedirse de Solon? Ambas le observan tras cuchichear incómodas y Ran saluda, torpe, le dan la mano y le atienden para despedirse segundos después con una inventada prisa que precisamente coincide con la urgencia real de los trabajadores del tanatorio, que ya están cargando el ataúd para llevarlo al crematorio. Solon no quería misa.

—Estos señores tendrán que cerrar, qué tal si salimos a tomar un poco el aire —propone Ran, que no parece haberse dado cuenta de sus evasivas, o lo finge.

Una vez fuera, comentan para hablar de algo que el viento que se ha levantado y se mezcla con la luz del mediodía está bramando con más fuerza que cuando llegaron, observan la lluvia que tamborilea y salpica los parabrisas del taxi con el que Carol, Ran y Vitalia se marchan, juntos. No hay más taxis y sería una descortesía dejarle ahí, sin más.

Capítulo 47 | La herencia

Barcelona, 1993

Carol se ha excusado, quiere estar sola y descansar, muy apenada por los sucesos apelotonados de los últimos días. Vitalia le contó a tiempo quién era Solon y cuanto éste le había relatado y desde entonces ha sentido miedo. Miedo de verle, de hablar con él. Su abuelo.

No se atrevió a dar el paso y ya es demasiado tarde. Dicen que es de bien nacidos recordar, venerar y dignificar a los antepasados, a todos, pero Carol se ha pasado la vida tratando de olvidar a su padre y a su madre, tratando de esquivar las visiones y las voces que trataban de atraparla por el camino del ensimismamiento, el de la extravagancia después, el de la locura como temido horizonte.

Y así se lo ha reconocido a Vitalia, que comprende que, sin embargo, en su madre ahora, tras la visita juntas al bosque y el testimonio curativo de Violeta, se ha producido también una transformación. Diría que se ha humanizado, pues precisamente lo más humano de nuestra mente son los sentimientos contradictorios y algunas veces, muy pocas, confesables, aunque otras muchas veces, la mayoría, sean tan inconfesables. Pero estos últimos, los más íntimos, son los más verdaderos y su madre, ahora por fin capaz de abrirse a las contradicciones que ha sentido y compartirlas con su hija, se ha liberado por fin.

Cuando por fin su madre viajó desde Mallorca para ir a verle juntas lo último que imaginaban era que hubiera fallecido. Llamaron a la puerta y nadie abrió. Estaba cerrada a cal y canto. Como si la casa estuviera abandonada desde hacía años y todo lo que le había contado Vitalia sobre este bisabuelo y sus historias fueran imaginaciones suyas. Tampoco respondía al teléfono. Hasta que, al día siguiente, Vitalia leyó la esquela.

Haber ido juntas al funeral las ha acercado, quizás éste es el legado que podía dejarles el fallecido, la conciencia de que todo lo que parece sólido e inamovible, como lo era la distancia entre Carol y su hija, como lo eran los malentendidos entre ellas, puede diluirse en apenas un suspiro. A veces sucede que buscamos lejos una respuesta que tenemos delante de nuestras narices pero que, por la razón que sea, somos incapaces de ver. No por ello el camino que

hemos recorrido ha sido menos válido, simplemente era más largo.

Vitalia y Ran la dejan en la puerta del hotel donde se alojará unos días, pues tienen aún muchas conversaciones pendientes, y se despide de ella con un abrazo tan intenso que suple todos los abrazos que no se han dado durante años. No ser amado es una ofensa que tarda en olvidarse pero puede diluirse como por arte de magia con un gesto así. Carol eligió un camino complejo, incomprensible, pero ahora que por fin ha empezado a hablar le ha podido confesar a Vitalia que se apartó de ella por miedo a contagiarle sus visiones, creía estar loca y pensó que lo mejor era que se criara lejos. Por eso la dejó al cuidado de las monjas, para protegerla de lo que la aterraba.

Vitalia ha sentido que esta respuesta, a primera hora de la mañana, le ha llenado un hueco antiguo que ahora está rebosante de infinito amor por su madre. Carol ha dicho también que se arrepiente de haber dejado pasar la ocasión de hablar con Walter Solon y haberle comprendido y perdonado, aunque en su corazón lo ha hecho ya y quizás eso sea suficiente, convinieron ambas.

Lo de Vitalia y Ran, insólitamente despeinado, quizás no será tan sencillo. Siguen con el taxi hasta una plaza donde cada uno tiene previsto tomar su camino, ha dejado de llover. Pero mientras paga el trayecto, él propone tomar una copa a la salud de Solon y de la reconciliación entre Vitalia y Carol, una excusa quizás para seguir juntos porque quiere hablar con ella, que sigue sorprendida de que él haya acudido al funeral y se muestre tan amable y dialogante. Apenas han cruzado algunas palabras antes y las sonrisas no se traban con la misma facilidad que las miradas, pero le sonríe y acepta el ofrecimiento, aunque duda.

Su problema no es ya si ama o no a Ran, sino directamente si cree en él. Se piden un café irlandés, el día requiere tomar algo fuerte y dulce y embriagador. El bar que han elegido está abarrotado y han tenido que sentarse en un rincón de la barra, oprimidos entre la pared y varios desconocidos que ríen estruendosamente. Esta cercanía vuelve a Vitalia dulce de nuevo, como antes de desconfiar de Ran, antes de sus discusiones, y se relaja y le entran ganas de contarle cuanto ha pasado estos días. Una mujer de unos treinta años, pálida y flacucha, con un ridículo flequillo amarillento bailando en medio de la cuarteada frente, toma nota de sus bebidas y les abandona.

Ambos están incómodos. Puede falsificarse todo, salvo el silencio, y éste huele a trampa… Desean hablar de cualquier cosa,

piensan en el tiempo que ha pasado y el tiempo que pasa, en el tiempo, pero finalmente se arrancan ponderando lo bella que es Carol, enumeran hipótesis sobre la avanzada edad de Solon y sus achaques, precipitados las últimas semanas y una posible causa de que no tuviera tiempo de hablar con Ran personalmente sobre los dibujos. Ran le confiesa a Vitalia que ha recibido una nota de los abogados anunciándole que retiran la demanda pero que esperaba algo más.

Cierto, asiente Vitalia, Ran merece saber qué pasó con los dibujos y decide hacerle un resumen justo cuando la camarera llega con sus aperitivos, pero ya no interrumpe la conversación y, cuando termina el extraño relato, Ran permanece un rato boquiabierto.

—¡Prodigioso! Reconozco que todo esto es un misterio absolutamente indescifrable para mí —rezonga con esa combinación de ironía y afecto que le caracteriza—. Y diría que a medida que hablas y me das más detalles se va oscureciendo, en lugar de aclararse.

Luego, una vez se ha explayado con sus reservas y dudas razonables, calla, rascándose la cabeza, respira leve y meditabundo, la sombra de las largas pestañas derramada sobre los pómulos. Le parece atractivo de nuevo, pero ya está casi todo dicho, Vitalia no le quiere contar más porque el resto son intimidades familiares, siente un hormigueo en los brazos y las manos. Si tienen que seguir ahí, como parece porque ninguno de los dos se levanta, es el momento de hacerle las preguntas que le faltan, antes de despedirse.

—Cuéntame, Ran.

—¿Qué?

—Todo lo que no sé de Solon. ¿De verdad no le preguntaste ni una sola vez qué se traía entre manos buscándome? —pregunta, y abre mucho los ojos como si por ellos respirara.

—No; no era hombre que se dejara llevar fácilmente a confidencias, aunque podía resultar comunicativo cuando estaba de humor. Además, me pareció un excéntrico en cuanto traté con él: no podría decirse que mintiera siempre, pero inventaba sin cesar, de tal manera que no se sabía nunca con exactitud dónde acababa para él la realidad y dónde empezaba el sueño. Lo de elegirte a ti, expresamente, y mandarme a buscarte, me parecía una quimera más de su caprichosa forma de actuar, un invento de su mente senil…

—¿Y entonces, por qué aceptaste su encargo?

—Necesitaba el dinero. Pero te confieso que de buen principio

estaba muy lejos de tenerlas todas conmigo, lo primero que pensé fue que no aceptarías un trabajo tan extraño y que obtendría apenas el anticipo…

—¿Y por qué luego de pronto dejaste de trabajar para él?

—Él se dio cuenta de que enfrentarse contigo era complicado, le intimidaste, era un temor irracional, decía, pero insuperable: temía que le rechazaras, que no le creyeras y se estropeara su plan, qué sé yo.

—¿Qué plan?

—Lo único que me confió al respecto es que buscaba restaurar su conciencia, sí, de eso me dijo algo, y la verdad es que ahora, tal como me has contado tu última charla con él, todo concuerda, no obstante… Yo ya había notado que Solon vivía torturado por la culpa, y eso me tenía preocupado, así que investigué su pasado, quise saber con quién estaba tratando. Supe que había extraviado a su mujer y a su hija, en Mallorca, y empecé a pensar que estaba tratando con un loco. Me rogó que te convenciera de algún modo para que acudieras a su casa más a menudo, a la espera de reunir fuerzas para contártelo todo, decía él, a lo que le respondí que llevarte hacia él con engaños era absurdo. Le confesé que me gustabas, que no me sentía cómodo mintiéndote y me parecía un plan burdo lo que fuera que pretendía hacer contigo… En fin, que se enfadó y me amenazó.

—¿Cómo?

—En qué líos puede meterse uno sin tener la menor intención. Solon era terco y obsesivo, estaba ido. Me dijo que si no accedía a ayudarle te iba a contar que yo estaba casado. Supongo que quería ganarse así tu confianza. También afirmó que me iba a arruinar con la coartada de la desaparición de los dibujos. Me vi superado respecto a ti, los días siguientes tenía la duda de si él ya habría hablado contigo, me arrepentí muchísimo de haber empezado nuestra historia tan mal, pero traté de mantener la compostura con Solon hasta donde pude, como ya sabes llevo un tren de vida un poco alto, gano mucho y gasto mucho…

Vitalia le ha estado observando, con detenimiento y desconfianza. Ya no le parece tan guapo. Su rostro agradable está ojeroso y denota fatiga; tiene la ropa arrugada y la mirada inconfundible del que anda falto de horas de sueño desde hace bastante tiempo.

—Pareces arruinado.

—Lo estoy. ¿Quieres oír la historia?

—En absoluto.

Ran está empezando a darse cuenta de que Vitalia no va a caer en su trampa. Sabe que su madre y ella han heredado la fortuna de Walter Solon, lo está intentando todo, pero ella es un hueso duro de roer.

—Ran, voy a ser breve, pero escucha con atención.

Ernest asiente con la cabeza. Está escuchando.

—Durante un tiempo pensé que el loco de esta historia eras tú... Pedro me habló mucho de ti, de que te había estado siguiendo e investigando, y en cierto modo te temía... Y te vigilaba. Él me contó que estabas casado mucho antes de que os descubriera a ti y a tu mujer acaramelados a mis espaldas. Y que tú hablaste con mis superiores para que me despidieran…

Ran deja caer su rostro, se hunde en la silla y…

—No hagas caso de todo lo que te decía Pedro —alza la voz, pero tartamudea levemente— tenía cirrosis, y eso no lo causa nadie, se lo hizo él solo. Si el hígado falla, no puede eliminar toxinas de la sangre y finalmente éstas se acumulan en el cerebro. Estuve en su casa y tenía fotos furtivas tuyas por todas partes, periódicos y revistas deshojadas por el suelo, botellas de tequila ya vacías...

Qué bien informado está para contradecirla, se dice Vitalia, como si llevara su discurso preparado. Y sigue, ahora con los detalles médicos:

—La acumulación de toxinas en el cerebro, llamada encefalopatía hepática, puede provocar una disminución del funcionamiento mental y coma. Los signos de disminución del funcionamiento mental incluyen confusión, cambios de personalidad, pérdida de la memoria, problemas de concentración y cambio en los hábitos de sueño… Además, estaba enamorado de ti, locamente, y eso quizás avanzó su enfermedad…

Después de escuchar este largo diagnóstico sobre la salud mental de Pedro, Vitalia siente una punzada de dolor, quizás sea cierto, podría haber entrado en su lamentable estado por su culpa y es algo que le pesará para siempre, pero no está nada bien que Ran hable de todo esto a la ligera, y además él ignora lo que Pedro decía, lo que sucedió en las inquietantes últimas horas en que Vitalia estuvo hablando con él... De hecho, ni ella misma sabe con certeza qué pasó, cuando intenta recordarlo la recorre un escalofrío. Pero ha tenido tiempo de ver cómo a Ran le tiembla la mano que sujeta el cigarrillo. Sospechaba que no dice toda la verdad, pero ya da lo mismo averiguarlo o no.

Ran está hablando mucho, demasiado, pero no se pone en duda

a sí mismo una sola vez en toda la conversación y Vitalia se ha dado cuenta de lo fundamental: Ran es un idiota al que desea perder de vista. Un idiota que trata de salirse siempre con la suya.

—Maldita sea —dice Vitalia, suavemente.

Tanto, que él no parece haberla oído.

—Al principio me aparté porque la situación me superaba, pero seguía queriendo verte y te echaba mucho de menos. No se me ocurría que pudiera estar traicionándote pero cuando Solon me amenazó lo vi todo demasiado complicado, pensé que quizás era una señal.

—Bien que me seguiste buscando.

—Sí, no me siento culpable por ello, eres especial.

Vaya, parece que ahora el escéptico Ran ha empezado a creer en Vitalia. A buenas horas, se dice.

—Te he buscado porque no hacía más que obedecer a mi impulso, me gustabas y no podía dejar de pensar en ti, aunque estar contigo representara un peligro tan grande, un sentimiento que me podía desmontar la vida. Quería verte, pero me resistía por miedo, eso era todo. No traté de engañarte, me tomé mi tiempo para pensar…

Han ido pasando cosas que no le hacen ni mejor ni peor persona, en eso Ran está en lo cierto. Las cosas pasan, sí, pero las pequeñas mentiras se acumulan. Vitalia le ha estado escuchando con atención y ya no sabe si desea reír o llorar o salir corriendo, se limita a resoplar hacia arriba como para quitarse un imaginario mechón de pelo de delante de los ojos.

En ocasiones, dejar de amar produce un alivio instantáneo, y eso es lo que ahora siente Vitalia. Le recuerda en los primeros días y superpone en qué se ha convertido ese hombre que tanto la hizo soñar. Todo lo que recuerda, en el caso de que algo recuerde de este proceso tan complejo que se ha desovillado durante las últimas semanas, es eso: un cambio tras otro. Lo recuerda y lo siente todo lejos, apartado del momento actual.

Vitalia es ya otra. Estas cosas no se programan ni ensayan, pero cuando llegan ponen a prueba todo lo que uno cree, permite darse cuenta de las equivocaciones y perdonárselas porque errar es humano, pero enamorarse del error ya es otra cosa, así que le escucha y le escucha hasta que ya nada de todo lo vivido con él importa porque por fin le comprende bien, en el orden perfecto de sus movedizos sentimientos por él se ha abierto una brecha, un descosido y ve el relleno del muñeco y ya no se lo cree.

—Ran, no sigas. Es una desgracia para un hombre tener aficiones caras, grandes expectativas de riqueza, parientes aristocráticos que se han arruinado… pero sin dinero contante y sonante, y ninguna profesión con que poder ganarlo, sin responsabilizarte de nada y tan pocas neuronas…. No eres para mí, el amor cuesta caro, cuesta el precio de la valentía, y que sepas que me repugna que me toquen el alma con las manos sucias.

—…

—Creo que me entiendes —se adelanta Vitalia, Ran está tratando de balbucear algo—, dejémoslo aquí y puedes irte en paz. No eras tú el que me engañaba; la que me engaña es, siempre, mi fantasía.

Capítulo 48 | Las dos felicidades

Residencia de Walter Solon, Barcelona, 1993

Cuando ha subido a su habitación a por una chaqueta porque en el jardín hace frío le ha dado por pensar que no hay nada como una hecha a mano, y que todo empieza por la lana. Hay que disponer primero de la lana para tejer, y luego desenredar la madeja.

Sin embargo, a veces, cometemos el error de pensar que otra persona nos tiene que ayudar en esta labor, incluso hacerlo por nosotros. Esperar que otro resuelva nuestros problemas y se ocupe de nosotros. Así era ella al principio de esta historia. Pero no, los demás pueden apenas echar una mano al principio, como cuando Vitalia ayudaba de niña a su madre a hacer jerséis y ordenaba la lana en bolitas prietas para que Carol tuviera los colores dispuestos y a mano. Luego, debía limitarse a mirar y aprender.

Quien teje deja de ser en una serie de anhelos desordenados que se manifiestan en el nacimiento del deseo de tejer y pasa a decidir los colores, aprovecha o no la lana del ovillo, atina o no con los puntos y los hace lucir en orden o los convierte en un amasijo imposible. Y ahí está el gran asunto.

Una persona no puede ni debe tejer por otra, como ha comprendido con Ran y las esperanzas vanas que había depositado en su amor. No, no le ama, y él a ella tampoco. El amor no era eso.

Vitalia, tan insegura, no quiso reconocer que lo que sentía era mero encaprichamiento, así que le fue confiando su madeja de sentimientos y el jersey entero como si todo dependiera de él, el enredo de sus ilusiones, carencias y expectativas. Así, Ran, como no podía ser de otro modo, no hizo apenas nada porque además, y era obvio y hubiera bastado con que le observara un poco mejor, con los ojos abiertos, no sabía ni qué hacer con su propia lana.

Sin embargo, esta experiencia le ha servido para descubrir que hay otra manera de tejer, una mucho mejor que respeta las flaquezas, los temores y las singularidades propias, y consiste en arremangarse y aprender a desenredarse sola, mover los dedos rítmicamente para deshacer cuantos nudos aparezcan por el camino y trabajar luego para que las agujas dancen en el aire el alegre baile. El de la vida que se teje casi sin mirar cuando se aprende a

tejer. De veras y sin trampas, permitir que la admiración se apodere de nosotros. Un poco de luz. Admirarnos del propio talento, de las ganas de mejorar.

Por supuesto, las primeras pasadas a solas son las que más cuestan, hasta que le descubres la tensión justa al hilo, y entonces dejas de contar los puntos y las dudas y fluyen las hiladas como buenos deseos. Es un esfuerzo gozoso porque llega un momento en que te los sabes de memoria y es la mirada la que lo ha retenido todo, como ahora mismo Vitalia sabe que da un punto hacia delante, otro hacia atrás con cualquiera de sus acciones, que haya amor de sobras pero sin prisas y sin vanos lamentos susurra mientras baja la escalera al encuentro de sus amigos y familiares, ágil y atenta como cuando deseaba aprobar las matemáticas pero seguía hincando los codos porque sabía que eso era lo que, al final, funcionaba.

Le gusta esta idea: de alguna manera un buen día sabes que no puede resultar tan complicado, y así va a tejer a partir de ahora toda su lana de sueños y contradicciones para que se transformen y pueden protegerla, como la chaqueta que acaba de ponerse la protege del frío de la madrugada. Y será paciente, en vez de lastimarse los dedos a fuerza de tirones por querer ir demasiado deprisa, por dejarse impresionar por el tiempo que parece irse entre las manos igual que el agua.

Todo requiere su tiempo. Y hacer todas las preguntas que sean necesarias. Ha sido un proceso lento, también aprender esta lección, y cuántas cosas han sucedido... Es dulce poder ahora reflexionar sobre todo ello en buena compañía, porque no parecía nada fácil, al principio, pero a veces parece que es verdad que tenemos una influencia invisible que nos rige, anima y lleva por donde conviene, un ángel de la guarda, un hada madrina, los espíritus de nuestros antepasados o lo que sea que queramos ver cuando entrevemos lo que la física actual no alcanza.

—Vitalia, ¿qué vas a hacer con toda esta fortuna? —ha preguntado Clara, incrédula y con ganas de saberlo todo tras visitar la casa e informarse del estado de las cuentas de su afortunada amiga.

—No lo sé, ya se verá. Vivir.

Se ríen. De ganas de vivir, que sólo habían padecido hasta ahora. Y este deseo se ha instalado y ha dado unos cuantos giros y ahora ya no hace llorar, al contrario. Un proyecto de vida que consiste en vivir con lemas nuevos que funcionan, y mucho: alimenta la magia, y ella te alimentará a ti.

Vitalia se lo dice a Clara y Clara la mira incrédula. Ahora es ella la que se escandaliza. Porque ya no le puede decir a Vitalia que está loca, no. Ahora es un hada. Y Clara, también. Y estas energías nuevas, las de la magia, están en todas partes, sólo hay que querer verlas para obtener una dosis, porque les ha nacido el impulso de una íntima necesidad de muchas íntimas necesidades por escudriñar más allá de lo que es sólo material. Con las voces, con las visiones ... se puede vivir bastante bien. Basta con ordenarlas.

Cuando Vitalia habla así, Clara no entiende nada, pero no importa, no hay que tener miedo de las palabras, los nombres que les damos a estas fantasías de la mente, a estos duendes hacendosos que nos dan un toque mágico de vez en cuando, son lo de menos, no son otra cosa que la manera que tenemos de denominar el potencial y energías que actúan en nuestro interior y que no pocas veces nos superan, aguas profundas que fluyen entre la realidad y la fantasía... pero que pueden ponerse en orden por poco que utilicemos las agujas del modo adecuado. Lo que importa es tejer, se reafirma Vitalia, las agujas pueden generar una deliciosa melodía cuando todo empieza a estar bien, en orden, como los buenos estribillos dentro de las canciones.

Es cierto que no ha llegado hasta aquí sin un considerable coste emocional. El proceso de aprendizaje fue duro, despertó en ella los más pavorosos temores, tuvo que confesarse y olvidar viejos rencores o desilusiones pero sólo así podía salir de su espiral y hacerse más fuerte. Ahora lo ve, es comprensible que fuera así, afrontar un diseño con tantas piezas resultaba complicado y la única manera de lograr algo grande es ir paso a paso sin saltarse ninguno, y en cuanto confió por encima de todos los miedos la madeja dejó de resistirse. ¿En qué confió? Confió en pequeñas cosas, es cierto, pero juntando muchas se obtienen las grandes. Es así: tejes la parte de delante, la de atrás y las mangas por separado. Luego coses los elementos para unirlos. Y aquí está el jersey.

Mientras baja la escalera nota que una extraña paz se instala en ella, se siente como si bajara de una montaña después de haber pasado una semana meditando. Todos siguen fuera y puede proseguir con sus elucubraciones sobre algunas risas recientes, dolorosos momentos y una realidad que apenas empieza a concretarse. Ha sido extraño, extraordinario, construir algo que mereciera la pena con tantas piezas y tan extravagantes, pocas veces se sabe por qué vivimos lo que vivimos... Lo que sí es fácil de entender es que todo es el resultado de una suma de sucesos afortunados y desafortunados, revueltos, tantos puntos del derecho

para el puño, tantos del revés para la manga y, a medio camino, cuando menos te lo esperas, el jersey ya tiene su forma mullida y amable y sienta como un guante.

Mira a todos los invitados desde la cocina, con la ventana abierta y los ruidos que vienen a golpes, mientras se sirve una copa de vino blanco, bien frío. Es una fiesta maravillosa con más carcajadas que palabras. Y lo es gracias a todas las ayudas que ha recibido pero también gracias a su valor y a la paciencia adquirida. Nota el frío que entra por la puerta que da a fuera, pero también que la urdimbre de su vida se ha unido en un precioso entramado capaz de abrigarla hasta los huesos. Ha sido crucial cada lágrima, como lo ha sido cada sonrisa, para aportar la tensión justa a cada puntada, ha aprendido también que siempre se puede volver atrás para remedar errores e incluso unir hilos rotos con un cariñoso nudo, sabe que puede adaptarse a las circunstancias y los escenarios para tejer más a gusto, recuperar un ovillo que danzaba y danzaba cuesta abajo y parecía inalcanzable… Todo se consigue danzando con la lana, lo único que tenía que hacer era no perder el hilo de tantos secretos pendientes, y por fin desvelados, y lo logró, ahora tararea por dentro la melodía misteriosa de lo que le ha pasado los últimos meses y mañana será otro día y quizás coserá las pocas piezas que faltan, le apetece esta tarea, sabe que está más preparada que nunca porque sueña más, exige más, desea más y sopesa lo que ha encontrado y aprendido, lo que buscará más adelante.

Le ha servido, lo bueno y lo malo, para darse cuenta de que el principio y el final son el mismo hilo y a la vez muchos hilos distintos, y se siente plena. Por eso le guiña un ojo al apuesto desconocido que antes la ha halagado. Es simpático, y ella también se siente simpática. Porque ve su vida, cuando mira hacia atrás, con serenidad, como se mira el jersey del revés y se reconoce la transformación de las madejas en el prieto tejido de una labor. Su biografía ha resultado una bella labor tal como puede comprenderla ahora.

Antes no podía, y por eso era desdichada. Pero ahora ha puesto los nudos y los hilos rotos a su favor y así se viste el frío. Atenta a los puntos de dentro y de fuera, bien prietos para que el calor, la dulzura, el amor, vayan prendidos también en cada cenefa. Para eso vivimos, para subir la lana de lo que somos a las agujas y poder respirar con alivio luego, vestidos con ello, cuando tengamos que soltarlas.

Charla despreocupada con todos, se explican cosas, tonterías sin importancia. Tiene un chico espléndido pendiente de ella y no hay

prisa. Puede mirarle durante un buen rato. Siente que le sube la sonrisa por el pecho, una de colores, y con cada conversación mezcla tipos de lana, grosores, colores para lograr los dibujos más bellos que sea capaz. Nunca había estado tan dicharachera y relajada. Azul para la inteligencia, verde para la intuición, rojo que le sienta bien al rostro… Se ha pertrechado con todo lo que es y por eso brilla, y sin miedo lleva consigo también lo que la atemorizaba, y lo inaudito. Vitalia teje. Vitalia vive sin angustia cada minuto. Quién se lo iba a decir.

Ella, tan solitaria, tan taciturna, tan patosa para las relaciones con los demás... Se ha sentado con él y escuchará lo que quiera decirle porque por fin ha sacado a la superficie su naturaleza femenina y elemental sin la pulsión de lastimarse jugando a hacer lo contrario de lo que desea en ningún momento. No va a emborracharse para parecer más sociable o más atrevida. Todo lo que estaba sumergido aflora y la oxigena con alivio para que no necesite sus antiguas trampas. No como antes, cuando el miedo no la dejaba apenas respirar y buscaba seguridades provisionales, cuerpos de otros a los que mendigaba ese poco de calor que no sabía aún procurarse, abrazos que parecían abrazos pero se parecían demasiado a los torones que dan los que temen ahogarse.

Sabe que, pase lo que pase, no pasará frío si no quiere. Sabe caminar erguida como el punto de espiga, digna como el punto de arroz, sin miedo a no gustar como el punto bobo, está preparada para mitones y bufandas, calcetines o bolsos con lo que sea que suceda en su vida de ahora en adelante, así que ya puede guardar la labor en la cesta de vez en cuando, el lindo jersey, las agujas y la lana, y disfrutar de lo que ha conseguido sin miedo a olvidar lo aprendido.

Así es precisamente como aceptó la herencia de Walter Solon, en esta pausa de su antigua actitud para dejarse querer, y se ha mudado a la casa de su bisabuelo sin miedo. Se ha quitado de encima inútiles sentimientos de culpa propios y ajenos y se sabe inocente de cuanto les sucedió a sus antepasados. estuvo un tiempo suspendida en el vacío pero ya pisa tierra firme. ¡Cómo se nota la diferencia! ¡Cómo pudo estar tan ciega, y tanto tiempo!

La vista se recompone cuando tropezamos. Cuando perdemos el hilo. Cuando se pide perdón. Y es que desde que ha perdonado a su madre siente que algo se ha aliviado en su interior y su visión de cuanto la rodea es más clara. Así, ahora que puede moverse ágil por sus emociones, sin lastre, a las emociones antiguas las suceden las nuevas, sin ni nudos, como ha dejado de oír voces, y el pasado ya puede descansar en el pasado, una vez sacado a la luz. Aceptar que

a veces no hay ninguna respuesta. Pues hay siempre algo que se nos escapa.

Tiene tanto en que pensar y tantas ganas de hacerlo… Tras suspirar e inclinar la cabeza, sale al patio, bajo las estrellas, que son como flores hechas añicos en agua oscura y todo está bien así, aquí, ahora.

Para celebrar esta nueva vida que el destino le ha regalado, misteriosamente, ha organizado esta fiesta y ha invitado a su madre, a su padrastro y a su hermanastro Teo, a la hija de Pedro, a los técnicos de la casa museo que la acompañaron en un capítulo de la transformación, a Violeta, a sus compañeros de todos sus pasados trabajos hasta donde ha sido capaz de localizarles, a algunos de sus antiguos compañeros de la Facultad… Es una fiesta multitudinaria y están todos reunidos en el jardín pasándoselo bien, y para ellos ha hecho instalar unas cuantas barras de bebidas, en una hermosa línea recta entre los árboles, y una pequeña orquesta de jazz en el cenador que está afinando los instrumentos.

No le produce ningún apuro ser la reina de esta recepción, como cada uno de los invitados lo es también porque cada uno es el protagonista de un baile propio, maravilloso, que no es el de la pista central iluminada con farolillos sino otro mucho mejor, el de la vida, uno en el que nunca te aprendes los pasos del todo porque cada uno es único e imprevisible y hay que dejarse llevar por la música de las emociones. Así baila y se ríe, distraída, no se avergüenza de sus movimientos espontáneos ni de ser rara, no teme compartir sus historias más fantásticas con los que todavía no las han escuchado y no oculta nada. Al contrario, le agrada celebrarse como miembro de derecho de la tribu antigua, ociosa, extravagante e inútil que es la humanidad valiente para lo extraño y asombroso que sucede cotidianamente y que no sabemos, aún, explicar.

—Así que ¿eres un hada o una encantada? —Pregunta Clara, socarrona, apoyada en la balaustrada, ligeramente inclinada sobre el brazo con el que sujeta su copa de vino.

Incluso ella. Parece mejor persona. Ya no la intimida, de hecho ha llegado la primera y la ha ayudado a preparar unas ensaladas. Vivir es justamente transformarse, y las relaciones humanas, que son lo esencial de la vida, son lo más mudable de todo, lo más fluctuante.

Sí, le responde que se considera con orgullo también de la otra tribu, la del otro lado, la de los seres fantásticos, y que Clara si quiere también puede serlo.

—Así podrás tener las dos felicidades. Las de andar por casa y las extraordinarias, esas que tu imaginación quiera regalarte.

—Vitalia, de lo que estoy segura es de que eres encantadora, déjate de monsergas… ¿Y dices que las hadas tienen sexo? ¡Ya sabes lo sucia que es mi imaginación! —responde, y sonríe como un ángel.

La misma despiadada Clara del pasado ahora es una amiga considerada y con chispa. Su desparpajo no ha cambiado, por suerte sigue imbatible.

—A ver… te seré sincera…

—Sí, por favor.

—Me parece que hay mucho de mentira y mucho de verdad en toda esta historia.

Ahí está la clave, en ese equilibrio, no esperaba menos de Clara, así que le cuenta también que, con la ayuda de Violeta ha organizado, en la casa museo de Mallorca, una exposición con los dibujos tal como quedaron, sin personajes, y luego se lo han contado todo a la prensa en una nota deliciosa que parece sacada de un cuento, sin preocuparse lo más mínimo de que no la crean, qué importaría en todo caso… Y la propuesta ha sido todo un éxito, la pequeña casita restaurada por Solon en Mallorca ya tiene decenas de solicitudes y será visitada por los más renombrados críticos de arte internacionales, por filósofos y soñadores de todas las procedencias imaginables que, previa cita, acudirán a ver con sus propios ojos la maravilla de esos dibujos de los que, según sus propietarias actuales, escaparon los feéricos personajes que los ilustraban para internarse en un bosque de bonsáis liberados.

Violeta disfruta esta travesura aún más que Vitalia. Se instaló en el primer piso para cuidar la sala de exposiciones y ahora está rodeada de invitados, bajo una pérgola, narrando todos los detalles de su nueva tarea: contará cuanto sabe de los bosques, de las flores, de las hadas y de los dibujos con la despreocupación de una niña juguetona, y con la misma ingenua seguridad en cuanto dice. Da gusto escucharla:

—Las hadas y los duendes existen y nos rodean ocultos entre las dudas y contradicciones humanas, seres llenos de misterio, cuya vida, junto a la nuestra que pasa y muere, perdura. Y si esa piedra angular, pequeña como es, fuera retirada, el universo se vendría abajo, así que cuanto antes volvamos todos a creer en ellas, antes volverán a mostrarse y a regalarnos sus dones, que guardan para nosotros desde el principio de los tiempos.

Es francamente divertida la convicción con que esta entrañable ancianita, menuda y regordeta y hoy peinada con un cuidado moño rematado con un tocado de flores silvestres, reparte discursos a

quien se preste a escuchar el poder de sus palabras para desafiar las leyes de la naturaleza conocida por los incrédulos, su voz en el momento menos pensado se convierte en una bandada de mariposas y ha sido la alegría de la velada.

Sí, todo ha salido mejor de lo esperado y hay sonrisas y luz por doquier, y eso es lo que al final importa, se dice Vitalia. Y también ha llegado el amor. Por sí misma. Es necesario tener recuerdos de muchas noches de amor por una misma para aprender a amar, en las que ninguna se parece a la otra y entre todas construyen la curva más perfecta de una mujer: su sonrisa.

Va siendo hora de alegrarse, y de hecho ya siente el calor de la dicha asomando por la nuca estremecida. Una vez resueltas todas las cuestiones prácticas, con su transformación Vitalia se ha percatado de que también han cambiado sus relaciones con los demás. Como cuando, de forma espontánea, nada más llegar un atractivo periodista se ha parado frente a ella en mitad del jardín y, por un instante, toda la alegría y la generosidad del mundo se ha concentrado entre ambos sin esperar nada a cambio. Por primera vez, Vitalia no se ha sentido impelida a agradar por encima de sus posibilidades, ni intimidada por lo que un desconocido pudiera esperar de ella al mirarla directamente a los ojos.

Al contrario: con una mezcla de ternura, simpatía y agradecimiento ha permitido que se acercara hasta donde se propusiera y no la ha incomodado ni cuando, con delicadeza y seguridad, su encandilado galán le ha rogado que le permitiera ver, también, sus orejas de cerca. Ella, en contra de cuanto hubiera hecho en el pasado, ha accedido de buena gana y a la primera, divertida, y han permanecido enfrentados, sonrientes, para verse bien, ella con sus extrañas orejas descubiertas, muy digna, respetada y libre de los absurdos complejos de antaño.

—¿Qué tomas, para estar tan radiante? –ha preguntado, señalando la copa de Vitalia con un gesto amistoso.

—Decisiones, tomo decisiones.

Así es, y qué bien sienta decirlo con una sonrisa de oreja a oreja. Él ha rebuscado en los bolsillos de su americana y enciende un cigarrillo. Sigue sonriendo, tiene una sonrisa formidable. Bien.

Una de las grandes decisiones de los últimos días ha sido cortarse el pelo hasta la barbilla. Adiós con gusto a ese cabello largo y viejo del que se ha desprendido, pues con él ha sentido que caían al suelo también los turbios motivos de sufrimiento del pasado. No

le cabe la menor duda, lo mejor está siempre por suceder, aunque para llegar hasta ahí hay que ir avanzando sobre el tablero.

Así lo hizo, y las casillas que ahora mismo pisa le gustan.

Desde que se mudó, justo antes de dormirse, se sorprende a diario pensando más en los momentos felices que está pasando con su madre, su padrastro, su hermanastro… que en las penas del pasado. Le gusta tenerlos cerca, el ritmo anónimo y múltiple de la sangre, de la familia, y los ha instalado por unos días en las habitaciones de invitados de la primera planta.

Mira alrededor de nuevo y no echa de menos nada de su pasado. Se ha transformado. Las cosas no son todas tan comprensibles ni tan fáciles de expresar como generalmente se nos quisiera hacer creer, pero sabe que el amor es el ingrediente principal para esta transformación, pero no el amor de pareja o hacia los otros, sino el amor hacia sí misma. Por eso, porque se ha centrado en su interior, ya no oye el zumbido de los pensamientos íntimos de los demás, menudo descanso poder simplemente recibir y leer cada mirada para adivinarlos, con la satisfacción de que cada una es un regalo voluntario. Es una mujer segura de sí misma, y ahora también una coleccionista de arte divertida y alegre y con una considerable fortuna con la que impulsará múltiples proyectos de investigación sobre sus queridas hadas, está tan contenta que podría bailar al final de la fiesta sobre la barra. Ha extraviado el complejo de orejas de gato y de rara y de tímida y de promiscua sin rumbo y simplemente disfruta.

Ya no le importa tanto cómo se muestra como que sepa de dónde viene, quién es, qué siente, y por eso no necesita adornos superfluos, aunque ha rescatado, con extrema ternura, la pulsera abollada que su bisabuela Leonor le regaló años atrás, y que ella apenas valoró en su momento porque le resultaba mucho más llamativo un sombrero, cualquier regalo caro, por inseguridad y porque eso era lo que cotizaba frente a las demás cuando era esa otra que siempre estaba comparándose a la baja.

Todo eso se acabó. Ahora que sabe, puede darle el valor justo a esta pulsera vieja y poco aparente que, sin embargo, no podría ni desearía substituir por ninguna otra joya, jamás. Y con el recuerdo de su bisabuela le viene unas punzadas de tristeza, pero no importa que aún le queden unas cuantas espinitas de las rosas que había en el jardín de su pasado, sí.

La primera que se ha propuesto sacar es el secreto deseo de que algún día le sea dado conocer a su anónimo padre para perdonarle, o mucho mejor incluso agradecerle lo que hizo, por loco que pueda parecer, pues su padre la proyectó en su madre, Carol, para que

existiera. En efecto, ahí está una de las ilusiones que precisa: aunque fuera un violador, le debe un regalo maravilloso. Su vida. Y por eso mañana, o pasado, mantendrá una charla con su madre que promete ser de lo más interesante y esclarecedora. Tiene plena confianza en que pase lo que pase, todo será para bien. Cada uno construye su vida con sus posibilidades. Como también se tendrá que sacar la espina del recuerdo de Pedro, al que ya no teme ahora que empieza a poder verlo como un niño que no quería dejar de serlo y que se esmeró, como en un cuento de hadas, por que Vitalia le sacara de sus pesadillas con un beso. Un niño asustado, como ella entonces. Todos le tememos a algo, primero pueden ser desconfianzas irreales que aguardan en la oscuridad, al acecho.

Pero de ahí se sale, y la salida pasa por asimilar lentamente la idea de que el vacío que llevamos en nosotros no podrá ser nunca colmado. Que siempre nos faltará algo, que apenas cambiamos de miedos y quizás ya no guardamos al monstruo en el armario o en el desván, pero nos asustan el fracaso, la soledad o la muerte. Ideas veladas en las sombras de lo que no nos atrevemos a expresar abiertamente, desconocidas, impenetrables para la mente espesa, un intrincado bosque que hay que iluminar con ilusiones y fantasías.

Por eso, para atravesar todo eso, el mundo de los sueños obliga a soñar y eso está bien. Hay que dejar que suceda.

A todo esto, algunos de los invitados mayores se han empezado a retirar pero los que quedan tienen ganas de baile y alguien acaba de pedirle a la orquesta una de sus canciones preferidas, una idea excelente. Vitalia deja la copa para salir a bailar sin dudarlo, ágil, y mientras gira y gira oye cómo titilan las estrellas y cómo brillan las hojas blancas de los árboles sobre su cabeza, un paraíso en plena ciudad, un lugar donde podrá respirar y que guarda a los desaparecidos en su centro, como una pequeña llama de plata que se moviera entre la espesura. Una pequeña llama que, habiendo perdido de algún modo su vela, anduviera buscándola.

Se estremece, pero de alegría, porque la casa ya no da miedo. Están iluminados el primer piso y la planta baja, y la luz centellea a través de las ramas, lo que ayuda a percibir una refrescante sensación de espacio infinito y ligereza despreocupada. Oye fragmentos de gente charlando, algunos de música y sus pensamientos, es lo más cerca de la felicidad que se ha sentido jamás. Pero aún le queda mucha más por conquistar, resopla de placer al pensarlo.

Deberá, sí, atravesar las tristezas de sus muertos hasta curarlas,

desandar su memoria para acordarse de momentos que tuvieron la mala o la buena suerte de experimentar. Y lo hará, aunque nada se aparta del todo, ni cuando uno quiere. Es algo raro y hermoso sentirlos. Es preciso que duren. Una sensación que va y viene sin someterse a nada concreto. ¿Pero qué significa que duren?, se pregunta.

Respira despacio porque tiene la sensación de que el aire la embriaga, es el aire de las profundas y graves transformaciones cuyos recuerdos perdurarán, pisa con firmeza para mantener el equilibrio sobre los sedimentos de su origen, su tierra firme de recuerdos fértiles con todo lo oscuro y brillante que vinieron a ofrecerle esas antepasadas enloquecidas y bellas y sabias y absurdas, todos esos hombres asustados. Es apenas una semilla más, cada una diferente en esta gran noche de impenetrable oscuridad que ya sabe cómo iluminar.

Porque puede y debe ser diferente, independiente, y hallarlo todo dentro de sí y en la naturaleza si, sobre la marcha, en adelante, procura no caerse en ningún pozo y se planta con firmeza, y se ama. Por sí misma y por los que estuvieron antes, y los que estarán después, puede dejar, al fin, que las alas leves de ser traviesa, dispersa, desordenada, la mimen en los malos momentos con el polvillo de mariposa de la alegría, una nueva ni culpable ni sin rumbo.

Así es como se apunta hacia la luz y se desprende la cáscara seca de las penas del pasado, así despuntan las ramitas más alegres con las raíces bien clavadas en lo oscuro, abonadas para crecer. Así, con la cabeza en alto, sin miedo.

AGRADECIMIENTOS

Barcelona, 2014

Quiero darle las gracias a mi abuelo Miguel por su máquina de escribir y sus cuentos junto a la chimenea, y a mis abuelas Catalina y Rosario, por los relatos familiares que recordaron para mí, y a mi tío Juan por los libros que me dio a leer, fundamentales para que esta novela sea una realidad.

A mis profesores-lectores que de niña y adolescente advirtieron mi amor por contar historias, lo valoraron y me enseñaron a cultivarlo. En especial, a mi profesora de latín, Rosa Hernando.

Gracias a Luís Racionero por llamarme ondina, por su paciencia al responder a mis preguntas y por no sorprenderse cuando le conté que he visto hadas.

A Ana María Matute por contarme algunos de sus trucos no sólo para escribir, también para hacerlo siempre con una sonrisa.

A Cristóbal Serra y Bigas Luna.

A mi pareja, Víctor Amela, a mis hijos Marcel y Joan, a mis padres y a mis hermanos por comprender mis silencios de costumbre y mis encierros para escribir.

CUÉNTAME TUS EXPERIENCIAS Y SIGUE LAS MÍAS

http://facebook.com/roseramills

@roseramills en Twitter y en Instagram

Canal de Youtube: http://youtube.com/roseramills

Editor QUINPARELL SCP | Barcelona, España
roseramills.com
amillsroser@gmail.com
Primera edición libro electrónico, marzo 2014 | ISBN : 978-84-616-8717-6

Para la presente edición, ISBN-13: 978-1497303621
ISBN-10: 1497303621